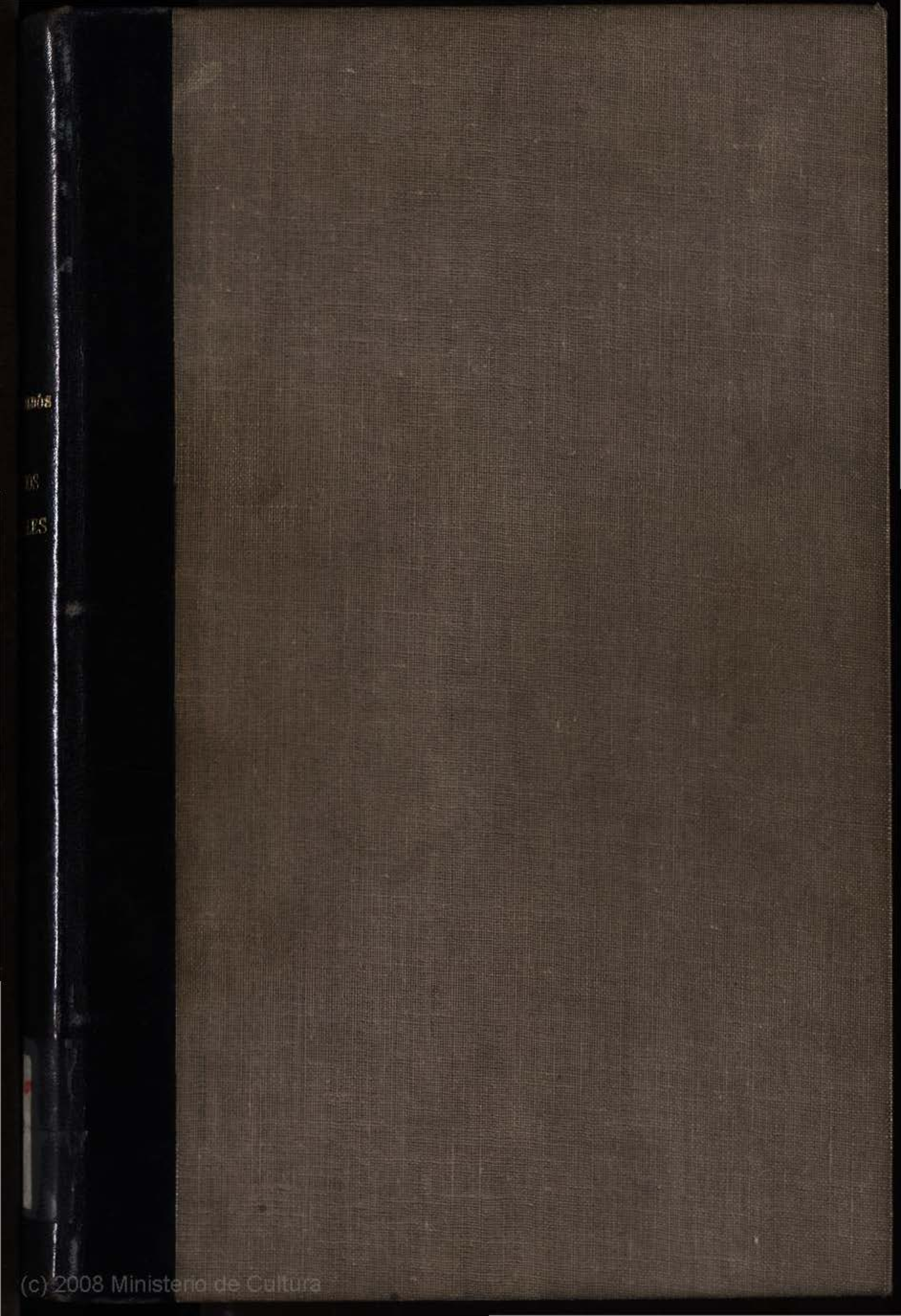
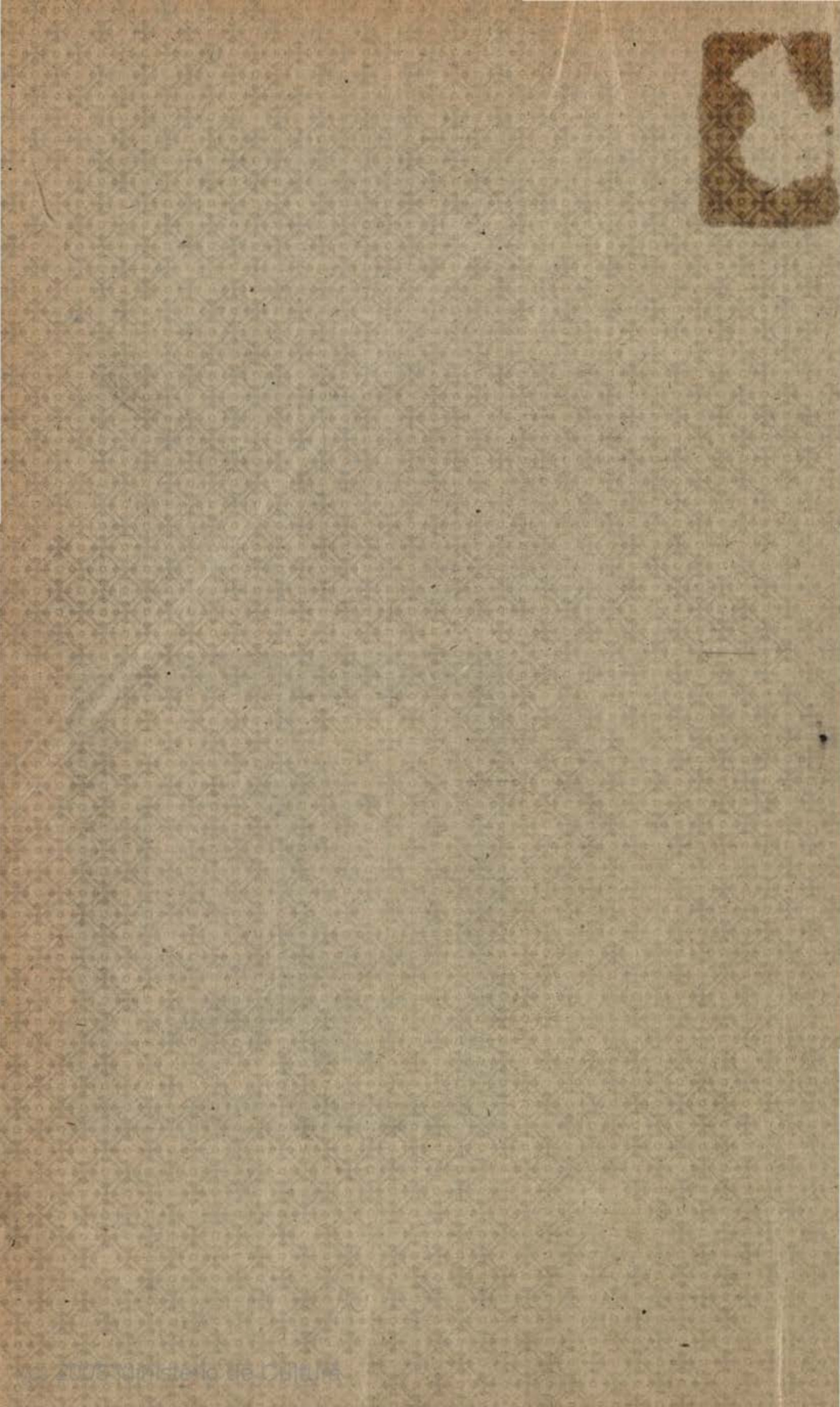



III
44 - 2
5



EPISODIOS NACIONALES

TOMO I

TRAFALGAR

LA CÓRTE DE CARLOS IV

Madrid 1882. Imp. y lit. de *La Guirnalda*, Pozas, 12.

EPISODIOS

NACIONALES

POR B. PEREZ GALDÓS

Edicion ilustrada por D. Enrique y D. Arturo Mélida

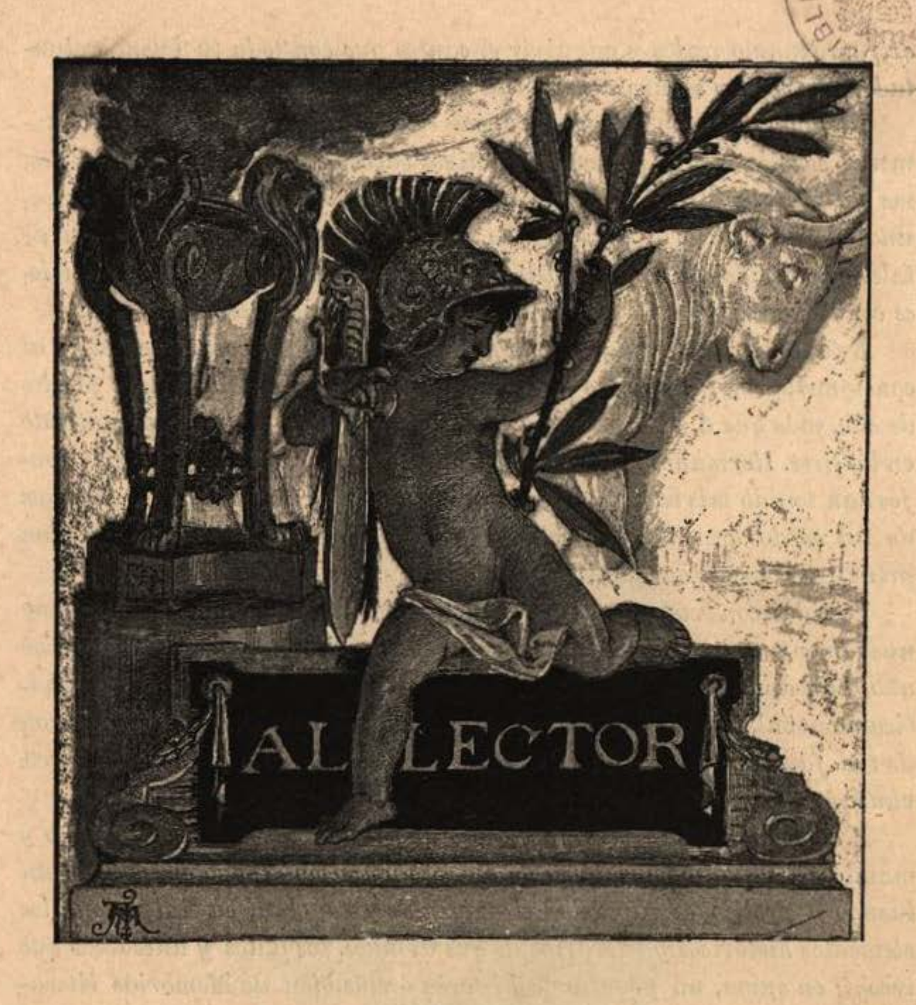
TOMO I



MADRID

Administracion de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES

CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO



Amigo y dueño: Antes de ser realidad estas veinte novelas; cuando no estaba escrita, ni áun bien pensada, la primera de ellas, y todo este trabajo de siete mil páginas era simplemente una ilusion de artista, consideré y resolví que los **Episodios Nacionales** *debian ser, tarde ó temprano, una obra ilustrada. La muchedumbre y variedad de tipos; lo pintoresco de los lugares; los accidentes sin número de la accion, compartida entre lo histórico y lo familiar; las escenas, ya verídicas ya imaginadas, que en todo el discurso de la obra habian de sucederse, eran grande motivo para que yo desconfiase de salir adelante con el pensamiento de esta dilatada narracion, si no venian en mi auxilio lápices hábiles que dieran al libro todo el vigor, todo el acento y el alma toda que para cumplir el supremo objeto de agradarte necesitaba. Hay obras á las cuales la ilustracion, por buena que sea, no añade nada. Esta, por el contrario, es de aquellas que, amparadas por el dibujo, pueden alcanzar*

extraordinario realce y adquirir encantos que con toda tu buena voluntad no hallarias seguramente en la simple lectura.

No habiendo sido posible verificar esta alianza preciosa en las primeras ediciones, que por varios motivos tuve siempre por provisionales, me estimulaba al trabajo la esperanza de ofrecerte, andando el tiempo, una edicion, como la presente, de forma hermosa y elegante, digna de tales ojos, y además completada con el TEXTO GRÁFICO *que, á mi juicio, es condicion casi intrínseca de los* **Episodios Nacionales.**

Esta esperanza, señor y amigo, ha llegado á ser cosa efectiva; y al consignarlo con alegría, no puedo ménos de atribuir el principal mérito de ello, más que á mi constancia, á la buena suerte de haber encontrado en los Sres. Hermanos Mélida colaboradores tan eficaces, que con sus dibujos han tenido mis letras una interpretacion superior á las letras mismas: de tal modo han igualado ellos aquí á los grandes artistas, cuyo don principal consiste en sublimar y enriquecer los asuntos.

Vestidos con magníficas galas, los **Episodios Nacionales** *salen hoy nuevamente á luz. Estos son aquellos veinte libritos que durante ocho años han andado por ahí, feos y desnudos, sin más atavío que la dalmática nacional, tan venerable como abigarrada. Humildes entónces, gozaron de tus favores; cortesanos ahora, se creen con derecho á obtener tu privanza.*

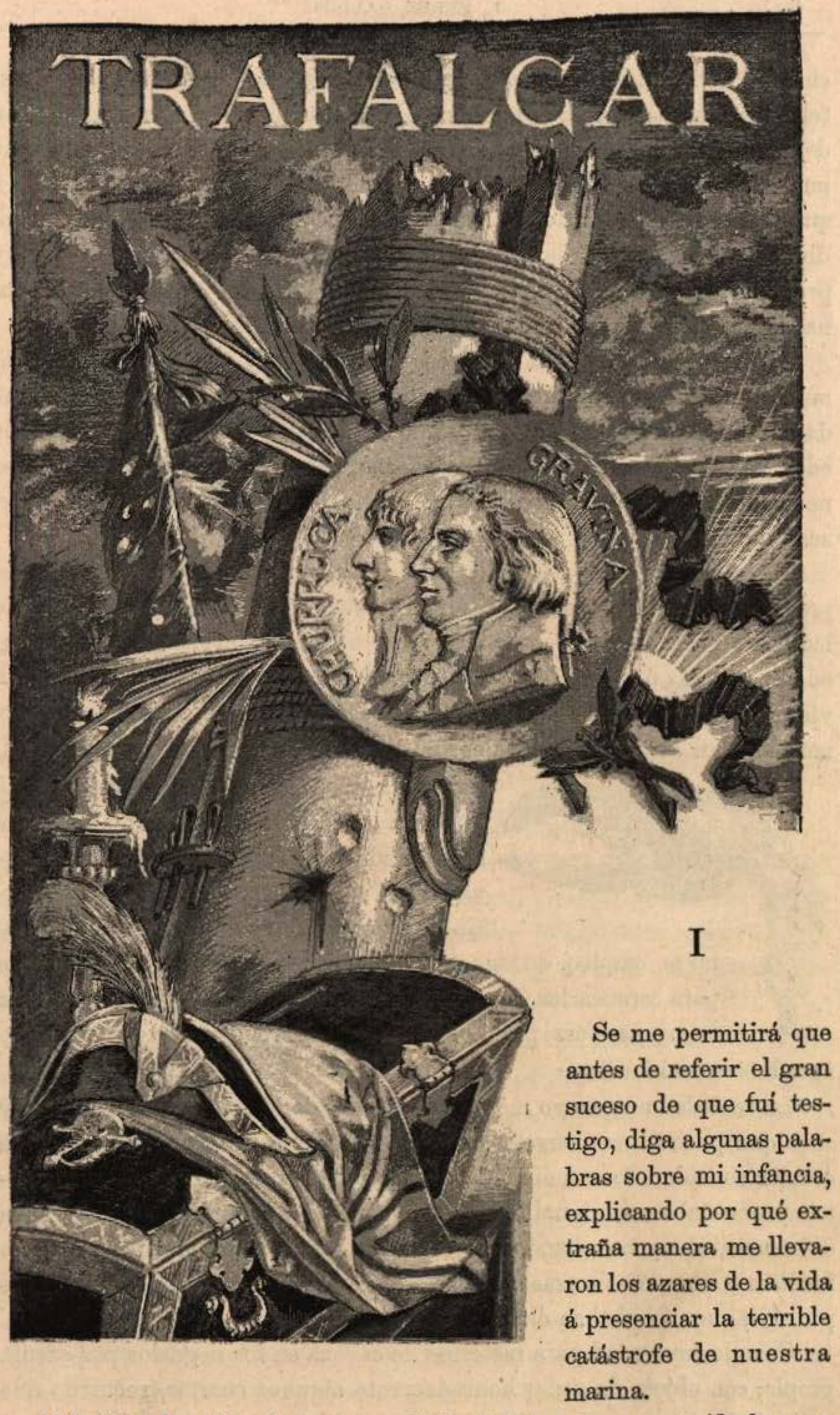
Y como nada hay más fastidioso que los prólogos largos, ordeno y mando, en obsequio tuyo, que este sea pequeñísimo. Tengo preparado un luengo y prolijo escrito sobre el orígen de esta obra, su intencion, los elementos históricos y literarios de que dispuse, los datos y anécdotas que recogí; en suma, un poquito de historia ó más bien de Memorias literarias, con la añadidura de algunos desahogos sobre la novela contemporánea. Pero echando de ver que estas cosas interesan medianamente y caen mejor en postdata que en prólogo, me las guardo para el fin de la obra, donde podrá verlas, leerlas y gozarlas el que absolutamente no tenga otra cosa que hacer.

La brevedad de mi Prefacio me da derecho á tu gratitud. Por los contínuos favores que me dispensas, la mia es muy grande.

B. Perez Galdós

Madrid, Marzo de 1881.


TRAFALGAR



I

Se me permitirá que antes de referir el gran suceso de que fuí testigo, diga algunas palabras sobre mi infancia, explicando por qué extraña manera me llevaron los azares de la vida á presenciar la terrible catástrofe de nuestra marina.

Al hablar de mi nacimiento, no imitaré á la mayor parte de los que

cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela, las más veces noble, siempre hidalga por lo ménos, si no se dicen descendientes del mismo Emperador de Trapisonda. Yo, en esta parte, no puedo adornar mi libro con sonoros apellidos, y fuera de mi madre, á quien conocí por poco tiempo, no tengo noticia de ninguno de mis ascendientes, si no es de Adan, cuyo parentesco me parece indiscutible. Doy principio, pues, á mi historia como Pablos, el buscon de Segovia: afortunadamente Dios ha querido que en esto solo nos parezcamos.

Yo nací en Cádiz, y en el famoso barrio de la Viña, que no es hoy, ni ménos era entónces, academia de buenas costumbres. La memoria no me da luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez, sino desde la edad de seis años, y si recuerdo esta fecha, es porque la asocio á un suceso naval de que oí hablar entónces, el combate del cabo de San Vicente, acaecido en 1797.

Dirigiendo una mirada hácia lo que fué, con la curiosidad y el interés propios de quien se observa, imágen confusa y borrosa, en el cuadro de las cosas pasadas, me veo jugando en la Caleta con otros chicos de mi edad poco más ó ménos. Aquello era para mí la vida entera; más aún, la vida normal de nuestra privilegiada especie; y los que no vivian como yo, me parecian séres excepcionales del humano linaje; pues en mi infantil inocencia y desconocimiento del mundo yo tenia la creencia de que el hombre habia sido criado para la mar, habiéndole asignado la Providencia, como supremo ejercicio de su cuerpo, la natacion, y como constante empleo de su espíritu el buscar y coger cangrejos, ya para arrancarles y vender sus estimadas bocas, que llaman de la Isla, ya para propia satisfaccion y regalo, mezclando así lo agradable con lo útil.

La sociedad en que yo me crié era, pues, de lo más rudo, insipiente y soéz que puede imaginarse, hasta tal punto, que los chicos de la Caleta éramos considerados como más canallas que los que ejercian igual industria y desafiaban con igual brio los elementos en Puntales; merced á cuya diferencia, uno y otro bando nos considerábamos como rivales, y á veces medíamos nuestras fuerzas en la Puerta de Tierra con grandes y ruidosas pedreas, que manchaban el suelo de heróica sangre.

Cuando tuve edad para meterme de cabeza en los negocios por cuenta propia, con objeto de ganar honradamente algunos cuartos, recuerdo que lucí mi travesura en el muelle, sirviendo de introductor de embajadores á

los muchos ingleses que entónces como ahora nos visitaban. El muelle era una escuela ateniense para despavilarse en pocos años, y yo no fuí de los alumnos ménos aprovechados en aquel vasto ramo del saber humano, así como tampoco dejé de sobresalir en el merodeo de la fruta, para lo cual ofrecia ancho campo á nuestra iniciativa y altas especulaciones la plaza de San Juan de Dios. Pero quiero poner punto en esta parte de mi historia, pues hoy recuerdo con vergüenza tan grande envilecimiento, y doy gracias á Dios de que me librara pronto de él, llevándome por más noble camino.



Entre las impresiones que conservo, está muy fijo en mi memoria el placer entusiasta que me causaba la vista de los barcos de guerra, cuando se fondeaban frente á Cádiz ó en San Fernando. Como nunca pude satisfacer mi curiosidad, viendo de cerca aquellas formidables máquinas, yo me las representaba de un modo fantástico y absurdo, suponiéndolas llenas de misterios.

Afanosos por imitar las grandes cosas de los hombres, los chicos hacíamos tambien nuestras escuadras, con pequeñas naves, rudamente talladas, á que poníamos velas de papel ó trapo, marinándolas con mucha decision y seriedad en cualquier charco de Puntales ó la Caleta. Para que todo fuera completo, cuando venia algun cuarto á nuestras manos por cualquiera de las vías industriales que nos eran propias, comprábamos pólvora en casa de la tia Coscoja de la calle del Torno de Santa María, y con este ingrediente hacíamos una completa fiesta naval. Nuestras flotas se lanzaban á tomar viento en Océanos de tres varas de ancho, disparaban sus piezas de caña, se chocaban remedando sangrientos abordajes, en que se batia con gloria su imaginaria tripulacion; cubríalas el humo, dejando ver las banderas, hechas con el primer trapo de color encontrado en los

basureros; y en tanto nosotros bailábamos de regocijo en la costa, al estruendo de la artillería, figurándonos ser las naciones á que correspondian aquellos barcos, y creyendo que en el mundo de los hombres y de



las cosas grandes, las naciones bailarian lo mismo, presenciando la victoria de sus queridas escuadras. Los chicos ven todo de un modo singular.

Aquella era época de grandes combates navales, pues habia uno cada año, y alguna escaramuza cada mes. Yo me figuraba que las escuadras se batian unas con otras pura y simplemente porque les daba la gana, ó con objeto de probar su valor, como dos guapos que se citan fuera de puertas para darse de navajazos. Me rio recordando mis extravagantes ideas respecto á las cosas de aquel tiempo. Oia hablar mucho de Napoleon, ¿y cómo creen ustedes que yo me lo figuraba? Pues nada ménos que igual en todo á los contrabandistas que, procedentes del campo de Gibraltar, se veian en el barrio de la Viña con harta frecuencia; me lo figuraba caballero en un potro jerezano, con su manta, polainas, sombrero de fieltro y el correspondiente trabuco. Segun mis ideas, con este pergenio y seguido de otros aventureros del mismo empaque, aquel hombre, que todos pintaban como extraordinario, conquistaba la Europa, es decir, una gran isla, dentro de la cual estaban otras islas, que eran las naciones, á saber: Inglaterra, Génova, Lóndres, Francia, Malta, la tierra del Moro, América, Gibraltar, Mahon, Rusia, Tolon, etc. Yo habia formado esta geografía á mi antojo,

segun las procedencias más frecuentes de los barcos, con cuyos pasajeros hacia algun trato; y no necesito decir que entre todas estas naciones ó islas, España era la mejorcita, por lo cual los ingleses, unos á modo de salteadores de caminos, querian cogérsela para sí. Hablando de esto y otros asuntos diplomáticos, yo y mis colegas de la Caleta decíamos mil frases inspiradas en el más ardiente patriotismo.

Pero no quiero cansar al lector con pormenores que sólo se refieren á mis particulares impresiones, y voy á concluir de hablar de mí. El único sér que compensaba la miseria de mi existencia con un desinteresado afecto, era mi madre. Sólo recuerdo de ella que era muy hermosa, ó al ménos á mí me lo parecia. Desde que quedó viuda se mantenia y me mantenia lavando y componiendo la ropa de algunos marineros. Su amor por mí debia de ser muy grande. Caí gravemente enfermo de la fiebre amarilla que entónces asolaba á Andalucía, y cuando me puse bueno, me llevó como en procesion á oir misa á la catedral vieja, por cuyo pavimento me hizo andar de rodillas más de una hora, y en el mismo retablo en que la oimos, puso, en calidad de ex-voto, un niño de cera que yo creí mi perfecto retrato.

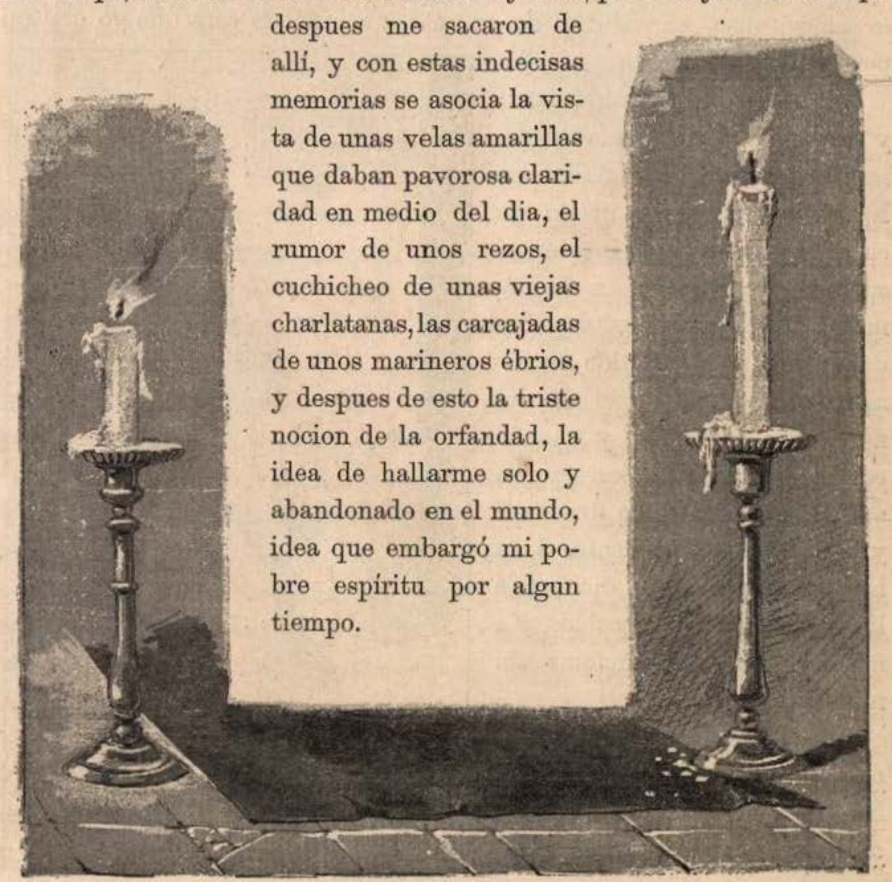


Mi madre tenia un hermano, y si aquella era buena, éste era malo y muy cruel por añadidura. No puedo recordar á mi tio sin espanto, y por algunos incidentes sueltos que conservo en la memoria, colijo que aquel hombre debió de haber cometido un crimen en la época á que me refiero. Era marinero, y cuando estaba en Cádiz y en tierra, venia á casa borracho como una cuba y nos trataba fieramente, á su hermana de palabra, diciéndole los más horrendos vocablos, y á mí de obra, castigándome sin motivo.

Mi madre debió padecer mucho con las atrocidades de su hermano, y esto, unido al trabajo tan penoso como mezquinamente

retribuido, aceleró su fin, el cual dejó indeleble impresion en mi espíritu, aunque mi memoria puede hoy apreciarlo sólo de un modo vago.

En aquella edad de miseria y vagancia, yo no me ocupaba más que en jugar junto á la mar ó en correr por las calles. Mis únicas contrariedades eran las que pudieran ocasionarme un bofeton de mi tio, un regaño de mi madre ó cualquier contratiempo en la organizacion de mis escuadras. Mi espíritu no habia conocido aún ninguna emocion fuerte y verdaderamente honda, hasta que la pérdida de mi madre me presentó la vida humana bajo un aspecto muy distinto del que hasta entónces habia tenido para mí. Por eso la impresion sentida no se ha borrado nunca de mi alma. Transcurridos tantos años, recuerdo aún, como se recuerdan las medrosas imágenes de un mal sueño, que mi madre yacia postrada con no sé qué padecimiento; recuerdo haber visto entrar en casa unas mujeres, cuyos nombres y condicion no puedo decir; recuerdo oir lamentos de dolor y sentirme yo mismo en los brazos de mi madre; recuerdo tambien, refiriéndolo á todo mi cuerpo, el contacto de unas manos muy frias, pero muy frias. Creo que despues me sacaron de allí, y con estas indecisas memorias se asocia la vista de unas velas amarillas que daban pavorosa claridad en medio del dia, el rumor de unos rezos, el cuchicheo de unas viejas charlatanas, las carcajadas de unos marineros ébrios, y despues de esto la triste nocion de la orfandad, la idea de hallarme solo y abandonado en el mundo, idea que embargó mi pobre espíritu por algun tiempo.



No tengo presente lo que hizo mi tio en aquellos dias. Sólo sé que sus crueldades conmigo se redoblaron hasta tal punto, que cansándome de sus malos tratos, me evadí de la casa deseoso de buscar fortuna. Me fuí á San Fernando, de allí á Puerto-Real. Juntéme con la gente más perdida de aquellas playas, fecundas en héroes de encrucijada, y no sé cómo ni por qué motivo fuí á parar con ellos á Medinasidonia, donde hallándonos cierto dia en una taberna se presentaron algunos soldados de marina que hacian la leva, y nos desbandamos, refugiándose cada cual donde pudo. Mi buena estrella me llevó á cierta casa, cuyos dueños se apiadaron de mí, mostrándome gran interés, sin duda por el relato que de rodillas, bañado en lágrimas y con ademan suplicante, hice de mi triste estado, de mi vida, y sobre todo de mis desgracias.

Aquellos señores me tomaron bajo su proteccion, librándome de la leva, y desde entónces quedé á su servicio. Con ellos me trasladé á Vejer de la Frontera, lugar de su residencia, pues sólo estaban de paso en Medinasidonia.

Mis ángeles tutelares fueron D. Alonso Gutierrez de Cisniega, capitan de navío, retirado del servicio, y su mujer, ambos de avanzada edad. Enseñáronme muchas cosas que no sabia, y como me tomaran cariño, al poco tiempo adquirí la plaza de paje del Sr. D. Alonso, al cual acompañaba en su paseo diario, pues el buen inválido no movia el brazo derecho y con mucho trabajo la pierna correspondiente. No sé qué hallaron en mí para despertar su interés. Sin duda mis pocos años, mi orfandad y tambien la docilidad con que les obedecia, fueron parte á merecer una benevolencia á que he vivido siempre profundamente agradecido. Hay que añadir á las causas de aquel cariño, aunque me esté mal el decirlo, que yo, no obstante haber



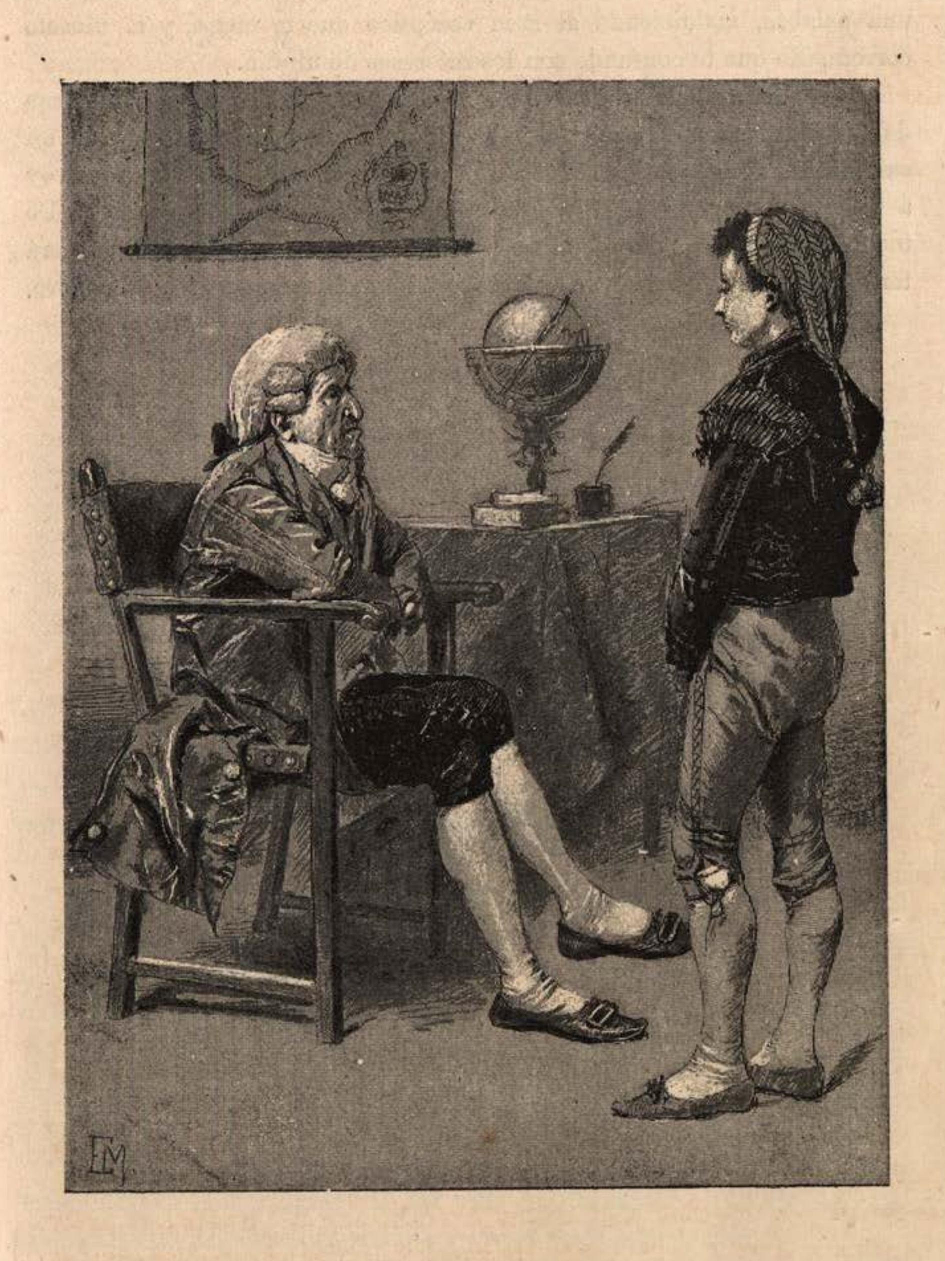
D. Alonso Gutierrez de Cisniega.

vivido hasta entónces en contacto con la más desarrapada canalla, tenia cierta cultura ó delicadeza ingénita que en poco tiempo me hizo cambiar de modales, hasta el punto de que algunos años despues, á pesar de la falta de todo estudio, estaba en disposicion de poder pasar por persona bien nacida.

Cuatro años hacia que estaba en la casa cuando ocurrió lo que voy á referir. No me exija el lector una exactitud que no es posible, tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia, cuando cercano á mi fin, despues de una larga y muy trabajosa vida, siento que el hielo de la senectud entorpece mi mano al manejar la pluma, mientras el entendimiento aterido intenta engañarse, buscando en el regalo de dulces ó ardientes memorias un pasajero rejuvenecimiento. Como aquellos viejos verdes que creen despertar su voluptuosidad dormida engañando los sentidos con la contemplacion de hermosuras pintadas, así intentaré dar interés y lozanía á los mústios pensamientos de mi ancianidad, recalentándolos con la representacion artificiosa de antiguas grandezas.

Y el efecto es inmediato. ¡Maravillosa supercheria de la imaginacion! Como quien repasa hojas hace tiempo dobladas de un libro que se leyó, así miro con curiosidad y asombro los años que fueron; y mientras dura el embeleso de esta contemplacion, parece que un génio amigo viene y me quita de encima la pesadumbre de los años, aligerando la carga de mi ancianidad, que tanto agobia el cuerpo como el alma. Esta sangre, tibio y perezoso humor que hoy apenas presta escasa animacion á mi caduco organismo, se enardece, se agita, circula, bulle, corre y palpita en mis venas con acelerada pulsacion. Parece que en mi cerebro entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma á mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero que, esclareciendo la oscura cueva, da á conocer las maravillas de la geología tan de repente, que parece que las crea. Y al mismo tiempo mi corazon, muerto para las grandes sensaciones, se levanta, Lázaro llamado por voz divina, y se me sacude en el pecho, causándome á la vez dolor y alegría.

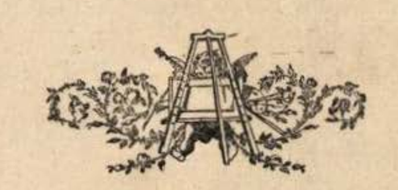
Soy jóven; el tiempo no ha pasado; tengo frente á mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces ó terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías así como las grandes penas, asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos, domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período comprendido entre 1805 y 1834. Cercano al sepulcro



Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria! En cambio yo aún puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega, y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un dia.

A este sentimiento consagré mi edad viril, y á él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndole por génio tutelar ó ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fué de mi existencia real. Muchas cosas voy á contar. ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles!... De todo esto diré alguna cosa, si no os falta la paciencia. Mi relato no será tan bello como debiera, pero haré todo lo posible para que sea verdadero.



II



EN uno de los primeros dias de Octubre de aquel año funesto (1805), mi noble amo me llamó á su cuarto, y mirándome con su habitual severidad (cualidad tan sólo aparente, pues su carácter era sumamente blando), me dijo:

—Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

No supe al principio qué contestar, porque, á decir verdad, en mis catorce años de vida no se me habia presentado aún ocasion de asombrar al mundo con ningun hecho heróico; pero el oirme llamar *hombre* me llenó de orgullo, y pareciéndome al mismo tiempo indecoroso negar mi valor ante persona que lo tenia en tan alto grado, contesté con pueril arrogancia:

—Sí, mi amo, soy hombre de valor.

Entónces aquel insigne varon, que habia derramado su sangre en cien combates gloriosos, sin que por esto se desdeñara de tratar confiadamente á su leal criado, sonrió ante mí, hízome seña de que me sentara, y ya iba á poner en mi conocimiento alguna importante resolucion, cuando su esposa y mi ama doña Francisca entró de súbito en el despacho para dar mayor interés á la conferencia, y comenzó á hablar destempladamente en estos términos:

—No, no irás... te aseguro que no irás á la escuadra. ¡Pues no faltaba más!... ¡Á tus años y cuando te has retirado del servicio por viejo!... ¡Ay, Alonsito, has llegado á los setenta y ya no estás para fiestas!

Me parece que aún estoy viendo á aquella respetable cuanto iracunda señora con su gran papalina, su saya de organdí, sus rizos blancos y su lunar peludo á un lado de la barba. Cito estos cuatro detalles heterogéneos porque sin ellos no puede representársela mi memoria. Era una mujer

hermosa en la vejez, como la Santa Ana de Murillo; y su belleza respetable habria sido perfecta y la comparacion con la madre de la Vírgen exacta, si mi ama hubiera sido muda como una pintura.

D. Alonso, algo acobardado como de costumbre, siempre que la oia, le contestó:

—Necesito ir, Paquita. Segun la carta que acabo de recibir de ese buen Churruca, la escuadra combinada debe, ó salir de Cádiz provocando el combate con los ingleses, ó esperarles en la bahía, si se atreven á entrar. De todos modos la cosa va á ser sonada.

—Bueno, me alegro—repuso doña Francisca.—Ahí están Gravina, Valdés, Cisneros, Churruca, Alcalá Galiano y Álava. Que machaquen duro sobre esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo, que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo, que te dislocaron en el cabo de San Vicente.

Mi amo movió el brazo izquierdo con un gesto académico y militar para probar que lo tenia expedito. Pero doña Francisca, no convencida con tan endeble argumento, continuó chillando en estos términos:

—No, no irás á la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú. Si tuvieras cuarenta años como cuando fuiste á la tierra del Fuego y me trajiste aquellos collares verdes de los Indios... Pero ahora... Ya sé yo que ese calzonazos de Marcial te ha calentado los cascos anoche y esta mañana, hablándote de batallas. Me parece que el Sr. Marcial y yo tenemos que reñir... Vuélvase él á los barcos si quiere, para que le quiten la pierna que le queda... ¡Oh, San José bendito! Si en mis quince hubiera sabido yo lo que era la gente de mar... ¡Qué tormento! ¡Ni un dia de reposo! Se casa una para vivir con su marido, y á lo mejor viene un despacho de Madrid que en dos palotadas me lo manda qué sé yo á dónde, á la Patagonia, al Japon ó al mismo Infierno. Está una diez ó doce meses sin verle, y al fin, si no se le comen los señores salvajes, vuelve hecho una miseria, tan enfermo y amarillo que no sabe una qué hacer para volverle á su color natural... Pero pájaro viejo no entra en jaula, y de repente viene otro despachito de Madrid... Vaya usted á Tolon, á Brest, á Nápoles, acá ó acullá, donde le da la gana al bribonazo del Primer Cónsul... ¡Ah! si todos hicieran lo que yo digo, qué pronto las pagaria todas juntas ese caballerito, que trae tan revuelto al mundo!

Mi amo miró sonriendo una mala estampa clavada en la pared y que, torpemente iluminada por ignoto artista, representaba al Emperador Napoleon, caballero en un corcel verde, con el célebre redingote embadurnado de bermellon. Sin duda la impresion que dejó en mí aquella obra

de arte, que contemplé durante cuatro años, fué causa de que modificara mis ideas respecto al traje de contrabandista del grande hombre, y en lo sucesivo me lo representé vestido de cardenal y montado en un caballo verde.

—Esto no es vivir—continuó doña Francisca agitando los brazos.—Dios me perdone, pero aborrezco el mar, aunque dicen que es una de sus mejores obras. ¡No sé para qué sirve la Santa Inquisicion si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero vengan acá y díganme: ¿Para qué es eso de estarse arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas, que si se quiebran, arrojan al mar centenares de infelices? ¿No es esto tentar á Dios? ¡Y estos hombres se vuelven locos cuando oyen un cañonazo! ¡Bonita gracia! Á mí se me extremecen las carnes cuando los oigo, y si todos pensaran como yo, no habria más guerras en el mar... y todos los cañones se convertirian en campanas. Mira, Alonso—añadió deteniéndose ante su marido,—me parece que ya os han derrotado bastantes veces. ¿Quereis otra? Tú y esos otros tan locos como tú, ¿no estais satisfechos despues de la del 14? (*)

D. Alonso apretó los puños al oir aquel triste recuerdo, y no profirió un juramento de marino, por respeto á su mujer, á quien consideraba mucho.

—La culpa de tu obstinacion en ir á la escuadra,—añadió la dama cada vez más furiosa,—la tiene el picaron de Marcial, ese endiablado marinero, que debia haberse ahogado cien veces, y cien veces se ha salvado para tormento mio. Si él quiere volver á embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo de ménos y sus cincuenta heridas, que vaya en buen hora, y Dios quiera que no vuelva á parecer por aquí...; pero tú no irás, Alonso, tú no irás, porque estás enfermo y porque has servido bastante al Rey, quien por cierto te ha recompensado muy mal; y yo que tú, le tiraria á la cara al señor Generalísimo de mar y tierra los galones de capitan de navío que tienes desde hace diez años... Á fé que debian haberte hecho almirante cuando ménos, que harto lo merecias cuando fuiste á la expedicion de Africa y me trajiste aquellas cuentas azules, que con los collares de los Indios me sirvieron para adornar la urna de la Vírgen del Cármen.

—Sea ó no almirante, yo debo ir á la escuadra, Paquita—dijo mi amo.—Yo no puedo faltar á ese combate. Tengo que cobrar á los ingleses cierta cuenta atrasada.

(*) Así se llamaba al combate del Cabo de San Vicente.

—Bueno estás tú para cobrar estas cuentas—contestó mi ama,—un hombre enfermo y medio baldado...

—Gabriel irá conmigo—añadió D. Alonso, mirándome de un modo que infundia valor.



... cuentas azules, que con los collares de los Indios me sirvieron para adornar la urna de la Vírgen.

Yo hice un gesto que indicaba mi conformidad con tan heróico proyecto; pero cuidé de que no me viera doña Francisca, la cual me habria hecho notar el irresistible peso de su mano si observara mis disposiciones belicosas.

Esta, al ver que su esposo parecia resuelto, se enfureció más; juró que

si volviera á nacer no se casaria con ningun marino; dijo mil pestes del Emperador, de nuestro amado Rey, del Príncipe de la Paz, de todos los signatarios del tratado de subsidios, y terminó asegurando al valiente marino que Dios le castigaria por su insensata temeridad.

Durante el diálogo que he referido, sin responder de su exactitud, pues sólo me fundo en vagos recuerdos, una tos récia y perruna, resonando en la habitacion inmediata, anunciaba que Marcial, el marinero viejo, oia desde muy cerca la ardiente declamacion de mi ama, que le habia citado bastantes veces con comentarios poco benévolos. Deseoso de tomar parte en la conversacion, para lo cual le autorizaba la confianza que tenia en la casa, abrió la puerta y se presentó en el cuarto de mi amo.

Antes de pasar adelante, quiero dar de éste algunas noticias, así como de su hidalga consorte, para mejor conocimiento de lo que va á pasar.



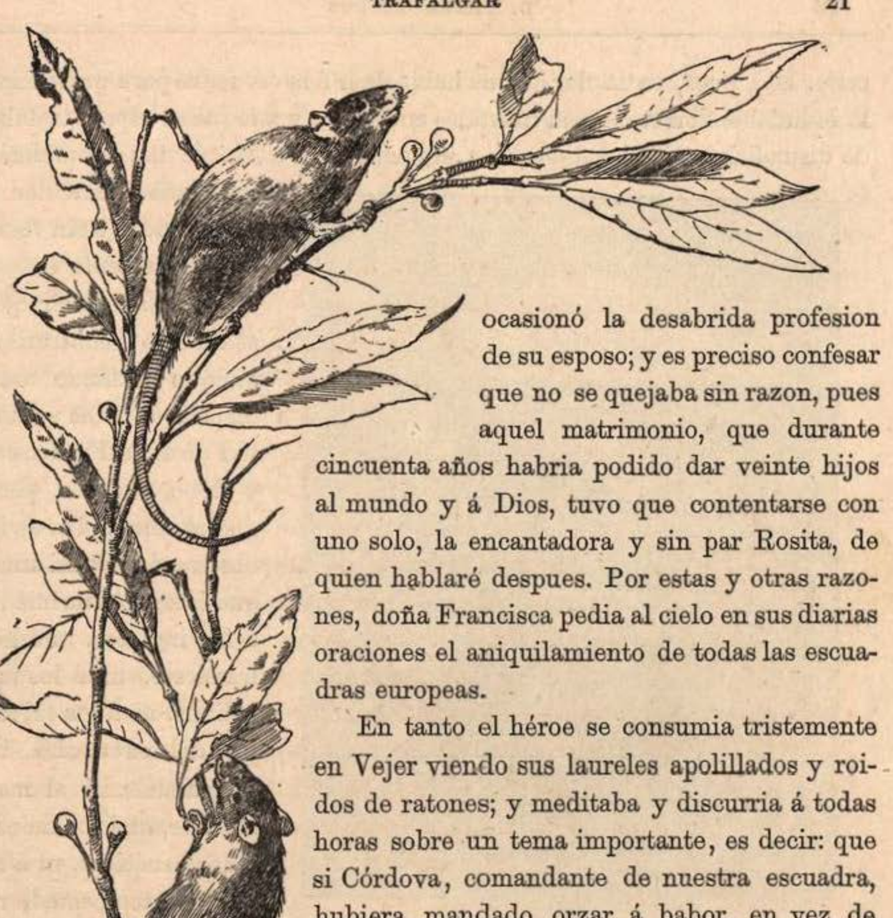
III



on Alonso Gutierrez de Cisniega pertenecia á una antigua familia del mismo Vejer. Consagráronle á la carrera naval, y desde su juventud, siendo guardia marina, se distinguió honrosamente en el ataque que los ingleses dirigieron contra la Habana en 1748. Formó parte de la expedicion que salió de Cartagena contra Argel en 1775, y tambien se halló en el ataque de Gibraltar por el duque de Crillon en 1782. Embarcóse más tarde para la expedicion al estrecho de Magallanes en la corbeta *Santa María de la Cabeza*, que mandaba D. Antonio de Córdova; tambien se halló en los gloriosos combates que sostuvo la escuadra anglo-española contra la francesa delante de Tolon en 1793, y, por último, terminó su gloriosa carrera en el desastroso encuentro del cabo de San Vicente, mandando el navío *Mejicano*, uno de los que tuvieron que rendirse.

Desde entónces mi amo, que no habia ascendido conforme á su trabajosa y dilatada carrera, se retiró del servicio. De resultas de las heridas recibidas en aquella triste jornada, cayó enfermo del cuerpo, y más gravemente del alma, á consecuencia del pesar de la derrota. Curábale su esposa con amor, aunque no sin gritos, pues el maldecir á la marina y á los navegantes era en su boca tan habitual como los dulces nombres de Jesús y María en boca de un devoto.

Era doña Francisca una señora excelente, ejemplar, de noble orígen, devota y temerosa de Dios, como todas las hembras de aquel tiempo, caritativa y discreta, pero con el más arisco y endemoniado génio que he conocido en mi vida. Francamente, yo no considero como ingénito aquel iracundo temperamento, sino antes bien creado por los disgustos que la



ocasionó la desabrida profesion de su esposo; y es preciso confesar que no se quejaba sin razon, pues aquel matrimonio, que durante cincuenta años habria podido dar veinte hijos al mundo y á Dios, tuvo que contentarse con uno solo, la encantadora y sin par Rosita, de quien hablaré despues. Por estas y otras razones, doña Francisca pedia al cielo en sus diarias oraciones el aniquilamiento de todas las escuadras europeas.

En tanto el héroe se consumia tristemente en Vejer viendo sus laureles apolillados y roidos de ratones; y meditaba y discurria á todas horas sobre un tema importante, es decir: que si Córdova, comandante de nuestra escuadra, hubiera mandado orzar á babor, en vez de ordenar la maniobra á estribor, los navíos *Mejicano, San José, San Nicolás* y *San Isidro* no habrian caido en poder de los ingleses, y el almirante inglés Jerwis habria sido derrotado. Su mujer, Marcial, hasta yo mismo, extralimitándome en mis atribuciones, le decíamos que la cosa no tenia duda, á ver si dándonos por convencidos, se templaba el vivo ardor de su manía; pero ni por esas: su manía le acompañó al sepulcro.

Pasaron ocho años despues de aquel desastre, y la noticia de que la escuadra combinada iba á tener un encuentro decisivo con los ingleses, produjo en él cierta excitacion que parecia rejuvene-

cerle. Dió, pues, en la flor de que habia de ir á la escuadra para presenciar la indudable derrota de sus mortales enemigos; y aunque su esposa trataba de disuadirle, como he dicho, era imposible desviarle de tan estrafalario propósito. Para dar á comprender cuán fuerte y vehemente era su deseo, basta decir que se atrevia á contrariar, aunque evitando toda disputa, la firme voluntad de doña Francisca; y debo advertir, para que se tenga idea de la obstinacion de mi amo, que éste no tenia miedo á los ingleses, ni á los franceses, ni á los argelinos, ni á los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irritado, ni á los mónstruos acuáticos, ni á la ruidosa tempestad, ni al cielo, ni á la tierra; no tenia miedo á cosa alguna creada por Dios, más que á su bendita mujer.



Doña Francisca.

Réstame hablar ahora del marinero Marcial, objeto del ódio más vivo por parte de doña Francisca, pero cariñosa y fraternalmente amado por mi amo D. Alonso, con quien habia servido.

Marcial (nunca supe su apellido), llamado entre los marineros Medio-hombre, habia sido contramaestre en los barcos de guerra durante cuarenta años. En la época de mi narracion la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse. Figúrense ustedes, señores mios, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado á cercen más abajo del codo, un ojo ménos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones y con desórden trazados por armas enemigas de diferentes clases, con la tez morena y curtida como la de todos los marinos viejos, con una voz ronca, hueca y perezosa, que no se parecia á la de ningun habitante racional de tierra firme, y podrán formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace

deplorar la sequedad de mi paleta, pues á fé que merece ser pintado por el más diestro retratista. No puedo decir si su aspecto hacia reir ó imponia respeto: creo que ambas cosas á la vez, y segun como se le mirase.

Puede decirse que su vida era la historia de la marina española en la última parte del siglo pasado y principios del presente, historia en cuyas páginas las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas. Marcial habia navegado en el *Conde de Regla*, en el *San Joaquin*, en el *Real Cárlos*, en el *Trinidad*, y otros heróicos y desgraciados barcos que, al perecer derrotados con honra ó destruidos por la alevosía, sumergieron con sus viejas tablas el poderío naval de España. Además de las campañas en que tomó parte con mi amo, Medio-hombre habia asistido á otras muchas, tales como la expedicion á la Martinica, la accion de Finisterre y antes al terrible episodio del Estrecho, en la noche del 12 de Julio de 1801, y al combate del cabo de Santa María, en 5 de Octubre de 1804.



Marcial.

Á la edad de sesenta y seis años se retiró del servicio, mas no por falta de brios, sino porque ya se hallaba completamente desarbolado y fuera de combate. Él y mi amo eran en tierra dos buenos amigos, y como la hija única del contramaestre se hallase casada con un antiguo criado de la casa, resultando de esta union un nieto, Medio-hombre se decidió á echar para siempre el ancla como un viejo ponton inútil para la guerra, y hasta llegó á hacerse la ilusion de que le gustaba la paz. Bastaba verle, para comprender que el empleo más difícil que podia darse á aquel resto glorioso de un héroe era el de cuidar chiquillos; y en efecto, Marcial no hacia otra cosa que cargar, distraer y

dormir á su nieto, para cuya faena le bastaban sus canciones marineras sazonadas con algun juramento, propio del oficio.

Mas al saber que la escuadra combinada se apercibia para un gran combate, sintió renacer en su pecho el amortiguado entusiasmo, y soñó que se hallaba mandando la marinería en el alcázar de proa del *Santísima Trinidad*. Como notase en D. Alonso iguales síntomas de recrudecimiento, se franqueó con él, y desde entónces pasaban gran parte del dia y de la noche comunicándose, así las noticias recibidas como las propias sensaciones, refiriendo hechos pasados, haciendo conjeturas sobre los venideros y soñando despiertos como dos grumetes que en íntima confidencia calculan el modo de llegar á almirantes.

En estas encerronas, que traian á doña Francisca muy alarmada, nació el proyecto de embarcarse en la escuadra para presenciar el próximo combate. Ya saben ustedes la opinion de mi ama y las mil picardías que dijo del marinero embaucador; ya saben que D. Alonso insistia en poner en ejecucion tan atrevido pensamiento, acompañado de su paje, y ahora me resta referir lo que todos dijeron cuando Marcial se presentó á defender la guerra contra el vergonzoso *statu quo* de doña Francisca.



IV

Señor Marcial—dijo ésta con redoblado furor;—si quiere usted ir á la escuadra á que le den la última mano, puede ir cuando quiera; pero lo que es éste no irá.

—Bueno—contestó el marinero, que se habia sentado en el borde de una silla, ocupando sólo el espacio necesario para sostenerse;—iré yo solo. El Demonio me lleve, si me quedo sin echar el catalejo á la fiesta.

Despues añadió con expresion de júbilo:

—Tenemos quince navíos, y los francesitos veinticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto... ¡Cuarenta buques y mucho corazon embarcado!

Como se comunica el fuego de una mecha á otra que está cercana, así el entusiasmo que irradió del ojo de Marcial, encendió los dos, ya por la edad amortiguados, de mi buen amo.

—Pero el *Señorito*—continuó Medio-hombre,—traerá muchos tambien. Así me gustan á mí las funciones; mucha madera donde mandar balas, y mucho *jumo* de pólvora que caliente el aire cuando hace frio.

Se me habia olvidado decir que Marcial, como casi todos los marinos, usaba un vocabulario formado por los más peregrinos terminachos, pues es costumbre en la gente de mar de todos los países desfigurar la lengua pátria hasta convertirla en caricatura. Observando la mayor parte de las voces usadas por los navegantes, se ve que son simplemente corruptelas de las palabras más comunes, adaptadas á su temperamento arrebatado y enérgico, siempre propenso á abreviar todas las funciones de la vida, y

especialmente el lenguaje. Oyéndoles hablar, me ha parecido á veces que la lengua es un órgano que les estorba.

Marcial, como digo, convertia los nombres en verbos, y éstos en nombres sin consultar con la Academia. Asimismo aplicaba el vocabulario de la navegacion á todos los actos de la vida, tendiendo siempre á asimilar el navío con el hombre, en virtud de una forzada analogía entre las partes de aquél y los miembros de éste. Por ejemplo, hablando de la pérdida de su ojo, decia que habia cerrado el *portalon de estribor*, y para expresar la rotura del brazo, decia que se habia quedado sin la *serviola de babor*. Para él el corazon, residencia del valor y del heroismo, era el *pañol de la pólvora*, así como el estómago, el *pañol del viscocho*. Al ménos estas frases las entendian los marineros; pero habia otras, hijas de su propia inventiva filológica, que eran de él solo conocidas y en todo su valor apreciadas. ¿Quién podria comprender lo que significaban *patigurbiar*, *chingurria* y otros feroces nombres del mismo jaez? Yo creo, aunque no lo aseguro, que con el primero significaba dudar y con el segundo tristeza. La accion de embriagarse la denominaba de mil maneras distintas, y entre estas la más comun era *ponerse la casaca*, idiotismo cuyo sentido no hallarán mis lectores, si no les explico que, habiéndole merecido los marinos ingleses el dictado de *casacones*, sin duda á causa de su uniforme, al decir *ponerse la casaca* por emborracharse, queria significar Marcial una accion comun y corriente entre sus enemigos. Á los almirantes extranjeros les llamaba con estrafalarios nombres, ya creados por él, ya traducidos á su manera, fijándose en semejanzas de sonido. Á Nelson le llamaba el *Señorito*, voz que indicaba cierta consideracion ó respeto; á Collingwood el *tio Calambre*, frase que á él le parecia exacta traduccion del inglés; á Jerwis le nombraba como los mismos ingleses, esto es, *viejo zorro*; á Calder el *tio Perol*, porque encontraba mucha relacion entre las dos voces, y siguiendo un sistema lingüístico enteramente opuesto, designaba á Villeneuve, jefe de la escuadra combinada, con el apodo de *Monsieur Corneta*, nombre tomado de un sainete á cuya representacion asistió Marcial en Cádiz. En fin, tales eran los disparates que salian de su boca, que me veré obligado, para evitar explicaciones enojosas, á sustituir sus frases con las usuales, cuando refiera las conversaciones que de él recuerdo.

Sigamos ahora. Doña Francisca, haciéndose cruces, dijo así:

—¡Cuarenta navíos! Eso es tentar á la Divina Providencia. ¡Jesús! y lo ménos tendrán cuarenta mil cañones, para que estos enemigos se maten unos á otros!

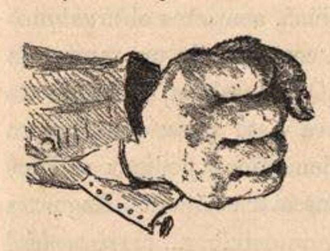
—Lo que es como Mr. Corneta tenga bien provistos los pañoles de la

pólvora—contestó Marcial señalando al corazon,—ya se van á reir esos señores casacones. No será esta como la del cabo de San Vicente.

—Hay que tener en cuenta—dijo mi amo con placer, viendo mencionado su tema favorito,—que si el almirante Córdova hubiera mandado virar á babor á los navíos *San José* y *Mejicano*, el Sr. de Jerwis no se habria llamado *lord conde de San Vicente*. De eso estoy bien seguro, y tengo datos para asegurar que con la maniobra á babor, hubiéramos salido victoriosos.

—¡Victoriosos!—exclamó con desden doña Francisca.—Si pueden ellos más... Estos bravucones parece que se quieren comer el mundo, y en cuanto salen al mar parece que no tienen bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

—¡No!—dijo Medio-hombre enérgicamente y cerrando el puño con gesto amenazador.—Si no fuera por sus muchas astucias y picardías... Nosotros vamos siempre contra ellos con el alma á un largo, pues, con nobleza, bandera izada y manos limpias. El inglés no se *larguea*, y siempre ataca por sorpresa, buscando las aguas malas y las horas de cerrazon. Así fué la del Estrecho, que nos tienen que pagar. Nosotros navegábamos confiados, porque ni de perros herejes moros se teme la traicion, *cuantimás* de un inglés que es *civil* y al modo de cristiano. Pero no: el que ataca á traicion no es cristiano, sino un salteador de caminos. Figúrese usted, señora—añadió dirigiéndose á doña Francisca para obtener su benevolencia,—que salimos de Cádiz para auxiliar á la escuadra francesa que se habia refugiado en Algeciras, perseguida por los ingleses. Hace de esto cuatro años, y *entavía* tengo tal coraje que la sangre se me emborbota cuando lo recuerdo. Yo iba en el *Real Cárlos*, de 112 cañones, que mandaba Ezguerra, y además llevábamos el *San Hermenegildo*, de 112 tambien, el *San Fernando*, el *Argonauta*, el *San Agustin* y la fragata *Sabina*. Unidos con la escuadra francesa, que tenia cuatro navíos, tres fragatas y un bergantin, salimos de Algeciras para Cádiz á las doce del dia; y como el tiempo era flojo, nos anocheció más acá de punta Carnero. La noche estaba más negra que un barril de chapapote; pero como el tiempo era bueno, no nos importaba navegar á oscuras. Casi toda la tripulacion dormia: me acuerdo que estaba yo en el castillo de proa hablando con mi primo Pepe Débora, que me contaba las perradas de su suegra, y desde allí ví las luces del *San Hermenegildo*, que navegaba á estribor como á tiro de cañon. Los demás



barcos iban delante. *Pusque* lo que ménos creíamos era que los casacones habian salido de Gibraltar tras de nosotros y nos daban caza; ¿ni cómo los habíamos de ver, si tenian apagadas las luces y se nos acercaban sin que nos percatáramos de ello? De repente, y *anque* la noche estaba muy oscura, me pareció ver... yo siempre he tenido un *farol* como un lince... me pareció que un barco pasaba entre nosotros y el *San Hermenegildo.* —José Débora—dije á mi compañero,—ó yo estoy viendo *pantasmas*, ó tenemos un barco inglés por estribor.

José Débora miró y me dijo:

—Que el palo mayor se caiga por la fogonadura y me parta si hay por estribor más barco que el *San Hermenegildo.*

—Pues por sí ó por no—dije,—voy á avisarle al oficial que está de cuarto.

No habia acabado de decirlo, cuando pataplús... sentimos el *musiqueo* de toda una andanada que nos soplaron por el costado. En un minuto la tripulacion se levantó... cada uno á su puesto. ¡Qué batahola, señora Doña Francisca! Me alegrara de que usted lo hubiera visto para que supiera cómo son estas cosas. Todos jurábamos como demonios y pedíamos á Dios que nos pusiera un cañon en cada dedo para contestar al ataque. Ezguerra subió al alcázar y mandó disparar la andanada de estribor... *¡zapataplús!* La andanada de estribor disparó en seguida, y al poco rato nos contestaron... Pero en aquella trapisonda no vimos que con el primer disparo nos habian soplado á bordo unas endiabladas materias *comestibles* (combustibles queria decir), que cayeron sobre el buque como si estuviera lloviendo fuego. Al ver que ardia nuestro navío se nos redobló la rabia y cargamos de nuevo la andanada, y otra, y otra. ¡Ah, señora doña Francisca! ¡Bonito se puso aquello!... Nuestro comandante mandó meter sobre estribor para atacar al abordaje al buque enemigo. Aquí te quiero ver... yo estaba en mis glorias... En un guiñar del ojo preparamos las hachas y picas para el abordaje.. el barco enemigo se nos venia encima, lo cual me *encabrilló* (me alegró) el alma, porque así nos enredaríamos más pronto... Mete, mete á estribor... ¡qué julepe! Principiaba á amanecer: ya los penoles se besaban, ya estaban dispuestos los grupos, cuando oimos juramentos españoles á bordo del buque enemigo. Entónces nos quedamos todos tiesos de espanto, porque vimos que el barco con que nos batíamos era el mismo *San Hermenegildo.*

—Eso sí que estuvo bueno—dijo doña Francisca mostrando algun interés en la narracion.—¿Y cómo fueron tan burros que uno y otro...?

—Diré á usted; no tuvimos tiempo de andar con palabreo. El fuego del

Real Cárlos se pasó al *San Hermenegildo*, y entónces...¡Vírgen del Cármen, la que se armó! Á las lanchas! gritaron muchos. El fuego estaba ya ras con ras con la *Santa Bárbara*, y esta señora no se anda con bromas... Nosotros jurábamos, gritábamos, insultando á Dios, á la Vírgen y á todos los santos, porque así parece que se desahoga uno cuando está lleno de coraje hasta la escotilla.

—¡Jesús, María y José! ¡qué horror!—exclamó mi ama.—¿Y se salvaron?

—Nos salvamos cuarenta en la falúa y seis ó siete en el chinchorro; estos recogieron al segundo del *San Hermenegildo*. José Débora se aferró á un pedazo de palo y arribó más muerto que vivo á las playas de Marruecos.

—¿Y los demás?

—Los demás... la mar es grande y en ella cabe mucha gente. Dos mil hombres *apagaron fuegos* (murieron) aquel dia, entre ellos nuestro comandante Ezguerra, y Emparan, el del otro barco.

—Válgame Dios—dijo doña Francisca.—Aunque bien empleado les está, por andarse en esos juegos. Si se estuvieran quietecitos en sus casas como Dios manda...

—Pues la causa de este desastre—dijo don Alonso, que gustaba de interesar á su mujer en tan dramáticos sucesos,—fué la siguiente: Los ingleses, validos de la oscuridad de la noche, dispusieron que el navío *Soberbio*, el más ligero de los que traian, apagara sus luces y se colocara entre nuestros dos hermosos barcos. Así lo hizo, disparó sus dos andanadas y viró en redondo con mucha presteza para librarse de la contestacion. El *Real Cárlos* y el *San Hermenegildo*, viéndose atacados inesperadamente, hicieron fuego; pero se estuvieron batiendo el uno contra el otro hasta que cerca del amanecer y estando á punto de abordarse, se reconocieron y ocurrió lo que tan detalladamente te ha contado Marcial.



La mar es grande.

—¡Oh! ¡y qué bien os la jugaron!—dijo la dama.—Estuvo bueno, aunque eso no es de gente noble.

—Qué ha de ser—añadió Medio-hombre.—Entónces yo no los queria bien; pero *dende* esa noche... Si están ellos en el Cielo, no quiero ir al Cielo: *manque* me condene para toda la *enternidad*.

—¿Pues y la captura de las cuatro fragatas que venian del Rio de la Plata?—dijo D. Alonso animando á Marcial para que continuara sus narraciones.

—Tambien en esa me encontré—contestó el marino,—y allí me dejaron sin pierna. Tambien entónces nos cogieron desprevenidos, y como estábamos en tiempo de paz, nosotros navegábamos muy tranquilos, contando ya las horas que nos faltaban para llegar, cuando de repente... Le diré á usted cómo fué, señora doña Francisca, para que vea las mañas de esa gente. Despues de lo del Estrecho, me embarqué en la *Fama* para Montevideo, y ya hacia mucho tiempo que estábamos allí, cuando el jefe de la escuadra recibió órden de traer á España los caudales de Lima y Buenos Aires. El viaje fué muy bueno, y no tuvimos más percance que unas calenturillas, que no mataron ni tanto así de hombre... Traíamos mucho dinero del Rey y de particulares, y tambien lo que llamamos la *caja de soldadas*, que son los ahorrillos de la tropa que sirve en las Américas. Por junto, si no me engaño, eran cosa de cinco millones de pesos, como quien no dice nada, y además traíamos pieles de lobo, lana de vicuña, cascarilla, barras de estaño y cobre, y maderas finas... Pues señor, despues de cincuenta dias de navegacion, el 5 de Octubre, vimos tierra, y ya contábamos entrar en Cádiz al dia siguiente, cuando cátate que hácia el Nordeste se nos presentan cuatro señoras fragatas. *Anque* estábamos en tiempo de paz, y nuestro capitan, D. Miguel de Zapiain, parecia no tener maldito recelo, yo, que soy perro viejo en la mar, llamé á Débora y le dije que el tiempo me olia á pólvora... Bueno; cuando las fragatas inglesas estuvieron cerca, el general mandó hacer zafarrancho: la *Fama* iba delante, y al poco rato nos encontramos á tiro de pistola de una de las inglesas por barlovento.

Entónces el capitan inglés nos habló con su bocina y nos dijo... ¡pues mire usted que me gustó la franqueza!... nos dijo que nos pusiéramos en facha porque nos iba á atacar. Hizo mil preguntas: pero le dijimos que no nos daba la gana de contestar. Á todo esto, las otras tres fragatas enemigas se habian acercado á las nuestras de tal manera que cada una de las inglesas tenia otra española por el costado de sotavento.

—Su posicion no podia ser mejor—dijo mi amo.

—Eso digo yo—continuó Marcial.—El jefe de nuestra escuadra, D. José Bustamante, anduvo poco listo, que si hubiera sido yo... Pues señor, el *comodon* (queria decir el comodoro) inglés envió á bordo de la *Medea* un oficialillo de estos de cola de abadejo, el cual, sin andarse en chiquitas, dijo que *anque* no estaba declarada la guerra, el *comodon* tenia órden de apresarnos. Esto sí que se llama ser inglés. El combate empezó al poco rato; nuestra fragata recibió la primera andanada por babor; se le contestó al saludo, y cañonazo va, cañonazo viene... lo cierto del caso es que no metimos en un puño á aquellos herejes *por mor* de que el Demonio fué y pegó fuego á la Santa Bárbara de la *Mercedes*, que se voló en un suspiro y todos con este suceso nos afligimos tanto, sintiéndonos tan apocados...! no por falta de valor, sino por aquello que dicen... en *la moral*... pues... *denque* el mismo momento nos vimos perdidos. Nuestra fragata tenia las velas con más agujeros que capa vieja, los cabos rotos, cinco piés de agua en bodega, el palo de mesana tendido, tres balazos á flor de agua y bastantes muertos y heridos. Á pesar de esto seguíamos la *cuchipanda* con el inglés; pero cuando vimos que la *Medea* y la *Clara*, no pudiendo resistir la chamusquina, arriaban bandera, forzamos de vela y nos retiramos defendiéndonos como podíamos. La maldita fragata inglesa nos daba caza y como era más velera que la nuestra, no pudimos zafarnos y tuvimos tambien que arriar el trapo á las tres de la tarde, cuando ya nos habian matado mucha gente, y yo estaba medio muerto sobre el sollao porque á una bala le dió la gana de quitarme mi pierna. Aquellos condenados nos llevaron á Inglaterra, no como presos, sino como detenidos; pero, carta va, carta viene entre Lóndres y Madrid, lo cierto es que se quedaron con el dinero, y me parece que cuando á mí me nazca otra pierna entónces el Rey de España les verá la punta del pelo á los cinco millones de pesos.

—¡Pobre hombre!... ¿y entónces perdiste la pierna?—le dijo compasivamente doña Francisca.

—Sí señora; los ingleses, sabiendo que yo no era bailarin, creyeron que tenia bastante con una. En la travesía me curaron bien: en un pueblo que llaman *Plinmuf* (Plymouth) estuve seis meses en el ponton con el petate liado y la patente para el otro mundo en el bolsillo... Pero Dios quiso que no me fuera á pique tan pronto; un físico inglés me puso esta pierna de palo, que es mejor que la otra, porque aquella me dolia de la condenada reuma, y esta, á Dios gracias, no duele aunque la echen una descarga de metralla. En cuanto á dureza creo que la tiene, *anque entavía* no se me ha puesto delante la popa de ningun inglés para probarla.

—Muy bravo estás—dijo mi ama:—quiera Dios no pierdas tambien la otra. El que busca el peligro...

Concluida la relacion de Marcial, se trabó de nuevo la disputa sobre si mi amo iria ó no á la escuadra. Persistia doña Francisca en la negativa, y D. Alonso, que en presencia de su digna esposa era manso como un cordero, buscaba pretextos y alegaba toda clase de razones para convencerla.

—Pero iremos sólo á ver, mujer; nada más que á ver,—decia el héroe con mirada suplicante.

—Dejémonos de fiestas—le contestaba su mujer.—Buen par de esperpentos estais los dos.

—La escuadra combinada—dijo Marcial,—se quedará en Cádiz, y ellos tratarán de forzar la entrada.

—Pues entónces—añadió mi ama—pueden ver la funcion desde la muralla de Cádiz; pero lo que es en los barquitos... Digo que no y que no, Alonso. En cuarenta años de casados no me has visto enojada (la veia todos los dias); pero ahora te juro que si vas á la escuadra... haz cuenta de que Paquita no existe para tí.

—¡Mujer!—exclamó con afliccion mi amo.—¡Y he de morirme sin tener ese gusto!

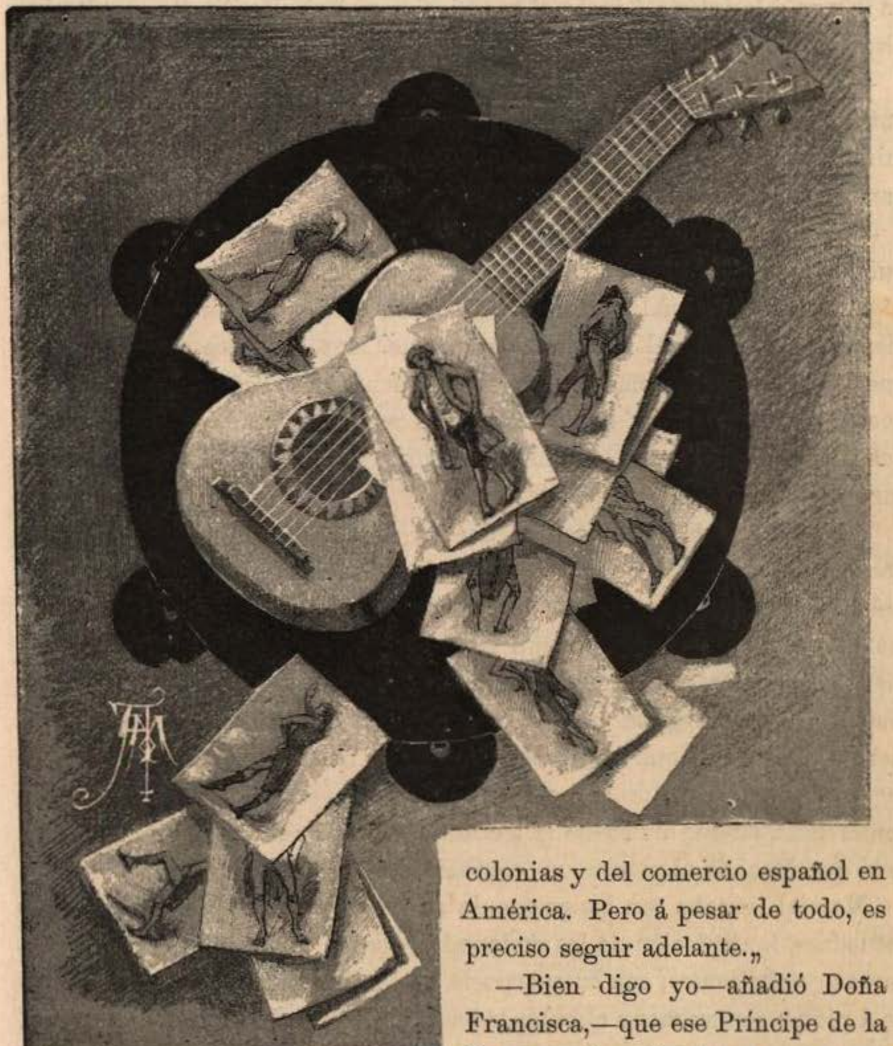
—¡Bonito gusto, hombre de Dios! Ver cómo se matan esos locos! Si el Rey de las Españas me hiciera caso, mandaria á paseo á los ingleses y les diria: "Mis vasallos queridos no están aquí para que ustedes se diviertan con ellos. Métanse ustedes en faena unos con otros, si quieren juego." ¿Qué creen ustedes? Yo, aunque tonta, bien sé lo que hay aquí, y es que el Primer Cónsul, Emperador, Sultan ó lo que sea, quiere acometer á los ingleses, y como no tiene hombres de alma para el caso, ha embaucado á nuestro buen Rey para que le preste los suyos, y la verdad es que nos está fastidiando con sus guerras marítimas. Díganme ustedes, ¿á España qué le va ni le viene en esto? ¿Por qué ha de estar todos los dias cañonazo y más cañonazo por una simpleza? Antes de esas picardías que Marcial ha contado, ¿qué daño nos habian hecho los ingleses? ¡Ah, si hicieran caso de lo que yo digo, el señor de Bonaparte armaria la guerra solo, ó si no que no la armara!

—Es verdad—dijo mi amo—que la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño, pues si algun provecho resulta es para nuestra aliada, mientras todos los desastres son para nosotros.

—Entónces, tontos rematados, ¿para qué se os calientan las pajarillas con esta guerra?

—El honor de nuestra nacion está empeñado—contestó D. Alonso,—y

una vez metidos en la danza, seria una mengua volver atrás. Cuando estuve el mes pasado en Cádiz en el bautizo de la hija de mi primo, me decia Churruca: "Esta alianza con Francia y el maldito tratado de San Ildefonso, que por la astucia de Bonaparte y la debilidad de Godoy se ha convertido en tratado de subsidios, serán nuestra ruina, serán la ruina de nuestra escuadra, si Dios no lo remedia, y por tanto la ruina de nuestras



colonias y del comercio español en América. Pero á pesar de todo, es preciso seguir adelante."

—Bien digo yo—añadió Doña Francisca,—que ese Príncipe de la Paz se está metiendo en cosas que no entiende. Y a se ve un ¡hombre sin estudios! Mi hermano el arcediano, que es partidario del Príncipe Fernando, dice que ese Sr. Godoy es un alma de cántaro, y que no ha estudiado latin ni teología, pues todo su saber se reduce á tocar la guitarra y á conocer los veintidos modos de

bailar la gavota. Parece que por su linda cara le han hecho primer ministro. Así andan las cosas de España: luego hambre y más hambre... todo tan caro... la fiebre amarilla asolando á Andalucía... Está esto bonito, sí señor... Y de ello tienen ustedes la culpa—continuó engrosando la voz y poniéndose muy encarnada—sí señor, ustedes que ofenden á Dios matando tanta gente; ustedes, que si en vez de meterse en esos endiablados barcos, se fueran á la iglesia á rezar el rosario, no andaria Patillas tan suelto por España, haciendo diabluras.

—Tú irás á Cádiz tambien—dijo D. Alonso, ansioso de despertar el entusiasmo en el pecho de su mujer;—irás á casa de Flora, y desde el mirador podrás ver cómodamente el combate, el humo, los fogonazos, las banderas... Esto es muy bonito.

—¡Gracias, gracias! Me caeria muerta de miedo. Aquí nos estaremos quietos, que el que busca el peligro en él perece.

Así terminó aquel diálogo, cuyos pormenores he conservado en mi memoria, á pesar del tiempo transcurrido. Mas acontece con frecuencia que los hechos muy remotos y correspondientes á nuestra infancia permanecen grabados en la imaginacion con mayor fijeza que los presenciados en edad madura, y cuando predomina sobre todas las facultades la razon.

Aquella noche D. Alonso y Marcial siguieron conferenciando en los pocos ratos que la recelosa doña Francisca les dejaba solos. Cuando ésta fué á la parroquia para asistir á la novena, segun su piadosa costumbre, los dos marinos respiraron con libertad como escolares bulliciosos que pierden de vista al maestro. Encerráronse en el despacho, sacaron unos mapas y los estuvieron examinando con gran atencion; luego leyeron ciertos papeles en que habia apuntados los nombres de muchos barcos ingleses con la cifra de sus cañones y tripulantes, y durante su calurosa conferencia, en que alternaba la lectura con los más enérgicos comentarios, noté que ideaban el plan de un combate naval.

Marcial imitaba con los gestos de su brazo y medio la marcha de las escuadras, la explosion de las andanadas; con su cabeza el balance de los barcos combatientes; con su cuerpo la caida de costado del buque que se va á pique; con su mano el subir y bajar de las banderas de señal; con un ligero silbido el mando del contramaestre; con los porrazos de su pié de palo contra el suelo el estruendo del cañon; con su lengua estropajosa los juramentos y singulares voces del combate; y como mi amo le secundase en esta tarea con la mayor gravedad, quise yo tambien echar mi cuarto á espadas, alentado por el ejemplo, y dando natural desahogo á esa necesi-

dad devoradora de meter ruido que domina el temperamento de los chicos con absoluto imperio.

Sin poderme contener, viendo el entusiasmo de los dos marinos, comencé á dar vueltas por la habitacion, pues la confianza con que por mi amo era tratado me autorizaba á ello; remedé con la cabeza y los brazos la disposicion de una nave que ciñe el viento, y al mismo tiempo proferia, ahuecando la voz, los retumbates monosílabos que más se parecen al ruido de un cañonazo, tales como ¡bum, bum, bum!... Mi respetable amo, el mutilado marinero, tan niños como yo en aquella ocasion, no pararon mientes en lo que yo hacia, pues harto les preocupaban sus propios pensamientos. ¡Cuánto me he reido despues recordando aquella escena, y cuán cierto es, por lo que respecta á mis compañeros en aquel juego, que el entusiasmo de la ancianidad convierte á los viejos en niños, renovando las travesuras de la cuna al borde mismo del sepulcro!

Muy enfrascados estaban ellos en su conferencia, cuando sintieron los pasos de Doña Francisca que volvia de la novena.

—¡Que viene!—exclamó Marcial con terror.

Y al punto guardaron los planos, disimulando su excitacion, y pusiéronse á hablar de cosas indiferentes. Pero yo, bien porque la sangre juvenil no podia aplacarse fácilmente, bien porque no observé á tiempo la entrada de mi ama, seguí en medio del cuarto demostrando mi enajenacion con frases como esta, pronunciadas con el mayor desparpajo: ¡la mura á estribor!... ¡orza!... ¡la andanada de sotavento!... ¡fuego!... ¡bum, bum!... Ella se llegó á mí furiosa, y sin prévio aviso me descargó en la popa la andanada de su mano derecha con tan buena puntería que me hizo ver las estrellas.

—¡Tambien tú!—exclamó vapuleándome sin compasion.—Ya ves—añadió mirando á su marido con centelleantes ojos;—tú le enseñas á que pierda el respeto... ¿te has creido que estás todavía en la Caleta, pedazo de zascandil?

La zurra continuó en la forma siguiente: yo caminando á la cocina, lloroso y avergonzado, despues de arriada la bandera de mi dignidad y sin pensar en defenderme contra tan superior enemigo; Doña Francisca detrás dándome caza y poniendo á prueba mi pescuezo con los repetidos golpes de su mano. En la cocina eché el ancla y me puse á llorar considerando cuán mal habia concluido mi combate naval.

V



ARA oponerse á la insensata determinacion de su marido, doña Francisca no se fundaba sólo en las razones anteriormente expuestas; tenia, además de aquellas, otra poderosísima, que no indicó en el diálogo anterior, quizás por demasiado sabida.

Pero el lector no la sabe y voy á decírsela. Creo haber escrito que mis amos tenian una hija. Pues bien: esta hija se llamaba Rosita, de edad poco mayor que la mia, pues apenas pasaba de los quince años; y ya estaba concertado su matrimonio con un jóven oficial de artillería, llamado Malespina, de una familia de Medinasidonia, lejanamente emparentada con la de mi ama. Habíase fijado la boda para fin de Octubre, y ya se comprende que la ausencia del padre de la novia habria sido inconveniente en tan solemnes dias.

Voy á decir algo de mi señorita, de su novio, de sus amores, de su proyectado enlace y... ¡ay! aquí mis recuerdos toman un tinte melancólico, evocando en mi fantasía imágenes importunas y exóticas, como si vinieran de otro mundo, despertando en mi cansado pecho sensaciones que, á decir verdad, ignoro si traen á mi espíritu alegría ó tristeza. Estas ardientes memorias, que parecen agostarse hoy en mi cerebro, como flores tropicales trasplantadas al Norte helado, me hacen á veces reir, y á veces me hacen pensar.... Pero contemos, que el lector se cansa de reflexiones enojosas sobre lo que á un solo mortal interesa.

Rosita era lindísima. Recuerdo perfectamente su hermosura, aunque me seria muy difícil describir sus facciones. Parece que la veo sonreir delante de mí. La singular expresion de su rostro, á la de ningun otro

parecida, es para mí, por la claridad con que se ofrece á mi entendimiento, como una de esas nociones primitivas, que parece hemos traido de otro mundo, ó nos han sido infundidas por misterioso poder desde la cuna. Y sin embargo, no respondo de poderlo pintar, porque lo que fué real ha quedado como una idea indeterminada en mi cabeza y nada nos fascina tanto, así como nada se escapa tan sutilmente á toda apreciacion descriptiva, como un ideal querido.

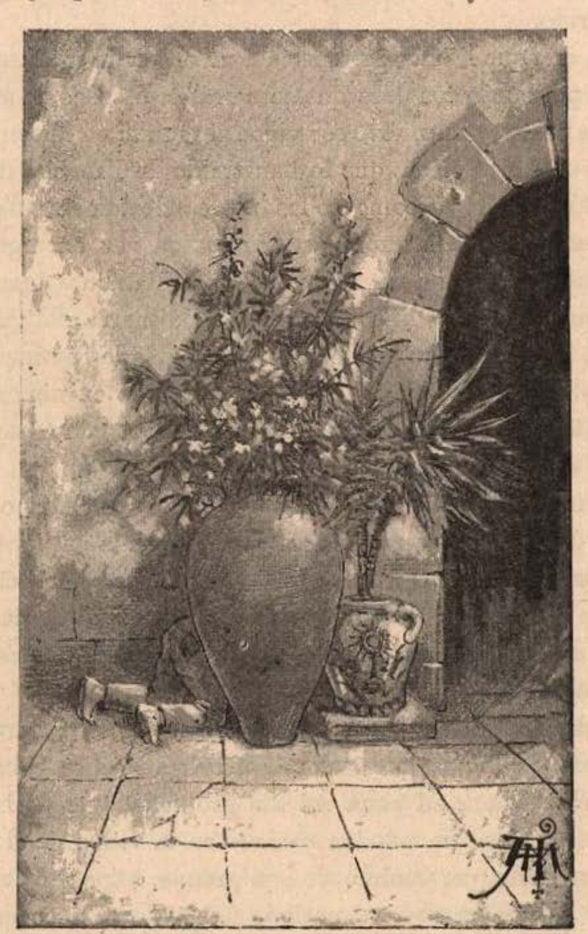
Al entrar en la casa, creí que Rosita pertenecia á un órden de criaturas superior. Explicaré mis pensamientos para que se admiren ustedes de mi simpleza. Cuando somos niños, y un nuevo sér viene al mundo en nuestra casa, las personas mayores nos dicen que le han traido de Francia, de Paris ó de Inglaterra. Engañado yo como todos acerca de tan singular modo de perpetuar la especie, creia que los niños venian por encargo, empaquetados en un cajoncito, como un fardo de quincalla. Pues bien, contemplando por primera vez á la hija de mis amos, discurrí que tan bella persona no podia haber venido de la fábrica de donde venimos todos, es decir, de Paris ó de Inglaterra, y me persuadí de la existencia de alguna region encantadora, donde artífices divinos sabian labrar tan hermosos ejemplares de la persona humana.

Como niños ambos, aunque de distinta condicion, pronto nos tratamos con la confianza propia de la edad, y mi mayor dicha consistia en jugar con ella, sufriendo todas sus impertinencias, que eran muchas, pues en nuestros juegos nunca se confundian las clases: ella era siempre señorita y yo siempre criado; así es que yo llevaba la peor parte, y si habia golpes, no es preciso indicar aquí quién los recibia.

Ir á buscarla al salir de la escuela para acompañarla á casa era mi sueño de oro; y cuando por alguna ocupacion imprevista se encargaba á otra persona tan dulce comision, mi pena era tan profunda, que yo la equiparaba á las mayores penas que pueden pasarse en la vida, siendo hombre, y decia: "Es imposible que cuando yo sea grande, experimente desgracia mayor." Subir por órden suya al naranjo del patio para coger los azahares de las más altas ramas, era para mí la mayor de las delicias, posicion ó preeminencia superior á la del mejor rey de la tierra subido en su trono de oro; y no recuerdo alborozo comparable al que me causaba obligándome á correr tras ella en ese divino é inmortal juego que llaman escondite. Si ella corria como una gacela, yo volaba como un pájaro para cogerla más pronto, asiéndola por la parte de su cuerpo que encontraba más á mano. Cuando se trocaban los papeles, cuando ella era la perseguidora y á mí me correspondia el ser cogido, se duplicaban las inocentes y

puras delicias de aquel juego sublime, y el paraje más oscuro y feo, donde yo, encogido y palpitante, esperaba la impresion de sus brazos ansiosos de estrecharme, era para mí un verdadero paraíso. Añadiré que jamás, durante aquellas escenas, tuve un pensamiento, una sensacion, que no emanara del más refinado idealismo.

¿Y qué diré de su canto? Desde muy niña acostumbraba á cantar el *ole* y las *cañas*, con la maestría de los ruiseñores, que lo saben todo en materia de música sin haber aprendido nada. Todos le alababan aquella habilidad y formaban corro para oirla; pero á mí me ofendian los aplausos de sus admiradores, y hubiera deseado que enmudeciera para los demás. Era aquel canto un gorjeo melancólico, aún modulado por su voz infantil. La nota, que repercutia sobre sí misma, enredándose y desenredándose, como un hilo sonoro, se perdia subiendo y se desvanecia alejándose para volver descendiendo con timbre grave. Parecia emitida por una avecilla, que se remontara primero al Cielo, y que despues volviera á cantar en nuestro propio oido. El alma, si se me permite emplear un símil vulgar, parecia que se alargaba siguiendo el sonido y se contraia despues retrocediendo ante él, pero siempre pendiente de la melodía y asociando la música á la hermosa cantora. Tan singular era el efecto, que para mí el oirla cantar, sobre todo en presencia de otras personas, era casi una mortificacion.



Teníamos la misma edad, poco más ó ménos, como he dicho, pues sólo

excedia la suya á la mia en unos ocho ó nueve meses. Pero yo era pequeñuelo y raquítico, mientras ella se desarrollaba con mucha lozanía, y así al cumplirse los tres años de mi residencia en la casa, ella parecia de mucha más edad que yo. Estos tres años se pasaron sin sospechar nosotros que íbamos creciendo, y nuestros juegos no se interrumpian, pues ella era más traviesa que yo, y su madre la reñia, procurando sujetarla y hacerla trabajar, lo que no siempre conseguia.

Al cabo de los tres años advertí que las formas de mi idolatrada señorita se ensanchaban y redondeaban completando la hermosura de su cuerpo: su rostro se puso más encendido, más lleno, más tibio; sus grandes ojos más vivos, si bien con la mirada ménos errátil y voluble; su andar más reposado, sus movimientos no sé si más ó ménos ligeros, pero ciertamente distintos, aunque no podia entónces ni puedo ahora apreciar en qué consistia la diferencia. Pero ninguno de estos accidentes me confundió tanto como la transformacion de su voz, que adquirió cierta sonora gravedad bien distinta de aquel travieso y alegre chillido con que me llamaba antes, trastornándome el juicio y obligándome á olvidar mis quehaceres, para acudir al juego. El capullo se convertia en rosa y la crisálida en mariposa.



Un dia mil veces funesto, mil veces lúgubre, mi amita se presentó ante mí con traje bajo. Aquella transfiguracion produjo en mí tal impresion que en todo el dia no hablé una palabra. Estaba sério, como un hombre que ha sido vilmente engañado, y mi enojo contra ella era tan grande, que en mis soliloquios probaba con fuertes razones que el rápido crecimiento de mi amita era una felonía. Se despertó en mí una secreta fiebre de raciocinio, y sobre aquel tema controvertia apasionadamente conmigo mismo en el silencio de mis insomnios. Lo que más me aturdia era ver que con unas cuantas varas de tela habia variado por completo su carácter. Aquel dia, mil veces desgraciado, me habló en tono ceremonioso, ordenándome

con gravedad y hasta con displicencia las cosas que ménos me gustaba hacer; y ella, que tantas veces fué cómplice y encubridora de mi holgazanería, me reprendia entónces por perezoso. ¡Y á todas estas ni una sonrisa, ni un salto, ni una monada, ni una veloz carrera, ni un poco de *ole*, ni esconderse de mí para que la buscara; ni fingirse enfadada para reirse despues, ni una disputilla, ni siquiera un pescozon con su blanda manecita! ¡Terribles crísis de la vida! ¡Ella se habia convertido en mujer y yo continuaba siendo niño!

No necesito decir que se acabaron los retozos y los juegos; ya no volví á subir al naranjo, cuyos azahares crecieron tranquilos, libres de mi enamorada rapacidad, desarrollando con lozanía sus hojas y con todo lujo su provocativo perfume; ya no corrimos más por el patio, ni hice más viajes á la escuela, para traerla á casa, tan orgulloso de mi comision que la hubiera defendido contra un ejército, si éste hubiera intentado quitármela. Desde entónces Rosita andaba con la mayor circunspeccion y gravedad; varias veces noté que al subir una escalera delante de mí, cuidaba de no mostrar ni una línea, ni una pulgada más arriba de su hermoso tobillo, y este sistema de fraudulenta ocultacion era una ofensa á la dignidad de aquel cuyos ojos habian visto algo más arriba. Ahora me rio considerando cómo se me partia el corazon con aquellas cosas.

Pero aún habian de ocurrir más terribles desventuras. Al año de su transformacion, la tia Martina, Rosario la cocinera, Marcial y otros personajes de la servidumbre, se ocupaban un dia de cierto grave asunto. Apliqué mi diligente oido y luego me enteré de que corrian rumores alarmantes: la señorita se iba á casar. La cosa era inaudita, porque yo no le conocia ningun novio. Pero entónces lo arreglaban todo los padres, y lo raro es que á veces no salia del todo mal.

Pues un jóven de gran familia pidió su mano, y mis amos se la concedieron. Este jóven vino á casa acompañado de sus padres, que eran una especie de condes ó marqueses, con un título retumbante. El pretendiente traia su uniforme de marina, en cuyo honroso cuerpo servia; pero á pesar de tan elegante jaez, tenia una facha muy poco agradable. Así debió parecerle á mi amita, pues desde un principio mostró repugnancia hácia aquella boda. Su madre trataba de convencerla; pero inútilmente, y le hacia la más acabada pintura de las buenas prendas del novio, de su alto linaje y grandes riquezas. La niña no se convencia, y á estas razones oponia otras muy cuerdas.

Pero la pícara se callaba lo principal, y lo principal era que tenia otro novio, á quien de veras amaba. Este otro era un oficial de artillería,

llamado D. Rafael Malespina, de muy buena presencia y gentil figura. Mi amita le habia conocido en la iglesia, y el pérfido amor se apoderó de ella, mientras rezaba; pues siempre fué el templo lugar muy á propósito, por su poético y misterioso recinto, para abrir de par en par al amor las puertas del alma. Malespina rondaba la casa, lo cual observé yo varias veces, y tanto se habló en Vejer de estos amores, que el otro lo supo, y se desafiaron. Mis amos supieron todo cuando llegó á casa la noticia de que Malespina habia herido mortalmente á su rival.

El escándalo fué grande. La religiosidad de mis amos se escandalizó tanto con aquel hecho, que no pudieron disimular su enojo, y Rosita fué la víctima principal. Pero pasaron meses y más meses, el herido curó, y como Malespina fuese tambien persona bien nacida y rica, se notó en la atmósfera política de la casa cierta tendencia ó barrunto de que el jóven D. Rafael iba á entrar en ella. Renunciaron al enlace los padres del herido, y en cambio el del vencedor se presentó en casa á pedir para su hijo la mano de mi querida amita. Despues de algunas dilaciones se la concedieron.

Me acuerdo de cuando fué allí el viejo Malespina. Era un señor muy seco y estirado, con una chupa de treinta colores, muchos colgajos en el reló, gran coleto, y una nariz muy larga y afilada, con la cual parecia olfatear á las personas que le sostenian la conversacion. Hablaba por los codos y no dejaba meter baza á los demás: él se lo decia todo, y no se podia elogiar cosa alguna, porque él salia diciendo que tenia otra mejor. Desde entónces le taché por hombre vanidoso y mentirosísimo como tuve ocasion de ver claramente más tarde. Mis amos le recibieron con agasajo, lo mismo que á su hijo, que con él venia. Desde entónces el novio siguió yendo á casa todos los dias, solo ó en compañía de su padre.


D. Rafael Malespina.

Nueva transformacion de mi amita. Su indiferencia hácia mí era tan marcada, que tocaba los límites del menosprecio. Entónces eché de ver claramente por primera vez, maldiciéndola, la humildad de mi condicion trataba de explicarme el derecho que tenian á la superioridad los que

realmente eran superiores, y me preguntaba, lleno de angustia, si era justo que otros fueran nobles y ricos y sábios, mientras yo tenia por abolengo la Caleta, por única fortuna mi persona y apenas sabia leer. Viendo la recompensa que tenia mi ardiente cariño, comprendí que á nada podria aspirar en el mundo, y sólo más tarde adquirí la firme conviccion de que un grande y constante esfuerzo mio me daria quizás todo aquello que no poseia.

En vista del despego con que ella me trataba, perdí la confianza; no me atrevia á desplegar los lábios en su presencia, y me infundia mucho más respeto que sus padres. Entre tanto, yo observaba con atencion los indicios del amor que la dominaba. Cuando él tardaba, yo la veia impaciente y triste: al menor rumor que indicase la aproximacion de alguno, se encendia su hermoso semblante, y sus negros ojos brillaban con ansiedad y esperanza. Si él entraba al fin, le era imposible á ella disimular su alegría, y luego se estaban charlando horas y más horas, siempre en presencia de doña Francisca, pues á mi señorita no se le consentian coloquios á solas ni por las rejas.



D. José Malespina.

Tambien habia correspondencia larga, y lo peor del caso es que yo era el correo de los dos amantes. ¡Aquello me daba una rabia...! Segun la consigna, yo salia á la plaza y allí encontraba, más puntual que un reló, al señorito Malespina, el cual me daba una esquela para entregarla á mi señorita. Cumplia mi encargo y ella me daba otra para llevarla á él. ¡Cuántas veces sentia tentaciones de quemar aquellas cartas, no llevándolas á su destino! Pero, por mi suerte, tuve serenidad para dominar tan feo propósito.

No necesito decir que yo odiaba á Malespina. Desde que le veia entrar sentia mi sangre enardecida, y siempre que me ordenaba algo, lo hacia con los peores modos posibles, deseoso de significarle mi alto enojo. Este despego, que á ellos les parecia mala crianza y á mí un arranque de entereza, propio de elevados corazones, me proporcionó algunas reprimendas, y sobre todo, dió orígen á una frase de mi señorita, que se me clavó

en el corazon como una dolorosa espina. En cierta ocasion le oí decir:
—Este chico está tan echado á perder, que será preciso mandarle fuera de casa.

Al fin se fijó el dia para la boda, y unos cuantos antes del señalado ocurrió lo que ya conté y el proyecto de mi amo. Por esto se comprenderá que doña Francisca tenia razones poderosas, además de la poca salud de su marido, para impedirle ir á la escuadra.



VI

Recuerdo muy bien que al dia siguiente de los pescozones que me aplicó doña Francisca, movida del espectáculo de mi irrevencia y de su profundo ódio á la guerra marítima, salí acompañando á mi amo en su paseo de medio dia. Él me daba el brazo, y á su lado iba Marcial: los tres caminábamos lentamente, conforme al flojo andar de D. Alonso y á la poca destreza de la pierna postiza del marinero. Parecia aquello una de esas procesiones en que marcha sobre vacilante palanquin un grupo de santos viejos y apolillados, que amenazan venirse al suelo en cuanto se acelere un poco el paso de los que les llevan. Los dos viejos no tenian expedito y vividor más que el corazon, que funcionaba como una máquina recien salida del taller. Era una aguja imantada, que á pesar de su fuerte potencia y exacto movimiento, no podia hacer navegar bien el casco viejo y averiado en que iba embarcada.

Durante el paseo, mi amo, despues de haber asegurado con su habitual aplomo que si el almirante Córdova, en vez de mandar virar á estribor hubiera mandado virar á babor, la batalla del 14 no se habria perdido, entabló la conversacion sobre el proyecto famoso, y aunque no dijeron claramente su propósito, sin duda por estar yo delante, comprendí por algunas palabras sueltas que trataban de ponerlo en ejecucion á cencerros tapados, marchándose de la casa lindamente una mañana, sin que mi ama lo advirtiese.

Regresamos á la casa y allí se habló de cosas muy distintas. Mi amo, que siempre era complaciente con su mujer, lo fué aquel dia más que

nunca. No decia doña Francisca cosa alguna, aunque fuera insignificante, sin que él lo celebrara con risas inoportunas. Hasta me parece que la regaló algunas fruslerías, demostrando en todos sus actos el deseo de tenerla contenta: sin duda por esta misma complacencia oficiosa mi ama estaba díscola y regañona cual nunca la habia yo visto. No era posible transaccion honrosa. Por no sé qué fútil motivo, riñó con Marcial, intimándole la inmediata salida de la casa; tambien dijo terribles cosas á su marido; y durante la comida, aunque éste celebraba todos los platos con desusado calor, la implacable dama no cesaba de gruñir.

Llegada la hora de rezar el rosario, acto solemne que se verificaba en el comedor con asistencia de todos los de la casa, mi amo, que otras veces solia dormirse, murmurando perezosamente los *Pater-noster*, lo cual le valia algunas reprimendas, estuvo aquella noche muy despavilado y rezó con verdadero empeño, haciendo que su voz se oyera entre todas las demás.

Otra cosa pasó que se me ha quedado muy presente. Las paredes de la casa estaban adornadas con dos clases de objetos: estampas de santos y mapas; la córte celestial por un lado, y todos los derroteros de Europa y América por otro. Despues de comer, mi amo estaba en la galería contemplando una carta de navegacion, y recorria con su vacilante dedo las líneas, cuando doña Francisca, que algo sospechaba del proyecto de escapatoria, y además ponia el grito en el Cielo siempre que sorprendia á su marido en flagrante delito de entusiasmo náutico, llegó por detrás y abriendo los brazos exclamó:

—¡Hombre de Dios! Cuando digo que tú me andas buscando... Pues te juro que si me buscas, me encontrarás.

—Pero mujer—repuso temblando mi amo,—estaba aquí mirando el derrotero de Alcalá Galiano y de Valdés en las goletas *Sutil* y *Mejicana*, cuando fueron á reconocer el estrecho de Fuca. Es un viaje muy bonito: me parece que te lo he contado.

—Cuando digo que voy á quemar todos esos papelotes—añadió doña Francisca.—Mal hayan los viajes y el perro judío que los inventó. Mejor pensaras en las cosas de Dios; que al fin y al cabo no eres ningun niño. ¡Qué hombre, Santo Dios, qué hombre!

No pasó de esto. Yo andaba tambien por allí cerca, pero no recuerdo bien si mi ama desahogó su furor en mi humilde persona, demostrándome una vez más la elasticidad de mis orejas y la ligereza de sus manos. Ello es que estas caricias menudeaban tanto, que no hago memoria de si recibí alguna en aquella ocasion: lo que sí recuerdo es que mi señor, á pesar de

haber redoblado sus amabilidades, no consiguió ablandar á su consorte.

No he dicho nada de mi amita. Pues sépase que estaba muy triste, porque el señor de Malespina no habia parecido aquel dia, ni escrito carta alguna, siendo inútiles todas mis pesquisas para hallarle en la plaza. Llegó la noche y con ella la tristeza al alma de Rosita; pues ya no habia esperanza de verle hasta el dia siguiente. Mas de pronto, y cuando se habia dado órden para la cena, sonaron fuertes aldabonazos en la puerta; fuí á abrir corriendo, y era él. Antes de abrirle, mi ódio me habia hecho conocerle.

Aún me parece que le estoy viendo, cuando se presentó delante de mí, sacudiendo su capa, mojada por la lluvia. Siempre que traigo á la memoria á tal hombre, se me representa como le ví en aquella ocasion. Hablando con imparcialidad, diré que era un jóven realmente hermoso, de presencia noble, modales airosos, mirada afable, algo frio y reservado en apariencia, poco risueño y sumamente cortés, con aquella cortesía grave y un poco finchada de los nobles de antaño. Traia aquella noche la chaqueta faldonada, el calzon corto con botas, el sombrero portugués y riquísima capa de grana con forros de seda, que era la prenda más elegante entre los señoritos de la época.

Desde que entró, conocí que algo grave ocurria. Pasó al comedor y todos se maravillaron de verle á aquella hora, pues jamás habia venido de noche. Mi amita no tuvo de alegría más que el tiempo necesario para comprender que visita tan inesperada tal vez sería hija de motivos poco agradables.

—Vengo á despedirme de ustedes—dijo Malespina.

Todos se quedaron como lelos, y Rosita más blanca que el papel en que escribo; despues encendida como la grana, y luego pálida otra vez como una muerta.

—¿Pues qué pasa? ¿Á dónde va usted, Sr. D. Rafael?—le preguntó mi ama.

Debo haber dicho que Malespina era oficial de artillería, aunque no que estaba de guarnicion en Cádiz y con licencia en Vejer.

—Como la escuadra carece de personal—añadió,—han dado órden para que nos embarquemos con objeto de hacer allí el servicio. Se cree que el combate es inevitable, y la mayor parte de los navíos tienen falta de artilleros.

—¡Jesús, María y José!—exclamó doña Francisca más muerta que viva. —¿Tambien á usted se le llevan? Pues me gusta. Pero usted es de tierra,

amiguito. Dígales usted que se entiendan ellos; que si no tienen gente que la busquen. Pues á fé que es bonita la broma.

—Pero mujer—dijo tímidamente D. Alonso,—no ves que es preciso...

No pudo seguir, porque doña Francisca, que sentia desbordarse el vaso de su enojo, apostrofó á todas las potencias terrestres, añadiendo:

—Á tí todo te parece bien con tal que sea para los dichosos barcos de guerra. ¿Pero quién, pero quién es el demonio del Infierno que ha mandado vayan á bordo los oficiales de tierra? Á mí que no me digan; eso es cosa del señor de Bonaparte. Ninguno de acá puede haber inventado tal diablura. Pero vaya usted y diga que se va á casar. A ver—añadió dirigiéndose á su marido,—escribe á Gravina diciéndole que este jóven no puede ir á la escuadra.

Y como viera que su marido se encogia de hombros indicando que la cosa era sumamente grave, exclamó:

—No sirves para nada. ¡Jesús! Si yo gastara calzones me plantaba en Cádiz y le sacaba á usted del apuro.

Rosita no decia palabra. Yo, que la observaba atentamente, conocí la gran turbacion de su espíritu. No quitaba los ojos de su novio, y á no impedírselo la etiqueta y el buen parecer, habria llorado ruidosamente, desahogando la pena de su corazon oprimido.

—Los militares—dijo D. Alonso,—son esclavos de su deber, y la pátria exige á este jóven que se embarque para defenderla. En el próximo combate alcanzará usted mucha gloria é ilustrará su nombre con alguna hazaña que quede en la historia para ejemplo de las generaciones futuras.

—Sí, eso, eso—dijo doña Francisca remedando el tono grandilocuente con que mi amo habia pronunciado las anteriores palabras.—Sí: ¿y todo por qué? Porque se les antoja á esos zánganos de Madrid. Que vengan ellos á disparar los cañones y á hacer la guerra... ¿Y cuándo marcha usted?

—Mañana mismo. Me han retirado la licencia, ordenándome que me presente al instante en Cádiz.

Imposible me es pintar con palabras ni por escrito lo que ví en el semblante de mi señorita cuando oyó aquellas frases. Los dos novios se miraron y un largo y triste silencio siguió al anuncio de la próxima partida.

—Esto no se puede sufrir—dijo doña Francisca.—Por último llevarán tambien á los paisanos, y si se les antoja, tambien á las mujeres... Señor—prosiguió mirando al Cielo con ademan de pitonisa,—no creo ofenderte si digo que maldito sea el que inventó los barcos, maldito el mar en que navegan, y más maldito el que hizo el primer cañon para dar esos estam-

pidos que la vuelven á una loca, y para matar á tantos pobrecitos que no han hecho ningun daño.

D. Alonso miró á Malespina, buscando en su semblante una expresion de protesta contra los insultos dirigidos á la noble artillería. Despues dijo:

—Lo malo será que los navíos carezcan tambien de buen material, y sería lamentable...

Marcial, que oia la conversacion desde la puerta, no pudo contenerse y entró diciendo:

—¿Qué ha de faltar? El *Trinidad* tiene 140 cañones, 32 de á 36, 34 de á 24, 36 de á 12, 18 de á 80, y 10 obuses de á 24. El *Príncipe de Astúrias* 118, el *Santa Ana* 120, el *Rayo* 100, el *Nepomuceno*, el *San...*

—¿Quién le mete á usted aquí, Sr. Marcial—exclamó doña Francisca,— ni qué nos importa si tienen cincuenta ú ochenta?

Marcial continuó, á pesar de esto, su patriótica enumeracion, pero en voz baja y dirigiéndose sólo á mi amo, el cual no se atrevia á expresar su aprobacion.

Ella siguió hablando así:

—Pero D. Rafael, no vaya usted, por Dios. Diga usted que es de tierra; que se va á casar. Si Napoleon quiere guerra, que la haga él solo; que venga y diga: "Aquí estoy yo, mátenme ustedes, señores ingleses, ó déjense matar por mí." ¿Por qué ha de estar España sujeta á los antojos de ese caballero?

—Verdaderamente—dijo Malespina,—nuestra union con Francia ha sido hasta ahora desastrosa.

—¿Pues para qué la han hecho? Bien dicen que ese Godoy es hombre sin estudios. Si creerá él que se gobierna una nacion tocando la guitarra.

—Despues de la paz de Basilea—continuó el jóven,—nos vimos obligados á enemistarnos con los ingleses, que batieron nuestra escuadra en el cabo de San Vicente.

—Alto allá—exclamó D. Alonso, dando un fuerte puñetazo en la mesa. —Si el almirante Córdova hubiera mandado orzar sobre babor á los navíos de la vanguardia, segun lo que pedian las más vulgares leyes de la estrategia, la victoria hubiera sido nuestra. Eso lo tengo probado hasta la saciedad, y en el momento del combate hice constar mi opinion. Quede, pues, cada cual en su lugar.

—Lo cierto es que se perdió la batalla—prosiguió Malespina.—Este desastre no habria sido de grandes consecuencias, si despues la Córte de España no hubiera celebrado con la República Francesa el tratado de San Ildefonso, que nos puso á merced del Primer Cónsul, obligándonos á pres-

tarle ayuda en guerras que á él solo y á su grande ambicion interesaban. La paz de Amiens no fué más que una tregua. Inglaterra y Francia volvieron á declararse la guerra, y entónces Napoleon exigió nuestra ayuda. Quisimos ser neutrales, pues aquel tratado no obligaba á nada en la segunda guerra; pero él con tanta energía solicitó nuestra cooperacion, que para aplacarle, tuvo el Rey que convenir en dar á Francia un subsidio de cien millones de reales, lo que equivalia á comprar á peso de oro la neutralidad. Pero ni aún así la compramos. Á pesar de tan gran sacrificio, fuimos arrastrados á la guerra. Inglaterra nos obligó á ello, apresando inoportunamente cuatro fragatas que venian de América cargadas de caudales. Despues de aquel acto de piratería, la Córte de Madrid no tuvo más remedio que echarse en brazos de Napoleon, el cual no deseaba otra cosa. Nuesta marina quedó al arbitrio del Primer Cónsul, ya Emperador quien, aspirando á vencer por el engaño á los ingleses, dispuso que la escuadra combinada partiese á la Martinica, con objeto de alejar de Europa á los marinos de la Gran-Bretaña. Con esta estratagema pensaba realizar su anhelado desembarco en esta isla: mas tan hábil plan no sirvió sino para demostrar la impericia y cobardía del almirante francés, el cual, de regreso á Europa, no quiso compartir con nuestros navíos la gloria del combate de Finisterre. Ahora, segun las órdenes del Emperador, la escuadra combinada debia hallarse en Brest. Dícese que Napoleon está furioso con su almirante, y que piensa relevarle inmediatamente.

—Pero, segun dicen—indicó Marcial volviendo á meter su cucharada,—Mr. Corneta quiere pintarla y busca una accion de guerra que haga olvidar sus faltas. Yo me alegro, pues de ese modo se verá quién puede y quién no puede.

—Lo indudable—prosiguió Malespina—es que la escuadra inglesa anda cerca y con intento de bloquear á Cádiz. Los marinos españoles opinan que nuestra escuadra no debe salir de la bahía, donde hay probabilidades de que venza. Mas el francés parece que se obstina en salir.

—Veremos—dijo mi amo.—De todos modos el combate será glorioso.

—Glorioso sí—contestó Malespina.—¿Pero quién asegura que sea afortunado? Ustedes los marinos se hacen muchas ilusiones, y quizás por estar demasiado cerca, no conocen la inferioridad de nuestro armamento con respecto al de los ingleses. Ellos, además de una soberbia artillería, tienen todo lo necesario para reponer prontamente sus averías. No digamos nada en cuanto al personal: el de nuestros enemigos es inmejorable, compuesto todo de viejos y muy expertos marinos, mientras que muchos de los navíos españoles están tripulados en gran parte por gente de leva,

siempre holgazana y que apenas sabe el oficio: el cuerpo de infantería tampoco es un modelo, pues las plazas vacantes se han llenado con tropa de tierra, muy valerosa, sin duda, pero que se marea.



—En fin—dijo mi amo,—dentro de algunos dias sabremos lo que ha de resultar de esto.

—Lo que ha de resultar ya lo sé yo—observó Doña Francisca.—Que esos caballeros, sin dejar de decir que han alcanzado mucha gloria, volverán á casa con la cabeza rota.

—Mujer, ¿tú qué entiendes de eso?—dijo D. Alonso sin poder contener cierto arrebato de enojo, que sólo duró un instante.

—¡Más que tú!—contestó vivamente ella.—Pero Dios querrá preservarle á usted, señor D. Rafael, para que vuelva sano y salvo.

Esta conversacion ocurria durante la cena, la cual fué muy triste, y despues de lo referido, los cua-

tro personajes no dijeron una palabra. Concluida aquella, se verificó la despedida, que fué tiernísima, y por un favor especial, propio de aquella ocasion solemne, los bondadosos padres dejaron solos á los novios, permitiéndoles despedirse á sus anchas y sin testigos, para que el disimulo no les obligara á omitir algun accidente que sirviera de desahogo á su profunda pena. Por más que hice no pude asistir al acto, y me es por tanto desconocido lo que pasó en él; pero es fácil presumir que habria todas las ternezas imaginables por una y otra parte.

Cuando Malespina salió del cuarto, estaba más pálido que un difunto. Despidióse á toda prisa de mis amos, que le abrazaron con el mayor cariño, y se fué. Cuando acudimos á donde estaba mi amita, la encontramos hecha un mar de lágrimas; tan grande era su dolor, que los cariñosos padres no pudieron calmar su espíritu con las más ingeniosas razones, ni atemperar su cuerpo con los cordiales que traje á toda prisa de la botica. Confieso que, profundamente apenado yo tambien al ver la desgracia de los pobres amantes, se amortiguó en mi pecho el rencorcillo que me inspiraba Malespina. El corazon de un niño perdona fácilmente, y el mio no era el ménos dispuesto á los sentimientos dulces y expansivos.



VII



la mañana siguiente se me preparaba una gran sorpresa, y á mi ama el más fuerte berrinche que creo tuvo en su vida. Cuando me levanté ví que D. Alonso estaba amabilísimo, y su esposa más irritada que de costumbre. Cuando ésta se fué á misa con Rosita, advertí que mi amo se daba gran prisa por meter en una maleta algunas camisas y otras prendas de vestir, entre las cuales iba su uniforme. Yo le ayudé, y aquello me olió á escapatoria, aunque me sorprendia no ver á Marcial por ninguna parte. No tardé, sin embargo, en explicarme su ausencia, pues D. Alonso, una vez arreglado su breve equipaje, se mostró muy impaciente, hasta que al fin apareció el marinero diciendo: "Ahí está el coche. Vámonos antes que ella venga."

Cargué la maleta y en un santiamen D. Alonso, Marcial y yo salimos por la puerta del corral para no ser vistos por nadie; nos subimos á la calesa, y ésta partió tan á escape como lo permitia la escualidez del rocin que la arrastraba, y la procelosa configuracion del camino. Este, que para caballerías era malo, para coches era perverso; pero á pesar de los fuertes tumbos y arcadas, apretamos el paso, y hasta que no perdimos de vista el pueblo, no se alivió algun tanto el duro martirio de nuestros cuerpos.

Aquel viaje me gustaba extraordinariamente, porque á los chicos toda novedad les trastorna el juicio. Marcial no cabia en sí de gozo, y mi amo, que al principio manifestó su alborozo casi con ménos gravedad que yo, se entristeció bastante, cuando dejó de ver el pueblo. De vez en cuando decia:

—¡Y ella tan ajena de esto! ¡Qué dirá cuando llegue á casa y no nos encuentre!

Á mí se me ensanchaba el pecho con la vista del paisaje, con la alegría y frescura de la mañana, y sobre todo, con la idea de ver pronto á Cádiz y su incomparable bahía poblada de naves, sus bulliciosas y alegres calles, su Caleta, que simbolizaba para mí en un tiempo lo más hermoso de la vida, la libertad; su plaza, su muelle y demás sitios por mí muy amados. No habíamos andado tres leguas cuando alcanzamos á ver dos caballeros montados en soberbios alazanes, que viniendo tras nosotros se nos juntaron en poco tiempo. Al punto reconocimos á Malespina y á su padre, aquel



señor alto, estirado y muy charlatan, de quien antes hablé. Ambos se asombraron de ver á D. Alonso, y mucho más cuando éste les dijo que iba á Cádiz para embarcarse. Recibió la noticia con pesadumbre el hijo; mas el padre, que segun entónces comprendí, era un rematado fanfarron, felicitó á mi amo muy campanudamente por su determinacion, llamándole flor de los navegantes, espejo de los marinos y honra de la patria.

Nos detuvimos para comer en el parador de Conil. Á los señores les dieron lo que habia, y á Marcial y á mí lo que sobraba, que no era mucho. Como yo servia la mesa, pude oir la conversacion, y entónces conocí mejor el carácter del viejo Malespina, quien si primero pasó á mis ojos como un

embustero lleno de vanidad, despues me pareció el más gracioso charlatan que he oido en mi vida.

El futuro suegro de mi amita, D. José María Malespina, que no tenia parentesco con el célebre marino del mismo apellido, era coronel de Artillería retirado y cifraba todo su orgullo en conocer á fondo aquella terrible arma y manejarla como nadie. Tratando de este asunto era como más lucia su imaginacion y gran desparpajo para mentir.

—Los artilleros—decia sin suspender por un momento la accion de engullir,—hacen mucha falta á bordo. ¿Qué es de un barco sin artillería? Pero donde hay que ver los efectos de esta invencion admirable de la humana inteligencia es en tierra, Sr. D. Alonso. Cuando la guerra del Rosellon... ya sabe usted que tomé parte en aquella campaña y que todos los triunfos se debieron á mi acierto en el manejo de la Artillería... La batalla de Masdeu, ¿por qué cree usted que se ganó? El general Ricardos me situó en una colina con cuatro piezas, mandándome que no hiciera fuego sino cuando él me lo ordenara. Pero yo, que veia las cosas de otra manera, me estuve callandito hasta que una columna francesa vino á colocarse delante de mí en tal disposicion, que mis disparos podian enfilarla de un extremo á otro. Los franceses forman la línea con gran perfeccion. Tomé bien la puntería con una de las piezas, dirigiendo la mira á la cabeza del primer soldado... ¿Comprende usted?... Como la línea era tan perfecta, disparé, y ¡zas! la bala se llevó ciento cuarenta y dos cabezas, y no cayeron más porque el extremo de la línea se movió un poco. Aquello produjo gran consternacion en los enemigos; pero como éstos no comprendian mi estrategia ni podian verme en el sitio donde estaba, enviaron otra columna á atacar las tropas que estaban á mi derecha, y aquella columna tuvo la misma suerte, y otra, y otra, hasta que se ganó la batalla.

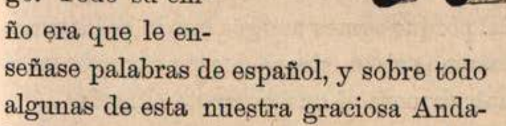
—Hombre, eso es maravilloso—dijo mi amo, quien conociendo la magnitud de la bola, no quiso, sin embargo, desmentir á su amigo.

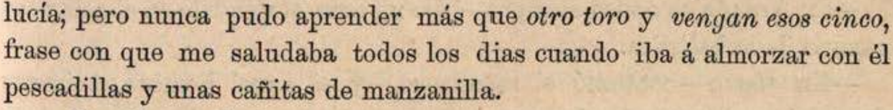
—Pues en la segunda campaña, al mando del conde de la Union, tambien escarmenté de lo lindo á los republicanos. La defensa de Boulou no nos salió bien, porque se nos acabaron las municiones: yo, con todo, hice un gran destrozo cargando una pieza con las llaves de la iglesia; pero éstas no eran muchas, y al fin, como un recurso de desesperacion, metí en el ánima del cañon mis llaves, mi reló, mi dinero, cuantas baratijas encontré en los bolsillos, y por último, hasta mis cruces. Lo particular es que una de éstas fué á estamparse en el pecho de un general francés, donde se le quedó como pegada y sin hacerle daño. Él la conservó, y cuando fué á

París, la Convencion le condenó no sé si á muerte ó á destierro por haber admitido condecoraciones de un gobierno enemigo.

—¡Qué diablura!—dijo mi amo recreándose con tan chuscas invenciones.

—Cuando estuve en Inglaterra...—continuó el viejo Malespina,—ya sabe usted que el gobierno inglés me mandó llamar para perfeccionar la Artillería de aquel país... todos los dias comia con Pitt, con Burke, con lord North, con el general Cornwallis y otros personajes importantes que me llamaban *el chistoso español*: Recuerdo que una vez, estando en palacio, me suplicaron que les mostrase cómo era una corrida de toros, y tuve que capear, picar y matar una silla, lo cual divertió mucho á toda la Córte, especialmente al rey Jorge III, quien era muy amigote mio, y siempre me decia que le mandase á buscar á mi tierra aceitunas buenas. ¡Oh! tenia mucha confianza conmigo. Todo su empeño era que le enseñase palabras de español, y sobre todo algunas de esta nuestra graciosa Andalucía; pero nunca pudo aprender más que *otro toro* y *vengan esos cinco*, frase con que me saludaba todos los dias cuando iba á almorzar con él pescadillas y unas cañitas de manzanilla.





—¿Eso almorzaba?

—Eso es lo que más le gustaba. Yo hacia llevar de Cádiz embotellada la pescadilla, conservábase muy bien con un específico que inventé, cuya receta tengo en casa.

—Es maravilloso. ¿Y reformó usted la Artillería inglesa?—preguntó mi amo, alentándole á seguir, porque le divertia mucho.

—Completamente. Allí inventé un cañon que no llegó á dispararse, porque todo Lóndres, incluso la córte y los ministros, vinieron á suplicarme que no hiciera la prueba por temor á que del extremecimiento cayeran al suelo muchas casas.

—¿De modo que tan gran pieza ha quedado relegada al olvido?

—Quiso comprarla el Emperador de Rusia, pero no fué posible moverla del sitio en que estaba.

—Pues bien podia usted sacarnos del apuro inventando un cañon que destruyera de un disparo la escuadra inglesa.

—¡Oh! contestó Malespina.—En eso estoy pensando, y creo que podré realizar mi pensamiento. Ya le mostraré á usted los cálculos que tengo hechos, no sólo para aumentar hasta un extremo fabuloso el calibre de las piezas de artillería, sino para construir placas de resistencia que defiendan los barcos y los castillos. Es el pensamiento de toda mi vida.

Á todas estas habian concluido de comer. Nos zampamos en un santiamen Marcial y yo las sobras, y seguimos el viaje, ellos á caballo, marchando al estribo, y nosotros como antes, en nuestra derrengada calesa. La comida y los frecuentes tragos con que la roció excitaron más aún la vena inventora del viejo Malespina, quien por todo el camino siguió espetándonos sus grandes paparruchas. La conversacion volvió al tema por donde habia empezado, á la guerra del Rosellon; y como D. José se apresurara á referir nuevas proezas, mi amo, cansado ya de tanto mentir, quiso desviarle de aquella materia, y dijo:

—Guerra desastrosa é impolítica. ¡Más nos hubiera valido no haberla emprendido!

—¡Oh!—exclamó Malespina.—El conde de Aranda, como usted sabe, condenó desde el principio esta funesta guerra con la República. ¡Cuánto hemos hablado de esta cuestion!... porque somos amigos desde la infancia. Cuando yo estuve en Aragon, pasamos siete meses juntos cazando en el Moncayo. Precisamente hice construir para él una escopeta singular...

—Sí; Aranda se opuso siempre—dijo mi amo, atajándole en el peligroso camino de la balística.

—En efecto—continuó el mentiroso,—y si aquel hombre eminente defendió con tanto calor la paz con los republicanos, fué porque yo se lo aconsejé, convenciéndole antes de la inoportunidad de la guerra. Mas Godoy, que ya entónces era valido, se obstinó en proseguirla, sólo por llevarme la contraria, segun he entendido despues. Lo más gracioso es que el mismo Godoy se vió obligado á concluir la guerra en el verano del 95, cuando comprendió lo que era, y entónces se adjudicó á sí mismo el retumbante título de *Príncipe de la Paz.*

—¡Qué faltos estamos, amigo D. José María—dijo mi amo,—de un buen hombre de Estado, á la altura de las circunstancias, un hombre que no nos entrometa en guerras inútiles y mantenga incólume la dignidad de la corona!

—Pues cuando yo estuve en Madrid el año último—prosiguió el embustero,—me hicieron proposiciones para desempeñar la secretaría de Estado.

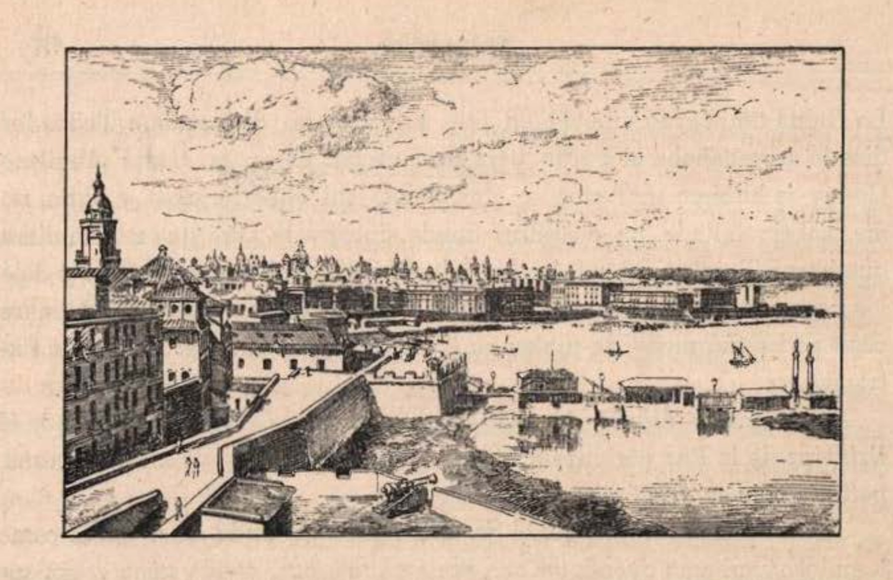
La Reina tenia gran empeño en ello, y el Rey no dijo nada... Todos los dias le acompañaba al Pardo para tirar un par de tiros... Hasta el mismo Godoy se hubiera conformado, conociendo mi superioridad; y si no, no me habria faltado un castillito donde encerrarle para que no me diera que hacer. Pero yo rehusé, prefiriendo vivir tranquilo en mi pueblo, y dejé los negocios públicos en manos de Godoy. Ahí tiene usted un hombre cuyo padre fué mozo de mulas en la dehesa que mi suegro tenia en Extremadura.

—No sabia...—dijo D. Alonso.—Aunque hombre oscuro, yo creí que el Príncipe de la Paz pertenecia á una familia de hidalgos, de escasa fortuna, pero de buenos principios.

Así continuó el diálogo, el Sr. Malespina soltando unas bolas como templos, y mi amo oyéndolas con santa calma, pareciendo unas veces enfadado y otras complacido de escuchar tanto disparate. Si mal no recuerdo, tambien dijo D. José María que habia aconsejado á Napoleon el atrevido hecho del 18 brumario.

Con estas y otras cosas nos anocheció en Chiclana, y mi amo, que estaba sumamente quebrantado y molido á causa del movimiento del fementido calesin, se quedó en dicho pueblo, mientras los demás siguieron deseosos de llegar á Cádiz en la misma noche. Mientras cenaron, endilgó Malespina nuevas mentiras, y entónces observé que su hijo las oia con pena, como abochornado de tener por padre al más grande embustero que crió la tierra. Despidiéronse ellos, y nosotros descansamos hasta el dia siguiente por la madrugada, hora en que proseguimos nuestro camino; y como éste era mucho más cómodo y expedito desde Chiclana á Cádiz que en el tramo recorrido, llegamos al término de nuestro viaje á eso de las once del dia, sin novedad en la salud y con el alma alegre.





VIII



o puedo describir el entusiasmo que despertó en mi alma la vuelta á Cádiz. En cuanto pude disponer de un rato de libertad, despues que mi amo quedó instalado en casa de su prima, salí á las calles y corrí por ellas sin direccion fija, embriagado con la atmósfera de mi ciudad querida.

Despues de una ausencia tan larga, lo que habia visto tantas veces me llamaba la atencion como cosa nueva y extremadamente hermosa. En cuantas personas encontraba al paso veia un rostro amigo, y todo era para mí simpático y risueño, los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los perros, hasta las casas, pues mi imaginacion juvenil observaba en ello no sé qué de personal y animado; se me representaban como séres sensibles, y me parecia que participaban del general contento por mi llegada, remedando en sus balcones y ventanas las facciones de un semblante alborozado. Mi espíritu veia reflejar en todo lo exterior su propia alegría.

Corria por las calles con gran ansiedad, como si en un minuto quisiera verlas todas. En la plaza de San Juan de Dios compré algunas golosinas, más que por el gusto de comerlas, por la satisfaccion de presentarme regenerado ante las vendedoras, á quienes me dirigí como antiguo amigo,

reconociendo á algunas como favorecedoras en mi anterior miseria, y á otras como víctimas, aún no aplacadas, de mi inocente aficion al merodeo· Las más no se acordaban de mí; pero algunas me recibieron con injurias, recordando las proezas de mi niñez, y haciendo comentarios tan chistosos sobre mi nuevo empaque y la gravedad de mi persona, que tuve que alejarme á toda prisa, no sin que lastimaran mi decoro algunas cáscaras de frutas, lanzadas por experta mano contra mi traje nuevo. Como tenia la conciencia de mi formalidad, estas burlas más bien me causaron orgullo que pena.

Recorrí luego la muralla y conté todos los barcos fondeados á la vista. Hablé con cuantos marineros hallé al paso, diciéndoles que yo tambien iba á la escuadra, y preguntándoles con tono muy enfático si habia recalado la escuadra de Nelson. Despues les dije que *Mr. Corneta* era un cobarde y que la próxima funcion seria buena.

Llegué por fin á la Caleta y allí mi alegría no tuvo límites. Bajé á la playa, y quitándome los zapatos, salté de peñasco en peñasco: busqué á mis antiguos amigos de ambos sexos, mas no encontré sino muy pocos:



unos eran ya hombres y habian abrazado mejor carrera; otros habian sido embarcados por la leva, y los que quedaban apenas me reconocieron. La movible superficie del agua despertaba en mi pecho sensaciones voluptuosas. Sin poder resistir la tentacion, y compelido por la misteriosa atraccion del mar, cuyo elocuente rumor me ha parecido siempre, no sé por qué, una

voz que solicita dulcemente en la bonanza, ó llama con imperiosa cólera en la tempestad, me desnudé á toda prisa y me lancé en él como quien se arroja en los brazos de una persona querida.

Nadé más de una hora, experimentando un placer indecible, y vistiéndome luego, seguí mi paseo hácia el barrio de la Viña, en cuyas edificantes tabernas encontré algunos de los más célebres perdidos de mi glorioso tiempo. Hablando con ellos yo me las echaba de hombre de pró, y como tal gasté en obsequiarles los pocos cuartos que tenia. Preguntéles por mi tio, mas no me dieron noticia alguna de su señoría; y luego que hubimos charlado un poco, me hicieron beber una copa de aguardiente que al punto dió con mi pobre cuerpo en tierra.

Durante el período más fuerte de mi embriaguez creo que aquellos tunantes se rieron de mí cuanto les dió la gana; pero una vez que me serené un poco, salí avergonzadísimo de la taberna. Aunque andaba muy difícilmente, quise pasar por mi antigua casa, y ví en la puerta á una mujer andrajosa que freia sangre y tripas. Conmovido en presencia de mi morada natal, no pude contener el llanto, lo cual visto por aquella mujer sin entrañas se le figuró burla ó estratagema para robarle sus frituras. Tuve por tanto que librarme de sus manos con la ligereza de mis piés, dejando para mejor ocasion el desahogo de mis sentimientos.

Quise ver despues la catedral vieja, á la cual se referia uno de los más tiernos recuerdos de mi niñez, y entré en ella: su recinto me pareció encantador, y jamás he recorrido las naves de templo alguno con más religiosa veneracion. Creo que me dieron fuertes ganas de rezar, y que lo hice en efecto, arrodillándome en el altar donde mi madre habia puesto un ex-voto por mi salvacion. El personaje de cera que yo creia mi perfecto retrato estaba allí colgado y ocupaba su puesto con la gravedad de las cosas santas; pero se me parecia como un huevo á una castaña. Aquel mamarrachito, que simbolizaba la piedad y el amor materno, me infundia, sin embargo, el mayor respeto. Recé un rato de rodillas acordándome de los padecimientos y de la muerte de mi buena madre, que ya gozaba de Dios en el Cielo; pero como mi cabeza no estaba buena á causa de los vapores del maldito aguardiente, al levantarme me caí, y un sacristan empedernido me puso bonitamente en la calle. En pocas zancadas me trasladé á la del Fideo, donde residíamos, y mi amo, al verme entrar, me reprendió por mi larga ausencia. Si aquella falta hubiera sido cometida ante Doña Francisca, no me habria librado de una fuerte paliza; pero mi amo era tolerante, y no me castigaba nunca, quizás porque tenia la conciencia de ser tan niño como yo.

Habíamos ido á residir en casa de la prima de mi amo, la cual era una señora, á quien el lector me permitirá describir con alguna prolijidad, por ser tipo que lo merece. Doña Flora de Cisniega era una vieja que se la echaba de jóven; tenia más de cincuenta años; pero ponia en práctica todos los artificios imaginables para engañar al mundo, aparentando la mitad de aquella cifra aterradora. Decir cuánto inventaba la ciencia y el arte en armónico consorcio para conseguir tal objeto, no es empresa que corresponde á mis escasas fuerzas. Enumerar los rizos, moñas, lazos, trapos, adobos, bermellones, aguas y demás extraños cuerpos que concurrian á la grande obra de su monumental restauracion, fatigaria la más diestra fantasía: quédese esto, pues, para las plumas de los novelistas, si es que la historia, buscadora de las grandes cosas, no se apropia tan hermoso asunto. Respecto á su físico, lo más presente que tengo es el conjunto de su rostro, en que parecian haber puesto su rosicler todos los pinceles de la Academia de San Fernando. Tambien recuerdo que al hablar hacia con los lábios un mohin, un repliegue, un mimo, cuyo objeto era, ó achicar con gracia la descomunal boca, ó tapar el estrago de la dentadura, de cuyas filas desertaba todos los años un par de dientes; pero aquella supina estratagema de la presuncion era tan poco afortunada, que antes la afeaba que la embellecia.



Doña Flora.

Vestia con lujo, y en su peinado se gastaban los polvos por almudes; y como no tenia malas carnes, á juzgar por lo que pregonaba el ancho escote y por lo que dejaban transparentar las gasas, todo su empeño con-

sistia en lucir aquellas partes ménos sensibles á la injuriosa accion del tiempo, para cuyo objeto tenia un arte verdaderamente maravilloso.

Era Doña Flora persona muy prendada de las cosas antiguas, muy devota, aunque no con la santa piedad de mi Doña Francisca, y era en todo el reverso de la medalla de mi ama, pues así como ésta aborrecia las glorias navales, aquélla era entusiasta por todos los hombres de guerra en general y por los marinos en particular. Inflamada en amor nacional, ya que en la madurez de su existencia no podia aspirar al calorcillo de otro amor, y orgullosa en extremo como mujer y como dama española, el sentimiento pátrio se asociaba en su espíritu al estampido de los cañones, y creia que la grandeza de los pueblos se media por libras de pólvora. Como no tenia hijos, ocupaban su vida los chismes de vecinos, traidos y llevados en pequeño círculo por dos ó tres cotorrones como ella, y se distraia tambien con su sistemática aficion á hablar de las cosas públicas. Entónces no habia periódicos, y las ideas políticas así como las noticias, circulaban de viva voz, desfigurándose entónces más que ahora, porque siempre fué la palabra más mentirosa que la imprenta.

En todas las ciudades grandes, y especialmente en Cádiz, que era entónces la más culta, habia muchas personas desocupadas que eran depositarias de las noticias de Madrid y París, y las llevaban y traian, diligentes vehículos, enorgulleciéndose con una mision que les daba gran importancia. Algunos de éstos, á modo de vivientes periódicos, concurrian á casa de aquella señora por las tardes, y esto, además del buen chocolate y mejores bollos, atraia á otros, ansiosos de saber lo que pasaba. Doña Flora, ya que no podia inspirar una pasion formal, ni quitarse de encima la gravosa pesadumbre de sus cincuenta años, no hubiera trocado aquel papel por otro alguno, pues el centro general de las noticias casi equivalia en aquel tiempo á la majestad de un trono.

Doña Flora no podia ver ni pintada á Doña Francisca, ni ésta á aquélla, como comprenderá quien considere el exaltado militarismo de la una y el pacífico apocamiento de la otra. Por esto, hablando con su primo en el dia de nuestra llegada, le decia la vieja:

—Si tú hubieras hecho caso siempre de tu mujer todavía serias guardia marina. ¡Qué carácter! Si yo fuera hombre y casado con mujer semejante, reventaria como una bomba. Has hecho bien en no seguir su consejo y en venir á la escuadra. Todavía eres jóven, Alonsito; todavía puedes alcanzar el grado de brigadier, que tendrias ya de seguro si Paca no te hubiese echado una calza como á los pollos para que no salgan del corral.

Despues, como mi amo, impulsado por su gran curiosidad, le preguntase noticias, ella le dijo:

—Lo principal es que todos los marinos de aquí están muy descontentos del almirante francés, que ha probado su ineptitud en el viaje á la Martinica y en el combate de Finisterre. Tal es su apocamiento y el miedo que tiene á los ingleses, que al entrar aquí la escuadra combinada en Agosto último no se atrevió á apresar el crucero inglés mandado por Collingwood, y que sólo constaba de tres navíos. Toda nuestra oficialidad está muy mal por verse obligada á servir á las órdenes de semejante hombre. Fué Gravina á Madrid á decírselo á Godoy, previendo grandes desaires si no se ponia al frente de la escuadra un hombre más apto; pero el ministro le contestó cualquier cosa, porque no se atreve á resolver nada; y como Bonaparte está en Alemania metido con los austriacos, mientras él no decida... Dicen que éste tambien está muy descontento de Villeneuve y que ha determinado destituirle; pero entre tanto... ¡Ah! si Napoleon confiara el mando de la escuadra á algun español, á tí por ejemplo, Alonsito, dándote tres ó cuatro grados de mogollon, que á fé bien merecidos los tienes...

—¡Oh! yo no soy para eso—dijo mi amo con su habitual modestia.

—Ó á Gravina ó á Churruca, que dicen que es tan buen marino. Si no, me temo que esto va á acabar mal. Aquí no pueden ver á los franceses. Figúrate que cuando llegaron los barcos de Villeneuve carecian de víveres y municiones, y en el arsenal no se las quisieron dar. Acudieron en queja á Madrid; y como Godoy no hace más que lo que quiere el embajador francés, Mr. de Bernouville, dió órden para que se entregara á nuestros aliados cuanto necesitasen. Mas ni por esas. El intendente de marina y el comandante de artillería dicen que no darán nada mientras Villeneuve no lo pague en moneda contante y sonante. Eso es: me parece que está muy bien parlado. ¡Pues no faltaba más sino que esos señores con sus manos lavadas se fueran á llevar lo poco que tenemos! ¡Bonitos están los tiempos! Ahora cuesta todo un ojo de la cara; la fiebre amarilla por un lado y los malos tiempos por otro han puesto á Andalucía en tal estado, que toda ella no vale una aljofifa; y luego añada usted á esto los desastres de la guerra. Verdad es que el honor nacional es lo primero, y es preciso seguir adelante para vengar los agravios recibidos. No me quiero acordar de lo del Cabo de Finisterre, donde por la cobardía de nuestros aliados perdimos el *Firme* y el *Rafael*, dos navíos como dos soles, ni de la voladura del *Real Cárlos*, que fué una traicion tal, que ni entre moros berberiscos pasaria igual, ni del robo de las cuatro fragatas, ni del combate del Cabo de...

—Lo que es eso—dijo mi amo interrumpiéndola vivamente...—Es preciso que cada cual quede en su lugar. Si el almirante Córdova hubiera mandado virar por...

—Sí, sí, ya sé—dijo Doña Flora, que habia oido muchas veces lo mismo en boca de mi amo.—Es preciso darles la gran paliza, y se la dareis. Me parece que vas á cubrirte de gloria. Así haremos rabiar á Paca.

—Yo no sirvo para el combate—dijo mi amo con tristeza.—Vengo tan sólo á presenciarlo, por pura aficion y por el entusiasmo que me inspiran nuestras queridas banderas.

Al dia siguiente de nuestra llegada recibió mi amo la visita de un brigadier de marina, amigo antiguo, cuya fisonomía no olvidaré jamás, á pesar de no haberle visto más que en aquella ocasion. Era un hombre como de cuarenta y cinco años, de semblante hermoso y afable, con tal expresion de tristeza, que era imposible verle sin sentir irresistible inclinacion á amarle. No usaba peluca, y sus abundantes cabellos rubios, no martirizados por las tenazas del peluquero para tomar la forma de ála de pichon, se recogian con cierto abandono en una gran coleta, y estaban inundados de polvos con ménos arte del que la presuncion propia de la época exigia. Eran grandes y azules sus ojos, su nariz muy fina, de perfecta forma y un poco larga, sin que esto le afeara, antes bien parecia ennoblecer su expresivo semblante. Su barba, afeitada con esmero, era algo puntiaguda, aumentando así el conjunto melancólico de su rostro oval, que indicaba más bien delicadeza que energía. Este noble continente era realzado por una urbanidad en los modales, por una grave cortesanía de que ustedes no pueden formar idea por la estirada fatuidad de los señores del dia, ni por la movible elegancia de nuestra dorada juventud. Tenia el cuerpo pequeño, delgado y como enfermizo. Más que guerrero, aparentaba ser hombre de estudio, y su frente, que sin duda encerraba altos y delicados pensamientos, no parecia la más propia para arrostrar los horrores de una batalla. Su endeble constitucion, que sin duda contenia un espíritu privilegiado, parecia destinada á sucumbir conmovida al primer choque. Y sin embargo, segun despues supe, aquel hombre tenia tanto corazon como inteligencia. Era Churruca.

El uniforme del héroe demostraba, sin ser viejo ni raido, algunos años de honroso servicio. Despues, cuando le oí decir, por cierto sin tono de queja, que el Gobierno le debia nueve pagas, me expliqué aquel deterioro. Mi amo le preguntó por su mujer, y de su contestacion deduje que se habia casado poco antes, por cuya razon le compadecí, pareciéndome muy atroz que se le mandara al combate en tan felices dias. Habló luego

de su barco, el *San Juan Nepomuceno*, al que mostró igual cariño que á su jóven esposa, pues segun dijo, él lo habia compuesto y arreglado á su gusto, por privilegio especial, haciendo de él uno de los primeros barcos de la armada española.

Hablaron luego del tema ordinario en aquellos dias, de si salia ó no salia la escuadra, y el marino se expresó largamente con estas palabras, cuya sustancia guardo en la memoria, y que despues con datos y noticias históricas he podido restablecer con la posible exactitud:

—El almirante francés—dijo Churruca,—no sabiendo qué resolucion tomar, y deseando hacer algo que ponga en olvido sus errores, se ha mostrado, desde que estamos aquí, partidario de salir en busca de los ingleses. El 8 de Octubre escribió á Gravina, diciéndole que deseaba celebrar á bordo del *Bucentauro* un consejo de guerra para acordar lo que fuera más conveniente. En efecto, Gravina acudió al consejo, llevando al teniente general Alava, á los jefes de escuadra Escaño y Cisneros, al brigadier Galiano y á mí. De la escuadra francesa estaban los almirantes Dumanoir y Magon, y los capitanes de navío Cosmao, Maistral, Villiegris y Prigny.


Churruca.

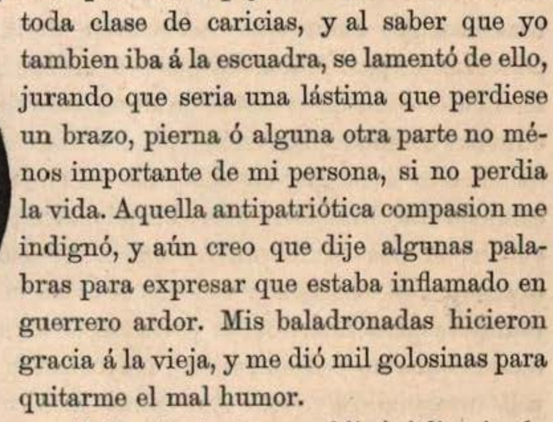
"Habiendo mostrado Villeneuve el deseo de salir, nos opusimos todos los españoles. La discusion fué muy viva y acalorada, y Alcalá Galiano cruzó con el almirante Magon palabras bastante duras, que ocasionarán un lance de honor si antes no les ponemos en paz. Mucho disgustó á Villeneuve nuestra oposicion, y tambien en el calor de la discusion dijo frases descompuestas, á que contestó Gravina del modo más enérgico... Es curioso el empeño de esos señores de hacerse á la mar en busca de un enemigo poderoso, cuando en el combate de Finisterre nos abandonaron, quitándonos la ocasion de vencer, si nos auxiliaran á tiempo. Además hay otras razones, que yo expuse en el consejo, y son que la estacion avanza, que la posicion más ventajosa para nosotros es permanecer en la bahía, obligándoles á un bloqueo que no podrán resistir, mayormente si bloquean tambien á Tolon y á Cartagena. Es preciso que confesemos con dolor la superioridad de la marina inglesa, por la perfeccion del armamento, por la excelente dotacion de sus buques y, sobre todo, por la unidad con que operan sus

escuadras. Nosotros, con gente en gran parte ménos diestra, con armamento imperfecto y mandados por un jefe que descontenta á todos, podríamos, sin embargo, hacer la guerra á la defensiva dentro de la bahía. Pero será preciso obedecer, conforme á la ciega sumision de la Córte de Madrid, y poner barcos y marinos á merced de los planes de Bonaparte, que no nos ha dado en cambio de esta esclavitud un jefe digno de tantos sacrificios. Saldremos, si se empeña Villeneuve; pero si los resultados son desastrosos, quedará consignada para descargo nuestro la oposicion que hemos hecho al insensato proyecto del jefe de la escuadra combinada. Villeneuve se ha entregado á la desesperacion; su amo le ha dicho cosas muy duras, y la noticia de que va á ser relevado le induce á cometer las mayores locuras, esperando reconquistar en un dia su perdida reputacion por la victoria ó por la muerte.

Así se expresó el amigo de mi amo. Sus palabras hicieron en mí grande impresion, pues con ser niño, yo prestaba gran interés á aquellos sucesos, y despues, leyendo en la historia lo mismo de que fuí testigo, he auxiliado mi memoria con datos auténticos, y puedo narrar con bastante exactitud.

Cuando Churruca se marchó, Doña Flora y mi amo hicieron de él grandes elogios, encomiando sobre todo su expedicion á la América Meridional, para hacer el mapa de aquellos mares. Segun les oí decir, los méritos de Churruca como sábio y como marino eran tantos, que el mismo Napoleon le hizo un precioso regalo y le colmó de atenciones. Pero dejemos al marino y volvamos á Doña Flora.

Á los dos dias de estar allí noté un fenómeno que me disgustó sobremanera, y fué que la prima de mi amo comenzó á prendarse de mí, es decir, que me encontró pintiparado para ser su paje. No cesaba de hacerme toda clase de caricias, y al saber que yo tambien iba á la escuadra, se lamentó de ello, jurando que seria una lástima que perdiese un brazo, pierna ó alguna otra parte no ménos importante de mi persona, si no perdia la vida. Aquella antipatriótica compasion me indignó, y aún creo que dije algunas palabras para expresar que estaba inflamado en guerrero ardor. Mis baladronadas hicieron gracia á la vieja, y me dió mil golosinas para quitarme el mal humor.



Al dia siguiente me obligó á limpiar la jaula de su loro, discreto animal, que hablaba como un teólogo y nos des-

pertaba á todos por la mañana, gritando: *perro inglés*, *perro inglés*, y luego me llevó consigo á misa, haciéndome cargar la banqueta, y en la iglesia no cesaba de volver la cabeza para ver si estaba por allí. Despues me hizo asistir á su tocador, ante cuya operacion me quedé espantado, viendo el catafalco de rizos y moños que el peluquero armó en su cabeza. Advirtiendo el indiscreto estupor con que yo contemplaba la habilidad del maestro, verdadero arquitecto de las cabezas, Doña Flora se rió mucho, y me dijo que en vez de pensar en ir á la escuadra, debia quedarme con ella para ser su paje; añadió que debia aprender á peinarla, y que con el oficio de maestro peluquero podia ganarme la vida y ser un verdadero personaje. No me sedujeron tales proposiciones, y le dije con cierta rudeza que más queria ser soldado que peluquero. Esto le agradó, y como le daba el peine por las cosas patrióticas y militares, redobló su afecto hácia mí. Á pesar de que allí se me trataba con mimo, confieso que me cargaba á más no poder la tal Doña Flora, y que á sus almibaradas finezas preferia los rudos pescozones de mi iracunda Doña Francisca.

Era natural: su intempestivo cariño, sus dengues, la insistencia con que solicitaba mi compañía, diciendo que le encantaba mi conversacion y persona, me impedian seguir á mi amo en sus visitas á bordo. Le acompañaba en tan dulce ocupacion un criado de su prima, y en tanto yo, sin libertad para correr por Cádiz como hubiera deseado, me aburria en la casa, en compañía del loro de Doña Flora y de los señores que iban allá por las tardes á decir si saldria ó no la escuadra y otras cosas ménos manoseadas, si bien más frívolas.

Mi disgusto llegó á la desesperacion cuando ví que Marcial venia á casa, y que con él iba mi amo á bordo, aunque no para embarcarse definitivamente; y cuando esto ocurria, y cuando mi alma atribulada acariciaba aún una débil esperanza de formar parte de aquella expedicion, Doña Flora se empeñó en llevarme á pasear á la alameda, y tambien al Cármen á rezar vísperas.

Esto me era insoportable, tanto más cuanto que yo soñaba con poner en ejecucion cierto atrevido proyectillo, que consistia en ir á visitar por cuenta propia uno de los navíos, llevado por algun marinero conocido, que esperaba encontrar en el muelle. Salí con la vieja, y al pasar por la muralla deteníame para ver los barcos, mas no me era posible entregarme á las delicias de aquel espectáculo, porque era preciso contestar á las mil preguntas de Doña Flora, que ya me tenia mareado. Durante el paseo se le unieron algunos jóvenes y señores mayores. Parecian muy encopetados, y eran las personas á la moda en Cádiz, todos muy discretos y



elegantes. Alguno de ellos era poeta, ó mejor dicho, todos hacian versos, aunque malos, y me parece que les oí hablar de cierta Academia en que se reunian para tirotearse con sus estrofas, entretenimiento que no hacia daño á nadie.

Como yo observaba todo, me fijé en la extraña figura de aquellos hombres, en sus afeminados gestos, y sobre todo en sus trajes, que me parecieron extravagantísimos. No eran muchas las personas que vestian de aquella manera en Cádiz, y pensando despues en la diferencia que habia entre aquellos arreos y los ordinarios de la gente que yo habia visto siempre, comprendí que consistia en que éstos vestian á la española, y los amigos de Doña Flora conforme á la moda de Madrid y de Paris. Lo que primero atrajo mis miradas fué sus bastones, que eran unos garrotes retorcidos y con gruesísimos nudos. No se les veia la barba, porque la tapaba la corbata, especie de chal, que dando varias vueltas alrededor del cuello y prolongándose ante los lábios, formaba una especie de cesta, una bandeja, ó más bien bacía, en que descansaba la cara. El peinado consistia en un artificioso desórden, y más que con peine, parecia que se lo habian aderezado con una escoba; las puntas del sombrero les tocaban los hombros; las casacas, altísimas de talle, casi barrian el suelo con sus faldones; las botas terminaban en punta; de los bolsillos de su chaleco pendian multitud de dijes y sellos; sus cal-

zones listados se atacaban á la rodilla con un enorme lazo, y para que tales figuras fueran completos mamarrachos, todos llevaban un lente, que durante la conversacion acercaban repetidas veces al ojo derecho, cerrando el siniestro, aunque en entrambos tuvieran muy buena vista.

La conversacion de aquellos personajes versó sobre la salida de la escuadra, alternando con este asunto la relacion de no sé qué baile ó fiesta que ponderaron mucho, siendo uno de ellos objeto de grandes alabanzas por lo bien que hacia trenzas con sus ligeras piernas, bailando la gavota.

Despues de haber charlado mucho, entraron con Doña Flora en la Iglesia del Cármen, y allí, sacando cada cual su rosario, rezaron que se las pelaban un buen espacio de tiempo, y alguno de ellos me aplicó lindamente un coscorron en la coronilla, porque en vez de orar tan devotamente como ellos, prestaba demasiada atencion á dos moscas que revoloteaban alrededor del rizo culminante del peinado de Doña Flora. Salimos, despues de haber oido un enojoso sermon, que ellos celebraron como obra maestra; paseamos de nuevo; continuó la charla más vivamente, porque se nos unieron unas damas vestidas por el mismo estilo, y entre todos se armó tan ruidosa algazara de galanterías, frases y sutilezas, mezcladas con algun verso insulso, que no puedo recordarlas.

¡Y en tanto Marcial y mi querido amo trataban de fijar dia y hora para trasladarse definitivamente á bordo! ¡Y yo estaba expuesto á quedarme en tierra sujeto á los antojos de aquella vieja que me empalagaba con su insulso cariño! ¿Creerán ustedes que aquella noche insistió en que debia quedarme para siempre á su servicio? ¿Creerán ustedes que aseguró que me queria mucho, y me dió como prueba algunos afectuosos abrazos y besos, ordenándome que no lo dijera á nadie? ¡Horribles contradicciones de la vida! pensaba yo al considerar cuán feliz habria sido si mi amita me hubiera tratado de aquella manera. Yo, turbado hasta lo sumo, le dije que queria ir á la escuadra, y que cuando volviese me podria querer á su antojo; pero que si no me dejaba realizar mi deseo, la aborreceria tanto así y extendí los brazos para expresar una cantidad muy grande de aborrecimiento.

Luego, como entrase inesperadamente mi amo, yo, juzgando llegada la ocasion de lograr mi objeto por medio de un arranque oratorio, que habia cuidado de preparar, me arrodillé delante de él, diciéndole en el tono más patético que si no me llevaba á bordo me arrojaria desesperado al mar.

Mi amo se rió de la ocurrencia; su prima, haciendo mimos con la boca, fingió cierta hilaridad que le afeaba el rostro amojamado, y consintió al fin. Dióme mil golosinas para que comiese á bordo, me encargó que huyese de los sitios de peligro, y no dijo una palabra más contraria á mi embarque, que se verificó á la mañana siguiente muy temprano.



IX

Octubre era el mes y 18 el dia. De esta fecha no me queda duda, porque al dia siguiente salió la escuadra. Nos levantamos muy temprano y fuimos al muelle, donde esperaba un bote que nos condujo á bordo.

Figúrense ustedes cuál seria mi estupor, ¡qué digo estupor! mi entusiasmo, mi enajenacion, cuando me ví cerca del *Santísima Trinidad*, el mayor barco del mundo, aquel alcázar de madera, que visto de lejos se representaba en mi imaginacion como una fábrica portentosa, sobrenatural, único mónstruo digno de la majestad de los mares. Cuando nuestro bote pasaba junto á un navío, yo lo examinaba con cierto religioso asombro, admirado de ver tan grandes los cascos que me parecian tan pequeñitos desde la muralla: en otras ocasiones me parecian más chicos de lo que mi fantasía los habia forjado. El inquieto entusiasmo de que estaba poseido me expuso á caer al agua, cuando contemplaba con arrobamiento un figuron de proa, objeto que más que otro alguno fascinaba mi atencion.

Por fin llegamos al *Trinidad*. Á medida que nos acercábamos, las formas de aquel coloso iban aumentando, y cuando la lancha se puso al costado, confundida en el espacio de mar donde se proyectaba cual un negro y horrible cristal la sombra del navío; cuando ví cómo se sumergia el inmóvil casco negro en el agua sombría que azotaba suavemente los costados; cuando alcé la vista y ví las tres filas de cañones asomando sus bocas amenazadoras por las troneras, mi entusiasmo se trocó en miedo, púseme pálido y quedé sin movimiento asido al brazo de mi amo.

Pero en cuanto subimos y me hallé sobre cubierta se me ensanchó el

corazon. La airosa y altísima arboladura, la animacion del alcázar, la vista del cielo y la bahía, el admirable órden de cuantos objetos ocupaban la cubierta, desde los cois puestos en fila sobre la obra muerta hasta los cabrestantes, bombas, mangas, escotillas; la variedad de uniformes, todo, en fin, me suspendió de tal modo, que por un buen rato estuve absorto en la contemplacion de tan hermosa máquina, sin acordarme de nada más.

Ustedes no pueden hacerse cargo de aquellos magníficos barcos, ni ménos del *Santísima Trinidad*, por las malas estampas en que los han visto representados. Tampoco se parecen nada á los buques guerreros de hoy, cubiertos con su pesado arnés de hierro, largos, monotonos, negros, y sin accidentes muy visibles en su vasta extension, por lo cual me han parecido á veces inmensos ataudes flotantes. Creados por una época positivista, y adecuados á la ciencia náutico-militar de estos tiempos, que mediante el vapor ha anulado las maniobras, fiando el éxito del combate al poder y empuje de los navíos, los barcos de hoy son simples máquinas de guerra, mientras los de aquel tiempo eran el guerrero mismo, armado de todas armas de ataque y defensa, pero confiando principalmente en su destreza y valor.

Yo, que observo cuanto veo, he tenido siempre la costumbre de asociar hasta un extremo exagerado, ideas con imágenes, cosas con personas aunque pertenezcan á las más inasociables categorías. Viendo más tarde las catedrales llamadas góticas de nuestra Castilla y las de Flandes, y observando con qué imponente majestad se destaca su compleja y sutil fábrica entre las construcciones del gusto moderno, levantadas por la utilidad, tales como bancos, hospitales y cuarteles, no he podido ménos de traer á la memoria las distintas clases de naves que he visto en mi larga vida, y he comparado las antiguas con las catedrales góticas. Sus formas, que se prolongan hácia arriba, el predominio de las líneas verticales sobre las horizontales, cierto inexplicable idealismo, algo de histórico y religioso á la vez, mezclado con la complicacion de líneas y el juego de colores que combina á su capricho el sol, han determinado esta asociacion extravagante, que yo me explico por la huella de romanticismo que dejan en el espíritu las impresiones de la niñez.

El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres. Aquel coloso, construido en la Habana, con las más ricas maderas de Cuba, en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios. Tenia 220 piés (61 metros) de eslora, es decir, de popa á proa, 58 piés de manga (ancho) y 28 de puntal (altura desde la quilla á la cubierta), dimensiones extraordinarias que entónces no tenia ningun buque



del mundo. Sus poderosas cuadernas, que eran un verdadero bosque, sustentaban cuatro pisos. En sus costados, que eran fortísimas murallas de madera, se habian abierto al construirlo 116 troneras: cuando se le reformó, agrandándolo en 1796, se le abrieron 130, y artillado

de nuevo en 1805, tenia sobre sus costados, cuando yo le ví, 140 bocas de fuego, entre cañones y carronadas. El interior era maravilloso por la distribucion de los diversos compartimientos, ya fuesen puentes para la artillería, sollados para la tripulacion, pañoles para depósitos de víveres, cámaras para los jefes, cocinas, enfermería y demás servicios. Me quedé absorto recorriendo las galerías y demás escondrijos de aquel Escorial de los mares. Las cámaras situadas á popa eran un pequeño palacio por dentro, y por fuera una especie de fantástico alcázar; los balconajes, los pabellones de las esquinas de popa, semejantes á las linternas de un castillo ojival, eran como grandes jaulas abiertas al mar y desde donde la vista podia recorrer las tres cuartas partes del horizonte.

Nada más grandioso que la arboladura, aquellos árboles gigantescos, lanzados hácia el cielo, como un reto á la tempestad. Parecia que el viento no habia de tener fuerza para impulsar sus enormes gávias. La vista se mareaba y se perdia contemplando la inmensa madeja que formaban en la arboladura los obenques, estáis, brazas, cabos, drizas y cuerdas que servian para sostener y mover el velámen.

Yo estaba absorto en la contemplacion de tanta maravilla, cuando sentí un fuerte golpe en la nuca. Creí que el palo mayor se me habia caido encima. Volví la vista atontado y lancé una exclamacion de horror al ver á un hombre que me tiraba de las orejas, como si quisiera levantarme en el aire. Era mi tio.

—¿Qué buscas tú aquí, lombriz?—me dijo en el suave tono que le era habitual.—¿Quieres aprender el oficio? Oye, Juan—añadió dirigiéndose á un marinero de feroz aspecto,—súbeme á este galápago á la verga mayor para que se pasee por ella.

Yo eludí como pude el compromiso de pasear por la verga, y le expliqué con la mayor cortesía que hallándome al servicio de D. Alonso Gutierrez de Cisniega, habia venido á bordo en su compañía. Tres ó cuatro marineros, amigos de mi simpático tio, quisieron maltratarme, por lo que resolví alejarme de tan distinguida sociedad, y me marché á la cámara en busca de mi amo. Los oficiales hacian su tocado, no ménos difícil á bordo que en tierra, y cuando yo veia á los pajes ocupados en empolvar las cabezas de los héroes á quienes servian, me pregunté si aquella operacion no era la ménos á propósito dentro de un buque, donde todos los instantes eran preciosos y donde estorbaba siempre todo lo que no fuera de inmediata necesidad para el servicio.

Pero la moda era entónces tan tirana como ahora, y aún en aquel tiempo imponia del modo más apremiante sus enfadosas ridiculeces. Hasta

el soldado tenia que emplear un tiempo precioso en hacerse el coleto. ¡Pobres hombres! Yo les ví puestos en fila unos tras otros, arreglando cada cual el coleto del que tenia delante, medio ingenioso que remataba la operacion en poco tiempo. Despues se encasquetaban el sombrero de pieles, pesada mole, cuyo objeto nunca me pude explicar, y luego iban á sus puestos si tenian que hacer guardia, ó á pasearse por el combés si estaban libres de servicio. Los marineros no usaban aquel ridículo apéndice capilar, y su sencillo traje me parece que no se ha modificado mucho desde aquella fecha.

En la cámara mi amo hablaba acaloradamente con el comandante del buque, D. Francisco Javier de Uriarte, y con el jefe de escuadra D. Baltasar Hidalgo de Cisneros. Segun lo poco que oí, no me quedó duda de que el general francés habia dado órden de salida para la mañana siguiente.

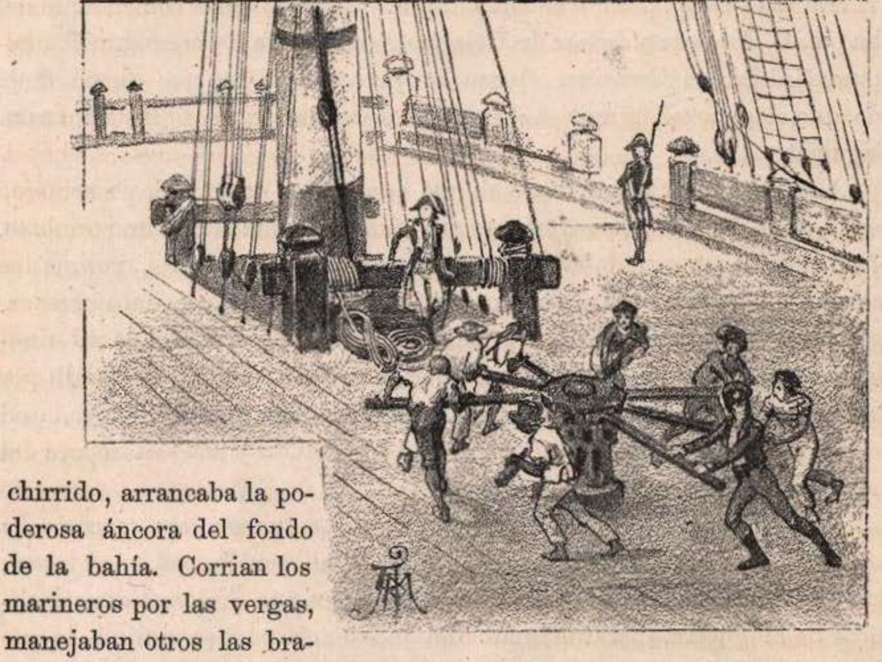
Esto alegró mucho á Marcial, que junto con otros viejos marineros en el castillo de proa, disertaba ampulosamente sobre el próximo combate. Tal sociedad me agradaba más que la de mi interesante tio, porque los colegas de Medio-hombre no se permitian bromas pesadas con mi persona. Esta sola diferencia hacia comprender la diversa procedencia de los tripulantes, pues mientras unos eran marineros de pura raza, llevados allí por la matrícula ó enganche voluntario, los otros eran gente de leva, casi siempre holgazana, díscola, de perversas costumbres y mal conocedora del oficio.

Con los primeros hacia yo mejores migas que con los segundos, y asistia á todas las conferencias de Marcial. Si no temiera cansar al lector, le referiria la explicacion que éste dió de las causas diplomáticas y políticas de la guerra, parafraseando del modo más cómico posible lo que habia oido algunas noches antes de boca de Malespina en casa de mis amos. Por él supe que el novio de mi amita se habia embarcado en el *Nepomuceno.*

Todas las conferencias terminaban en un solo punto, el próximo combate. La escuadra debia salir al dia siguiente, ¡qué placer! Navegar en aquel gigantesco barco, el mayor del mundo; presenciar una batalla en medio de los mares; ver cómo era la batalla, cómo se disparaban los cañones, cómo se apresaban los buques enemigos... ¡qué hermosa fiesta! y luego volver á Cádiz cubiertos de gloria... Decir á cuantos quisieran oirme: "yo estaba en la escuadra, lo ví todo..." decírselo tambien á mi amita, contándole la grandiosa escena, y excitando su atencion, su curiosidad, su interés...; decirle tambien: "yo me hallé en los sitios de mayor peligro, y

no temblaba por eso;„ ver cómo se altera, cómo palidece y se asusta oyendo referir los horrores del combate, y luego mirar con desden á todos los que digan: "contad, Gabrielito, esa cosa tan tremenda!...„ ¡Oh! esto era más de lo que necesitaba mi imaginacion para enloquecer... Digo francamente que en aquel dia no me hubiera cambiado por Nelson.

Amaneció el 19, que fué para mí felicísimo, y no habia aún amanecido, cuando yo estaba en el alcázar de popa con mi amo, que quiso presenciar la maniobra. Despues del baldeo comenzó la operacion de levar el buque. Se izaron las grandes gávias, y el pesado molinete, girando con su agudo



chirrido, arrancaba la poderosa áncora del fondo de la bahía. Corrian los marineros por las vergas, manejaban otros las brazas, prontos á la voz del contramaestre, y todas las voces del navío, antes mudas, llenaban el aire con espantosa algarabía. Los pitos, la campana de proa, el discorde concierto de mil voces humanas, mezcladas con el rechinar de los motones, el crugido de los cabos, el trapeo de las velas azotando los palos antes de henchirse impelidas por el viento, todos estos variados sones acompañaron los primeros pasos del colosal navío.

Pequeñas olas acariciaban sus costados, y la mole majestuosa comenzó á deslizarse por la bahía sin dar la menor cabezada, sin ningun vaivén de costado, con marcha grave y solemne, que sólo podia apreciarse comparativamente, observando la traslacion imaginaria de los buques mercantes anclados y del paisaje.

Al mismo tiempo se dirigia la vista en derredor y ¡qué espectáculo,

Dios mio! treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, entre españoles y franceses, colocados delante, detrás y á nuestro costado, se cubrian de velas y marchaban tambien impelidos por el escaso viento. No he visto mañana más hermosa. El sol inundaba de luz aquella magnífica rada; un ligero matiz de púrpura teñia la superficie de las aguas hácia Oriente, y la cadena de colinas y lejanos montes que limitan el horizonte hácia la parte del Puerto permanecian aún encendidos por el fuego de la pasada aurora; el cielo limpio apenas tenia algunas nubes rojas y doradas por Levante; el mar azul estaba tranquilo, y sobre este mar y bajo aquel cielo las cuarenta naves, con sus blancos velámenes, emprendian la marcha, formando el más vistoso escuadron que puede presentarse ante humanos ojos.

No andaban todos con igual paso. Unos se adelantaban, otros tardaron mucho en moverse: pasaban algunos junto á nosotros mientras los habia que se quedaban detrás. La lentitud de su marcha, la altura de su aparejo, cubierto de lona, cierta misteriosa armonía que mis oidos de niño percibian como saliendo de aquellos gloriosos cascos, especie de himno que sin duda resonaba dentro de mí mismo; la claridad del dia, la frescura del ambiente, la belleza del mar, que fuera de la bahía parecia agitarse con gentil alborozo á la aproximacion de la flota, formaban el más imponente cuadro que puede imaginarse.

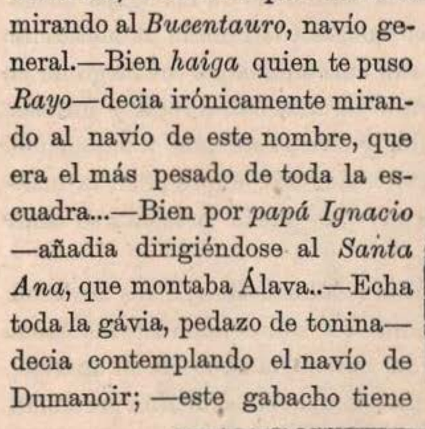
Cádiz, en tanto, como un panorama giratorio, se escorzaba á nuestra vista presentándonos sucesivamente las distintas facetas de su vasto circuito. El sol, encendiendo los vidrios de sus mil miradores, la salpicaba con polvos de oro, y su blanca mole se destacaba tan limpia y pura sobre las aguas, que parecia haber sido creada en aquel momento, ó sacada del mar como la fantástica ciudad de San Genaro. Ví el desarrollo de la muralla desde el muelle hasta el castillo de Santa Catalina; reconocí el baluarte del Bonete, el baluarte del Orejon, la Caleta, y me llené de orgullo considerando de dónde habia salido y dónde estaba.

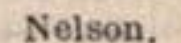
Al mismo tiempo llegaba á mis oidos como una música misteriosa el son de las campanas de la ciudad medio despierta, tocando á misa, con esa algazara charlatana de las campanas de un gran pueblo. Ya me parecian expresar alegría, como un saludo de buen viaje, y yo atendia á aquel rumor como si fuesen humanas voces que nos daban la despedida: ya me parecian sonar tristes y acongojadas anunciándonos una desgracia, y á medida que nos alejábamos, aquella música se iba apagando hasta que se extinguió difundida en el inmenso espacio.

La escuadra salia lentamente: algunos barcos emplearon muchas horas

para hallarse fuera. Marcial, durante la salida, iba haciendo comentarios sobre cada buque, observando su marcha, motejándoles si eran pesados, animándoles con paternales consejos si eran ligeros y zarpaban pronto.

—¡Qué pesado está D. Federico!—decia observando el *Príncipe de Astúrias*, mandado por Gravina...—Allá va *Mr. Corneta*—exclamaba mirando al *Bucentauro*, navío general.—Bien *haiga* quien te puso *Rayo*—decia irónicamente mirando al navío de este nombre, que era el más pesado de toda la escuadra...—Bien por *papá Ignacio* —añadia dirigiéndose al *Santa Ana*, que montaba Álava..—Echa toda la gávia, pedazo de tonina—decia contemplando el navío de Dumanoir; —este gabacho tiene un peluquero para rizar la gávia, y carga las velas con tenacillas...





Nelson.

Gravina.

El cielo se enturbió por la tarde, y al anochecer, hallándonos ya á gran distancia, vimos á Cádiz perderse poco á poco entre la bruma, hasta que se confundieron con las tintas de la noche sus últimos contornos. La escuadra tomó rumbo al Sur.

Por la noche no me separé de él, una vez que dejé á mi amo muy bien arrellanado en su camarote. Rodeado de dos colegas y admiradores, les explicaba el plan de Villeneuve del modo siguiente:

—"Mr. Corneta ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos. La vanguardia, que es mandada por Álava, tiene siete navíos; el centro, que lleva siete y lo manda Mr. Corneta en persona; la retaguardia, tambien de siete,

que va mandada por Dumanoir, y el cuerpo de reserva, compuesto de doce navíos, que manda D. Federico. No me parece que está esto mal pensado. Por supuesto que van los barcos españoles mezclados con los gabachos, para que no nos dejen en las astas del toro, como sucedió en Finisterre.

"Segun me ha referido D. Alonso, el francés ha dicho que si el enemigo se nos presenta á sotavento, formaremos la línea de batalla y caeremos sobre él... Esto está muy guapo dicho en el camarote; pero ya... ¿el *Señorito* va á ser tan buey que se nos presente á sotavento?... Sí, porque tiene poco *farol* (inteligencia) su señoría para dejarse pescar así... *veremos á ver si vemos* lo que espera el francés... Si el enemigo se presenta á barlovento y nos ataca, debemos esperarle en línea de batalla; y como tendrá que dividirse para atacarnos, si no consigue romper nuestra línea, nos será muy fácil vencerle. Á ese señor todo le parece fácil. (Rumores.) Dice tambien que no hará señales y que todo lo espera de cada capitan. Si iremos á ver lo que yo vengo predicando desde que se hicieron esos malditos tratados de *sursillos*, y es que... más vale callar... quiera Dios... Ya les he dicho á ustedes que Mr. Corneta no sabe lo que tiene entre manos y que no le caben cincuenta barcos en la cabeza. Cuidado con un almirante que llama á sus capitanes el dia antes de una batalla, y les dice que haga cada uno lo que le diere la gana... *Pos pá eso...* (Grandes muestras de asentimiento.) En fin, allá veremos... Pero vengan acá ustedes y díganme: si nosotros los españoles queremos defondar á unos cuantos barcos ingleses, ¿no nos bastamos y nos sobramos para ello? ¿Pues á *cuenta qué* hemos de juntarnos con franceses que no nos dejan hacer lo que nos *sale de dentro*, sino que hemos de ir al remolque de sus señorías? *Siempre di cuando* fuimos con ellos, *siempre di cuando* salimos *destaponados...* En fin... Dios y la Vírgen del Cármen vayan con nosotros, y nos libren de amigos franceses por siempre jamás amen. (Grandes aplausos.)

Todos asintieron á su opinion. Su conferencia duró hasta hora avanzada, elevándose desde la profesion naval hasta la ciencia diplomática. La noche fué serena y navegábamos con viento fresco. Se me permitirá que al hablar de la escuadra diga *nosotros*. Yo estaba tan orgulloso de encontrarme á bordo del *Santísima Trinidad*, que me llegué á figurar que iba á desempeñar algun papel importante en tan alta ocasion, y por eso no dejaba de gallardearme con los marineros, haciéndoles ver que yo estaba allí para alguna cosa útil.

X



L amanecer del dia 20 el viento soplaba con mucha fuerza, y por esta causa los navíos estaban muy distantes unos de otros. Mas habiéndose calmado el viento poco despues de medio dia, el buque almirante hizo señales de que se formasen las cinco columnas, vanguardia, centro, retaguardia y los dos cuerpos que componian la reserva.

Yo me deleitaba viendo cómo acudian dócilmente á la formacion aquellas moles, y aunque, á causa de la diversidad de sus condiciones marineras, las maniobras no eran muy rápidas y las líneas formadas poco perfectas, siempre causaba admiracion contemplar aquel ejercicio. El viento soplaba del S. O., segun dijo Marcial, que lo habia profetizado desde por la mañana, y la escuadra, recibiéndole por estribor, marchó en direccion del Estrecho. Por la noche se vieron algunas luces, y al amanecer del 21, vimos veintisiete navíos por barlovento, entre los cuales Marcial designó siete de tres puentes. Á eso de las ocho, los treinta y tres barcos de la flota enemiga estaban á la vista formados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una larguísima línea, y segun las apariencias, las dos columnas de Nelson, dispuestas en forma de cuña, avanzaban como si quisieran cortar nuestra línea por el centro y retaguardia.

Tal era la situacion de ambos contendientes, cuando el *Bucentauro* hizo señal de virar en redondo. Ustedes quizás no entiendan esto; pero les diré que consistia en variar diametralmente de rumbo, es decir, que si antes el viento impulsaba nuestros navíos por estribor, despues de aquel movimiento nos daba por babor, de modo que marchábamos en direccion

casi opuesta á la que antes teníamos. Las proas se dirigian al Norte, y este movimiento, cuyo objeto era tener á Cádiz bajo el viento, para arribar á él en caso de desgracia, fué muy criticado á bordo del *Trinidad*, y especialmente por Marcial, que decia:

—Ya se *esparrancló* la línea de batalla, que antes era mala y ahora es peor.

Efectivamente, la vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, segun oí decir, quedó á la cola. Como el viento era flojo, los barcos de diversa andadura y la tripulacion poco diestra, la nueva línea no pudo formarse ni con rapidez ni con precision: unos navíos andaban muy aprisa y se precipitaban sobre el delantero, otros marchaban poco, rezagándose, ó se desviaban, dejando un gran claro que rompia la línea, antes de que el enemigo se tomase el trabajo de hacerlo.

Se mandó restablecer el órden; pero por obediente que sea un buen barco, no es tan fácil de manejar como un caballo. Con este motivo, y observando las maniobras de los barcos más cercanos, Medio-hombre decia:

—La línea es más larga que el camino de Santiago. Si el *Señorito* la corta, adios mi bandera: perderíamos hasta el modo de andar, *manque* los pelos se nos hicieran cañones. Señores, nos van á dar julepe por el centro: ¿cómo pueden venir á ayudarnos el *San Juan* y el *Bahama*, que están á la cola, ni el *Neptuno* ni el *Rayo*, que están á la cabeza? (Rumores de aprobacion.) Además, estamos á sotavento, y los casacones pueden elegir el punto que quieran para atacarnos. Nosotros bastante haremos con defendernos como podamos. Lo que digo es que Dios nos saque bien y nos libre de franceses por siempre jamás amen Jesús.

El sol avanzaba hácia el zénit, y el enemigo estaba ya encima.

—¿Les parece á ustedes que esta es hora de empezar un combate? ¡Las doce del dia!—exclamaba con ira el marinero, aunque no se atrevia á hacer demasiado pública su demostracion, ni estas conferencias pasaban de un pequeño círculo, dentro del cual yo, llevado de mi sempiterna insaciable curiosidad, me habia ingerido.

No sé por qué me pareció advertir en todos los semblantes cierta expresion de disgusto. Los oficiales en el alcázar de popa y los marineros y contramaestres en el de proa, observaban los navíos sotaventados y fuera de línea, entre los cuales habia cuatro pertenecientes al centro.

Se me habia olvidado mencionar una operacion preliminar del combate, en la cual tomé parte. Hecho por la mañana el zafarrancho, preparado ya

todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo á maniobras, oí que dijeron:

—La arena, extender la arena.

Marcial me tiró de la oreja, y llevándome á una escotilla, me hizo colocar en línea con algunos marinerillos de leva, grumetes y gente de poco más ó ménos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega se habian colocado, escalonados en los entrepuentes, algunos marineros, y de este modo iban sacando los sacos de arena. Uno se lo daba al que tenia al lado, éste al siguiente, y de este modo se sacaba rápidamente y sin trabajo cuanto se quisiera. Pasando de mano en mano subieron de la bodega multitud de sacos, y mi sorpresa fué grande cuando ví que los vaciaban sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos, extendiendo la arena hasta cubrir toda la superficie de los tablones. Lo mismo hicieron en los entrepuentes. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenia al lado.

—Es para la sangre—me contestó con indiferencia.

—¡Para la sangre!—repetí yo sin poder reprimir un extremetimiento de terror.

Miré la arena, miré á los marineros, que con gran algazara se ocupaban en aquella faena, y por un instante me sentí cobarde. Sin embargo, la imaginacion que entónces predominaba en mí, alejó de mi espíritu todo temor, y no pensé más que en triunfos y agradables sorpresas.

El servicio de los cañones estaba listo, y advertí tambien que las municiones pasaban de los pañoles al entrepuente por medio de una cadena humana semejante á la que habia sacado la arena del fondo del buque.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigia hácia nosotros y traia en su cabeza, ó en el vértice de la cuña, un gran navío con insignia de almirante. Despues supe que era el *Victory* y que lo mandaba Nelson. El otro traia á su frente el *Royal Sovereing*, mandado por Collingwood.

Todos estos hombres, así como las particularidades estratégicas del combate han sido estudiados por mí más tarde.

Mis recuerdos, que son clarísimos en todo lo pintoresco y material, apenas me sirven en lo relativo á operaciones que entónces no comprendia. Lo que oí con frecuencia de boca de Marcial, unido á lo que despues he sabido, pudo darme á conocer la formacion de nuestra escuadra, y para que ustedes lo comprendan bien, les pongo aquí una lista de nuestros navíos, indicando los desviados, que dejaban un claro, la nacionalidad y la forma en que fuimos atacados. Poco más ó ménos, era así:

VANGUARDIA.

Neptuno. E...
Scipion. F......
Rayo. E........
Formidable. F....
——Duguay. F....
Mont-Blanc. F......
Asís. E............

CENTRO.

PRIMER CUERPO.
MANDADO POR NELSON.
Victory. ——————>

Agustin. E............
Herós. F..............
Trinidad. E............
Bucentauro. F...........
——Neptune. F............
Redoutable. F.............
Intrépide. F................
——Leandro. E...............

RETAGUARDIA.

SEGUNDO CUERPO.
MANDADO POR COLLINGWOOD.
Royal Sovereing. ——————>

——Justo. E.................
——Indomptable. F.............
Santa Ana.E.......................
Fougueux. F..........................
Monarca. E...........................
Pluton. F.............................

RESERVA.

Bahama. E........................
——Aigle. F......................
Montañés. E.........................
Algeciras. E.........................
Argonauta. E..........................
Swift-Sure. F...........................
——Argonaute. F.........................
Ildefonso. E............................
——Achilles. F...........................
Príncipe de Astúrias. E. ....
Berwich. F...................................
Nepomuceno. E................................

Eran las doce ménos cuarto. El terrible instante se aproximaba. La ansiedad era general, y no digo esto juzgando por lo que pasaba en mi espíritu, pues atento á los movimientos del navío en que se decia estaba Nelson, no pude por un buen rato darme cuenta de lo que pasaba á mi alrededor.

De repente nuestro comandante dió una órden terrible. La repitieron los contramaestres. Los marineros corrieron hácia los cabos, chillaron los motones, trapearon las gávias.

—¡En facha, en facha!—exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento.—Ese condenado se nos quiere meter por la popa.

Al punto comprendí que se habia mandado detener la marcha del *Trinidad* para estrecharle contra el *Bucentauro*, que venia detrás, porque el *Victory* parecia venir dispuesto á cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulacion no tenia toda aquella desenvoltura propia de los marineros, familiarizados como Marcial con la guerra y con la tempestad. Entre los soldados ví algunos que sentian el malestar del mareo, y se agarraban á los obenques para no caer. Verdad es que habia gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero por lo comun todos eran de leva, obedecian las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenian ni el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, como advertí despues. Á pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo, la idea de Dios estaba en todas las cabezas.

Por lo que á mí toca, en toda la vida ha experimentado mi alma sensaciones iguales á las de aquel momento. Á pesar de mis pocos años, me hallaba en disposicion de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, despues que existia, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasion de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y les admiraba al verles buscar con tanto afan una muerte segura.

Por primera vez entónces percibí con completa claridad la idea de la pátria, y mi corazon respondió á ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entónces la pátria se me representaba en las personas que gobernaban la nacion, tales como el Rey y su célebre ministro, á quienes no consideraba con igual respeto.

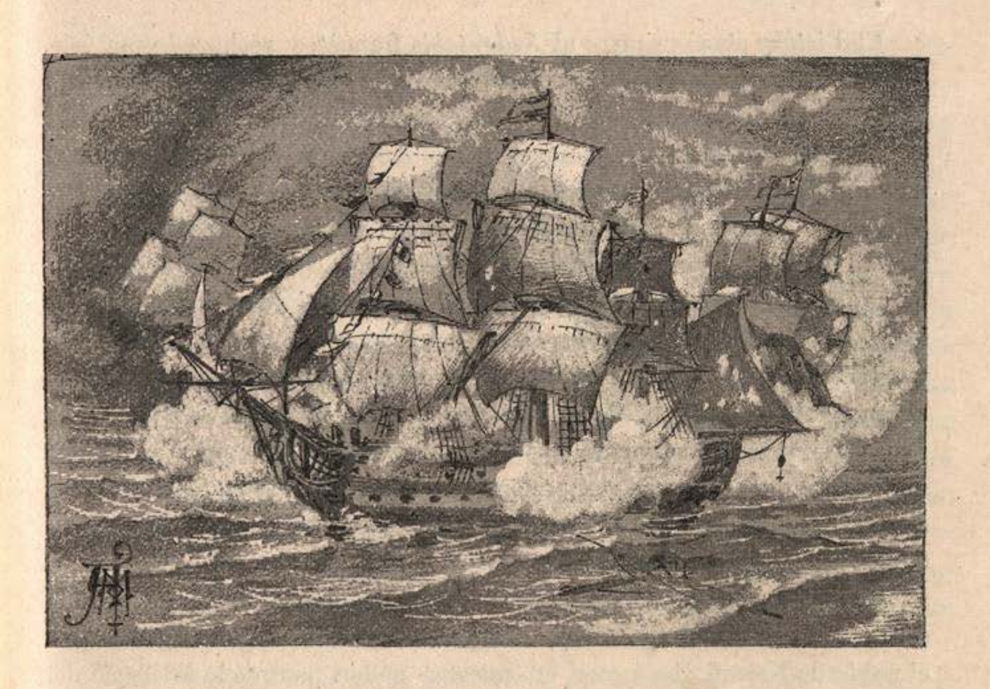
Como yo no sabia más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debia uno entusiasmarse al oir que los españoles habian matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses despues. Me representaba, pues, á mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebia era tan parecido á la barbárie como un huevo á otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer á aquella casta de matadores de moros.

Pero en el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándole y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé á mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales habia esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos séres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habian sido hechos aquellos barcos para defender la pátria; es decir, el terreno en que ponian sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivian sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcacion fatigada del largo viaje; el almacen donde depositaban sus riquezas, la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generacion en generacion, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura é inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia á nuestra existencia; desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara.

Yo creia tambien que las cuestiones que España tenia con Francia ó con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones queria quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado. Parecíame por tanto tan legítima la defensa como brutal la agresion, y como habia oido decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba, no pude contener

algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer; me acordé de todos los españoles, á quienes consideraba asomados á una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, á quien dirigí una oracion que no era Padre-nuestro ni Ave-María, sino algo nuevo que á mí se me ocurrió entónces. Un repentino estruendo me sacó de mi arrobamiento, haciéndome extremecer con violentísima sacudida. Habia sonado el primer cañonazo.





XI



N navío de la retaguardia disparó el primer tiro contra el *Royal Sobereing*, que mandaba Collingwood. Mientras trababa combate con éste el *Santa Ana*, el *Victory* se dirigia contra nosotros. En el *Trinidad* todos demostraban gran ansiedad por comenzar el fuego; pero nuestro comandante esperaba el momento más favorable. Como si unos navíos se lo comunicaran á los otros, cual piezas pirotécnicas enlazadas por una mecha comun, el fuego se corrió desde el *Santa Ana* hasta los dos extremos de la línea.

El *Victory* atacó primero al *Redoutable* francés, y rechazado por éste, vino á quedar frente á nuestro costado por barlovento. El momento terrible habia llegado; cien voces dijeron *¡fuego!* repitiendo como un eco infernal la del comandante, y la andanada lanzó cincuenta proyectiles sobre el navío inglés. Por un instante el humo me quitó la vista del enemigo. Pero éste, ciego de coraje, se venia sobre nosotros viento en popa. Al llegar á tiro de fusil, orzó y nos descargó su andanada. En el tiempo que medió de uno á otro disparo, la tripulacion, que habia podido observar el daño hecho al enemigo, redobló su entusiasmo. Los cañones se servian con presteza, aunque no sin cierto entorpecimiento, hijo de la poca práctica de algunos cabos de cañon. Marcial hubiera tomado por su cuenta de buena gana la empresa de servir una de las piezas de cubierta; pero su cuerpo mutilado no era capaz de responder al heroismo de su alma. Se contentaba con vigilar el servicio de la cartuchería, y con su voz y con su gesto alentaba á los que servian las piezas.

El *Bucentauro*, que estaba á nuestra popa, hacia fuego igualmente sobre el *Victory* y el *Temerary*, otro poderoso navío inglés. Parecia que el navío de Nelson iba á caer en nuestro poder, porque la artillería del *Trinidad* le habia destrozado el aparejo, y vimos con orgullo que perdia su palo de mesana.

En el ardor de aquel primer encuentro, apenas advertí que algunos de nuestros marineros caian heridos ó muertos. Yo, puesto en el lugar donde creia estorbar ménos, no cesaba de contemplar al comandante, que mandaba desde el alcázar con serenidad heróica, y me admiraba de ver á mi amo con ménos calma, pero con más entusiasmo, alentando á oficiales y marineros con su ronca vocecilla.

—¡Ah!—dije yo para mí.—¡Si te viera ahora Doña Francisca!

Confesaré que yo tenia momentos de un miedo terrible, en que me hubiera escondido nada ménos que en el mismo fondo de la bodega, y otros de cierto delirante arrojo en que me arriesgaba á ver desde los sitios de mayor peligro aquel gran espectáculo. Pero, dejando á un lado mi humilde persona, voy á narrar el momento más terrible de nuestra lucha con el *Victory*. El *Trinidad* le destrozaba con mucha fortuna, cuando el *Temerary*, ejecutando una habilísima maniobra, se interpuso entre los dos combatientes, salvando á su compañero de nuestras balas. En seguida se dirigió á cortar la línea por la popa del *Trinidad*, y como el *Bucentauro*, durante el fuego, se habia estrechado contra éste hasta el punto de tocarse los penoles, resultó un gran claro, por donde se precipitó el *Temerary*, que viró prontamente, y colocándose á nuestra aleta de babor, nos disparó

por aquel costado, hasta entónces ileso. Al mismo tiempo el *Neptune*, otro poderoso navío inglés, colocóse donde antes estaba el *Victory*, éste se sotaventó, de modo que en un momento el *Trinidad* se encontró rodeado de enemigos que le acribillaban por todos lados.

En el semblante de mi amo, en la sublime cólera de Uriarte, en los juramentos de los marineros amigos de Marcial, conocí que estábamos perdidos, y la idea de la derrota angustió mi alma. La línea de la escuadra combinada se hallaba rota por varios puntos, y al órden imperfecto con que se habia formado despues de la vira en redondo, sucedió el más terrible desórden. Estábamos envueltos por el enemigo, cuya artillería lanzaba una espantosa lluvia de balas y de metralla sobre nuestro navío, lo mismo que sobre el *Bucentauro*. El *Agustin*, el *Herós* y el *Leandro* se batian lejos de nosotros, en posicion algo desahogada, mientras el *Trinidad*, lo mismo que el navío almirante, sin poder disponer de sus movimientos, cogidos en terrible escaramuza por el génio del gran Nelson, luchaban heróicamente, no ya buscando una victoria imposible, sino movidos por el afan de perecer con honra.

Los cabellos blancos que hoy cubren mi cabeza se erizan todavía al recordar aquellas tremendas horas, principalmente desde las dos á las cuatro de la tarde. Se me representan los barcos, no como ciegas máquinas de guerra, obedientes al hombre, sino como verdaderos gigantes, séres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en accion, como ágiles miembros, su velámen, y cual terribles armas la poderosa artillería de sus costados. Mirándolos, mi imaginacion no podia ménos de personalizarlos, y aún ahora me parece que los veo acercarse, desafiarse, orzar con ímpetu para descargar su andanada, lanzarse al abordaje con ademan provocativo, retroceder con ardiente coraje para tomar más fuerza, mofarse del enemigo, increparle; me parece que les veo expresar el dolor de la herida, ó exhalar noblemente el gemido de la muerte, como el gladiador que no olvida el decoro en la agonía; me parece oir el rumor de las tripulaciones, como la voz que sale de un pecho irritado, á veces alarido de entusiasmo, á veces sordo mugido de desesperacion, precursor de exterminio, ahora himno de júbilo que indica la victoria, despues algazara rabiosa que se pierde en el espacio, haciendo lugar á un terrible silencio que anuncia la vergüenza de la derrota.

El espectáculo que ofrecia el interior del *Santísima Trinidad* era el de un infierno. Las maniobras habian sido abandonadas, porque el barco no se movia ni podia moverse. Todo el empeño consistia en servir las piezas con la mayor presteza posible, correspondiendo así al estrago que

hacian los proyectiles enemigos. La metralla inglesa rasgaba el velámen, como si grandes é invisibles uñas le hicieran trizas. Los pedazos de obra muerta, los trozos de madera, los gruesos obenques segados cual haces de



espigas, los motones que caian, los trozos de velámen, los hierros, cabos y demás despojos arrancados de su sitio por el cañon enemigo, llenaban la cubierta, donde apenas habia espacio para moverse. De minuto en minuto caian al suelo ó al mar multitud de hombres llenos de vida, y en tanto las blasfemias de los combatientes se mezclaban á los lamentos de los heridos, de tal modo que no era posible distinguir si insultaban á Dios los que morian ó le llamaban con angustia los que luchaban.

Yo tuve que prestar mi auxilio en una faena tristísima, cual era la de transportar los heridos á la bodega, donde estaba la enfermería. Algunos

morian antes de llegar á ella, y otros tenian que sufrir dolorosas operaciones antes de poder reposar un momento su cuerpo fatigado. Tambien tuve la indecible satisfaccion de ayudar á los carpinteros, que á toda prisa procuraban aplicar tapones á los agujeros hechos en el casco; pero mi poca fuerza hacia que no fuesen aquellos auxilios tan eficaces como yo habria deseado.

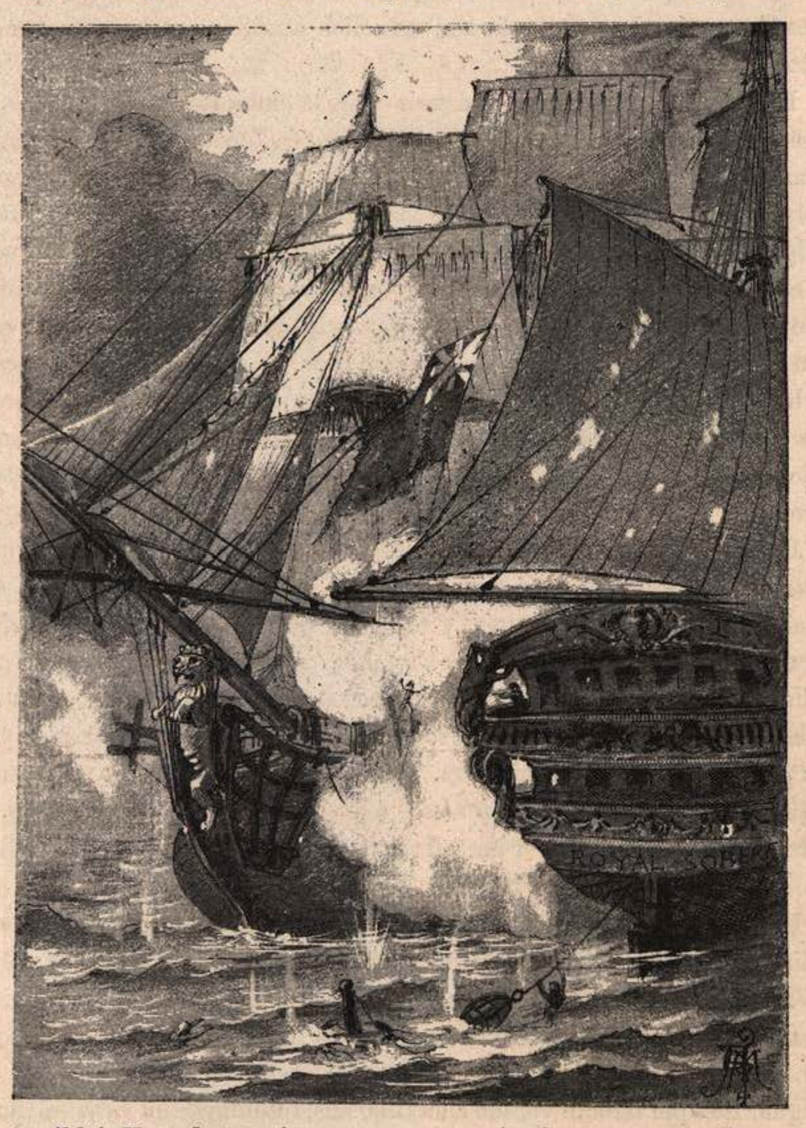
La sangre corria en abundancia por la cubierta y los puentes, y á pesar de la arena, el movimiento del buque la llevaba de aquí para allí, formando fatídicos dibujos. Las balas de cañon, de tan cerca disparadas, mataban mutilando horriblemente los cuerpos, y era frecuente ver rodar á alguno, arrancada á cercen la cabeza, cuando la violencia del proyectil no arrojaba la víctima al mar, entre cuyas ondas debia perderse casi sin dolor la última nocion de la vida. Otras balas rebotaban contra un palo ó contra la obra muerta, levantando granizada de astillas que herian como flechas. La fusilería de las cofas y la metralla de las carronadas esparcian otra muerte ménos rápida y más dolorosa, y fué raro el que no salió marcado más ó ménos gravemente por el plomo y el hierro de nuestros enemigos.

De tal suerte combatida y sin poder de ningun modo devolver iguales destrozos, la tripulacion, aquella alma del buque, se sentia perecer, agonizaba con desesperado coraje, y el navío mismo, aquel cuerpo glorioso, retemblaba al golpe de las balas. Yo le sentia extremecerse en la terrible lucha: crugian sus cuadernas, estallaban sus baos, rechinaban sus puntales á manera de miembros que retuerce el dolor, y la cubierta trepidaba bajo mis piés con ruidosa palpitacion, como si á todo el inmenso cuerpo del buque se comunicara la indignacion y los dolores de sus tripulantes. En tanto el agua penetraba por los mil agujeros y grietas del casco acribillado y comenzaba á inundar la bodega.

El *Bucentauro*, navío general, se rindió á nuestra vista. Villeneuve habia arriado bandera. Una vez entregado el jefe de la escuadra ¿qué esperanza quedaba á los buques? El pabellon francés desapareció de la popa de aquel gallardo navío, y cesaron sus fuegos. El *San Agustin* y el *Herós* se sostenian todavía, y el *Rayo* y el *Neptuno*, pertenecientes á la vanguardia, que habian venido á auxiliarnos, intentaron en vano salvarnos de los navíos enemigos que nos asediaban. Yo pude observar la parte del combate más inmediata al *Santísima Trinidad*, porque del resto de la línea no era posible ver nada. El viento parecia haberse detenido y el humo se quedaba sobre nuestras cabezas, envolviéndonos en su espesa capa blanca, que las miradas no podian penetrar. Distinguíamos tan sólo

el aparejo de algunos buques lejanos, aumentados en un modo inexplicable por no sé qué efecto óptico, aunque creo que el pavor de aquel sublime momento agrandaba todos los objetos.

Esta densa penumbra se disipó por un momento: ¡pero de qué manera



tan terrible! Una detonacion espantosa, más fuerte que la de los mil cañones de la escuadra disparando á un tiempo, paralizó á todos, produciendo general terror. Cuando el oido recibió tan fuerte impresion, una claridad vivísima habia iluminado el ancho espacio ocupado por las dos flotas, rasgando el velo de humo, y presentó á nuestros ojos todo el pano-

rama del combate. La terrible explosion habia ocurrido hácia el Sur, en el sitio ocupado antes por la retaguardia.

—Se ha volado un navío,—dijeron todos.

Las opiniones fueron diversas, y se dudaba si el buque volado era el *Santa Ana*, el *Argonauta*, el *Ildefonso* ó el *Bahama*. Despues se supo que habia sido el francés nombrado *Achilles*. La expansion de los gases desparramó por mar y cielo en pedazos mil cuanto momentos antes constituia un hermoso navío con 74 cañones y 600 hombres de tripulacion.

Algunos segundos despues de la explosion, ya no pensábamos más que en nosotros mismos.

Rendido el *Bucentauro*, todo el fuego enemigo se dirigió contra nuestro navío, cuya pérdida era ya segura. El entusiasmo de los primeros momentos se habia apagado en mí, y mi corazon estaba lleno de un terror que me paralizaba, ahogando todas las funciones de mi espíritu, excepto la de la curiosidad. Esta era tan irresistible, que me obligó á salir á los sitios de mayor peligro. De poco servia ya mi escaso auxilio, porque ni áun se trasladaban los heridos á la bodega, porque eran muchos, y las piezas exigian el servicio de cuantos conservaban un poco de fuerza. Entre éstos estaba Marcial, que se multiplicaba gritando y moviéndose conforme á su poca agilidad, y era á la vez contramaestre, marinero, artillero, carpintero y cuanto habia que ser en tan terribles instantes. Nunca creí que desempeñara funciones correspondientes á tantos hombres el que no podia considerarse sino como la mitad de un cuerpo humano. Un astillazo le habia herido en la cabeza, y la sangre, tiñéndole la cara, le daba el más horrible aspecto. Yo le veia agitar sus lábios, bebiendo aquel líquido, y lúego lo escupia con furia fuera del portalon, como si tambien quisiera herir á salivazos á nuestros enemigos.

Lo que más me asombraba, causándome cierto espanto, era que Marcial, áun en aquella escena de desolacion, proferia algunas frases de buen humor, no sé si por alentar á sus decaidos compañeros, ó porque de este modo acostumbraba alentarse á sí mismo.

Cayó con estruendo el palo de trinquete, ocupando el castillo de proa con la balumba de su aparejo, y Marcial dijo:

—Muchachos, vengan las hachas. Metamos este mueble en la alcoba.

Al punto se cortaron los cabos y el mástil cayó al mar.

Y viendo que arreciaba el fuego, gritó dirigiéndose á un pañolero que se habia convertido en cabo de cañon:

—Pedro Abad, mándales el vino á esos casacones para que nos dejen en paz.

Y á un soldado que yacia como muerto, por el dolor de sus heridas y la angustia del mareo, le dijo aplicándole el botafuego á la nariz:

—Huele una hojita de azahar, camarada, para que se te pase el desmayo. ¿Quieres dar un paseo en bote? Anda: Nelson nos convida á echar unas cañas.

Esto pasaba en el combés. Alcé la vista al alcázar de popa y ví que el general Cisneros habia caido. Precipitadamente le bajaron dos marineros á la cámara. Mi amo continuaba inmóvil en su puesto; pero de su brazo izquierdo manaba mucha sangre. Corrí hácia él para auxiliarle, y antes que yo llegase, un oficial se le acercó, intentando convencerle de que debia bajar á la cámara. No habia éste pronunciado dos palabras, cuando una bala le llevó la mitad de la cabeza, y su sangre salpicó mi rostro. Entónces D. Alonso se retiró, tan pálido como el cadáver de su amigo, que yacia mutilado en el piso del alcázar.

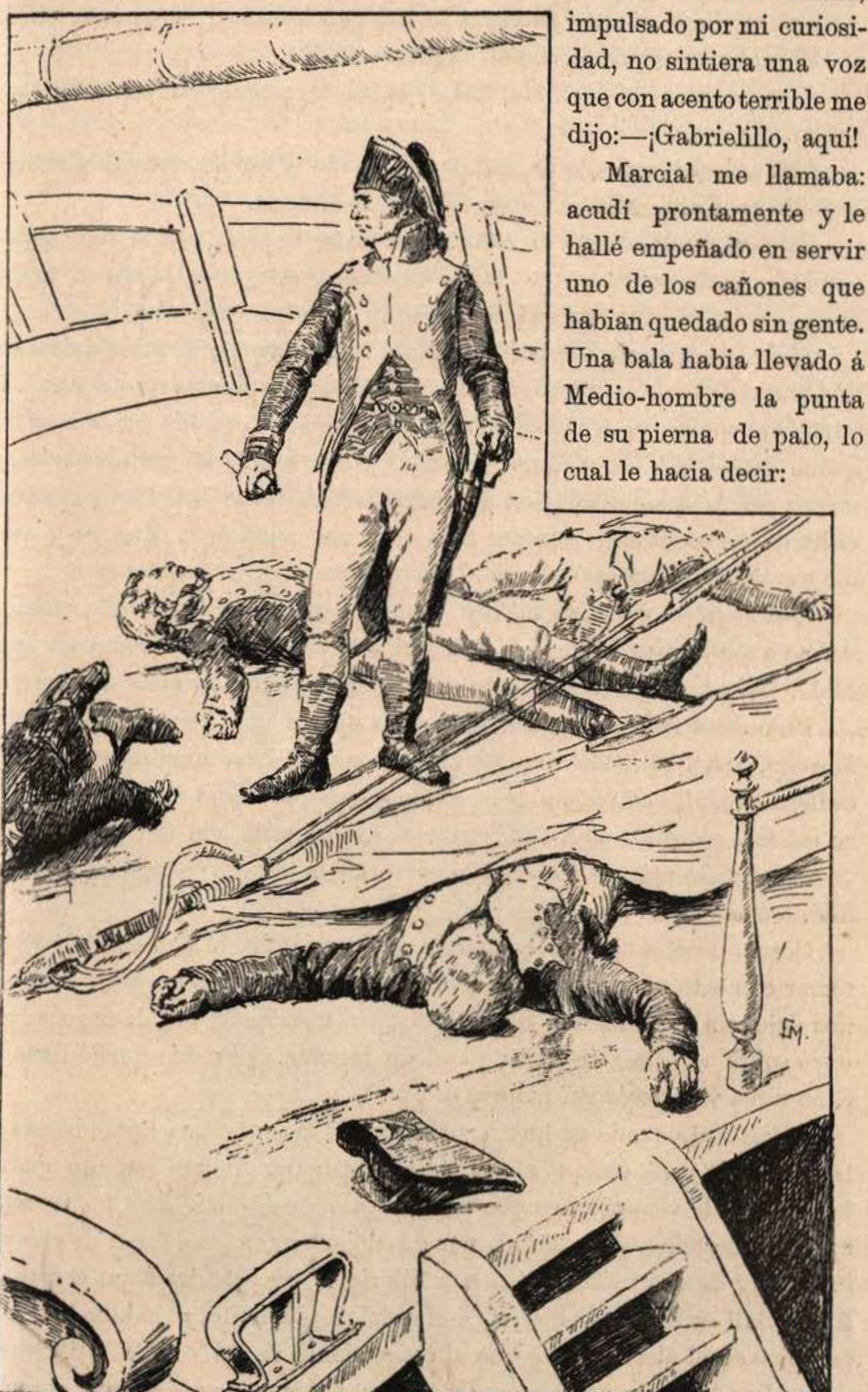
Cuando bajó mi amo, el comandante quedó solo arriba, con tal presencia de ánimo que no pude ménos de contemplarle un rato, asombrado de tanto valor. Con la cabeza descubierta, el rostro pálido, la mirada ardiente, la accion enérgica, permanecia en su puesto dirigiendo aquella accion desesperada que no podia ganarse ya. Tan horroroso desastre habia de verificarse con órden, y el comandante era la autoridad que reglamentaba el heroismo. Su voz dirigia á la tripulacion en aquella contienda del honor y la muerte.

Un oficial que mandaba en la primera batería subió á tomar órdenes, y antes de hablar cayó muerto á los piés de su jefe: otro guardia marina que estaba á su lado cayó tambien mal herido, y Uriarte quedó al fin enteramente solo en el alcázar, cubierto de muertos y heridos. Ni áun entónces su vista se apartó de los barcos ingleses ni de los movimientos de nuestra artillería; y el imponente aspecto del alcázar y toldilla donde agonizaban sus amigos y subalternos no conmovió su pecho varonil, ni quebrantó su enérgica resolucion de sostener el fuego hasta perecer. ¡Ah! recordando yo despues la serenidad y estoicismo de D. Francisco Javier Uriarte, he podido comprender todo lo que nos cuentan de los heróicos capitanes de la antigüedad. Entónces no conocia yo la palabra sublimidad; pero viendo al comandante del *Trinidad* comprendí que en todos los idiomas debia haber un hermoso vocablo para expresar aquella grandeza de alma que yo estaba viendo y que me parecia favor rara vez otorgado por Dios al hombre miserable.

Entre tanto, gran parte de los cañones habian cesado de hacer fuego porque la mitad de la gente estaba fuera de combate. Tal vez no me

hubiera fijado en esta circunstancia, si habiendo salido de la cámara, impulsado por mi curiosidad, no sintiera una voz que con acento terrible me dijo:—¡Gabrielillo, aquí!

Marcial me llamaba: acudí prontamente y le hallé empeñado en servir uno de los cañones que habian quedado sin gente. Una bala habia llevado á Medio-hombre la punta de su pierna de palo, lo cual le hacia decir:



Uriarte

—Si llego á traer la de carne y hueso...

Dos marinos muertos yacian á su lado; un tercero, gravemente herido, se esforzaba en seguir sirviendo la pieza.

—Compadre,—le dijo Marcial,—ya tú no puedes ni encender una colilla.

Arrancó el botafuego de manos del herido y me lo entregó diciendo:

—Toma, Gabrielillo; si tienes miedo vas al agua.

Esto diciendo, cargó el cañon con toda la prisa que le fué posible, ayudado de un grumete que estaba casi ileso; aferraron la trinca; ambos exclamaron "fuego;" acerqué la mecha, y el cañon disparó.

Se repitió la operacion por segunda y tercera vez, y el ruido del cañon, disparado por mí, retumbó de un modo extraordinario en mi alma. El considerarme no ya espectador, sino actor decidido en tan grandiosa tragedia, disipó por un instante el miedo y me sentí con grandes bríos, al ménos con la firme resolucion de aparentarlos. Desde entónces conocí que el heroismo no es casi siempre otra cosa que pundonor. Marcial y otros me miraban: era preciso que me hiciera digno de fijar su atencion.

—¡Ah!—decia yo para mí con mucho orgullo.—Si mi amita pudiera verme ahora... ¡Qué valiente estoy disparando cañonazos como un hombre!... Lo ménos habré mandado al otro mundo dos docenas de ingleses.

Pero estos nobles pensamientos me ocuparon muy poco tiempo, porque Marcial, cuya fatigada naturaleza comenzaba á rendirse despues de su esfuerzo, respiró con ánsia, se secó la sangre que afluia en abundancia de su cabeza, cerró los ojos, sus brazos se extendieron con desmayo, y dijo:

—No puedo más: se me sube la pólvora á la toldilla (la cabeza). Gabrielillo, tráeme agua.

Corrí á buscar el agua, y cuando se la traje, bebió con ánsia. Pareció tomar con esto nuevas fuerzas: íbamos á seguir, cuando un gran estrépito nos dejó sin movimiento. El palo mayor, tronchado por la fogonadura, cayó sobre el combés, y tras él el de mesana. El navío quedó lleno de escombros y el desórden fué espantoso.

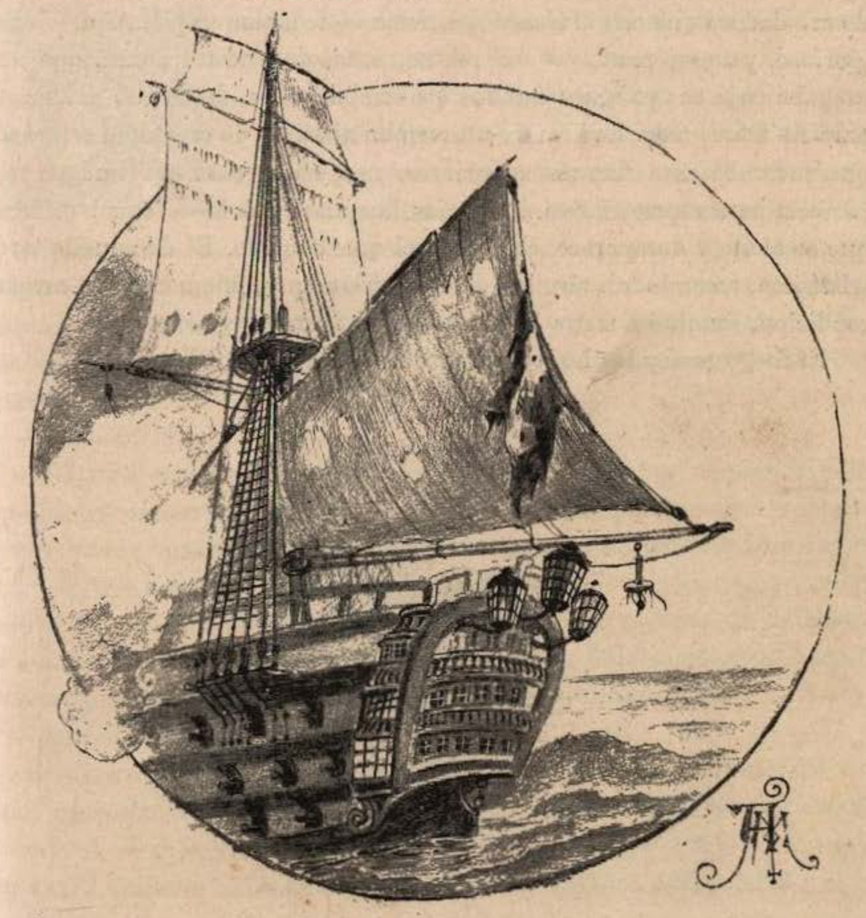
Felizmente quedé en hueco y sin recibir más que una ligera herida en la cabeza, la cual, aunque me aturdió al principio, no me impidió apartar los trozos de vela y cabos que habian caido sobre mí. Los marineros y soldados de cubierta pugnaban por desalojar tan enorme masa de cuerpos inútiles, y desde entónces sólo la artillería de las baterías bajas sostuvo el fuego. Salí como pude, busqué á Marcial, no le hallé, y habiendo fijado mis ojos en el alcázar, noté que el comandante ya no estaba allí. Gravemente herido de un astillazo en la cabeza, habia caido exánime, y al punto

dos marineros subieron para trasladarle á la cámara. Corrí tambien allá, y entónces un casco de metralla me hirió en el hombro, lo cual me asustó en extremo, creyendo que mi herida era mortal y que iba á exhalar el último suspiro. Mi turbacion no me impidió entrar en la cámara, donde por la mucha sangre que brotaba de mi herida me debilité, quedando por un momento desvanecido.

En aquel pasajero letargo seguí oyendo el estrépito de los cañones de la segunda y tercera batería, y despues una voz que decia con furia:

—¡Abordaje!... ¡las picas!... ¡las hachas!

Despues la confusion fué tan grande, que no pude distinguir lo que pertenecia á las voces humanas en tan descomunal concierto. Pero no sé cómo, sin salir de aquel estado de soñolencia, me hice cargo de que se creia todo perdido, y de que los oficiales se hallaban reunidos en la cámara para acordar la rendicion: y tambien puedo asegurar que si no fué invento de mi fantasía, entónces trastornada, resonó en el combés una voz



que decia: "El *Trinidad* no se rinde.„ De fijo fue la voz de Marcial, si es que realmente dijo alguien tal cosa.

Me sentí despertar y ví á mi amo arrojado sobre uno de los sofás de la cámara, con la cabeza oculta entre las manos en ademan de desesperacion y sin cuidarse de su herida.

Acerquéme á él y el infeliz anciano no halló mejor modo de expresar su desconsuelo que abrazándome paternalmente, como si ambos estuviéramos cercanos á la muerte. Él, por lo ménos, creo que se consideraba próximo á morir de puro dolor, porque su herida no tenia la menor gravedad. Yo le consolé como pude, diciendo que si la accion no se habia ganado, no fué porque yo dejara de matar bastantes ingleses con mi cañoncito, y añadí que para otra vez seríamos más afortunados, pueriles razones que no calmaron su agitacion.

Saliendo afuera en busca de agua para mi amo, presencié el acto de arriar la bandera, que aún flotaba en la cangreja, uno de los pocos restos de arboladura que con el tronco de mesana quedaban en pié. Aquel lienzo glorioso, ya agujereado por mil partes, señal de nuestra honra, que congregaba bajo sus pliegues á todos los combatientes, descendió del mástil para no izarse más. La idea de un orgullo abatido, de un ánimo esforzado que sucumbe ante fuerzas superiores, no puede encontrar imágen más perfecta para representarse á los ojos humanos que la de aquel oriflama que se abate y desaparece como un sol que se pone. El de aquella tarde tristísima, tocando al término de su carrera en el momento de nuestra rendicion, iluminó nuestra bandera con su último rayo.

El fuego cesó y los ingleses penetraron en el barco vencido.



XII



UANDO el espíritu, reposando de la agitacion del combate, tuvo tiempo de dar paso á la compasion, al frio terror producido por la vista de tan grande estrago, se presentó á los ojos de cuantos quedamos vivos la escena del navío en toda su horrenda majestad. Hasta entónces los ánimos no se habian ocupado más que de la defensa; mas cuando el fuego cesó se pudo advertir el gran destrozo del casco que, dando entrada al agua por sus mil averías, se hundia, amenazando sepultarnos á todos, vivos y muertos, en el fondo del mar. Apenas entraron en él los ingleses, un grito resonó unánime, proferido por nuestros marinos:

—¡Á las bombas!

Todos los que podíamos acudimos á ellas y trabajamos con ardor; pero aquellas máquinas imperfectas desalojaban una cantidad de agua bastante menor que la que entraba. De repente un grito, aún más terrible que el anterior, nos llenó de espanto. Ya dije que los heridos se habian transportado al último sollado, lugar que, por hallarse bajo la línea de flotacion, está libre de la accion de las balas. El agua invadia rápidamente aquel recinto, y algunos marinos asomaron por la escotilla gritando:

—¡Que se ahogan los heridos!

La mayor parte de la tripulacion vaciló entre seguir desalojando el agua y acudir en socorro de aquellos desgraciados; y no sé qué habria sido de ellos, si la gente de un navío inglés no hubiera acudido en nuestro auxilio. Estos no sólo transportaron los heridos á la tercera y á la

segunda batería, sino que tambien pusieron mano á las bombas, mientras sus carpinteros trataban de reparar algunas de las averías del casco.

Rendido de cansancio, y juzgando que D. Alonso podia necesitar de mí, fuí á la cámara. Entónces ví á algunos ingleses ocupados en poner el pabellon británico en la popa del *Santísima Trinidad*. Como cuento con que el lector benévolo me ha de perdonar que apunte aquí mis impresiones, diré que aquello me hizo pensar un poco. Siempre se me habian representado los ingleses como verdaderos piratas ó salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituia nacion y que vivia del merodeo. Cuando ví el orgullo con que enarbolaron su pabellon, saludándole con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfaccion que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entónces habia surcado los mares, me pareció que tambien ellos tendrian su patria querida; que ésta les habria confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habian de existir como en España muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos; los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarian á Dios que les concediera la victoria.

En la cámara encontré á mi amo más tranquilo. Los oficiales ingleses que habian entrado allí trataban á los nuestros con delicada cortesía, y segun entendí, querian trasbordar los heridos á algun barco enemigo. Uno de aquellos oficiales se acercó á mi amo, como queriendo reconocerle, y le saludó en español medianamente correcto, recordándole una amistad antigua. Contestó D. Alonso á sus finuras con gravedad, y despues quiso enterarse por él de los pormenores del combate.

—¿Pero qué ha sido de la reserva? ¿Qué ha hecho Gravina?—preguntó mi amo.

—Gravina se ha retirado con algunos navíos—contestó el inglés.

—De la vanguardia sólo han venido á auxiliarnos el *Rayo* y el *Neptuno*.

—Los cuatro franceses, el *Duguay-Trouin*, *Mont-Blanc*, *Scipion* y *Formidable* son los únicos que no han entrado en accion.

—Pero Gravina, Gravina, ¿qué es de Gravina?—insistió mi amo.

—Se ha retirado en el *Príncipe de Astúrias*; mas como se le ha dado caza, ignoro si habrá llegado á Cádiz.

—¿Y el *San Ildefonso*?

—Ha sido apresado.

—¿Y el *Santa Ana*?

—Tambien ha sido apresado.

—¡Vive Dios!—exclamó mi amo sin poder disimular su enojo. Apuesto á que no ha sido apresado el *Nepomuceno*.

—Tambien lo ha sido.

—¡Oh! ¿está usted seguro de ello? ¿Y Churruca?

—Ha muerto—contestó el inglés con tristeza.

—¡Oh! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto Churruca!—exclamó mi amo con angustiosa perplegidad.—Pero el *Bahama* se habrá salvado, el *Bahama* habrá vuelto ileso á Cádiz.

—Tambien ha sido apresado.

—¡Tambien! ¿Y Galiano? Galiano es un héroe y un sábio.

—Sí—repuso sombriamente el inglés;—pero ha muerto tambien.

—¿Y qué es del *Montañés*? ¿Qué ha sido de Alcedo?

—Alcedo ha muerto tambien.

Mi amo no pudo reprimir la expresion de su profunda pena, y como la avanzada edad amenguaba en él la presencia de ánimo propia de tan terribles momentos, hubo de pasar por la pequeña mengua de derramar algunas lágrimas, triste obsequio á sus compañeros. No es impropio el llanto en las grandes almas; antes bien indica el consorcio fecundo de la delicadeza de sentimientos con la energía de carácter. Mi amo lloró como hombre, despues de haber cumplido con su deber como marino; mas reponiéndose de aquel abatimiento, y buscando alguna razon con que devolver al inglés la pesadumbre que éste le causara, dijo:

—Pero ustedes no habrán sufrido ménos que nosotros. Ustedes habrán tenido pérdidas de consideracion.

—Una sobre todo irreparable—contestó el inglés con tanta congoja como la de D. Alonso.—Hemos perdido al primero de nuestros marinos, al valiente entre los valientes, al heróico, al divino, al sublime almirante Nelson.

Y con tan poca entereza como mi amo, el oficial inglés no se cuidó de disimular su inmensa pena: cubrióse la cara con las manos y lloró con toda la expresiva franqueza del verdadero dolor al jefe, al protector y al amigo.

Nelson, herido mortalmente en mitad del combate, segun despues supe, por una bala de fusil que le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal, dijo al capitan Hardy: "Se acabó; al fin lo han conseguido.„ Su agonía se prolongó hasta el caer de la tarde; no perdió ninguno de los pormenores del combate, ni se extinguió su genio de militar y de marino sino cuando la última fugitiva palpitacion de la vida se disipó en su cuerpo

herido. Atormentado por atroces dolores, no dejó de dictar órdenes, enterándose de los movimientos de ambas escuadras, y cuando se le hizo saber el triunfo de la suya, exclamó: "Bendito sea Dios, he cumplido con mi deber."

Un cuarto de hora despues espiraba el primer marino de nuestro siglo.

Perdóneseme la digresion. El lector extrañará que no conociéramos la suerte de muchos buques de la escuadra combinada. Nada más natural que nuestra ignorancia, atendida la desmesurada longitud de la línea de combate, y además el sistema de luchas parciales adoptado por los ingleses. Sus navíos se habian mezclado con los nuestros, y como la contienda era á tiro de fusil, el buque enemigo que nos batia ocultaba la vista del resto de la escuadra, además de que el humo espesísimo nos impedia ver cuanto no se hallara en paraje cercano.

Al anochecer, y cuando aún el cañoneo no habia cesado, distinguíamos algunos navíos, que pasaban á un largo como fantasmas, unos con media arboladura, otros completamente desarbolados. La bruma, el humo, el mismo aturdimiento de nuestras cabezas nos impedia distinguir si eran españoles ó enemigos; y cuando la luz de un fogonazo lejano iluminaba á trechos aquel panorama temeroso, notábamos que aún seguia la lucha con encarnizamiento entre grupos de navíos aislados; que otros corrian sin concierto ni rumbo, llevados por el temporal, y que alguno de los nuestros era remolcado por otro inglés en direccion al Sur.

Vino la noche, y con ella aumentó la gravedad y el horror de nuestra situacion. Parecia que la Naturaleza habia de sernos propicia despues de tantas desgracias: pero por el contrario, desencadenáronse con furia los elementos, como si el Cielo creyera que aún no era bastante grande el número de nuestras desdichas. Desatóse un récio temporal, y viento y agua, hondamente agitados, azotaron el buque, que incapaz de maniobra fluctuaba á merced de las olas. Los vaivenes eran tan fuertes que se hacia difícil el trabajo, lo cual, unido al cansancio de la tripulacion, empeoraba nuestro estado de hora en hora. Un navío inglés, que despues supe se llamaba *Prince*, trató de remolcar el *Trinidad*; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que alejarse por temor á un choque que habria sido funesto para ambos buques.

Entre tanto no era posible tomar alimento alguno, y yo me moria de hambre, porque los demás, indiferentes á todo lo que no fuera el peligro, apenas se cuidaban de cosa tan importante. No me atrevia á pedir un pedazo de pan por temor de parecer importuno, y al mismo tiempo, sin vergüenza lo confieso, dirigia mi escrutadora observacion á todos los sitios

donde colegia que podian existir provisiones de boca. Apretado por la necesidad, me arriesgué á hacer una visita á los pañoles del bizcocho, y ¿cuál seria mi asombro cuando ví que Marcial estaba allí, trasegando á su estómago lo primero que encontró á mano? El anciano estaba herido de poca gravedad, y aunque una bala le habia llevado el pié derecho, como éste no era otra cosa que la extremidad de la pierna de palo, el cuerpo de Marcial sólo estaba con tal percance un poco más cojo.

—Toma, Gabrielillo—me dijo, llenándome el seno de galletas;—barco sin lastre no navega.

En seguida empinó una botella y bebió con delicia.

Salimos del pañol, y ví que no éramos nosotros solos los que visitaban aquel lugar, pues todo indicaba que un desordenado pillaje habia ocurrido allí momentos antes.

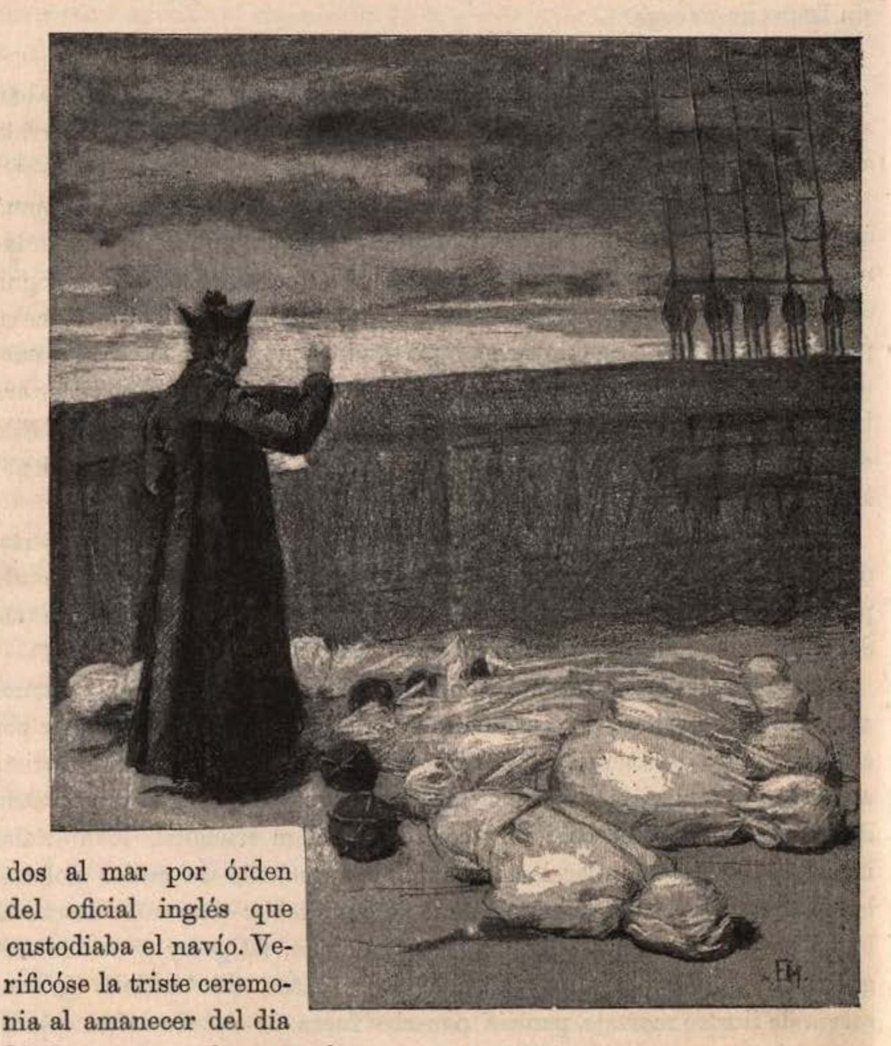
Reparadas mis fuerzas, pude pensar en servir de algo poniendo manó á las bombas, ó ayudando á los carpinteros. Trabajosamente se enmendaron algunas averías con auxilio de los ingleses, que vigilaban todo, y segun despues comprendí, no perdian de vista á algunos de nuestros marineros, porque temian que se sublevasen, represando el navío, en lo cual los enemigos demostraban más suspicacia que buen sentido, pues menester era haber perdido el juicio para intentar represar un buque en tal estado. Ello es que los *casacones* acudian á todas partes y no perdian movimiento alguno.

Entrada la noche y hallándome transido de frio, abandoné la cubierta, donde apenas podia tenerme y corria además el peligro de ser arrebatado por un golpe de mar, y me retiré á la cámara. Mi primera intencion fué dormir un poco; pero ¿quién dormia en aquella noche?

En la cámara todo era confusion, lo mismo que en el combés. Los sanos asistian á los heridos, y éstos, molestados á la vez por sus dolores y por el movimiento del buque, que les impedia todo reposo, ofrecian tan triste aspecto, que á su vista era imposible entregarse al descanso. En un lado de la cámara yacian, cubiertos con el pabellon nacional, los oficiales muertos. Entre tanta desolacion, ante el espectáculo de tantos dolores, habia en aquellos cadáveres no sé qué de envidiable: ellos solos descansaban á bordo del *Trinidad*, y todo les era ajeno, fatigas y penas, la vergüenza de la derrota y los padecimientos físicos. La bandera que les servia de ilustre mortaja, parecia ponerles fuera de aquella esfera de responsabilidad, de mengua y desesperacion en que todos nos encontrábamos. Nada les afectaba el peligro que corria el buque, porque éste no era ya más que su ataud.

Los oficiales muertos eran: D. Juan Cisniega, teniente de navío, el cual no tenia parentesco con mi amo á pesar de la identidad de apellido; D. Joaquin de Salas y D. Juan Matute, tambien tenientes de navío; el teniente coronel de ejército D. José Graullé, el teniente de fragata Urías y el guardia marina D. Antonio de Bobadilla. Los marineros y soldados muertos, cuyos cadáveres yacian sin órden en las baterías y sobre cubierta, ascendian á la terrible suma de cuatrocientos.

No olvidaré jamás el momento en que aquellos cuerpos fueron arrojados al mar por órden del oficial inglés que custodiaba el navío. Verificóse la triste ceremonia al amanecer del dia 22, hora en que el temporal parece que arreció exprofeso, para aumentar la pavura de semejante escena. Sacados sobre cubierta los cuerpos de los oficiales, el cura rezó un responso á toda prisa, porque no era ocasion de



andarse en dibujos, é inmediatamente se procedió al acto solemne. Envueltos en su bandera y con una bala atada á los piés, fueron arrojados al mar, sin que esto, que ordinariamente hubiera producido en todos tristeza y consternacion, conmoviera entónces á los que lo presenciaron. ¡Tan hechos estaban los ánimos á la desgracia, que el espectáculo de la muerte les era poco ménos que indiferente! Las exequias del mar son más tristes que las de la tierra. Se da sepultura á un cadáver y allí queda: las personas á quienes interesa saben que hay un rincon de tierra donde existen aquellos restos, y pueden marcarlos con una losa, con una cruz ó con una piedra. Pero en el mar... se arrojan los cuerpos en aquella movible inmensidad y parece que dejan de existir en el momento de caer; la imaginacion no puede seguirlos en su viaje al profundo abismo, y es imposible suponer que estén en alguna parte estando en el fondo del Océano. Estas reflexiones hacia yo viendo cómo desaparecian los cuerpos de aquellos ilustres guerreros, un dia antes llenos de vida, gloria de su patria y encanto de sus familias.

Los marineros muertos eran arrojados con ménos ceremonia: la ordenanza manda que se les envuelva en el coi; pero en aquella ocasion no habia tiempo para entretenerse en cumplir la ordenanza. Á algunos se les amortajó como está mandado, pero la mayor parte fueron echados al mar sin ningun atavío y sin bala á los piés, por la sencilla razon de que no habia para todos. Eran cuatrocientos, próximamente, y á fin de terminar pronto la operacion de darles sepultura, fué preciso que pusieran mano á la obra todos los hombres útiles que habia á bordo para despachar más pronto. Muy á disgusto mio tuve que ofrecer mi cooperacion para tan triste servicio, y algunos cuerpos cayeron al mar soltados desde la borda por mi mano, puesta en ayuda de otras más vigorosas.

Entónces ocurrió un hecho, una coincidencia que me causó mucho terror. Un cadáver, horriblemente desfigurado, fué cogido entre dos marineros, y en el momento de levantarlo en alto, algunos de los circunstantes se permitieron groseras burlas, que en toda ocasion habian sido importunas y en aquel momento infames. No sé por qué el cuerpo de aquel desgraciado fué el único que les movió á perder con tal descaro el respeto á la muerte, y decian: "Ya las ha pagado todas juntas... no volverá á hacer de las suyas," y otras groserías del mismo jaez. Aquello me indignó; pero mi indignacion se trocó en asombro y en un sentimiento indefinible, mezcla de respeto, de pena y de miedo, cuando observando atentamente las facciones mutiladas de aquel cadáver, reconocí en él á mi tio... Cerré los ojos con espanto y no los abrí hasta que el violento salpicar del agua

no me indicó que habia desaparecido para siempre ante la vista humana.

Aquel hombre habia sido muy malo para mí, muy malo para su hermana; pero era mi pariente cercano, era hermano de mi madre; la sangre que corria por mis venas era su sangre, y esa voz interna que nos incita á ser benévolos con las faltas de los nuestros, no podia permanecer callada despues de la escena que pasó ante mis ojos. Al mismo tiempo yo habia podido reconocer en la cara ensangrentada de mi tio algunos rasgos fisonómicos de la cara de mi madre, y esto aumentó mi afliccion. En aquel momento no me acordé de que aquel hombre habia sido un gran criminal, ni ménos de las crueldades que usó conmigo durante mi infortunada niñez. Yo les aseguro á ustedes, y no dudo en decir esto, aunque sea en elogio mio, que le perdoné con toda mi alma, y que elevé el pensamiento á Dios, pidiéndole que le perdonara todas sus culpas.

Despues supe que se habia portado heróicamente en el combate, sin que por esto alcanzara las simpatías de sus compañeros, quienes, reputándole como el más bellaco de los hombres, no tuvieron para él una palabra de afecto ó conmiseracion, ni áun en el momento supremo en que toda falta se perdona, porque se supone al criminal dando cuenta de sus actos ante Dios.

Avanzado el dia, intentó de nuevo el navío *Prince* remolcar al *Santísima Trinidad*; pero con tan poca fortuna como en la noche anterior. La situacion no empeoraba, á pesar de que seguia el temporal con igual fuerza, pues se habian reparado muchas averías, y se creia que, una vez calmado el tiempo, podria salvarse el casco. Los ingleses tenian gran empeño en ello, porque querian llevar por trofeo á Gibraltar el más grande navío hasta entónces construido. Por esta razon trabajaban con tanto ahinco en las bombas noche y dia, permitiéndonos descansar algun rato.

Durante todo el dia 22 la mar se revolvia con frenesí, llevando y trayendo el casco del navío cual si fuera endeble lancha de pescadores; y aquella montaña de madera probaba la fuerte trabazon de sus sólidas cuadernas, cuando no se rompia en mil pedazos al recibir el tremendo golpear de las olas. Habia momentos en que, aplanándose el mar, parecia que el navío iba á hundirse para siempre; pero inflamándose la ola como al impulso de profundo torbellino, levantaba aquél su orgullosa proa, adornada con el leon de Castilla, y entónces respirábamos con la esperanza de salvar la vida.

Por todos lados descubríamos navíos dispersos, la mayor parte ingleses, no sin grandes averías y procurando todos alcanzar la costa para

refugiarse. Tambien los vimos españoles y franceses; unos desarbolados, otros remolcados por algun barco enemigo. Marcial reconoció en uno de éstos al *San Ildefonso.* Tambien vimos flotando en el agua multitud de restos y despojos, como masteleros, cofas, lanchas rotas, escotillas, trozos de balconaje, portas, y por último, avistamos dos infelices marineros que, mal embarcados en un gran palo, eran llevados por las olas y habrian perecido si los ingleses no corrieran al instanse á darles auxilio. Traidos á bordo del *Trinidad* volvieron á la vida, que recobrada despues de sentirse en los brazos de la muerte, equivale á nacer de nuevo.

El dia pasó entre agonías y esperanzas: ya nos parecia que era indispensable el trasbordo á un buque inglés para salvarnos, ya creíamos posible conservar el nuestro. De todos modos, la idea de ser llevados á Gibraltar como prisioneros era terrible, si no para mí, para los hombres pundonorosos y obstinados como mi amo, cuyos padecimientos morales debieron de ser inauditos en aquel dia. Pero estas dolorosas alternativas cesaron por la tarde y á la hora en que fué unánime la idea de que si no trasbordábamos pereceríamos todos en el buque, que ya tenia quince piés de agua en la bodega. Uriarte y Cisneros recibieron aquella noticia con calma y serenidad, demostrando que no hallaban gran diferencia entre morir en la casa propia ó ser prisioneros en la extraña. Acto contínuo comenzó el trasbordo á la escasa luz del crepúsculo, lo cual no era cosa fácil habiendo precision de embarcar cerca de trescientos heridos. La tripulacion sana constaba de unos quinientos hombres, cifra á que quedaron reducidos los mil ciento quince indivíduos de que se componia antes del combate.

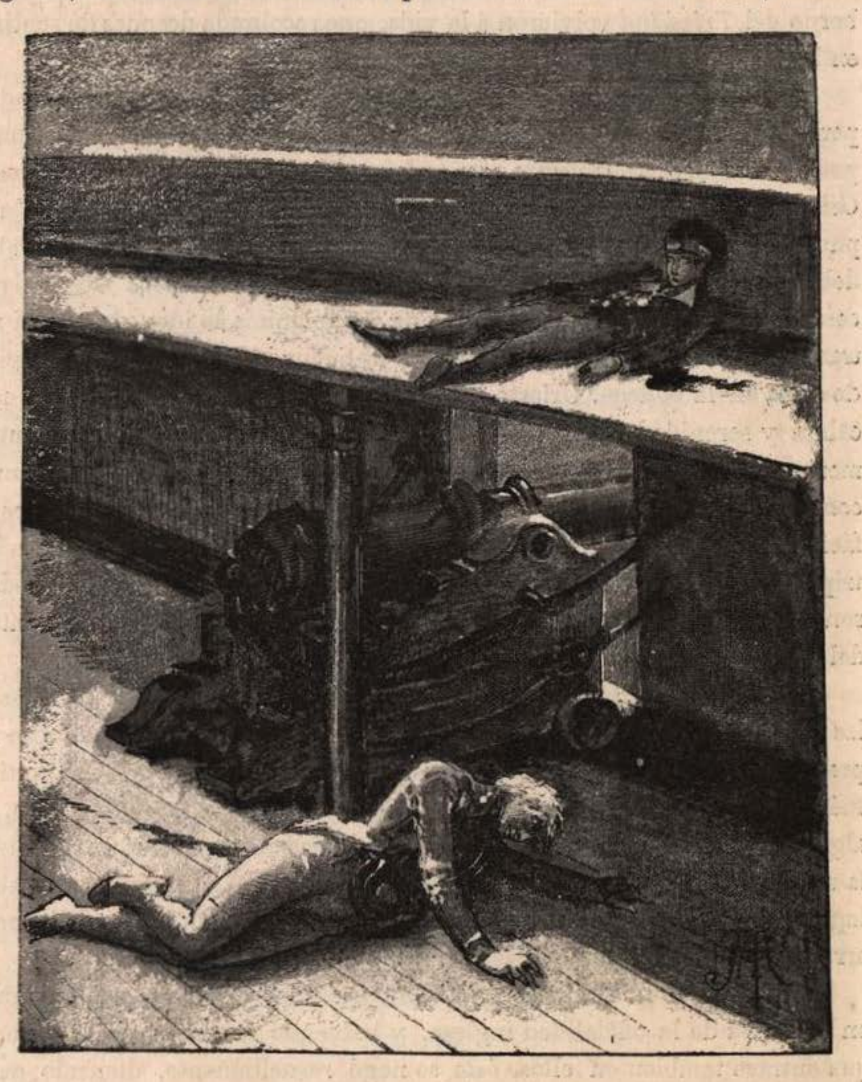
Comenzó precipitadamente el trasbordo con las lanchas del *Trinidad*, las del *Prince* y las de otros tres buques de la escuadra inglesa. Dióse la preferencia á los heridos; mas aunque se trató de evitarles toda molestia, fué imposible levantarlos de donde estaban sin mortificarlos mucho, y algunos pedian con fuertes gritos que los dejasen tranquilos, prefiriendo la muerte á aquel viaje que recrudecia sus dolores. La premura no daba lugar á la compasion, y eran conducidos á las lanchas tan sin piedad como arrojados al mar fueron los frios cadáveres de sus compañeros.

El comandante Uriarte y el jefe de escuadra Cisneros se embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa, y habiendo instado á mi amo para que entrase tambien en ellos, éste se negó resueltamente, diciendo que deseaba ser el último en abandonar el *Trinidad.* Esto no dejó de contrariarme, porque desvanecidos en mí los efluvios de patriotismo que al principio me dieron cierto arrojo, no pensaba ya más que en salvar mi

vida, y no era lo más á propósito para este noble fin el permanecer á bordo de un buque que se hundia por momentos.

Mis temores no fueron vanos, pues aún no estaba fuera la mitad de la tripulacion, cuando un sordo rumor de alarma y pavor resonó en nuestro navío.

—¡Que nos vamos á pique!... ¡á las lanchas, á las lanchas!—exclamaron algunos, mientras dominados todos por el instinto de conservacion, corrian



hácia la borda, buscando con ávidos ojos las lanchas que volvian. Se abandonó todo trabajo, no se pensó más en los heridos, y muchos de éstos sacados ya sobre cubierta, se arrastraban por ella con cierto delirante

extravío, buscando un portalon por donde arrojarse al mar. Por las escotillas salia un clamor lastimero, que aún parece resonar en mi cerebro, helando la sangre en mis venas y erizando mis cabellos. Eran los heridos que quedaban en la primera batería, los cuales sintiéndose anegados por el agua, que ya invadia aquel sitio, clamaban pidiendo socorro no sé si á Dios ó á los hombres.

Á éstos se lo pedian en vano, porque no pensaban sino en la propia salvacion. Se arrojaron precipitadamente á las lanchas, y esta confusion en la lobreguez de la noche, entorpecia el trasbordo. Un solo hombre, impasible ante tan gran peligro, permanecia en el alcázar sin atender á lo que pasaba á su alrededor, y se paseaba preocupado y meditabundo, como si aquellas tablas donde ponia su pié no estuvieran solicitadas por el inmenso abismo. Era mi amo.

Corrí hácia él despavorido y le dije:

—¡Señor, que nos ahogamos!

D. Alonso no me hizo caso, y aún creo, si la memoria no me es infiel, que sin abandonar su actitud pronunció palabras tan ajenas á la situacion como estas:

—¡Oh! cómo se va á reir Paca cuando yo vuelva á casa despues de esta gran derrota.

—¡Señor, que el barco se va á pique!—exclamé de nuevo, no ya pintando el peligro, sino suplicando con gestos y voces.

Mi amo miró al mar, á las lanchas, á los hombres que desesperados y ciegos se lanzaban á ellas; y yo busqué con ansiosos ojos á Marcial, y le llamé con toda la fuerza de mis pulmones. Entónces paréceme que perdí la sensacion de lo que ocurria, me aturdí, se nublaron mis ojos y no sé lo que pasó. Para contar cómo me salvé, no puedo fundarme sino en recuerdos muy vagos, semejantes á las imágenes de un sueño, pues sin duda el terror me quitó el conocimiento. Me parece que un marinero se acercó á D. Alonso cuando yo le hablaba y le asió con sus vigorosos brazos. Yo mismo me sentí trasportado, y cuando mi nublado espíritu se aclaró un poco, me ví en una lancha, recostado sobre las rodillas de mi amo, el cual tenia mi cabeza entre sus manos con paternal cariño. Marcial empuñaba la caña del timon: la lancha estaba llena de gente.

Alcé la vista y ví como á cuatro ó cinco varas de distancia á mi derecha el negro costado del navío, próximo á hundirse; por los portalones á que aún no habia llegado el agua, salia una débil claridad, la de la lámpara encendida al anochecer, y que aún velaba, guardian incansable, sobre los restos del buque abandonado. Tambien hirieron mis oidos algunos

lamentos que salian por las troneras: eran los pobres heridos que no habia sido posible salvar y que estaban suspendidos sobre el abismo, mientras aquella triste luz les permitia mirarse, comunicándose con los ojos la angustia de los corazones.

Mi imaginacion se trasladó de nuevo al interior del buque: una pulgada de agua faltaba no más para romper el endeble equilibrio que aún le sostenia. ¡Cómo presenciarian aquellos infelices el crecimiento de la inundacion! ¡Qué dirian en aquel momento terrible! Y si vieron á los que huian en las lanchas, si sintieron el chasquido de los remos, ¡con cuánta amargura gemirian sus almas atribuladas! Pero tambien es cierto que aquel atroz martirio las purificó de toda culpa, y que la misericordia de Dios llenó todo el ámbito del navío en el momento de sumergirse para siempre.

La lancha se alejó: yo seguí viendo aquella gran masa informe, aunque sospecho que era mi fantasía, no mis ojos, la que miraba el *Trinidad* en la oscuridad de la noche, y hasta creí distinguir en el negro cielo un gran brazo que descendia hasta la superficie de las aguas. Fué sin duda la imágen de mis pensamientos reproducida por los sentidos.



XIII



LA lancha se dirigió... ¿adónde? Ni el mismo Marcial sabia adónde nos dirigíamos. La oscuridad era tan fuerte, que perdimos de vista las demás lanchas, y las luces del navío *Prince* se desvanecieron tras la niebla, como si un soplo las hubiera extinguido. Las olas eran tan gruesas y el vendabal tan récio, que la débil embarcacion avanzaba muy poco, y gracias á una hábil direccion no zozobró más de una vez. Todos callábamos, y los más fijaban una triste mirada en el sitio donde se suponia que nuestros compañeros abandonados luchaban en aquel instante con la muerte en espantosa agonía.

No acabó aquella travesía sin hacer, conforme á mi costumbre, algunas reflexiones que bien puedo aventurarme á llamar filosóficas. Alguien se reirá de un filósofo de catorce años; pero yo no me turbaré ante las burlas, y tendré el atrevimiento de escribir aquí mis reflexiones de entónces. Los niños tambien suelen pensar grandes cosas; y en aquella ocasion, ante aquel espectáculo, ¿qué cerebro, como no fuera el de un idiota, podria permanecer en calma?

Pues bien: en nuestras lanchas iban españoles é ingleses, aunque era mayor el número de los primeros, y era curioso observar cómo fraternizaban, amparándose unos á otros en el comun peligro, sin recordar que el dia anterior se mataban en horrenda lucha, más parecidos á fieras que á hombres. Yo miraba á los ingleses remando con tanta decision como los nuestros; yo observaba en sus semblantes las mismas señales de terror ó de esperanza, y sobre todo la expresion propia del santo sentimiento de humanidad y caridad, que era el móvil de unos y otros. Con estos pensa-

mientos, decia para mí: ¿Para qué son las guerras, Dios mio? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Esto que veo ¿no prueba que todos los hombres son hermanos?

Pero venia de improviso á cortar estas consideraciones la idea de nacionalidad, aquel sistema de islas que yo habia forjado, y entónces decia:—Pero ya: esto de que las islas han de querer quitarse unas á otras algun pedazo de tierra, lo echa todo á perder; y sin duda en todas ellas debe de haber hombres muy malos, que son los que arman las guerras para su provecho particular, bien porque son ambiciosos y quieren mandar, bien porque son avaros y quieren ser ricos. Estos hombres malos son los que engañan á los demás, á todos estos infelices que van á pelear; y para que el engaño sea completo, les impulsan á odiar á otras naciones, siembran la discordia, fomentan la envidia y aquí tienen ustedes el resultado. Yo estoy seguro—añadí—de que esto no puede durar; apuesto doble contra sencillo á que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un dia en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia.

Así pensaba yo. Despues de esto he vivido setenta años y no he visto llegar ese dia.

La lancha avanzaba trabajosamente por el tempestuoso mar. Yo creo que Marcial, si mi amo se lo hubiera permitido, habria consumado la siguiente hazaña: echar al agua á los ingleses y poner la proa á Cádiz ó á la costa, áun con la probabilidad casi ineludible de perecer ahogados en lo travesía. Algo de esto me parece que indicó á mi amo, hablándole quedamente al oido, y D. Alonso debió de darle una leccion de caballerosidad, porque le oí decir:

—Somos prisioneros, Marcial, somos prisioneros.

Lo peor del caso es que no divisábamos ningun barco.

El *Prince* se habia apartado de donde estaba; ninguna luz nos indicaba la presencia de un buque enemigo. Por último, divisamos una, y un rato despues la mole confusa de un navío que corria el temporal por barlovento y aparecia en direccion contraria á la nuestra. Unos le creyeron francés, otros inglés, y Marcial sostuvo que era español. Forzaron los remeros, y no sin gran trabajo llegamos á ponernos al habla.

—¡Ah del navío!—gritaron los nuestros.

Al punto contestaron en español.

—Es el *San Agustin*—dijo Marcial.

—El *San Agustin* se ha ido á pique—contestó D. Alonso.—Me parece que será el *Santa Ana*, que tambien está apresado.

Efectivamente, al acercarnos todos reconocieron al *Santa Ana*, mandado en el combate por el teniente general Álava. Al punto los ingleses que lo custodiaban dispusieron prestarnos auxilio, y no tardamos en hallarnos todos sanos y salvos sobre cubierta.

El *Santa Ana*, navío de 112 cañones, habia sufrido tambien grandes averías, aunque no tan graves como las del *Santísima Trinidad*; y si bien estaba desarbolado de todos sus palos y sin timon, el casco no se conservaba mal. El *Santa Ana* vivió once años más despues de Trafalgar, y aún habria vivido más si por falta de carena no se hubiera ido á pique en la bahía de la Habana en 1816. Su accion en las jornadas que refiero fué gloriosísima. Mandábalo, como he dicho, el teniente general Álava, jefe de la vanguardia que, trocado el órden de batalla, vino á quedar á retaguardia. Ya saben ustedes que la columna mandada por Collingwood se dirigió á combatir la retaguardia, mientras Nelson marchó contra el centro. El *Santa Ana*, amparado sólo por el *Fougueux*, francés, tuvo que batirse con el *Royal Sovereing* y otros cuatro ingleses, y á pesar de la desigualdad de fuerzas, tanto padecieron los unos como los otros, siendo el navío de Collingwood el primero que quedó fuera de combate, por lo cual tuvo aquél que trasladarse á la fragata *Eurygalus*. Segun allí refirieron, la lucha habia sido horrorosa, y los dos poderosos navíos, cuyos penoles se tocaban, estuvieron destrozándose por espacio de seis horas, hasta que herido el general Álava, herido el comandante Gardogui, muertos cinco oficiales y noventa y siete marineros, con más de ciento cincuenta heridos, tuvo que rendirse el *Santa Ana*. Apresado por los ingleses, fué imposible marinarlo á causa de su mal estado y del furioso vendabal que se desencadenó en la noche del 21; así es que cuando entramos en él se encontraba en situacion bien crítica, aunque no desesperada, y flotaba á merced de las olas, sin poder tomar direccion alguna.

Desde luego me consoló mucho el ver que los semblantes de toda aquella gente revelaban el temor de una próxima muerte. Estaban tristes y tranquilos, soportando con gravedad la pena del vencimiento y el bochorno de hallarse prisioneros. Un detalle advertí tambien que llamó mi atencion, y fué que los oficiales ingleses que custodiaban el buque no eran, ni con mucho, tan complacientes y bondadosos como los que desempeñaron igual cargo á bordo del *Trinidad*. Por el contrario, eran los del *Santa Ana* unos caballeros muy foscos y muy antipáticos, y mortificaban con exceso á los nuestros, exagerando su propia autoridad y poniendo

reparos á todo con suma impertinencia. Esto parecia disgustar mucho á la tripulacion prisionera, especialmente á la marinería, y hasta me pareció advertir murmullos alarmantes, que no habrian sido muy tranquilizadores para los ingleses si éstos los hubieran oido.

Por lo demás, no quiero referir incidentes de la navegacion de aquella noche, si puede llamarse navegacion el vagar á la ventura á merced de las olas, sin velámen ni timon. No quiero, pues, fastidiar á mis lectores repitiendo hechos que ya presenciamos á bordo del *Trinidad*, y paso á contarles otros enteramente nuevos y que sorprenderán á ustedes tanto como me sorprendieron á mí.

Yo habia perdido mi aficion á andar por el combés y alcázar de proa, y así desde que me encontré á bordo del *Santa Ana*, me refugié con mi amo en la cámara, donde pude descansar un poco y alimentarme, pues de ambas cosas estaba muy necesitado. Habia allí, sin embargo, muchos heridos á quienes era preciso curar, y esta ocupacion, muy grata para mí, no me permitió todo el reposo que mi agobiado cuerpo exigia. Hallábame ocupado en poner á D. Alonso una venda en el brazo, cuando sentí que apoyaban una mano en mi hombro; me volví y encaré con un jóven alto, embozado en luengo capote azul, y al pronto, como suele suceder, no le reconocí; mas contemplándole con atencion por espacio de algunos segundos, lancé una exclamacion de asombro: era el jóven D. Rafael Malespina, novio de mi amita.

Mi amo le abrazó con mucho cariño, y él se sentó á nuestro lado. Estaba herido en un hombro, y tan pálido por la fatiga y la pérdida de la sangre, que la demacracion le desfiguraba completamente el rostro. Su presencia produjo en mi espíritu sensaciones muy raras, y he de confesarlas todas, aunque alguna de ellas me haga poco favor. Al punto experimenté cierta alegría viendo á una persona conocida que habia salido ilesa del horroroso luchar; un instante despues el ódio antiguo que aquel hombre me inspiraba se despertó en mi pecho como dolor adormecido que vuelve á mortificarnos tras un período de alivio. Con vergüenza lo confieso: sentí cierta pena de verle sano y salvo; pero diré tambien en descargo mio que aquella pena fué una sensacion momentánea y fugaz como un relámpago, verdadero relámpago negro que oscureció mi alma; ó mejor dicho, leve eclipse de la luz de mi conciencia, que no tardó en brillar con esplendorosa claridad.

La parte perversa de mi individuo me dominó un instante; en un instante tambien supe acallarla, acorralándola en el fondo de mi sér. ¿Podrán todos decir lo mismo?

Despues de este combate moral ví á Malespina con alegría porque estaba vivo, y con lástima porque estaba herido: y aún recuerdo con orgullo que hice esfuerzos para demostrarle estos dos sentimientos. ¡Pobre amita mia! ¡Cuán grande habia de ser su angustia en aquellos momentos! Mi corazon concluia siempre por llenarse de bondad; yo hubiera corrido á Vejer para decirle: "Señorita Doña Rosa, vuestro D. Rafael está bueno y sano."...

El pobre Malespina habia sido transportado al *Santa Ana* desde el *Nepomuceno*, navío apresado tambien, donde era tal el número de heridos, que fué preciso, segun dijo, repartirlos para que no perecieran todos de abandono. En cuanto suegro y yerno cambiaron los primeros saludos, consagrando algunas palabras á las familias ausentes, la conversacion recayó sobre la batalla: mi amo contó lo ocurrido en el *Santísima Trinidad*, y despues dijo:

—Pero nadie me dice á punto fijo dónde está Gravina. ¿Ha caido prisionero ó se retiró á Cádiz?

—El general—contestó Malespina—sostuvo un horroroso fuego contra el *Defiance* y el *Revenge*. Le auxiliaron el *Neptune*, francés, y el *San Ildefonso* y el *San Justo*, nuestros; pero las fuerzas de los enemigos se duplicaron con la ayuda del *Dreadnoutgh*, del *Thunderer* y del *Poliphemus*, despues de lo cual fué imposible toda resistencia. Hallándose el *Príncipe de Astúrias* con todas las jarcias cortadas, sin palos, acribillado á balazos, y habiendo caido herido el general Gravina y su mayor general Escaño, resolvieron abandonar la lucha, porque toda resistencia era insensata y la batalla estaba perdida. En un resto de arboladura puso Gravina la señal de retirada, y acompañado del *San Justo*, el *San Leandro*, el *Montañés*, el *Indomptable*, el *Neptune* y el *Argonauta*, se dirigió á Cádiz, con la pena de no haber podido rescatar el *San Ildefonso*, que ha quedado en poder de los enemigos.

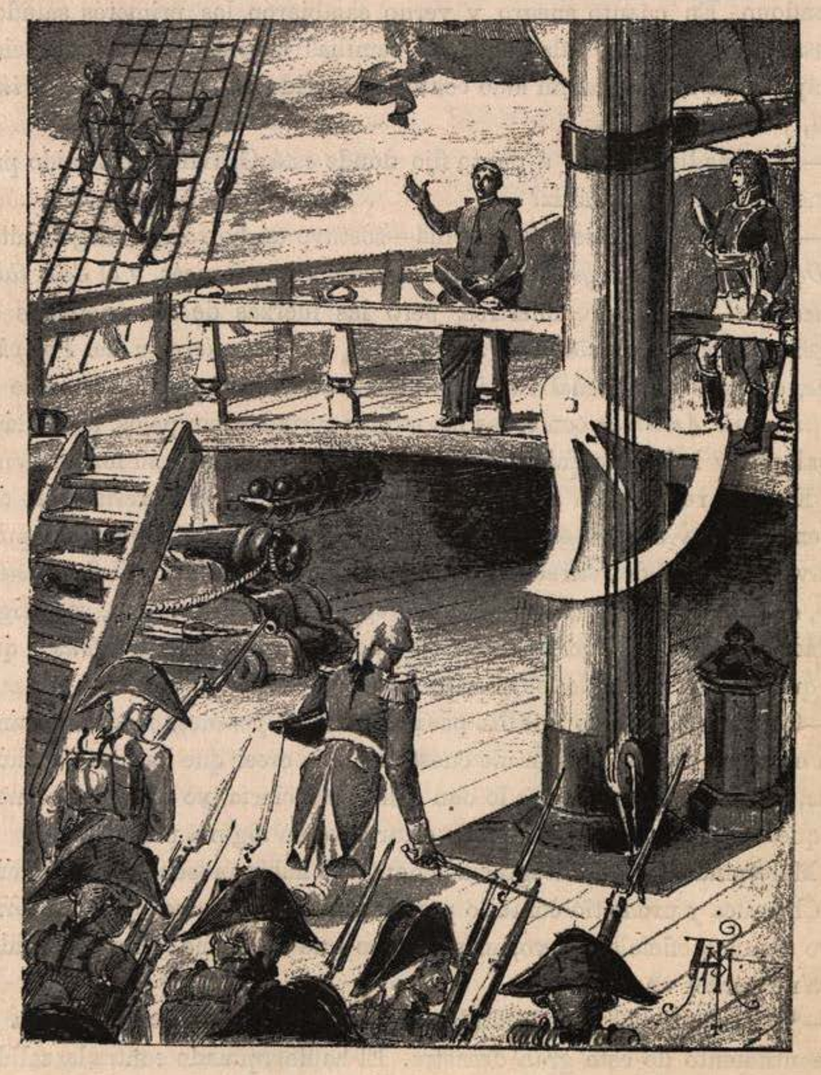
—Cuénteme usted lo que ha pasado en el *Nepomuceno*—dijo mi amo con el mayor interés.—Aún me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, y á pesar de que todos lo dan como cosa cierta, yo tengo la creencia de que aquel hombre divino ha de estar vivo en alguna parte.

Malespina dijo que desgraciadamente él habia presenciado la muerte de Churruca y prometió contarlo puntualmente. Formaron corro en torno suyo algunos oficiales, y yo, más curioso que ellos, me volví todo oidos para no perder una sílaba.

—"Desde que salimos de Cádiz—dijo Malespina,—Churruca tenia el presentimiento de este gran desastre. Él habia opinado contra la salida,

porque conocia la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentia, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo á su cuñado Apodaca: "Antes que rendir mi navío, lo he de volar ó echar á pique. Este es el deber de los que sirven al Rey y á la patria." El mismo dia escribió á un amigo suyo, diciéndole: "Si llegas á saber que mi navío ha sido hecho prisionero, dí que he muerto."

„Ya se conocia en la grave tristeza de su semblante que preveia un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material



de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaron profundamente su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos.

„Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El 21 á las once de la mañana mandó subir toda la tropa y marinería; hizo que se hincaran de rodillas y dijo al capellan con solemne acento: "Cumplá usted, padre, con su ministerio, y absuelva á esos valientes que ignoran lo que les espera en el combate.„ Concluida la ceremonia religiosa, les mandó poner en pié, y hablando en tono persuasivo y firme, exclamó:—"¡Hijos mios: en nombre de Dios prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase á ellos, le haré fusilar inmediatamente; y si escapase á mis miradas ó á las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus dias miserable y desgraciado.„

„Esta arenga, tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotacion del *Nepomuceno.* ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vió con el mayor desagrado las primeras maniobras dispuestas por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que toda la escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó el órden de batalla, manifestó á su segundo que ya consideraba perdida la batalla con tan torpe estrategia. Desde luego comprendió el aventurado plan de Nelson, que consistia en cortar nuestra línea por el centro y retaguardia, envolviendo la escuadra combinada y batiendo parcialmente sus buques, en tal disposicion que éstos no pudieran prestarse auxilio.

„El *Nepomuceno* vino á quedar al extremo de la línea. Rompióse el fuego entre el *Santa Ana* y *Royal Sovereing*, y sucesivamente todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la division de Collingwood se dirigieron contra el *San Juan*; pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que á fuerzas triples.

„Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho; pero devolviendo doble estrago á nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heróico jefe parecia haberse comunicado á marineros y soldados, y las maniobras, así como los disparos, se hacian con una prontitud pasmosa. La gente de leva se habia educado en el heroismo sin más que dos horas de aprendizaje, y

nuestro navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror, sino el asombro de los ingleses.

„Estos necesitaron nuevos refuerzos; necesitaron ser seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habian atacado primero, y el *Dreadnoutgh* se puso al costado del *San Juan*, á medio tiro de pistola por la aleta y popa. Figúrense ustedes el fuego de estos seis colosos vomitando balas y metralla sobre un buque de 74 cañones. Parecia que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño conforme crecia el arrojo de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas parecia que las tomaban tambien los cuerpos, y al ver cómo infundíamos pavor á fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más que hombres.

„Entre tanto Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigia la accion con serenidad asombrosa. Comprendiendó que la destreza habia de suplir á la fuerza, economizaba los tiros, y lo fiaba todo á la buena puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. Á todo atendia, todo lo disponia, y la metralla y las balas corrian sobre us cabeza, sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecia el más á propósito para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundia á todos cierto ardor desconocido sólo con el rayo de su mirada.

„Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar á un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fué él mismo á apuntar el cañon y logró desarbolar al contrario. Volvia al alcázar de popa, cuando una bala de cañon le alcanzó en la pierna derecha con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos á sostenerlo, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aún me parece que siento bajo mi mano el violento palpitar de un corazon que hasta en aquel instante terrible no latia sino por la patria. Su decaimiento físico fué rapidísimo: le ví esforzándose por erguir la cabeza, que se le inclinaba sobre el pecho; le ví tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: *Esto no es nada. Siga el fuego.*

„Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas postreras palpitaciones se extinguian de segundo en segundo. Tratamos de bajarle á la cámara; pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo á nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó á Moyna, su segundo, y le dijeron que habia muerto; llamó al comandante de la primera batería, y

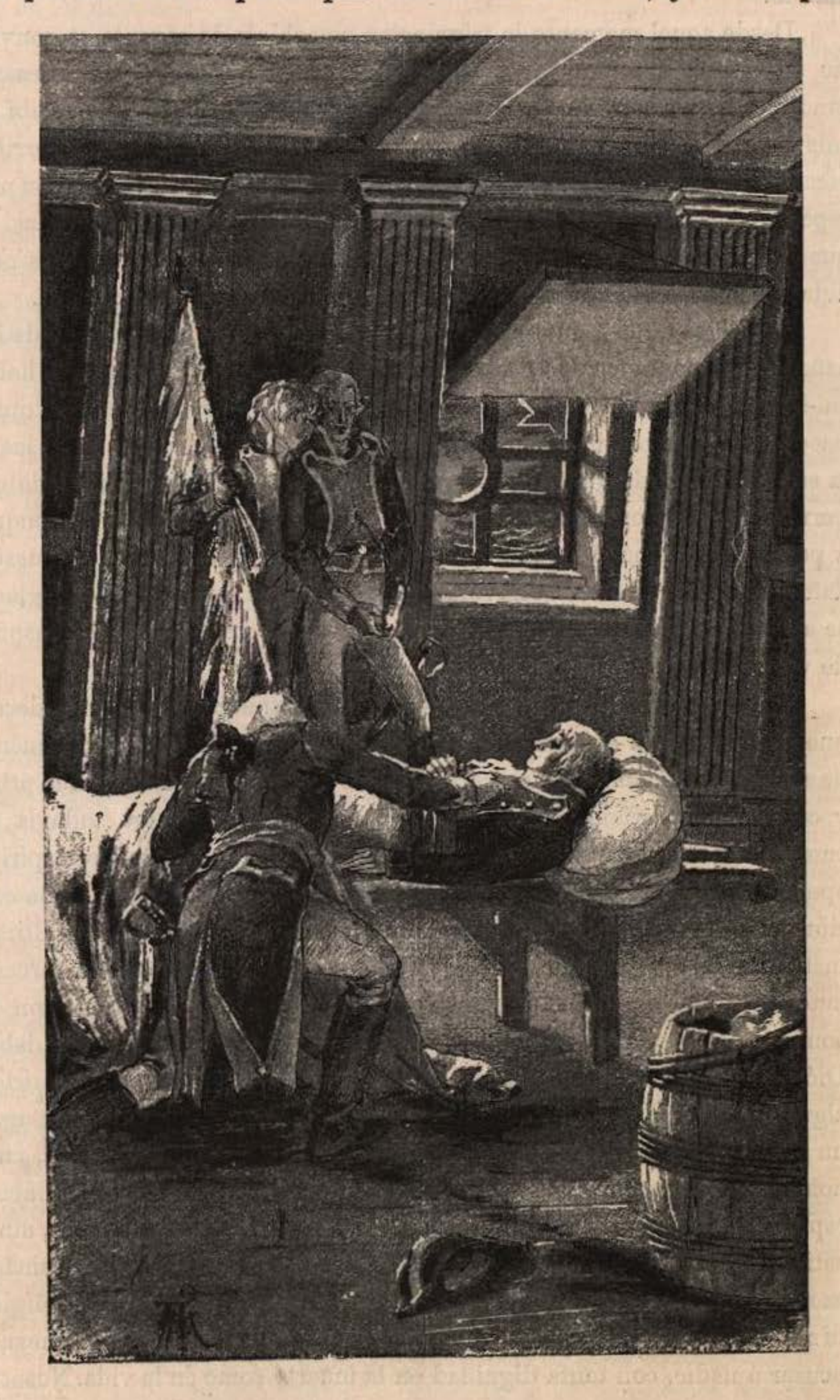
éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesion de mando.

„Desde aquel momento la tripulacion se achicó: de gigante se convirtió en enano; desapareció el valor, y se comprendió que era necesario rendirse. La consternacion de que yo estaba poseido desde que recibí en mis brazos al héroe del *San Juan*, no me impidió observar el terrible efecto causado en los ánimos de todos por aquella desgracia. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido la tripulacion, así se quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida de hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendicion.

„La mitad de la gente estaba muerta ó herida; la mayor parte de los cañones desmontados; la arboladura, excepto el palo de trinquete, habia caido, y el timon no funcionaba. En tan lamentable estado, aún se quiso hacer un esfuerzo para seguir al *Príncipe de Astúrias*, que habia izado la señal de retirada; pero el *Nepomuceno*, herido de muerte, no pudo gobernar en direccion alguna. Y á pesar de la ruina y destrozo del buque; á pesar del desmayo de la tripulacion; á pesar de concurrir en nuestro daño circunstancias tan desfavorables, ninguno de los seis navíos ingleses se atrevió á intentar un abordaje. Temian á nuestro navío, aún despues de vencerlo.

„Churruca, en el paroxismo de su agonía, mandaba clavar la bandera y que no se rindiera el navío miéntras él viviese. El plazo no podia ménos de ser desgraciadamente muy corto, porque Churruca se moria á toda prisa, y cuantos le asistíamos nos asombrábamos de que alentara todavía un cuerpo en tal estado; y era que le conservaba así la fuerza del espíritu, apegado con irresistible empeño á la vida, porque para él en aquella ocasion vivir era un deber. No perdió el conocimiento hasta los últimos instantes, no se quejó de sus dolores, ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien todo su empeño consistia sobre todo en que la tripulacion no conociera la gravedad de su estado, y en que ninguno faltase á su deber. Dió las gracias á la tripulacion por su heróico comportamiento, dirigió algunas palabras á su cuñado Ruiz de Apodaca, y despues de consagrar un recuerdo á su jóven esposa, y de elevar el pensamiento á Dios, cuyo nombre oimos pronunciado varias veces ténuemente por sus secos lábios, espiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfaccion de la victoria, pero tambien sin el resentimiento del vencido; asociando el deber á la dignidad, y haciendo de la disciplina una religion; firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja, ni acusar á nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Nosotros

contemplábamos su cadáver aún caliente y nos parecia mentira; nos parecia que habia de despertar para mandarnos de nuevo; y tuvimos para



llorarle ménos entereza que él para morir, pues al espirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos habia infundido.

„Rindióse el *San Juan*, y cuando subieron á bordo los oficiales de los seis buques que lo habian destrozado, cada uno pretendia para sí el honor de recibir la espada del brigadier muerto. Todos decian: "se ha rendido á mi navío,„ y por un instante disputaron reclamando el honor de la victoria para uno ú otro de los buques á que pertenecian. Quisieron que el comandante accidental del *San Juan* decidiera la cuestion, diciendo á cuál de los navíos ingleses se habia rendido, y aquél respondió:—"Á todos; que á uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*.„

„Ante el cadáver del malogrado Churruca, los ingleses, que le conocian por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena, y uno de ellos dijo esto ó cosa parecida:—"Varones ilustres como este, no debian estar expuestos á los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia de la navegacion.„—Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros, magnánimos y generosos.

„El número de heridos á bordo del *San Juan* era tan considerable, que nos trasportaron á otros barcos suyos ó apresados. Á mí me tocó pasar á éste que ha sido de los más maltratados; pero ellos cuentan poderlo llevar á Gibraltar antes que ningun otro, ya que no pueden llevar al *Trinidad*, el mayor y el más apetecido de nuestros navíos.„. . . . .

. . . .

Aquí terminó la narracion de Malespina, el cual fué oido con viva atencion durante el relato de lo que habia presenciado. Por lo que oí, pude comprender que á bordo de cada navío habia tenido lugar una tragedia tan espantosa como la que yo mismo habia presenciado, y dije para mí:—¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las torpezas de un solo hombre!—Y aunque yo era entónces un chiquillo, recuerdo que pensé lo siguiente:—Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningun momento de su vida los disparates que hacen á veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento.



XIV



UENA parte de la noche se pasó con la relacion de Malespina y de otros oficiales. El interés de aquellas narraciones me mantuvo despierto y tan excitado que ni aún mucho despues pude conciliar el sueño. No podia apartar de mi memoria la imágen de Churruca, tal y como le ví bueno y sano en casa de Doña Flora. Y en efecto, en aquella ocasion me habia causado sorpresa la intensa tristeza que expresaba el semblante del ilustre marino, como si presagiara su doloroso y cercano fin. Aquella noble vida se habia extinguido á los cuarenta y cuatro años de edad, despues de veintinueve de honrosos servicios en la armada, como sábio, como militar y como navegante, pues todo lo era Churruca, además de perfecto caballero.

En estas y otras cosas pensaba yo, cuando al fin mi cuerpo se rindió á la fatiga, y me quedé dormido al amanecer del 23, habiendo vencido mi naturaleza juvenil á mi curiosidad. Durante el sueño, que debió ser largo y no tranquilo, antes bien agitado por las imágenes y pesadillas propias de la excitacion de mi cerebro, sentia el estruendo de los cañonazos, las voces de la batalla, el ruido de las olas agitadas. Al mismo tiempo soñaba que yo disparaba las piezas, que subia á la arboladura, que recorria las baterías alentando á los artilleros, y hasta que mandaba la maniobra en el alcázar de popa como un general almirante. Excuso decir que en aquel reñido combate forjado dentro de mi mismo cerebro, derroté á todos los ingleses habidos y por haber, con más facilidad que si sus barcos fueran de carton y de miga de pan sus balas. Yo tenia bajo mi insignia como unos mil navíos, mayores todos que el *Trinidad*, y se movian á mi antojo

con tanta precision como los juguetes con que mis amigos y yo nos divertíamos en los charcos de la Caleta.

Mas al fin todas estas glorias se desvanecieron, lo cual, siendo como eran puramente soñadas, nada tiene de extraño, cuando vemos que tambien las reales se desvanecen. Todo se acabó cuando abrí los ojos y advertí mi pequeñez asociada con la magnitud de los desastres á que habia asistido. Pero, ¡cosa singular! despierto, sentí tambien cañonazos, sentí el espantoso rumor de la refriega, y gritos que anunciaban una gran actividad en la tripulacion. Creí soñar todavía; me incorporé en el canapé donde habia dormido, atendí con todo cuidado, y en efecto, un atronador grito de *viva el rey* hirió mis oidos, no dejándome duda de que el navío *Santa Ana*, se estaba batiendo de nuevo.

Salí fuera y pude hacerme cargo de la situacion. El tiempo habia calmado bastante: por barlovento se veian algunos navíos desmantelados y dos de ellos ingleses hacian fuego sobre el *Santa Ana*, que se defendia al amparo de otros dos, uno español y otro francés. No me explicaba aquel cambio repentino en nuestra situacion de prisioneros; miré á popa y ví nuestra bandera flotando en lugar de la inglesa. ¿Qué habia pasado? ó mejor, ¿qué pasaba? pues la cosa ocurria en aquellos momentos.

En el alcázar de popa estaba uno que comprendí era el general Álava, y aunque herido en varias partes de su cuerpo, mostraba fuerzas bastantes para dirigir aquel segundo combate, que parecia destinado á hacer olvidar respecto al *Santa Ana* las desventuras del primero. Los oficiales alentaban á la marinería; ésta cargaba y disparaba las piezas que habian quedado servibles, mientras algunos se ocupaban en custodiar, teniéndoles á raya, á los ingleses, que habian sido desarmados y acorralados en el primer entrepuente. Los oficiales de esta nacion, que antes eran nuestros guardianes, se habian convertido en prisioneros.

Todo lo comprendí. El heróico comandante del *Santa Ana*, D. Ignacio M. de Álava, viendo que se aproximaban algunos navíos españoles, salidos de Cádiz con objeto de represar los buques prisioneros y salvar la tripulacion de los próximos á naufragar, se dirigió con lenguaje patriótico á su abatida tripulacion. Esta respondió á la voz de su jefe con un supremo esfuerzo, obligaron á rendirse á los ingleses que custodiaban el barco, enarbolaron de nuevo la bandera española y el *Santa Ana* quedó libre, aunque comprometido en una nueva lucha, más peligrosa quizás que la primera.

Este singular atrevimiento, uno de los episodios más honrosos de la jornada de Trafalgar, se llevó á cabo en un buque desarbolado, sin timon,

con la mitad de su gente muerta ó herida y el resto en una situacion moral y física enteramente lamentable. Preciso fué, una vez consumado aquel acto, arrostrar sus consecuencias: dos navíos ingleses, tambien muy mal parados, hacian fuego sobre el *Santa Ana;* pero éste era socorrido oportunamente por el *Asís*, el *Montañés* y el *Rayo*, tres de los que se retiraron con Gravina el dia 21, y que habian vuelto á salir para rescatar á los apresados. Aquellos nobles inválidos trabaron nueva y desesperada lucha, quizás con más coraje que la primera, porque las heridas no restañadas avivan la furia en el alma de los combatientes, y éstos parece que riñen con más ardor, porque tienen ménos vida que perder.

Las peripecias todas del terrible dia 21 se renovaron á mis ojos; el entusiasmo era grande, pero la gente escasa, por lo cual fué preciso duplicar el esfuerzo. Sensible es que hecho tan heróico no haya ocupado en nuestra historia más que una breve página, si bien es verdad que junto al gran suceso que hoy se conoce con el nombre de *Combate de Trafalgar*, estos episodios se achican y casi desaparecen como débiles resplandores en una horrenda noche.

Entónces presencié un hecho que me hizo derramar lágrimas. No encontrando á mi amo por ninguna parte, y temiendo que corriera algun peligro, bajé á la primera batería y le hallé ocupado en apuntar un cañon. Su mano trémula habia recogido el botafuego de las de un marinero herido, y con la debilitada vista de su ojo derecho, buscaba el infeliz el punto á donde queria mandar la bala. Cuando la pieza se disparó, se volvió hácia mí, trémulo de gozo, y con voz que apenas pude entender, me dijo:

—¡Ah! ahora Paca no se reirá de mí. Entraremos triunfantes en Cádiz.

En resúmen, la lucha terminó felizmente, porque los ingleses comprendieron la imposibilidad de represar al *Santa Ana*, á quien favorecian, á más de los tres navíos indicados, otros dos franceses y una fragata, que llegaron en lo más recio de la pelea.

Estábamos libres de la manera más gloriosa; pero en el punto en que concluyó aquella hazaña, comenzó á verse claro el peligro en que nos encontrábamos, pues el *Santa Ana* debia ser remolcado hasta Cádiz á causa del mal estado de su casco. La fragata francesa *Themis* echó un cable y puso la proa al Norte, pero ¿qué fuerza podia tener aquel barco para remolcar otro tan pesado como el *Santa Ana*, y que sólo podia ayudarse con las velas desgarradas que quedaban en el palo de trinquete? Los navíos que nos habian rescatado, esto es, el *Rayo*, el *Montañés* y el *San Francisco de Asís*, quisieron llevar más adelante su proeza y forzaron

de vela para rescatar tambien al *San Juan* y al *Bahama*, que eran marinados por los ingleses. Nos quedamos, pues, solos, sin más amparo que el de la fragata que nos arrastraba, niño que conducia un gigante. ¿Qué seria de nosotros, si los ingleses, como era de suponer, se reponian de su descalabro y volvian con nuevos refuerzos á perseguirnos? En tanto parece que la Providencia nos favorecia, pues el viento, propicio á la marcha que llevábamos, impulsaba á nuestra fragata, y tras ella, conducido amorosamente, el navío se acercaba á Cádiz.

Cinco leguas nos separaban del puerto.

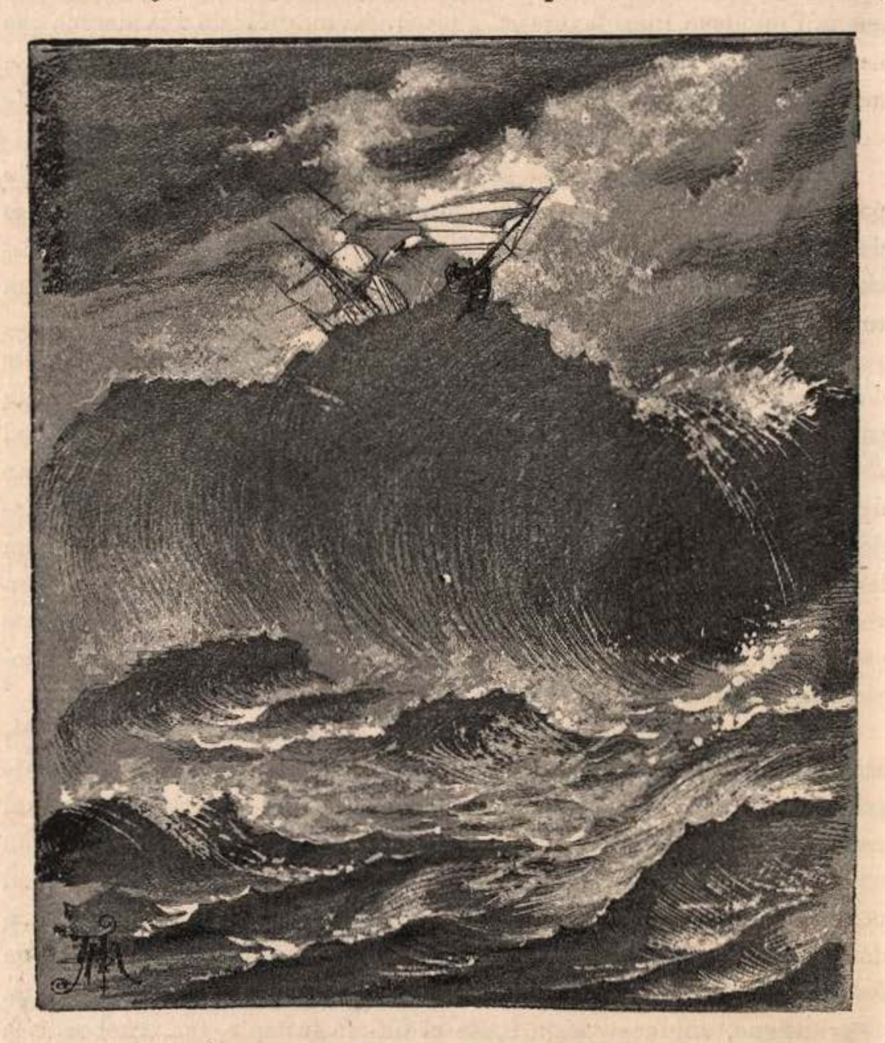
¡Qué indecible satisfaccion! Pronto concluirian nuestras penas; pronto pondríamos el pié en suelo seguro, y si llevábamos la noticia de grandes desastres, tambien llevábamos la felicidad á muchos corazones, que padecian mortal angustia creyendo perdidos para siempre á los que volvian con vida y con salud.

La intrepidez de los navíos españoles no tuvo más éxito que el rescate del *Santa Ana*, pues les cargó el tiempo y tuvieron que retroceder sin poder dar caza á los navíos ingleses que custodiaban al *San Juan*, al *Bahama* y al *San Ildefonso*. Aún distábamos cuatro leguas del término de nuestro viaje cuando les vimos retroceder. El vendabal habia arreciado, y fué opinion general á bordo del *Santa Ana* que si tardábamos en llegar, íbamos á pasar muy mal rato. Nuevos y más terribles apuros. Otra vez la esperanza perdida á la vista del puerto, y cuando unos cuantos pasos más dados sobre el terrible elemento nos habrian puesto en completa seguridad dentro de la bahía.

Á todas estas se venia la noche encima con malísimo aspecto; el cielo, cargado de nubes negras, parecia haberse aplanado sobre el mar, y las exhalaciones eléctricas, que le inflamaban con breves intervalos, daban al crepúsculo un tinte pavoroso. La mar, cada vez más alborotada, furia aún no aplacada con tanta víctima, bramaba con ira, y su insaciable voracidad pedia mayor número de presas. Los despojos de la más numerosa escuadra que por aquel tiempo habia desafiado su furor juntamente con el de los enemigos, no se escapaban á la cólera del elemento, irritado como un dios antiguo, sin compasion hasta el último instante, tan cruel ante la fortuna como ante la desdicha.

Yo observé señales de profunda tristeza, lo mismo en el semblante de mi amo, que en el del general Álava, quien á pesar de sus heridas, estaba en todo, y mandaba hacer señales á la fragata *Themis* para que acelerase su marcha si era posible. Lejos de corresponder á su justa impaciencia, nuestra remolcadora se preparaba á poner rizos y á cargar muchas de sus

velas, para aguantar mejor el furioso vendabal. Yo participé de la general tristeza y en mis adentros consideraba cuán fácilmente se burla el destino de nuestras previsiones mejor fundadas, y con cuánta rapidez se pasa de la mayor suerte á la última desgracia. Pero allí estábamos sobre el mar, emblema majestuoso de la humana vida. Un poco de viento le transforma;



la ola mansa que golpea el buque con blando azote, se trueca en montaña líquida que le quebranta y le sacude; el grato sonido que forman durante la bonanza las leves ondulaciones del agua, es luego una voz que se enronquece y grita, injuriando á la frágil embarcacion; y ésta, despeñada, se sumerge sintiendo que le falta el sosten de su quilla, para levantarse luego lanzada hácia arriba por la ola que sube. Un dia sereno trae espantosa

noche, ó por el contrario, una luna que hermosea el espacio y serena el espíritu, suele preceder á un sol terrible, ante cuya claridad la Naturaleza se descompone con fuerte trastorno.

Nosotros experimentábamos la desdicha de estas alternativas y además la que proviene de las propias obras del hombre. Tras un combate habíamos sufrido un naufragio; salvados de éste, nos vimos nuevamente empeñados en una lucha, que fué afortunada, y luego, cuando nos creíamos al fin de tantas penas, cuando saludábamos á Cádiz llenos de alegría, nos vimos de nuevo en poder de la tempestad, que nos atraia hácia fuera, ansiosa de rematarnos. Esta série de desventuras parecia absurda, ¿no es verdad? parecia la cruel aberracion de una divinidad empeñada en causar todo el mal posible á séres extraviados; pero nó, era lógica del mar, unida á la lógica de la guerra. Asociados estos dos elementos terribles, ¿no es un imbécil el que se asombre de verles engendrar las mayores desventuras?

Una nueva circunstancia aumentó para mí y para mi amo las tristezas de aquella tarde. Desde que se rescató el *Santa Ana* no habíamos visto al jóven Malespina. Por último, despues de buscarle mucho, le encontré acurrucado en uno de los canapés de la cámara.

Acerquéme á él y le ví muy demudado; le interrogué y no pudo contestarme. Quiso levantarse y volvió á caer sin aliento.

—¡Está usted herido!—dije.—Llamaré para que lo curen.

—No es nada—contestó.—¿Querrás traerme un poco de agua?

Al punto llamé á mi amo.

—¿Qué es eso, la herida de la mano?—preguntó éste examinando al jóven.

—No, es algo más—repuso D. Rafael con tristeza, y señaló á su costado derecho cerca de la cintura.

Luego, como si el esfuerzo empleado en mostrar su herida y en decir aquellas pocas palabras fuera excesivo para su naturaleza debilitada, cerró los ojos y quedó sin habla ni movimiento por algun tiempo.

—¡Oh! esto parece grave—dijo mi amo con desaliento.

—¡Y más que grave!—añadió un cirujano que habia acudido á examinarle.

Malespina, poseido de profunda tristeza al verse en tal estado, y creyendo que no habia remedio para él, ni siquiera dió cuenta de su herida y se retiró á aquel sitio, donde le detuvieron sus pensamientos y sus recuerdos. Él se creia próximo á morir, y se negaba á que se le hiciera la cura. El cirujano dijo que aunque grave, la herida no parecia mortal; pero

añadió que si no llegábamos á Cádiz aquella noche para que fuese convenientemente asistido en tierra, la vida de aquél, así como la de otros heridos, corria gran peligro. El *Santa Ana* habia tenido en el combate del 21 noventa y siete muertos y ciento cuarenta heridos: se habian agotado los recursos de la enfermería y algunos medicamentos indispensables faltaban por completo. La desgracia de Malespina no fué la única despues del rescate; y Dios quiso que otra persona para mí muy querida sufriese igual suerte. Marcial cayó herido, si bien en los primeros momentos apenas sintió dolor y abatimiento, porque su vigoroso espíritu le sostenia. No tardó, sin embargo, en bajar al sollado, diciendo que se sentia muy mal. Mi amo envió al cirujano para que lo asistiese, y éste se limitó á decir que la herida no habria tenido importancia alguna en un jóven de veinticinco años; Medio-hombre tenia más de sesenta.

En tanto el navío *Rayo* pasaba por babor y al habla. Álava mandó que se le preguntase á la fragata *Themis* si creia poder entrar en Cádiz, y habiendo contestado rotundamente que no, se hizo igual pregunta al *Rayo*, que hallándose casi ileso, contaba con arribar seguramente al puerto. Entónces, reunidos varios oficiales, acordaron que se trasladaran á aquel navío al comandante Gardoqui, gravemente herido, y otros muchos oficiales de mar y tierra, entre los cuales se contaba el novio de mi amita. Don Alonso consiguió que Marcial fuese tambien trasladado, en atencion á que su mucha edad le agravaba considerablemente, y á mí me hizo el encargo de acompañarlos como paje ó enfermero, ordenándome que no me apartase ni un instante de su lado, hasta que no les dejase en Cádiz ó en Vejer, en poder de su familia. Me dispuse á obedecer; pero quise persuadir á mi amo de que él tambien debia trasbordarse al *Rayo* por ser más seguro; pero ni siquiera quiso oir tal proposicion.

—La suerte—dijo—me ha traido á este buque, y en él estaré hasta que Dios decida si nos salvamos ó no. Álava está muy mal, la mayor parte de la oficialidad se halla herida y aquí puedo prestar algunos servicios. No soy de los que abandonan el peligro: al contrario, le busco desde el 21, y deseo encontrar ocasion de que mi presencia en la escuadra sea de provecho. Si llegas antes que yo, como espero, dí á Paca que el buen marino es esclavo de su patria, y que yo he hecho muy bien en venir aquí, y que estoy muy contento de haber venido, y que no me pesa, no señor, no me pesa... al contrario... Díle que se alegrará cuando me vea, y que de seguro mis compañeros me habrian echado de ménos si no hubiera venido... ¿Cómo habia de faltar? ¿No te parece á tí que hice bien en venir?

—Pues es claro; ¿eso qué duda tiene?—respondí procurando calmar su

agitacion, la cual era tan grande, que no le dejaba ver la inconveniencia de consultar con un mísero paje cuestion tan grave.

—Veo que tú eres una persona razonable—añadió sintiéndose consolado con mi aprobacion:—veo que tienes miras elevadas y patrióticas... Pero Paca no ve las cosas más que por el lado de su egoismo; y como tiene un génio tan raro, y como se le ha metido en la cabeza que las escuadras y los cañones no sirven para nada, no puede comprender que yo... En fin... sé que se pondrá furiosa cuando vuelva, pues... como no hemos ganado dirá esto y lo otro... me volverá loco... pero quiá... yo no le haré caso. ¿Qué te parece á tí? ¿No es verdad que no debo hacerla caso?

—Ya lo creo—contesté.—Usía ha hecho muy bien en venir: eso prueba que es un valiente marino.

—Pues vete con esas razones á Paca, y verás lo que te contesta—dijo él, cada vez más agitado.—En fin, díle que estoy bueno y sano, y que mi presencia aquí ha sido muy necesaria. La verdad es que en el rescate del *Santa Ana* he tomado parte muy principal. Si yo no hubiera apuntado tan bien aquellos cañones, quién sabe, quién sabe... ¿Y qué crees tú? Aún puede que haga algo más; aún puede ser que si el viento nos es favorable, rescatemos mañana un par de navíos... Sí señor... Aquí estoy meditando cierto plan... Veremos, veremos... Con que adios, Gabrielillo. Cuidado con lo que le dices á Paca.

—No, no me olvidaré—repuse.—Ya sabrá que si no es por usía no se represa el *Santa Ana*, y sabrá tambien que puede ser que á lo mejor nos traiga á Cádiz dos docenas de navíos...

—Dos docenas no, hombre—dijo;—eso es mucho. Dos navíos, ó quizás tres. En fin, yo creo que he hecho muy bien en venir á la escuadra. Ella estará furiosa y me volverá loco cuando regrese; pero... yo creo, lo repito, que he hecho muy bien en venir aquí.

Dicho esto se apartó de mí. Un instante despues le ví sentado en un rincon de la cámara. Estaba rezando y movia las cuentas del rosario con mucho disimulo, porque no queria que le vieran ocupado en tan devoto ejercicio. Yo presumí por sus últimas palabras que mi amo habia perdido el juicio, y viéndole rezar me hice cargo de la debilidad de su espíritu, que en vano se habia esforzado por sobreponerse á la edad cansada, y no pudiendo sostener la lucha, se dirigia á Dios en busca de auxilios. Doña Francisca tenia razon. Mi amo desde hace muchos años no servia más que para rezar.

Conforme á lo acordado nos trasbordamos. D. Rafael y Marcial, como los demás oficiales heridos, fueron bajados en brazos á una de las lanchas

con mucho trabajo, por robustos marineros. Las fuertes olas estorbaban mucho esta operacion; pero al fin se hizo, y las dos embarcaciones se dirigieron al *Rayo*. La travesía de un navío á otro fué malísima; mas al fin, aunque hubo momentos en que á mí me parecia que la embarcacion iba á desaparecer para siempre, al fin llegó al costado del *Rayo*, y con muchísimo trabajo subimos la escala.



XV



EMOS salido de Guatemala para entrar en Guatepeor—dijo Marcial cuando le pusieron sobre cubierta.—Pero donde manda capitan no manda marinero. Á este condenado le pusieron *Rayo* por mal nombre. Él dice que entrará en Cádiz antes de media noche, y yo digo que no entra. Veremos á ver.

—¿Qué dice usted, Marcial, que no llegaremos?—pregunté con mucho afan.

—Usted, Sr. Gabrielito, no entiende de esto—me contestó.

—Es que cuando mi señor D. Alonso y los oficiales del *Santa Ana* creen que el *Rayo* entrará esta noche, por fuerza tiene que entrar. Cuando ellos lo dicen, bien sabido se lo tendrán.

—Y tú no sabes, *sardiniya*, que esos señores de popa se *candilean* (se equivocan) más fácilmente que nosotros los marinos de combés. Si no, ahí tienes al jefe de toda la escuadra *Mr. Corneta*, que cargue el diablo con él. Ya ves cómo no ha tenido ni tanto así *de idea* para mandar la escuadra. ¿Piensas tú que si *Mr. Corneta* hubiera hecho lo que yo decia se hubiera perdido la batalla?

—¿Y usted cree que no llegaremos á Cádiz?

—Digo que este navío es más pesado que el mismo plomo, y además traicionero. Tiene mala andadura, gobierna mal y parece que está cojo, tuerto y manco como yo, pues si le echan la caña para aquí él va para allí.

En efecto, el *Rayo*, segun la opinion general, era un barco de muy malas condiciones marineras. Pero á pesar de esto, á pesar de su avanzada edad, que frisaba en los cincuenta y seis años, como se hallaba en buen

estado, no parecia correr peligro alguno, pues si el vendabal era cada vez mayor, tambien el puerto estaba cerca. De todos modos, ¿no era lógico suponer que mayor peligro corria el *Santa Ana*, desarbolado, sin timon y obligado á marchar á remolque de una fragata?

Marcial fué puesto en el sollado y Malespina en la cámara. Cuando le dejamos allí con los demás oficiales heridos, escuché una voz que reconocí, aunque al pronto no pude darme cuenta de la persona á quien pertenecia. Acerquéme al grupo de donde salia aquella charla retumbante, que dominaba las demás voces, y quedé asombrado reconociendo al mismo D. José María Malespina en persona. Corrí á él para decirle que estaba su hijo, y el buen padre suspendió la sarta de mentiras que estaba contando para acudir al lado del jóven herido. Grande fué su alegría encontrándole vivo, pues habia salido de Cádiz porque la impaciencia le devoraba y queria saber su paradero á todo trance.

—Eso que tienes no es nada—dijo abrazando á su hijo;—un simple rasguño. Pero tú no estás acostumbrado á sentir heridas; eres una dama, Rafael. ¡Oh! si cuando la guerra del Rosellon hubieras estado en edad de ir allá conmigo, habrias visto lo bueno. Aquellas sí eran heridas. Ya sabes que una bala me entró por el antebrazo, subió hácia el hombro, dió la vuelta por toda la espalda y vino á salir por la cintura. ¡Oh, qué herida tan singular! Pero á los tres dias estaba sano, mandando la artillería en el ataque de Bellegarde.

Despues explicó el motivo de su presencia á bordo del *Rayo*, de este modo:

—El 21 por la noche supimos en Cádiz el éxito del combate. Lo dicho, señores: no se quiso hacer caso de mí cuando hablé de las reformas de la artillería, y aquí tienen ustedes los resultados. Pues bien, en cuanto lo supe, y me enteré de que habia llegado en retirada Gravina con unos cuantos navíos, fuí á ver si entre ellos venia el *San Juan*, donde estabas tú; pero me dijeron que habia sido apresado. No puedo pintar á ustedes mi ansiedad; casi no me quedaba duda de tu muerte, mayormente desde que supe el gran número de bajas ocurridas en tu navío. Pero yo soy hombre que llevo las cosas hasta el fin, y sabiendo que se habia dispuesto la salida de algunos navíos con objeto de recoger los desmantelados y rescatar los prisioneros, determiné salir pronto de dudas, embarcándome en uno de ellos. Expuse mi pretension á Solano, y despues al mayor general de la escuadra, mi antiguo amigo Escaño, y no sin escrúpulo me dejaron venir. Á bordo del *Rayo*, donde me embarqué esta mañana, pregunté por tí, por el *San Juan;* mas nada consolador me dijeron, sino por

el contrario, que Churruca habia muerto, y que su navío, despues de batirse con mucha gloria, habia caido en poder de los enemigos. Figúrate cuál seria mi ansiedad. Qué lejos estaba hoy, cuando rescatamos al *Santa Ana*, de que tú te hallabas en él; á saberlo con certeza, hubiera redoblado mis esfuerzos en las disposiciones que dí con permiso de estos señores, y el navío de Álava habria quedado libre en dos minutos.

Los oficiales que le rodeaban mirábanle con sorna al oir el último jactancioso concepto de D. José María. Por sus risas y cuchicheos comprendí que durante todo el dia se habian divertido mucho con los embustes de aquel buen señor, quien no ponia freno á su voluble lengua, ni áun en las circunstancias más críticas y dolorosas.

El cirujano dijo que convenia dejar reposar al herido, y no sostener en su presencia conversacion alguna, sobre todo si ésta se referia al pasado desastre. D. José María, que tal oyó, dijo que por el contrario, convenia reanimar el espíritu del enfermo con la conversacion, y añadió:

—En la guerra del Rosellon, los heridos graves (y yo lo estuve varias veces) mandábamos á los soldados que bailasen y tocasen la guitarra en la enfermería, y seguro estoy de que este tratamiento nos curó más pronto que todos los emplastos y botiquines.



—Pues en las guerras de la República francesa—dijo un oficial andaluz que queria confundir á Don José María—se estableció que en las ambulancias de los heridos fuese un cuerpo de baile completo, y una compañía de ópera, y con esto se ahorraron los médicos y boticarios, pues con un par de arias y dos docenas de trenzados en sexta se quedaban todos como nuevos.

—¡Alto ahí!—exclamó Malespina.—Esa es grilla, caballerito. ¿Cómo puede ser que con música y baile se curen las heridas?

—Usted lo ha dicho.

—Sí, pero eso no ha pasado más que una vez, ni es fácil que vuelva á pasar. ¿Es acaso probable que vuelva á haber una guerra como la del Rosellon, la más sangrienta, la más hábil, la más estratégica que ha habido en el mundo desde Epaminondas? Claro es que no: pues allí todo fué extraordinario, y puedo dar fé de ello, que la presencié desde el *Introito* hasta el *Ite misa est*. Á aquella guerra debo mi conocimiento de la artillería; ¿usted no ha oido hablar de mí? Estoy seguro de que me conocerá de nombre. Pues sepa usted que aquí traigo en la cabeza un proyecto grandioso, y tal que si algun dia llega á ser realidad, no volverán á ocurrir desastres como este del 21. Sí, señores—añadió mirando con expresion de gravedad y suficiencia á los tres ó cuatro oficiales que le oian: —es preciso hacer algo por la patria; es preciso inventar algo sorprendente, que en un periquete nos devuelva todo lo perdido y asegure á nuestra marina la victoria por siempre jamás amen.

—Á ver, Sr. D. José María—dijo un oficial;—explíquenos usted cuál es su invento.

—Pues ahora me ocupo del modo de construir cañones de á 300.

—¡Hombre, de á 300!—exclamaron los oficiales con aspavientos de risa y burla.—Los mayores que tenemos á bordo son de 36.

—Esos son juguetes de chicos. Figúrese usted el destrozo que harian esas piezas de 300 disparando sobre la escuadra enemiga—dijo Malespina. —Pero ¿qué demonios es esto?—añadió agarrándose para no rodar por el suelo, pues los balances del *Rayo* eran tales que muy difícilmente podia uno tenerse derecho.

—El vendabal arrecia y me parece que esta noche no entramos en Cádiz—dijo un oficial retirándose.

Quedaron sólo dos, y el mentiroso continuó su perorata en estos términos:

—Lo primero que habria que hacer era construir barcos de 95 á 100 varas de largo.

—¡Caracoles! ¿Sabe usted que la lanchita seria regular?—indicó un oficial.—¡Cien varas! El *Trinidad*, que santa gloria haya, tenia setenta, y á todos parecia demasiado largo. Ya sabe usted que viraba mal, y que todas las maniobras se hacian en él muy difícilmente.

—Veo que usted se asusta por poca cosa, caballerito—prosiguió Malespina.—¿Qué son 100 varas? Aún podrian construirse barcos mucho mayores. Y he de advertir á ustedes que yo los construiria de hierro.

—¡De hierro!—exclamaron los dos oyentes sin poder contener la risa.

—De hierro, sí. ¿Por ventura no conoce usted la ciencia de la hidrostática? Con arreglo á ella yo construiria un barco de hierro de 7.000 toneladas.

—¡Y el *Trinidad* no tenia más que 4.000!—dijo un oficial,—lo cual parecia excesivo. ¿Pero no comprende usted que para mover esa mole seria preciso un aparejo tan colosal, que no habria fuerzas humanas capaces de maniobrar en él?

—¡Bicoca!... ¡Oh! señor marino, ¿y quién le dice á usted que yo seria tan torpe que moviera ese buque por medio del viento? usted no me conoce. Si supiera usted que tengo aquí una idea... Pero no quiero explicársela á ustedes porque no me entenderian.

Al llegar á este punto de su charla D. José María dió tal tumbo que se quedó en cuatro piés. Pero ni por esas cerró el pico. Marchóse otro de los oficiales, y quedó sólo uno, el cual tuvo que seguir sosteniendo la conversacion.

—¡Qué vaivenes!—continuó diciendo el viejo.—No parece sino que nos vamos á estrellar contra la costa... Pues bien: como dije, yo moveria esa gran mole de mi invencion por medio del... ¿Á que no lo adivina usted?... Por medio del vapor de agua. Para esto se construiria una máquina singular, donde el vapor comprimido y dilatado alternativamente dentro de dos cilindros, pusiera en movimiento unas ruedas... pues...

El oficial no quiso oir más, y aunque no tenia puesto en el buque, ni estaba de servicio, por ser de los recogidos, fué á ayudar á sus compañeros, bastante atareados con el creciente temporal. Malespina se quedó solo conmigo, y entónces creí que iba á callar por no juzgarme persona á propósito para sostener la conversacion. Pero mi desgracia quiso que él me tuviera en más de lo que yo valia, y la emprendió conmigo en los siguientes términos:

—¿Usted comprende bien lo que quiero decir? Siete mil toneladas, el vapor, dos ruedas... pues.

—Sí señor, comprendo perfectamente—contesté á ver si se callaba, pues ni tenia humor de oirle, ni los violentos balances del buque, anunciando un gran peligro, disponian el ánimo á disertar sobre el engrandecimiento de la marina.

—Veo que usted me conoce y se hace cargo de mis invenciones—continuó él.—Ya comprenderá usted que el buque que imagino seria invencible, lo mismo atacando que defendiendo. Él solo habria derrotado con cuatro ó cinco tiros los treinta navíos ingleses.

—¿Pero los cañones de éstos no le harian daño tambien?—dije con

timidez, arguyéndole más bien por cortesía que porque me interesase el asunto.

—¡Oh! La observacion de usted, caballerito, es atinadísima, y prueba que comprende y aprecia las grandes invenciones. Para evitar el efecto de la artillería enemiga yo forraria mi barco con gruesas planchas de acero, es decir, le pondria una coraza, como la que usaban los antiguos guerreros. Con este medio, podia atacar, sin que los proyectiles enemigos hicieran en sus costados más efecto que el que haria una andanada de bolitas de pan, lanzadas por la mano de un niño. Es una idea maravillosa la que yo he tenido. Figúrese usted que nuestra nacion tuviera dos ó tres barcos de esos. ¿Dónde iria á parar la escuadra inglesa con todos sus Nelsones y Collingwoodes?

—Pero en caso de que se pudieran hacer aquí esos barcos—dije yo con viveza, conociendo la fuerza de mi argumento,—los ingleses los harian tambien, y entónces las proporciones de la lucha serian las mismas.

D. José María se quedó como alelado con esta razon, y por un instante estuvo perplejo sin saber qué decir; mas su vena inagotable no tardó en sugerirle nuevas ideas, y contestó con mal humor:

—¿Y quién le ha dicho á usted, mozalvete atrevido, que yo seria capaz de divulgar el secreto de modo que lo supieran los ingleses? Los buques se fabricarian con el mayor sigilo y sin decir palotada á nadie. Supongamos que ocurria una nueva guerra. Nos provocaban los ingleses, y les decíamos: "Sí señor, pronto estamos; nos batiremos." Salian al mar los navíos ordinarios, empezaba la pelea, y á lo mejor, cátate que aparecen en las aguas del combate dos ó tres de esos mónstruos de hierro, vomitando humo y marchando acá ó allá sin hacer caso del viento; se meten por donde quieren, hacen astillas con el empuje de su afilada proa á los barcos contrarios, y con un par de cañonazos... figúrese usted, todo se acababa en un cuarto de hora.

No quise hacer más objeciones, porque la idea de que estábamos corriendo un gran peligro, me impedia ocupar la mente con pensamientos contrarios á los propios de tan crítica situacion. No volví á acordarme más del formidable barco imaginario hasta que treinta años más tarde supe la aplicacion del vapor á la navegacion, y más aún, cuando al cabo de medio siglo ví en nuestra gloriosa fragata *Numancia* la acabada realizacion de los estrafalarios proyectos del mentiroso de Trafalgar.

Medio siglo despues me acordé de D. José María Malespina y dije:—Parece mentira que las extravagancias ideadas por un loco ó un embustero lleguen á ser realidades maravillosas con el transcurso del tiempo.

Desde que observé esta coincidencia, no condeno en absoluto ninguna utopia, y todos los mentirosos me parecen hombres de genio.

Dejé á D. José María para ver lo que pasaba, y en cuanto puse los piés fuera de la cámara me enteré de la comprometida situacion en que se encontraba el *Rayo*. El vendabal no sólo le impedia la entrada en Cádiz, sino que le impulsaba hácia la costa, donde encallaria de seguro, estrellándose contra las rocas. Por mala que fuera la suerte del *Santa Ana* que habíamos abandonado, no podia ser peor que la nuestra. Yo observé con afan los rostros de oficiales y marineros, por ver si encontraba alguno que indicase esperanza; pero por mi desgracia en todos ví señales de gran desaliento. Consulté el cielo y lo ví pavorosamente feo; consulté la mar y la encontré muy sañuda: no era posible volverse más que á Dios, ¡y éste estaba tan poco propicio con nosotros desde el 21!...

El *Rayo* corria hácia el Norte. Segun las indicaciones que iban haciendo los marineros, junto á quienes estaba yo, pasábamos frente al banco de Marrajotes, de Hazte Afuera, de Juan Bola, frente á Torregorda, y por último frente al castillo de Cádiz. En vano se ejecutaron todas las maniobras necesarias para poner la proa hácia el interior de la bahía. El viejo navío, como un corcel espantado, se negaba á obedecer; el viento y el mar, que corrian con impetuosa furia de Sur á Norte, le arrastraban, sin que la ciencia náutica pudiese nada para impedirlo.

No tardamos en rebasar de la bahía. Á nuestra derecha quedó bien pronto Rota, Punta Candor, Punta de Meca, Regla y Chipiona. No quedaba duda de que el *Rayo* iba derecho á estrellarse inevitablemente en la costa cercana á la embocadura del Guadalquivir. No necesito decir que las velas habian sido cargadas, y que no bastando este recurso contra tan fuerte temporal, se bajaron tambien los masteleros; por último, tambien se creyó necesario picar los palos, para evitar que el navío se precipitara bajo las olas. En las grandes tempestades el barco necesita achicarse; de alta encina quiere convertirse en humilde yerba, y como sus mástiles no pueden plegarse cual las ramas de un árbol, se ve en la dolorosa precision de amputarlos, quedándose sin miembros por salvar la vida.

La pérdida del buque era ya inevitable. Picados los palos mayor y de mesana, se le abandonó, y la única esperanza consistia en poderlo anclar cerca de la costa, para lo cual se prepararon las áncoras, reforzando las amarras. Disparó dos cañonazos para pedir auxilio á la playa ya cercana, y como se distinguieran claramente algunas hogueras en la costa, nos alegramos creyendo que no faltaria quien nos diera auxilio. Muchos opinaron que algun navío español ó inglés habia encallado allí, y que las ho-

gueras que veíamos eran encendidas por la tripulacion náufraga. Nuestra ansiedad crecia por momentos, y respecto á mí debo decir que me creí cercano á un fin desastroso. Ni ponia atencion á lo que pasaba á bordo, ni en la turbacion de mi espíritu podia ocuparme más que de la muerte, que juzgaba inevitable. Si el buque se estrellaba, ¿quién podia salvar el espacio de agua que le separaria de la tierra? El lugar más terrible de una tempestad es aquel en que las olas se revuelven contra la tierra, y parece que están cavando en ella para llevarse pedazos de playa al profundo abismo. El empuje de la ola al avanzar y la violencia con que se arrastra al retirarse son tales, que ninguna fuerza humana puede vencerlos.

Por último, despues de algunas horas de mortal angustia, la quilla del *Rayo* tocó en un banco de arena y se paró. El casco todo y los restos de su arboladura retemblaron un instante: parecia que intentaban vencer el obstáculo interpuesto en su camino; pero éste fué mayor, y el buque inclinándose sucesivamente de uno y otro costado, hundió su popa, y despues de un espantoso crujido, quedó sin movimiento.

Todo habia concluido, y ya no era posible ocuparse más que de salvar la vida, atravesando el espacio de mar que de la costa nos separaba. Esto pareció casi imposible de realizar en las embarcaciones que á bordo teníamos; mas habia esperanzas de que nos enviaran auxilio de tierra, pues era evidente que la tripulacion de un buque recien naufragado vivaqueaba en ella, y no podia estar lejos alguna de las balandras de guerra cuya salida para tales casos debia haber dispuesto la autoridad naval de Cádiz... El *Rayo* hizo nuevos disparos y esperamos socorros con la mayor impaciencia, porque de no venir pronto, pereceríamos todos con el navío. Este infeliz inválido, cuyo fondo se habia abierto al encallar, amenazaba despedazarse por sus propias convulsiones, y no podia tardar el momento en que, desquiciada la clavazon de algunas de sus cuadernas, quedaríamos á merced de las olas, sin más apoyo que el que nos dieran los desordenados restos del buque.

Los de tierra no podian darnos auxilio; pero Dios quiso que oyera los cañonazos de alarma una balandra que se habia hecho á la mar desde Chipiona, y se nos acercó por la proa, manteniéndose á buena distancia. Desde que avistamos su gran vela mayor, vimos segura nuestra salvacion, y el comandante del *Rayo* dió las órdenes para que el trasbordo se verificara sin atropello en tan peligrosos momentos.

Mi primera intencion, cuando ví que se trataba de trasbordar, fué correr al lado de las dos personas que allí me interesaban, el señorito Malespina y Marcial, ambos heridos, aunque el segundo no lo estaba de grave-

dad. Encontré al oficial de artillería en bastante mal estado, y decia á los que le rodeaban:

—No me muevan; déjenme morir aquí.

Marcial habia sido llevado sobre cubierta y yacia en el suelo con tal postracion y abatimiento, que me inspiró verdadero miedo su semblante. Alzó la vista cuando me acerqué á él, y tomándome la mano, dijo con voz conmovida:

—Gabrielillo, no me abandones.

—¡Á tierra! ¡Todos vamos á tierra!—exclamé yo procurando reanimarle; pero él, moviendo la cabeza con triste ademan, parecia presagiar alguna desgracia.

Traté de ayudarle para que se levantara; pero despues del primer esfuerzo, su cuerpo volvió á caer como muerto, y al fin dijo:—No puedo.

Las vendas de su herida se habian caido, y en el desórden de aquella apurada situacion no encontró quien se las aplicara de nuevo. Yo le curé como pude, consolándole al mismo tiempo con palabras de esperanza: y hasta procuré reir ridiculizando su facha, para ver si de este modo le reanimaba. Pero el pobre viejo no desplegó sus lábios, antes bien inclinaba la cabeza con gesto sombrío, insensible á mis bromas lo mismo que á mis consuelos.

Ocupado en esto, no advertí que habia comenzado el embarque en las lanchas. Casi de los primeros que á ellas bajaron fueron D. José María Malespina y su hijo. Mi primer impulso fué ir tras ellos siguiendo las órdenes de mi amo, pero la imágen del marinero herido y abandonado me contuvo. Malespina no necesitaba de mí, mientras que Marcial, casi considerado como muerto, estrechaba con su helada mano la mia, diciéndome: —Gabrielillo, no me abandones.

Las lanchas atracaban difícilmente, pero á pesar de esto, una vez trasbordados los heridos, el embarque fué fácil, porque los marineros se precipitaban en ellas deslizándose por una cuerda, ó arrojándose de un salto. Muchos se echaban al agua y las alcanzaban á nado. Por mi imaginacion cruzó como un problema terrible la idea de cuál de aquellos dos procedimientos emplearia para salvarme. No habia tiempo que perder porque el *Rayo* se desbarataba: casi toda la popa estaba hundida, y los estallidos de los baos y de las cuadernas medio podridas anunciaban que bien pronto aquella mole iba á dejar de ser un barco. Todos corrian con presteza hácia las lanchas, y la balandra, que se mantenia á cierta distancia maniobrando con habilidad para resistir la mar, les recogia. Las em-

barcaciones volvian vacías al poco tiempo, pero no tardaban en llenarse de nuevo.

Yo observé el abandono en que estaba Medio-hombre, y me dirigí sofocado y llorando á algunos marineros, rogándoles que cargaran á Marcial para salvarle; pero harto hacian ellos procurando salvarse á sí propios. En un momento de desesperacion traté yo mismo de echármelo á cuestas; pero mis escasas fuerzas apenas lograron alzar del suelo sus brazos desmayados. Corrí por toda la cubierta buscando un alma caritativa y algunos estuvieron á punto de ceder á mis ruegos; mas el peligro les distrajo de tan buen pensamiento. Para comprender esta inhumana crueldad es preciso haberse encontrado en trances tan terribles; el sentimiento y la caridad desaparecen ante el instinto de conservacion que domina el sér por completo, asimilándole á veces á una fiera.

—¡Oh, esos malvados no quieren salvarte, Marcial!—exclamé con el mayor dolor.

—Déjales—me contestó.—Lo mismo da á bordo que en tierra. Márchate tú; corre, chiquillo, que te dejan aquí.

No sé qué idea mortificó más mi mente; si la de quedarme á bordo, donde pereceria sin remedio, ó la de salir dejando solo á aquel desgraciado. Por último más pudo la voz de la naturaleza que otra fuerza alguna, y dí unos cuantos pasos hácia la borda. Retrocedí para abrazar al pobre viejo, y corrí luego velozmente hácia el punto en que se embarcaban los últimos marineros. Eran cuatro: cuando llegué, ví que los cuatro se habian lanzado al mar y se acercaban nadando á la lancha, que estaba como á unas diez ó doce varas de distancia.

—¿Y yo?—exclamé con angustia, viendo que me dejaban.—¡Yo voy tambien, yo voy tambien!

Grité con todas mis fuerzas; pero no me oyeron ó no quisieron hacerme caso. Á pesar de la oscuridad ví la lancha, les ví subir á ella, aunque esta operacion apenas podia apreciarse por la vista. Me dispuse á arrojarme al agua para seguir la misma suerte; pero en el instante mismo en que se determinó en mi voluntad esta resolucion, mis ojos dejaron de ver lancha y marineros, y ante mí no habia más que la horrenda oscuridad del agua.

Todo medio de salvacion habia desaparecido. Volví los ojos á todos lados y no ví más que las olas que sacudian los restos del barco: en el cielo ni una estrella, en la costa ni una luz. La balandra habia desaparecido tambien. Bajo mis piés, que pataleaban con ira, el casco del *Rayo* se quebraba en pedazos, y sólo se conservaba unida y entera la parte de

proa, con la cubierta llena de despojos. Me encontraba sobre una balsa informe que amenazaba desbaratarse por momentos.

Al verme en tal situacion, corrí hácia Marcial diciendo:

—¡Me han dejado, nos han dejado!

El anciano se incorporó con muchísimo trabajo, apoyado en su mano;



levantó la cabeza y recorrió con su turbada vista el lóbrego espacio que nos rodeaba.

—¡Nada!—exclamó;—no se ve nada. Ni lanchas, ni tierra, ni luces, ni costa. No volverán.

Al decir esto, un terrible chasquido sonó bajo nuestros piés en lo pro-

fundo del sollado de proa, ya enteramente anegado. El alcázar se inclinó violentamente de un lado, y fué preciso que nos agarráramos fuertemente á la base de un molinete para no caer al agua. El piso nos faltaba; el último resto del *Rayo* iba á ser tragado por las olas. Mas como la esperanza no abandona nunca, yo aún creí posible que aquella situacion se prolongase hasta el amanecer sin empeorarse; y me consoló ver que el palo de trinquete aún estaba en pié. Con el propósito firme de subirme á él cuando el casco acabara de hundirse, miré aquel árbol orgulloso en que flotaban trozos de cabos y harapos de velas, y que resistia, coloso desgreñado por la desesperacion, pidiendo al cielo misericordia.

Marcial se dejó caer en la cubierta y dijo:

—Ya no hay esperanza, Gabrielillo. Ni ellos querrán volver, ni la mar les dejaria si lo intentaran. Puesto que Dios lo quiere, aquí hemos de morir los dos. Por mí nada importa; soy un viejo y no sirvo para maldita la cosa... Pero tú... tú eres un niño, y...

Al decir esto su voz se hizo ininteligible por la emocion y la ronquera. Poco despues le oí claramente estas palabras:

—Tú no tienes pecados, porque eres un niño. Pero yo... Bien que cuando uno se muere así... vamos al decir... así al modo de perro ó gato, no necesita de que un cura venga y le dé la *solucion*, sino que basta y sobra con que uno mismo se entienda con Dios. ¿No has oido tú eso?

Yo no sé lo que contesté; creo que no dije nada y me puse á llorar sin consuelo.

—Ánimo, Gabrielillo—prosiguió.—El hombre debe ser hombre, y ahora es cuando se conoce quién tiene alma y quién no la tiene. Tú no tienes pecados; pero yo sí. Dicen que cuando uno se muere y no halla cura con quien confesarse, debe decir lo que tiene en la conciencia al primero que encuentre. Pues yo te digo, Gabrielillo, que me confieso contigo, y que te voy á decir mis pecados, y cuenta con que Dios me está oyendo detrás de tí, y que me va á perdonar.

Mudo por el espanto y por las solemnes palabras que acababa de oir, me abracé al anciano, que continuó de este modo:

—Pues digo que siempre he sido cristiano católico, *postólico*, romano, y que siempre he sido y soy devoto de la Vírgen del Cármen, á quien llamo en mi ayuda en este momento; y digo tambien que si hace veinte años que no he confesado ni comulgado, no fué por mí, sino por *mor* del maldito servicio, y porque siempre lo va uno dejando para el domingo que viene. Pero ahora me pesa de no haberlo hecho, y digo y declaro y perjuro que quiero á Dios y á la Vírgen y á todos los santos; y que por todo

lo que les haya ofendido me castiguen, pues si no me confesé y comulgué este año fué por el *aquel* de los malditos *casacones*, que me hicieron salir al mar cuando tenia el *proeto* de cumplir con la Iglesia. Jamás he robado ni la punta de un alfiler, ni he dicho más mentiras que alguna que otra para bromear. De los palos que le daba á mi mujer hace treinta años, me arrepiento, aunque creo que bien dados estuvieron, porque era más mala que las *churras* y con un genio más picon que un alacran. No he faltado ni tanto así á lo que manda la ordenanza; no aborrezco á nadie más que á los *casacones*, á quienes hubiera querido ver hechos picadillo; pero pues dicen que todos somos hijos de Dios, yo les perdono, y *así mismamente* perdono á los franceses que nos han traido esta guerra. Y no digo más porque me parece que me voy á toda vela. Yo amo á Dios y estoy tranquilo. Gabrielillo, abrázate conmigo y apriétate bien contra mí. Tú no tienes pecados, y vas á andar *finiqueleando* con los ángeles divinos. Más vale morirse á tu edad que vivir en este *emperrado* mundo... Con que ánimo, chiquillo, que esto se acaba. El agua sube y el *Rayo* se acabó para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena: no te asustes... abrázate conmigo. Dentro de un ratito estaremos libres de pesadumbres, yo dando cuenta á Dios de mis pecadillos, y tú contento como unas páscuas danzando por el Cielo, que está alfombrado con estrellas, y allí parece que al modo la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna, que es como dijo el otro, mañana y mañana y mañana y al otro y siempre...

No pudo hablar más. Yo me agarré fuertemente al cuerpo de Mediohombre. Un violento golpe de mar sacudió la proa del navío y sentí el azote del agua sobre mi espalda. Cerré los ojos y pensé en Dios. En el mismo instante perdí toda sensacion y no supe lo que ocurrió.



XVI



olvió, no sé cuando, á iluminar turbiamente mi espíritu la nocion de la vida, sentí un frio intensísimo, y sólo este accidente me dió á conocer la propia existencia, pues ningun recuerdo de lo pasado conservaba mi mente, ni podia hacerme cargo de mi nueva situacion. Cuando mis ideas se fueron aclarando y se desvanecia el letargo de mis sentidos, me encontré tendido en la playa. Algunos hombres estaban en derredor mio, observándome con interés. Lo primero que oí fué: "¡Pobrecito...! ya vuelve en sí.„

Poco á poco fuí volviendo á la vida, y con ella al recuerdo de lo pasado. Me acordé de Marcial, y creo que las primeras palabras articuladas por mis lábios fueron para preguntar por él. Nadie supo contestarme. Entre los que me rodeaban reconocí á algunos marineros del *Rayo*; les pregunté por Medio-hombre y todos convinieron en que habia perecido. Despues quise enterarme de cómo me habia salvado; pero tampoco me dieron razon.

Diéronme á beber no sé qué; me llevaron á una casa cercana, y allí junto á un buen fuego y cuidado por una vieja, recobré la salud, aunque no las fuerzas. Entónces me dijeron que habiendo salido otra balandra á reconocer los restos del *Rayo* y los de un navío francés que corrió igual suerte, me encontraron junto con Marcial, y pudieron salvarme la vida. Mi compañero de agonía estaba muerto. Tambien supe que en la travesía del barco naufragado á la costa habian perecido algunos infelices.

Quise saber qué habia sido de Malespina, y no hubo quien me diera razon del padre ni del hijo. Pregunté por el *Santa Ana* y me dijeron que

habia llegado felizmente á Cádiz, por cuya noticia resolví ponerme inmediatamente en camino para reunirme con mi amo. Me encontraba á bastante distancia de Cádiz, en la costa que corresponde á la orilla derecha del Guadalquivir. Necesitaba, pues, emprender la marcha inmediatamente para recorrer lo más pronto posible tan largo trayecto. Esperé dos dias más para reponerme, y al fin, acompañado de un marinero que llevaba el mismo camino, me puse en marcha hácia Sanlúcar. En la mañana del 27 recuerdo que atravesamos el rio, y luego seguimos nuestro viaje á pié sin abandonar la costa. Como el marinero que me acompañaba era francote y alegre, el viaje fué todo lo agradable que yo podia esperar, dada la situacion de mi espíritu, aún abatido por la muerte de Marcial y por las últimas escenas de que fuí testigo á bordo. Por el camino íbamos departiendo sobre el combate y los naufragios que le sucedieron.

—Buen marino era Medio-hombre—decia mi compañero de viaje.—¿Pero quién le metió á salir á la mar con un cargamento de más de sesenta años? Bien empleado le está el fin que ha tenido.

—Era un valiente marinero—dije yo;—y tan aficionado á la guerra, que ni sus achaques le arredraron cuando intentó venir á la escuadra.

—Pues de esta me despido—prosiguió el marinero.—No quiero más batallas en la mar. El Rey paga mal, y despues, si queda uno cojo ó baldado, le dan las buenas noches y si te he visto no me acuerdo. Parece mentira que el Rey trate tan mal á los que le sirven. ¿Qué cree usted? La mayor parte de los comandantes de navío que se han batido el 21, hace muchos meses que no cobran sus pagas. El año pasado estuvo en Cádiz un capitan de navío que no sabiendo cómo mantenerse y mantener á sus hijos, se puso á servir en una posada. Sus amigos le descubrieron, aunque él trataba de disimular su miseria, y por último lograron sacarle de tan vil estado. Esto no pasa en ninguna nacion del mundo; ¡y luego se espantan de que nos venzan los ingleses! Pues no digo nada del armamento. Los arsenales están vacíos, y por más que se pide dinero á Madrid, ni un cuarto. Verdad es que todos los tesoros del Rey se emplean en pagar sus sueldos á los señores de la Córte, y entre éstos el que más come es el Príncipe de la Paz, que reune 40.000 durazos como consejero de Estado, como secretario de Estado, como capitan general y como sargento mayor de guardias... Lo dicho, no quiero servir al Rey. Á mi casa me voy con mi mujer y mis hijos; pues ya he cumplido y dentro de unos dias me han de dar la licencia.

—Pues no podrá usted quejarse, amiguito, si le tocó ir en el *Rayo*, navío que apenas entró en accion.

—Yo no estaba en el *Rayo*, sino en el *Bahama*, que sin duda fué de los barcos que mejor y por más tiempo pelearon.

—Ha sido apresado y su comandante murió, si no recuerdo mal.

—Así fué—contestó.—Y todavía me dan ganas de llorar cuando me acuerdo de D. Dionisio Alcalá Galiano, el más valiente brigadier de la armada. Eso sí; tenia el genio fuerte y no consentia la más pequeña falta; pero su mucho rigor nos obligaba á quererle más, porque el capitan que se hace temer por severo, si á la severidad acompaña la justicia, infunde respeto, y por último se conquista el cariño de la gente. Tambien puede decirse que otro más caballero y más generoso que D. Dionisio Alcalá Galiano no ha nacido en el mundo. Así es que cuando queria obsequiar á sus amigos no se andaba por las ramas, y una vez en la Habana gastó diez mil duros en cierto convite que dió á bordo de su buque.

—Tambien oí que era un hombre muy sábio en la náutica.

—¿En la náutica? Sabia más que Merlin y que todos los doctores de la Iglesia. ¡Si habia hecho un sin fin de mapas y habia descubierto no sé qué tierras que están allá por el mismo Infierno! ¡Y hombres así los mandan á una batalla para que perezcan como un grumete! Le contaré á usted lo que pasó en el *Bahama*. Desde que empezó la batalla, D. Dionisio Alcalá Galiano sabia que la habíamos de perder, porque aquella maldita virada en redondo... Nosotros estábamos en la reserva y nos quedamos á la cola. Nelson, que no era ningun rana, vió nuestra línea, y dijo: "Pues si la corto por dos puntos distintos, y les cojo entre dos fuegos, no se me escapa ni tanto así de navío." Así lo hizo el maldito, y como nuestra línea era tan larga, *la cabeza no podia ir en auxilio de la cola* (*). Nos derrotó por partes, atacándonos en dos fuertes columnas dispuestas al modo de cuña, que es, segun dicen, el modo de combatir que usaba el capitan moro Alejandro Magno, y que hoy dicen usa tambien Napoleon. Lo cierto es que nos envolvió y nos dividió y nos fué rematando barco á barco de tal modo, que no podíamos ayudarnos unos á otros, y cada navío se veia obligado á combatir con tres ó cuatro.



Alcalá Galiano.

"Pues verá usted: el *Bahama* fué de los que primero entraron en fuego. Alcalá Galiano revistó la tripulacion al medio dia, examinó las baterías, y

(*) Palabras de Nelson.

nos echó una arenga en que dijo, señalando la bandera: "Señores: estén ustedes todos en la inteligencia de que esa bandera está clavada." Ya sabíamos qué clase de hombre nos mandaba; y así no nos asombró aquel lenguaje. Despues le dijo al guardia marina D. Alonso Butron, encargado de ella: "Cuida de defenderla. Ningun Galiano se rinde, y tampoco un Butron debe hacerlo."

—Lástima es—dije yo—que estos hombres no hayan tenido un jefe digno de su valor, ya que no se les encargó del mando de la escuadra.

—Sí que es lástima, y verá usted lo que pasó. Empezó la refriega, que ya sabrá usted fué cosa buena, si estuvo á bordo del *Trinidad*. Tres navíos nos acribillaron á balazos por babor y estribor. Desde los primeros momentos caian como moscas los heridos, y el mismo comandante recibió una fuerte contusion en la pierna, y despues un astillazo en la cabeza que le hizo mucho daño. ¿Pero usted cree que se acobardó, ni que anduvo con ungüentos ni parches? ¡Quiá! Seguia en el alcázar como si tal cosa, aunque personas muy queridas para él caian á su lado para no levantarse más. Alcalá Galiano mandaba la maniobra y la artillería como si hubiéramos estado haciendo el saludo frente á una plaza. Una balita de poca cosa le llevó el anteojo, y esto le hizo sonreir. Aún me parece que le estoy viendo. La sangre de las heridas le manchaba el uniforme y las manos, pero él no se cuidaba de esto más que si fueran gotas de agua salada salpicadas por el mar. Como su carácter era algo arrebatado y su genio vivo, daba las órdenes gritando y con tanto coraje, que si no las obedeciéramos porque era nuestro deber, las hubiéramos obedecido por miedo... Pero al fin todo se acabó de repente, cuando una bala de medio calibre le cogió la cabeza dejándole muerto en el acto.

"Con esto concluyó el entusiasmo si no la lucha. Cuando cayó muerto nuestro querido comandante, le ocultaron para que no le viéramos; pero nadie dejó de comprender lo que habia pasado, y despues de una lucha desesperada sostenida por el honor de la bandera, el *Bahama* se rindió á los ingleses, que se lo llevarán á Gibraltar, si antes no se les va á pique, como sospecho.

Al concluir su relacion y despues de contar cómo habia pasado del *Bahama* al *Santa Ana*, mi compañero dió un fuerte suspiro y calló por mucho tiempo. Pero como el camino se hacia largo y pesado, yo intenté trabar de nuevo la conversacion, y principié contándole lo que habia visto, y por último mi traslado á bordo del *Rayo* con el jóven Malespina.

—¡Ah!—dijo.—¿Es un jóven oficial de artillería que fué transportado á la balandra y de la balandra á tierra en la noche del 23?

—El mismo—contesté,—y por cierto que nadie me ha dado razon de su paradero.

—Pues ese fué de los que perecieron en la segunda lancha, que no pudo tocar á tierra; de los sanos se salvaron algunos, entre ellos el padre de ese señor oficial de artillería; pero los heridos se ahogaron todos, como es fácil comprender, no pudiendo los infelices ganar á nado la costa.

Me quedé absorto al saber la muerte del jóven Malespina, y la idea del pesar que aguardaba á mi infeliz é idolatrada amita llenó mi alma, ahogando todo resentimiento.

—¡Qué horrible desgracia!—exclamé.—¿Y seré yo quien lleve tan triste noticia á su afligida familia? ¿Pero señor, usted está seguro de lo que dice?

—He visto con estos ojos al padre de ese jóven, quejándose amargamente y refiriendo los pormenores de la desgracia con tanta angustia que partia el corazon. Segun decia, él habia salvado á todos los de la lancha, y aseguraba que si hubiera querido salvar sólo á su hijo, lo habria logrado á costa de la vida de todos los demás. Prefirió, con todo, dar la vida al mayor número, áun sacrificando la de su hijo en beneficio de muchos, y así lo hizo. Parece que es hombre de mucha alma, y sumamente diestro y valeroso.

Esto me entristeció tanto, que no hablé más del asunto. ¡Muerto Marcial, muerto Malespina! ¡Qué terribles nuevas llevaba yo á casa de mi amo! Casi estuve por un momento decidido á no volver á Cádiz, dejando que el azar ó la voz pública llevaran tan penosa comision al seno del hogar, donde tantos corazones palpitaban de inquietud. Sin embargo, era preciso que me presentase á D. Alonso para darle cuenta de mi conducta.

Llegamos por fin á Rota, y de allí nos embarcamos para Cádiz. No pueden ustedes figurarse qué alborotado estaba el vecindario con la noticia de los desastres de la escuadra. Poco á poco iban llegando las nuevas de lo sucedido, y ya se sabia la suerte de la mayor parte de los buques, aunque de muchos marineros y tripulantes se ignoraba todavía el paradero. Por las calles se presenciaba á cada momento escenas de desolacion cuando un recien llegado daba cuenta de los muertos que conocia, y nombraba las personas que no habian de volver. La multitud invadia el muelle para reconocer los heridos, esperando encontrar al padre, al hermano, al hijo ó al marido. Presencié escenas de frenética alegría, mezcladas con lances dolorosos y terribles desencantos. Las esperanzas se desvanecian, las sospechas se confirmaban las más de las veces, y el número de los que ganaban en aquel agonioso juego de la suerte era bien pequeño comparado

con el de los que perdian. Los cadáveres que aparecieron en la costa de Santa María sacaban de dudas á muchas familias, y otras esperaban aún encontrar entre los prisioneros conducidos á Gibraltar á la persona amada.

En honor del pueblo de Cádiz debo decir que jamás vecindario alguno ha tomado con tanto empeño el auxilio de los heridos, no distinguiendo entre nacionales y enemigos, antes bien equiparando á todos bajo el amplio pabellon de la caridad. Collingwood consignó en sus memorias esta generosidad de mis paisanos. Quizás la magnitud del desastre apagó todos los resentimientos. ¿No es triste considerar que sólo la desgracia hace á los hombres hermanos?

En Cádiz pude conocer en un conjunto la accion de guerra que yo, á pesar de haber asistido á ella, no conocia sino por casos particulares, pues lo largo de la línea, lo complicado de los movimientos y la diversa suerte de los navíos, no permitian otra cosa. Segun allí me dijeron, además del *Trinidad* se habian ido á pique el *Argonauta*, de 92, mandado por Don Antonio Pareja, y el *San Agustin*, de 80, mandado por D. Felipe Cagigal. Con Gravina, en el *Príncipe de Astúrias*, habian vuelto á Cádiz el *Montañés*, de 80, comandante Alcedo, que murió en el combate en union del segundo Castaños; el *San Justo*, de 76, mandado por D. Miguel Gaston; el *San Leandro*, de 74, mandado por D. José Quevedo; el *San Francisco*, de 74, mandado por D. Luis Flores; el *Rayo*, de 100, que mandaba Macdonell. De éstos salieron el 23 para represar los buques que estaban á la vista, el *Montañés*, el *San Justo*, el *San Francisco* y el *Rayo;* pero los dos últimos se perdieron en la costa, lo mismo que el *Monarca*, de 74, mandado por Argumosa, y el *Neptuno*, de 80, cuyo heróico comandante D. Cayetano Valdés, ya célebre por la jornada del 14, estuvo á punto de perecer. Quedaron apresados el *Bahama*, que se deshizo antes de llegar á Gibraltar, el *San Ildefonso*, de 74, comandante Vargas, que fué conducido á Inglaterra, y el *Nepomuceno*, que por muchos años permaneció en Gibraltar, conservado como un objeto de veneracion ó sagrada reliquia. El *Santa Ana* llegó felizmente á Cádiz en la misma noche en que le abandonamos. Los ingleses tambien perdieron algunos de sus fuertes navíos, y no pocos de sus oficiales generales compartieron el glorioso fin del almirante Nelson.

En cuanto á los franceses, no es necesario decir que tuvieron tantas pérdidas como nosotros. Á excepcion de los cuatro navíos que se retiraron con Dumanoir sin entrar en el fuego, mancha que en mucho tiempo no pudo quitarse de encima la marina imperial, nuestros aliados se condujeron

heróicamente en la batalla. Villeneuve, deseando que se olvidaran en un dia sus faltas, peleó hasta el fin denodadamente, y fué llevado prisionero á Gibraltar. Otros muchos comandantes cayeron en poder de los ingleses,



y algunos murieron. Sus navíos corrieron igual suerte que los nuestros: unos se retiraron con Gravina, otros fueron apresados, y muchos se perdieron en las costas. El *Achilles* se voló en medio del combate, como indiqué en mi relacion.

Pero á pesar de estos desastres, nuestra aliada, la orgullosa Francia, no pagó tan caro como España las consecuencias de aquella guerra. Si perdia lo más florido de su marina, en tierra alcanzaba en aquellos mismos dias ruidosos triunfos. Napoleon habia transportado en poco tiempo el gran ejército desde las orillas del canal de la Mancha á la Europa central y ponia en ejecucion su colosal plan de campaña contra el Austria. El 20 de Octubre, un dia antes de Trafalgar, Napoleon presenciaba en el campo de Ulm el desfile de las tropas austriacas, cuyos generales le entregaban su espada, y dos meses despues, el 2 de Diciembre del mismo año, ganaba en los campos de Austerlitz la más grande accion de su reinado.

Estos triunfos atenuaron en Francia la pérdida de Trafalgar; el mismo Napoleon mandó á los periódicos que no se hablara del asunto, y cuando se le dió cuenta de la victoria de sus implacables enemigos los ingleses, se contentó con encogerse de hombros diciendo: "Yo no puedo estar en todas partes."

XVII



RATÉ de retardar el momento de presentarme á mi amo, pero al fin el hambre, la desnudez en que me hallaba y la falta de asilo me obligaron á ir. Mi corazon, al aproximarme á la casa de Doña Flora, palpitaba con tanta fuerza que á cada paso me detenia para tomar aliento. La inmensa pena que iba á causar anunciando la muerte del jóven Malespina gravitaba sobre mi alma con tan atroz pesadumbre, que si yo hubiera sido responsable de aquel desastre, no me habria sentido más angustiado. Llegué por fin y entré en la casa. Mi presencia en el patio produjo gran sensacion; sentí fuertes pasos en las galerías altas, y aún no habia tenido tiempo de decir una palabra, cuando me abrazaron estrechamente. No tardé en reconocer el rostro de Doña Flora, más pintorreado aquel dia que un retablo, y ferozmente desfigurado con la alegría que mi presencia causó en el espíritu de la excelente vieja. Los dulces nombres de *pimpollo*, *remono*, *angelito*, y otros que me prodigó con toda largueza, no me hicieron sonreir. Subí y todos estaban en movimiento. Oí á mi amo que decia: "¡Ahí está! gracias á Dios.„ Entré en la sala y Doña Francisca se adelantó hácia mí preguntándome con mortal ansiedad:

—¿Y D. Rafael? ¿Qué ha sido de D. Rafael?

Permanecí confuso por largo rato. La voz se ahogaba en mi garganta y no tenia valor para decir la fatal noticia. Repitieron la pregunta y entónces ví á mi amita que salia de una pieza inmediata, con el rostro pálido, espantados los ojos, y mostrando en su ademan la angustia que la poseia. Su vista me hizo prorumpir en amargo llanto y no necesité pro-

nunciar una palabra. Rosita lanzó un grito terrible y cayó desmayada. D. Alonso y su esposa corrieron á auxiliarla, ocultando su pesar en el



fondo del alma. Doña Flora se entristeció, y llamándome aparte para cerciorarse mejor de que mi persona volvia completa, me dijo:

—¿Con que ha muerto ese caballerito? Ya me lo figuraba yo, y así se lo he dicho á Paca; pero ella reza que te reza, ha creido que lo podia salvar. Si cuando está de Dios una cosa... Y tú bueno y sano, ¡qué placer! ¿No has perdido nada?

La consternacion que reinaba en la casa es imposible de pintar. Por espacio de un cuarto de hora no se oyeron más que llantos, gritos y sollozos, porque la familia de Malespina estaba allí tambien. ¡Pero qué singulares cosas permite Dios para sus fines! Habia pasado, como he dicho, un cuarto de hora desde que dí la noticia, cuando una ruidosa y chillona voz hirió mis oidos. Era la de D. José María Malespina, que vociferaba en el patio llamando á su mujer, á D. Alonso y á mi amita. Lo que más llamó mi atencion fué que la voz del mentiroso parecia tan alegre como de costumbre, lo cual me parecia altamente indecoroso despues de la desgracia ocurrida. Corrimos á su encuentro y me maravillé viéndole gozoso como unas pascuas.

—Pero D. Rafael... le dijo mi amo con asombro.

—Bueno y sano—contestó D. José María.—Es decir, sano no; pero fuera de peligro sí; porque su herida ya no ofrece cuidado. El bruto del cirujano opinaba que se moria; pero bien sabia yo que no. ¡Cirujanitos á mí! Yo lo he curado, señores; yo, yo, por un procedimiento nuevo, inusitado, que yo solo conozco.

Estas palabras, que repentinamente cambiaban de un modo tan radical

la situacion, dejaron atónitos á mis amos; despues una viva alegría sucedió á la anterior tristeza, y por último, cuando la fuerte emocion les permitió reflexionar sobre el engaño, me interpelaron con severidad, reprendiéndome por el gran susto que les habia ocasionado. Yo me disculpé diciendo que me lo habian contado tal como lo referí, y D. José María se puso furioso, llamándome chiquillo, embustero y enredador.

Efectivamente, D. Rafael vivia y estaba fuera de peligro; mas se habian quedado en Sanlúcar en casa de gente conocida, mientras su padre vino á Cádiz en busca de su familia para llevarla al lado del herido. El lector no comprenderá el orígen de la equivocacion que me hizo anunciar con tan buena fé la muerte del jóven; pero apuesto á que cuantos lean esto sospechan que algun estupendo embuste del viejo Malespina hizo llegar á mis oidos la noticia de una desgracia supuesta. Así fué ni más ni ménos. Segun lo que supe despues cuando fuí á Sanlúcar acompañando á la familia, D. José María habia forjado una novela de heroismo y habilidad por parte suya; en diversos círculos refirió el extraño caso de la muerte de su hijo, suponiendo unos pormenores, unas circunstancias tan dramáticas, que por algunos dias el fingido protagonista fué objeto de las alabanzas de todos por su abnegacion y valentía. Contó que, habiendo zozobrado la lancha, él tuvo que optar entre la salvacion de su hijo y la de todos los demás, decidiéndose por esto último, en razon de ser más generoso y filantrópico. Esto lo adornó de tal modo, refiriendo detalles tan curiosos, tan interesantes y á la vez tan verosímiles, que muchos se lo creyeron. Pero la superchería se descubrió pronto y el engaño no duró mucho tiempo, aunque sí el necesario para que llegase á mis oidos, obligándome á trasmitirlo á la familia. Aunque tenia muy mala idea de la veracidad del viejo Malespina, jamás pude creer que se permitiera mentir en asuntos tan sérios.

Pasadas aquellas fuertes emociones, mi amo cayó en profunda melancolía; apenas hablaba, y parecia que su alma, perdida la última ilusion, habia liquidado toda clase de cuentas con el mundo y se preparaba para el último viaje. La definitiva ausencia de Marcial le quitaba el único amigo de aquella su infantil senectud, y no teniendo con quien jugar á los barquitos, se consumia en honda tristeza. Ni viéndole tan abatido cejó Doña Francisca en su tarea de mortificacion, y el dia de mi llegada oí que le decia:

—Bonita la habeis hecho... ¿Qué te parece? ¿Aún no estás satisfecho? Anda, anda á la escuadra. ¿Tenia yo razon ó no la tenia? ¡Oh! si se hiciera caso de mí... ¿Aprenderás ahora? ¿Ves cómo te ha castigado Dios?

—Mujer, déjame en paz—contestaba mi amo con dolor.

—Y ahora nos hemos quedado sin escuadra, sin marinos y nos quedaremos hasta sin modo de andar si seguimos unidos con los franceses... Quiera Dios que estos señores no nos den un mal pago. El que se ha lucido es el Sr. Villeneuve. Vamos, que tambien Gravina, si se hubiera opuesto á la salida de la escuadra, como decia Churruca y Alcalá Galiano, habria evitado este desastre que parte el corazon.

—Mujer... ¿qué entiendes tú de eso? No me mortifiques—dijo mi amo muy contrariado.

—¿Pues no he de entender? Más que tú. Sí señor, lo repito. Gravina será muy caballero y muy valiente; pero lo que es ahora... buena la ha hecho.

—Ha hecho lo que debia. ¿Te parece bien que hubiéramos pasado por cobardes?

—Por cobardes no, pero sí por prudentes. Eso es. Lo digo y lo repito. La escuadra española no debia salir de Cádiz, cediendo á las genialidades y al egoismo de Mr. Villeneuve.

"Aquí se ha contado que Gravina opinó, como sus compañeros, por no salir. Pero Villeneuve, que estaba decidido á ello, para hacer una hombrada que le reconciliase con su amo, trató de herir el amor propio de los nuestros. Parece que una de las razones que alegó Gravina fué el mal tiempo, y mirando el barómetro de la cámara, dijo:—"¿No ven ustedes que el barómetro anuncia mal tiempo? ¿No ven ustedes cómo baja?„ Entónces Villeneuve dijo secamente:—"Lo que baja aquí es el valor.„ Al oir este insulto, Gravina se levantó ciego de ira y echó en cara al francés su cobarde comportamiento en el cabo de Finisterre. Se cruzaron palabritas un poco fuertes, y por último exclamó nuestro almirante:—"¡Á la mar mañana mismo!„ Pero yo creo que Gravina no debia haber hecho caso de las baladronadas de Villeneuve, no señor; que antes que nada es la prudencia, y más conociendo, como conocia, que la escuadra combinada no tenia condiciones para luchar con los ingleses.

Esta opinion, que entónces me pareció un desacato á la honra nacional, más tarde me pareció muy bien fundada. Doña Francisca tenia razon. Gravina no debió haber cedido á la exigencia de Villeneuve. Y digo esto menoscabando quizás la aureola de prestigio que el pueblo puso en las sienes del jefe de las fuerzas españolas en aquella lamentable ocasion.

Sin negar el mérito de Gravina, yo creo que hay exageracion en las ampulosas alabanzas de que fué objeto despues del combate y en los

dias de su muerte (*). Todo indicaba que Gravina era un cumplido caballero y un valiente marino; pero quizás por ser demasiado cortesano carecia de aquella resolucion que da el constante hábito de la guerra, y tambien de la superioridad que en carreras tan difíciles como la de la marina se alcanza sólo en el cultivo asíduo de las ciencias que la constituyen. Gravina era un buen jefe de division; pero nada más. La prevision, la serenidad, la firme é inquebrantable resolucion, que son caractéres propios de las organizaciones destinadas al mando de grandes fuerzas, no las tuvieron sino D. Cosme Damian Churruca y D. Dionisio Alcalá Galiano.

Mi amo D. Alonso contestó á las últimas palabras de su mujer, y cuando ésta salió, observé que el pobre anciano rezaba con tanta piedad como en la cámara del *Santa Ana* la noche de nuestra separacion. Desde aquel dia el Sr. de Cisniega no hizo más que rezar, y rezando se pasó el resto de su vida, hasta que se embarcó en la nave que no vuelve más.



Murió mucho despues de que su hija se casara con D. Rafael Malespina, acontecimiento que tuvo lugar dos meses despues de la gran accion naval que los españoles llamaron *la del* 21 y los ingleses *combate de Trafalgar*, por haber ocurrido cerca del cabo de este nombre. Mi amita se casó en Vejer al amanecer de un dia hermoso, á pesar de ser invierno, y al punto partieron para Medinasidonia, donde les tenian preparada la casa. Yo fuí testigo de su felicidad durante los dias que precedieron á la boda, mas ella no advirtió la profunda tristeza que me dominaba, ni advirtiéndola hubiera conocido la causa. Cada vez se crecia ella más ante mis ojos, y cada vez me encontraba yo más humillado ante la doble superioridad de su hermosura y de su

(*) Murió en Marzo de 1806 de resultas de sus heridas.

clase. Ya me habia acostumbrado á la idea de que tan admirable conjunto de gracias no podia ni debia ser para mí, y esto me tranquilizaba, porque la resignacion, renunciando á toda esperanza, es un consuelo parecido á la muerte, y por eso es un gran consuelo.

Se casaron, y el mismo dia en que partieron para Medinasidonia, Doña Francisca me ordenó que fuera yo tambien allá para ponerme al servicio de los desposados. Fuí por la noche, y durante mi viaje solitario iba luchando con mis ideas y mis sensaciones, que oscilaban entre aceptar un puesto en la casa de los novios ó rechazarlo para siempre. Llegué á la mañana siguiente, me acerqué á la casa, entré en el jardin, puse el pié en el primer escalon de la puerta y allí me detuve, porque mis pensamientos absorbian todo mi sér y necesitaba estar inmóvil para meditar mejor. Yo creo que permanecí en aquella actitud más de media hora.

Un silencio profundo reinaba en la casa. Los dos esposos casados el dia antes, dormian sin duda el primer sueño de su tranquilo amor, no turbado aún por ninguna pena. No pude ménos de traer á la memoria las escenas de aquellos lejanos dias en que ella y yo jugábamos juntos. Para mí era ella entónces lo primero del mundo. Para ella era yo, si no lo primero, al ménos algo que se ama y que se echa de ménos durante ausencias de una hora. En tan poco tiempo ¡cuánta mudanza!

Todo lo que estaba viendo me parecia expresar la felicidad de los dos amantes, y como un insulto á mi soledad. Aunque era invierno, se me figuraba que los árboles todos del jardin se cubrian de follaje, y que el emparrado que daba sombra á la puerta se llenaba inopinadamente de pámpanos para guarecerles cuando salieran de paseo. El sol era muy fuerte y el aire se entibiaba, oreando aquel nido cuyas primeras pajas habia ayudado á reunir yo mismo cuando fuí mensajero de sus amores. Los rosales ateridos se me representaban cubiertos de rosas, y los naranjos de azahares y frutas que mil pájaros venian á picotear, participando del festin de la boda. Mis meditaciones y mis visiones no se interrumpieron sino cuando el profundo silencio que reinaba en la casa se interrumpió por el sonido de una fresca voz, que retumbó en mi alma haciéndome extremecer. Aquella alegre voz me produjo una sensacion indefinible, una sensacion parecida no sé si al miedo ó á la vergüenza: lo que sí puedo asegurar es que una resolucion súbita me arrancó de la puerta y salí del jardin corriendo como un ladron que teme ser descubierto.

Mi propósito era inquebrantable. Sin perder tiempo salí de Medinasidonia, decidido á no servir ni en aquella casa ni en la de Vejer. Despues de reflexionar un poco, determiné ir á Cádiz, para desde allí trasladarme

á Madrid. Así lo hice, venciendo los halagos de Doña Flora, que trató de atarme con una cadena formada de las marchitas rosas de su amor; y desde aquel dia, ¡cuántas cosas me han pasado dignas de ser contadas! Mi destino, que ya me habia llevado á Trafalgar, me llevó despues á otros escenarios gloriosos ó menguados; pero todos dignos de memoria. ¿Quereis conocer mi vida entera? Pues aguardad un poco y os diré algo más en otro libro.

MADRID. — Enero-Febrero de 1873.



FIN DE TRAFALGAR.




LA CORTE DE
CARLOS IV.



I

Sin oficio ni beneficio, sin parientes ni habientes, vagaba por Madrid un servidor de ustedes, maldiciendo la hora menguada en que dejó su ciudad natal por esta inhospitalaria Córte, cuando acudió á las páginas del *Diario* para buscar ocupacion honrosa. La imprenta fué mano de santo para la desnudez, hambre, soledad y abatimiento del pobre Gabriel, pues á los tres dias de haber entregado á la publicidad en letras de molde las altas cualidades con que se creia favorecido por la Naturaleza, le tomó á su servicio una cómica del Teatro del Príncipe, llamada Pepita Gonzalez ó la Gonzalez. Esto

pasaba á fines de 1805; pero lo que voy á contar ocurrió dos años despues, en 1807, y cuando yo tenia, si mis cuentas son exactas, diez y seis años, lindando ya con los diez y siete.

Despues os hablaré de mi ama. Ante todo debo decir que mi trabajo, si no escaso, era divertido y muy propio para adquirir conocimiento del mundo en poco tiempo. Enumeraré las ocupaciones diurnas y nocturnas en que empleaba con todo el celo posible mis facultades morales y físicas. El servicio de la histrionisa me imponia los siguientes deberes:

Ayudar al peinado de mi ama, que se verificaba entre doce y una, bajo los auspicios del maestro Richiardini, artista napolitano, á cuyas divinas manos se encomendaban las principales testas de la Córte.

Ir á la calle del Desengaño en busca del *Blanco de perla*, del *Elixir de Circasia*, de la *Pomada á la Sultana*, ó de los *Polvos á la Marechala*, drogas muy ponderadas, que vendia un monsieur Gastan, el cual recibió el secreto de confeccionarlas del mismo alquimista de María Antonieta.

Ir á la calle de la Reina, número 21, cuarto bajo, donde existia un taller de estampacion para pintar las telas, pues en aquel tiempo los vestidos de seda, generalmente de color claro, se pintaban segun la moda, en términos que, cuando ésta pasaba, se volvian á pintar con distintos ramos y dibujos, realizando así una alianza feliz entre la moda y la economía, para enseñanza de los venideros tiempos.

Llevar por las tardes una olla con restos de puchero, mendrugos de pan y otros despojos de comida, á D. Luciano Francisco Comella, autor de comedias muy celebradas, el cual se moria de hambre en una casa de la calle de la Berengena, en compañía de su hija, que era jorobada y le ayudaba en los trabajos dramáticos.

Limpiar con polvos la corona y el cetro que sacaba mi ama haciendo de reina de Mongolia en la representacion de la comedia titulada *Perderlo todo en un dia por un ciego y loco amor, y falso Czar de Moscovia.*

Ayudarla en el estudio de sus papeles, especialmente en el de la comedia *Los inquilinos de sir Jhon, ó la familia de la India, Juanito y Coleta*, para lo cual era preciso que yo recitase la parte de *Lord Lullswing*, á fin de que ella comprendiese bien el de *Milady Pankoff*.

Ir en busca de la litera que habia de conducirla al teatro y cargar tambien dicho mueble cuando era preciso.

Concurrir á la cazuela del Teatro de la Cruz para silbar despiadadamente *El sí de las niñas*, comedia que mi ama aborrecia, tanto por lo ménos como á las demas del mismo autor.

Pasearme por la plazuela de Santa Ana, fingiendo que miraba las

tiendas, pero prestando disimulada y perspícua atencion á lo que se decia en los corrillos allí formados por cómicos ó saltarines, y cuidando de pescar al vuelo lo que charlaban los de la Cruz en contra de los del Príncipe.

Ir en busca de un billete de balcon para la Plaza de Toros, bien al despacho, bien á la casa del banderillero Espinilla, que le tenia reservado para mi ama, cual obsequio de una amistad tan fina como antigua.

Acompañarla al teatro, donde me era forzoso tener el cetro y la corona cuando ella entraba despues de la segunda escena del segundo acto, en *El falso Czar de Moscovia*, para salir luégo convertida en reina, confundiendo á Osloff y á los magnates, que la tenian por buñolera de esquina.

Ir á avisar puntualmente á los *mosqueteros* para indicarles los pasajes que debian aplaudir fuertemente en la comedia y en la tonadilla, indicándoles tambien la funcion que preparaban *los de allá* para que se apercibieran con patriótico celo á la lucha.

Ir todos los dias á casa de Isidoro Maiquez con el aparente encargo de preguntarle cualquier cosa referente á vestidos de teatro; pero con el fin real de averiguar si estaba en su casa cierta y determinada persona, cuyo nombre me callo por ahora.



Representar un papel insignificante, como de paje que entra con una carta, diciendo simplemente: *tomad;* ó de *hombre del pueblo primero*, que exclama al presentarse la multitud ante el

rey: *Señor, justicia; ó Á tus reales plantas, coronado apéndice del sol.* (Esta clase de ocupacion me hacia dichoso por una noche.)

Y por este estilo otras mil tareas, ejercicios y empleos que no cito, porque acabaria tarde, molestando á mis lectores más de lo conveniente. En el transcurso de esta puntual historia irán saliendo mis proezas y con ellas los diversos y complejos servicios que presté. Por ahora voy á dar á conocer á mi ama, la sin par Pepita Gonzalez, sin omitir nada que pueda dar perfecta idea del mundo en que vivia.

Mi ama era una muchacha más graciosa que bella, si bien aquella primera calidad resplandecia en su persona de un modo tan sobresaliente, que la presentaba como perfecta sin serlo. Todo lo que en lo físico se llama hermosura, y cuanto en lo moral lleva el nombre de expresion, encanto, coquetería, monería, etc., estaba reconcentrado en sus ojos negros, capaces por sí solos de decir con una mirada más que dijo Ovidio en su poema sobre el arte que nunca se aprende y que siempre se sabe. Ante los ojos de mi ama dejaba de ser una hipérbole aquello de *combustibles áspides y flamígeros ópticos disparos*, que Cañizares y Añorbe aplicaban á las miradas de sus heroinas.

Generalmente, de los individuos que conocimos en nuestra niñez recordamos, ó los accidentes más marcados de su persona, ó algun otro que, á pesar de ser muy insignificante, queda sin embargo grabado de un modo indeleble en nuestra memoria. Esto me pasa á mí con el recuerdo de la Gonzalez. Cuando la traigo al pensamiento, se me representan clarísimamente dos cosas, á saber: sus ojos incomparables y el taconeo de sus zapatos, *abreviadas cárceles de sus lindos pedestales*, como dirian Valladares ó Moncin.

No sé si esto bastará para que ustedes se formen idea de mujer tan agraciada. Yo, al recordarla, veo aquellos grandes ojos negros, cuyas miradas resucitaban un muerto, y oigo el *tip-tap* de su ligero paso. Esto basta para hacerla resucitar en el recinto oscuro de mi imaginacion, y, no hay duda, es ella misma. Ahora caigo en que no habia vestido, ni mantilla, ni lazo, ni garambaina, que no le sentase á maravilla; caigo tambien en que sus movimientos tenian una gracia especial, un cierto no sé qué, un encanto indefinible, que podrá expresarse cuando el lenguaje tenga la riqueza suficiente para poder designar con una misma palabra la malicia y el recato, la modestia y la provocacion. Esta rarísima antítesis consiste en que nada hay más hipócrita que ciertas formas de compostura, ó en que la malignidad ha descubierto que el mejor medio de vencer á la modestia es imitarla.

Pero sea lo que quiera, lo cierto es que la Gonzalez electrizaba al



público con el airoso meneo de su cuerpo, su hermosa voz, su patética declamacion en las obras sentimentales, y su inagotable sal en las cómi-

cas. Igual triunfo tenia siempre que era vista en la calle por la turba de sus admiradores y mosqueteros, cuando iba á los toros en calesa ó simon, ó al salir del teatro en silla de mano. Desde que veian asomar por la ventanilla el risueño semblante, guarnecido por los encajes de la blanca mantilla, la aclamaban con voces y palmadas, diciendo: "Ahí va toda la gracia del mundo, viva la sal de España," ú otras frases del mismo género. Estas ovaciones callejeras les dejaban á ellos muy satisfechos, y tambien á ella, es decir, á nosotros, porque los criados se apropian siempre una parte de los triunfos de sus amos.

Pepita era sumamente sensible y, segun mi parecer, de sentimientos muy vivos y arrebatados, aunque por efecto de cierto disimulo, tan sistemático en ella que parecia segunda naturaleza, todos la tenian por fria. Doy fé ademas de que era muy caritativa, gustando de aliviar todas las miserias de que tenia noticia. Los pobres asediaban su casa, especialmente los sábados, y una de mis más trabajosas ocupaciones consistia en repartirles ochavos y mendrugos, cuando no se los llevaba todos el señor de Comella, que se comia los codos de hambre, sin dejar de ser el *asombro de los siglos* y el primer dramático del mundo. La Gonzalez vivia en una casa, sin más compañía que la de su abuela, la octogenaria Doña Dominguita, y dos criados de distinto sexo que la serviamos.

Y despues de haber dicho lo bueno, ¿se me permitirá decir lo malo, respecto al carácter y costumbres de Pepa Gonzalez? No, no lo digo. Téngase en cuenta, en disculpa de la muchacha ojinegra, que se habia criado en el teatro, pues su madre fué *parte de por medio* en los ilustres escenarios de la Cruz y los Caños, miéntras su padre tocaba el contrabajo en los Sitios y en la Real Capilla. De esta infeliz y mal avenida coyunda nació Pepita, y excuso decir que desde la niñez comenzó á aprender el oficio, con tal precocidad, que á los doce años se presentó por primera vez en escena, desempeñando un papel en la comedia de D. Antonio Frumento, *Sastre, rey y reo á un tiempo, ó el Sastre de Astracán*. Conocida, pues, la escuela, los hábitos poco austeros de aquella alegre gente, á quien el general desprecio autorizaba en cierto modo para ser peor que los demas, ¿no seria locura exigir de mi ama una rigidez de principios que habrian sido suficientes, dadas las circunstancias de su vida, para asegurarle la canonizacion?

Réstame darla á conocer como actriz. En este punto debo decir tan sólo que en aquel tiempo me parecia excelente: ignoro el efecto que su declamacion produciria en mí hoy si la viera aparecer en el escenario de cualquiera de nuestros teatros. Cuando mi ama estaba en la plenitud de

sus triunfos, no tenia rivales temibles con quienes luchar. María del Rosario Fernandez, conocida por la *Tirana*, habia muerto el año de 1803. Rita Luna, no ménos famosa que aquélla, se habia retirado de la escena en 1806; María Fernandez, denominada la *Caramba*, tambien habia desaparecido. La Prado, Josefa Virg, María Ribera, María García y otras de aquel tiempo, no poseian extraordinarias cualidades: de modo que si mi ama no sobresalia de un modo notorio sobre las demas, tampoco su estrella se oscurecia ante el brillo de ningun astro enemigo. El único que entónces atraia la atencion general y los aplausos de Madrid entero era Maiquez, y ninguna actriz podia considerarle como rival, no existiendo generalmente el antagonismo y la emulacion sino entre los Dioses de un mismo sexo.

Pepa Gonzalez estaba afiliada al bando de los anti-moratinistas, no sólo porque en el círculo por ella frecuentado abundaban los enemigos del insigne poeta, sino tambien porque personalmente tenia no sé qué motivos de irreconciliable resentimiento contra él. Aquí tengo que resignarme á apuntar una observacion que por cierto favorece bien poco á mi ama; pero como para mí la verdad es lo primero, ahí va mi parecer, mal que pese á los manes de Pepita Gonzalez. Mi observacion es que la actriz del Príncipe no se distinguia por su buen gusto literario, ni en la eleccion de obras dramáticas, ni tampoco al escoger los libros que daban alimento á su abundante lectura. Verdad es que la pobrecilla no habia leido á Luzan, ni á Montiano, ni tenia noticia de la sátira de Jorge Pitillas, ni mortal alguno se habia tomado el trabajo de explicarle á Batteux ni á Blair, pues cuantos se acercaron á ella tuvieron siempre más presente á Ovidio que á Aristóteles, y á Bocaccio más que á Despreaux.

Por consiguiente, mi señora formaba bajo las banderas de D. Eleuterio Crispin de Andorra, con perdon sea dicho de cejijuntos Aristarcos. Y es que ella no veia más allá, ni hubiera comprendido toda la jerigonza de las reglas, aunque se las predicaran frailes descalzos. Es preciso advertir que el abate Cladera, de quien parece ser fidelísimo retrato el célebre Don Hermógenes, fué amigote del padre de nuestra heroina, y sin duda aquel gracioso pedanton echó en su entendimiento, durante la niñez, la semilla de los principios que en otra cabeza dieron por fruto *El Gran Cerco de Viena.*

Ello es que mi ama gustaba de las obras de Comella, aunque últimamente, visto el descrédito en que habia caido este Dios del teatro, al despeñarse en la miseria desde la cumbre de su popularidad, no se atrevia á confesarlo delante de literatos y gente ilustrada. Como tuve ocasion de

observar, escuchando sus conversaciones y poniendo atencion á sus preferencias literarias, le gustaban aquellas comedias en que habia mucho jaleo de entradas y salidas, revista de tropas, niños hambrientos que piden la teta, decoracion de *gran plaza con arco triunfal á la entrada*, personajes muy barbudos, tales como irlandeses, moscovitas ó escandinavos, y un estilo mediante el cual podia decir la dama en cierta situacion de apuro: *estátua viva soy de hielo... ó rencor, finjamos... encono, no disimulemos... cautela, favorecedme.*

Recuerdo que varias veces la oí lamentarse de que el nuevo gusto hubiera alejado de la escena diálogos concertantes como el siguiente, que pertenece, si mal no recuerdo, á la comedia *La mayor piedad de Leopoldo el Grande:*

MARGARITA. Vamos, amor...
NADASTI. Odio...
ZRIN. Duda...
CÁRLOS. Horror...
ALBURQUERQUE. Confusion...
ULRICA. Martirio...
LOS SEIS. Vamos á esperar que el tiempo
diga lo que tú no has dicho.

Como este género de literatura iba cayendo en desuso, rara vez tenia mi ama el gusto de ver en la escena á *Pedro el Grande en el sitio de Pultowa*, mandando á sus soldados que comieran caballos crudos y sin sal, y prometiendo él por su parte almorzar piedras ántes que rendir la plaza. Debo advertir que esta preferencia más consistia en una tenaz obstinacion contra los moratinistas que en falta de luces para comprender la superioridad de la nueva escuela, y en que mi ama, rancia é intransigente española por los cuatro costados, creia que las reglas y el buen gusto eran malísimas cosas, sólo por ser extranjeras, y para dar muestras de españolismo bastaba abrazarse, como á un lábaro santo, á los despropósitos de nuestros poetas calagurritanos. En cuanto á Calderon y á Lope de Vega, ella los tenia por admirables, sólo porque eran despreciados por los clásicos.

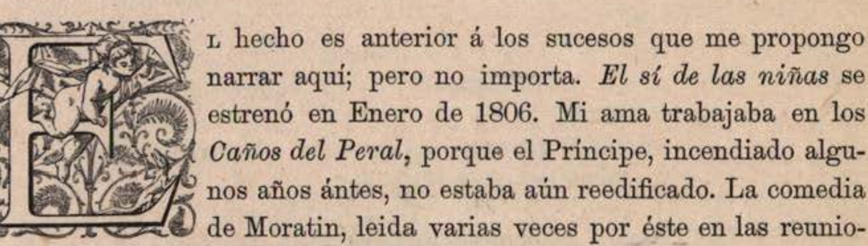
De buena gana me extenderia aquí haciendo algunas observaciones sobre los partidos dramáticos de entónces y sobre los conocimientos del pueblo en general y de los que se disputaban su favor con tanto encarnizamiento; pero temo ser pesado y apartarme de mi principal objeto, que no es discutir con pluma académica sobre cosas tal vez mejor conocidas por el lector que por mí. Quédese en el tintero lo que no es del caso, y

sigamos, una vez que dejo consignado el gusto de mi ama, que hoy afearia á cualquier marquesa, artista ó virtuosa de lo que llaman el gran mundo, pero que entónces no era bastante á oscurecer ninguna de las inagotables gracias de su persona.

Ya la conocen ustedes. Pues bien, voy á contar lo que me he propuesto... pero ¡por vida de!... ahora caigo en que no debo seguir adelante, sin dar á conocer el papel que, por mi desgracia, desempeñé en el ruidoso estreno de *El sí de las niñas*, siendo causa de que la tirantez de relaciones entre mi ama y Moratin se aumentara hasta llegar á una solemne ruptura.



II



El hecho es anterior á los sucesos que me propongo narrar aquí; pero no importa. *El sí de las niñas* se estrenó en Enero de 1806. Mi ama trabajaba en los *Caños del Peral*, porque el Príncipe, incendiado algunos años ántes, no estaba aún reedificado. La comedia de Moratin, leida varias veces por éste en las reuniones del Príncipe de la Paz y de Tineo, se anunciaba como un acontecimiento literario que habia de rematar gloriosamente su reputacion. Los enemigos en letras, que eran muchos, y los envidiosos, que eran más, hacian correr rumores alarmantes, diciendo que la tal obra era un comedion más soporífero que *La mojigata*, más vulgar que *El baron* y más anti-español que *El café*. Aún faltaban muchos dias para el estreno, y ya corrian de mano en mano sátiras y diatribas, que no llegaron á imprimirse. Hasta se tocaron registros de pasmoso efecto entónces, cuales eran excitar la suspicacia de la censura eclesiástica, para que no se permitiera la representacion; pero de todo triunfó el mérito de nuestro primer dramático, y *El sí de las niñas* fué representado el 24 de Enero.

Yo formé parte, no sin alborozo, porque mis pocos años me autorizaban á ello, de la tremenda conjuracion fraguada en el vestuario de los Caños del Peral y en otros oscuros conciliábulos, donde míseramente vivian, entre *cendales arachneos*, algunos de los más afamados dramaturgos del siglo precedente. Capitaneaba la conjuracion un poeta, de cuya persona y estilo pueden ustedes formarse idea si recuerdan al omnímodo escritor á quien Mercurio escoge entre la gárrula multitud para presen-

tarlo á Apolo. No recuerdo su nombre, aunque sí su figura, que era la de un despreciable y mezquino sér, constituido moral y físicamente como por limosna de la maternal Naturaleza. Consumido su espíritu por la envidia, y su cuerpo por la miseria, ganaba en fealdad y repulsion de año en año; y como su númen ramplon, probado en todos los géneros, desde el heróico al didascálico, no daba ya sino frutos á que hacian ascos los mismos sectarios de la escuela, estaba al fin consagrado á componer groseras diatribas y torpes críticas contra los enemigos de aquellos á cuya sombra vivia sin más trabajo que el de la adulacion.



Este hijo de Apolo nos condujo en imponente procesion á la cazuela de la Cruz, donde debíamos manifestar con estudiadas señales de desagrado los errores de la escuela clásica. Mucho trabajo nos costó entrar en el coliseo, pues aquella tarde la concurrencia era extraordinaria; pero al fin, gracias á que habíamos acudido temprano, ocupamos los mejores asientos de aquella region paradisíaca, donde se concertaban todos los discordes ruidos de la pasion literaria y todos los malos olores de un público que no brillaba por su cultura.

Ustedes creerán que el aspecto interior de los teatros de aquel tiempo se parece algo al de nuestros modernos coliseos. ¡Qué error tan grande! En el elevado recinto donde el poeta habia fijado los reales de su tumultuoso batallon, existia un compartimiento que separaba los dos sexos, y de seguro el sabio legislador que tal cosa ordenó en los pasados siglos, se frotaria con satisfaccion las manos y daríase un golpe en la augusta frente, creyendo adelantar gran paso en la senda de la armonía entre hombres y mujeres. Por el contrario, la separacion avivaba en hembras y varones el natural anhelo de entablar conversacion, y lo que la proximidad hubiera permitido en voz baja, la pérfida distancia lo autorizaba en destempladas voces. Así es que entre uno y otro hemisferio se cruzaban palabras cariñosas, ó burlonas ó soeces; observaciones que hacian desternillar de risa á todo el ilustre concurso; preguntas que se contestaban con juramentos, y agudezas cuya malicia consistia en ser dichas á gritos. Frecuentemente de las palabras se pasaba á las obras, y algunas andanadas de castañas, avellanas, ó cáscaras de naranjas, cruzaban *de polo á polo*, arrojadas por diestra mano, ejercicio que, si interrumpia la funcion, en cambio regocijaba mucho á entrambas partes.

Sin embargo, bueno es advertir que este mismo público, á quien afeaban tan groseras exterioridades, solia dar muestras de gran instinto artístico, llorando con Rita Luna en el drama de Kotzebue *Misantropía y arrepentimiento*, ó participando del sublime horror expresado por Isidoro en la tragedia *Orestes*. Verdad es tambien que ningun público del mundo ha excedido á aquél en donaire para burlarse de los autores malos y de los poetas que no eran de su agrado. Igualmente dispuesto á la risa que al sentimiento, obedecia como un débil niño á las sugestiones de la escena. Si alguien no pudo jamás tenerle propicio, culpa suya fué.

Mirando el teatro desde arriba parecia el más triste recinto que puede suponerse. Las macilentas luces de aceite, que encendia un mozo saltando de banco en banco, apénas le iluminaban á medias, y tan débilmente, que ni con anteojos se descubrian bien las descoloridas figuras del ahumado techo, donde hacia cabriolas un señor Apolo con lira y borceguíes encarnados. Era de ver la operacion de encender la lámpara central que, una vez consumada tan delicada maniobra, subia lentamente por máquina, entre las exclamaciones de la gente de arriba, que no dejaba pasar tan buena ocasion de manifestarse de un modo ruidoso.

Abajo tambien habia compartimiento, y consistia en una fuerte viga, llamada *degolladero*, que separaba las lunetas del patio propiamente dicho. Los palcos ó aposentos eran unos cuchitriles estrechos y oscuros

donde se acomodaban como podian las personas de pró; y como era costumbre que las damas colgasen en los antepechos sus chales y abrigos, el conjunto de las galerías tenia un aspecto tal, que parecia decoracion hecha exprofeso para representar las calles de Postas ó de Meson de Paños.

El reglamento de teatros, publicado en 1803, tendia á corregir muchos de estos abusos; pero como nadie se cuidaba de hacerlo cumplir, sólo la costumbre y el progreso de la cultura reformaron hábitos tan feos. Recuerdo que hasta mucho despues de la época á que me refiero, las gentes conservaban el sombrero puesto, aunque el reglamento decia terminantemente en uno de sus artículos: "En los aposentos de todos los pisos, y „sin excepcion de alguno, no se permitirá sombrero puesto, gorro, ni red „al pelo; pero sí capa ó capote para su comodidad.„

Miéntras aguardábamos á que se alzase el telon, el poeta me hacia minucioso relato del infinito número de obras que habia compuesto entre dramáticas, cómicas, elegiacas, epigramáticas, venatorias, bucólicas y del género sentimental y mixto. Me contó el argumento de tres ó cuatro tragedias que no esperaban más que la proteccion de un Mecenas para pasar de las musas al teatro, y como si mis culpas no estuvieran aún bastante purgadas con oir los argumentos, me espetó algunos sonetos, que si no eran exactamente iguales á aquel famosísimo

Reverberante númen que del Istro
al Marañon sublimas con tu Zurda,

le eran tan semejantes como una calabaza á otra.

Cuando la representacion iba á empezar, el poeta dirigió su mirada de gerifalte á los abismos del patio para ver si habian puntualmente acudido otros no ménos importantes caudillos de la manifestacion fraguada contra *El sí de las niñas*. Todos estaban en sus puestos, con puntual celo por la causa nacional. No faltaba ninguno: allí estaba el vidriero de la calle de la Sarten, uno de los más ilustres capitanes de la mosquetería; allí el vendedor de libros de la Costanilla de los Ángeles, hombre perito en las letras humanas; allí *Cuarta y Media*, cuyo fuerte pulmon hizo acallar él solo á todos los admiradores de *La mojigata*; allí el hojalatero de las Tres Cruces, esforzado adalid, que traia bajo la ancha capa algun reluciente y ruidoso caldero para sorprender al auditorio con sinfonías no anunciadas en el programa; allí el incomparable Roque Pamplinas, barbero, veterinario y sangrador, que, con los dedos en la boca, desafiaba á todos los flautistas de Grecia y Roma; allí, en fin, lo más granado y florido que jamás

midió sus armas en palenques literarios. Mi poeta quedó satisfecho despues de pasar revista á su ejército, y luégo todos dirigimos nuestra atencion al escenario, porque la comedia habia empezado.

—¡Qué principio!—dijo oyendo el primer diálogo entre D. Diego y Simon. —¡Bonito modo de empezar una comedia! La escena es una posada. ¿Qué puede pasar de interés en una posada? En todas mis comedias, que son muchas, aunque ninguna se ha representado, se abre la accion con un *jardin corintiano*, *fuentes monumentales á derecha é izquierda*, *templo de Juno en el fondo*, ó con *gran plaza, donde están formados tres regimientos; en el fondo la ciudad de Varsovia, á la cual se va por un puente*... etc... Y oiga usted las simplezas que dice ese vejete. Que se va á casar con una niña que han educado las monjas de Guadalajara. ¿Esto tiene algo de particular? ¿No es acaso lo mismo que estamos viendo todos los dias?



Con estas observaciones, el endiablado poeta no me dejaba oir la funcion, y yo, aunque á todas sus censuras contestaba con monosílabos de la más humilde aquiescencia, hubiera deseado que callara con mil demonios. Pero era preciso oirle; y cuando aparecieron doña Irene y doña Paquita, mi amigo y jefe no pudo contener su enfado, viendo que atraian la atencion dos personas, de las cuales una era exactamente igual á su patrona, y la otra no era ninguna princesa, ni senescala, ni canonesa, ni landgraviata, ni archidapífera de país ruso ó mongol.

—¡Qué asuntos tan comunes! ¡Qué bajeza de ideas!—exclamaba de modo que le pudieran oir todos los circunstantes.—¿Y para esto se escri-

ben comedias? ¿Pero no oye usted que esa señora está diciendo las mismas necedades que diria doña Mariquita, ó doña Gumersinda, ó la tia Candungas? Que si tuvo un pariente obispo; que si las monjas educaron á la niña sin artificios ni embelecos; que la muy piojosa se casó á los diez y nueve con D. Epitafio; que parió veintidos hijos... así reventara la maldita vieja.

—Pero oigamos—dije yo, sin poder aguantar las importunidades del caudillo,—y luégo nos burlaremos de Moratin.

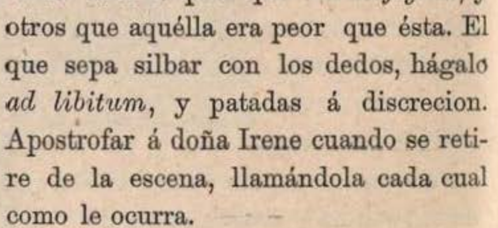
—Es que no puedo sufrir tales despropósitos—continuó.—No se viene al teatro para ver lo que á todas horas se ve en las calles y en casa de cada *quisque*. Si esa señora, en vez de hablar de sus partos, entrase echando pestes contra un general enemigo porque le mató en la guerra sus veintiun hijos, dejándole sólo el veintidos, que está aún en la mamada, y lo trae para que no se lo coman los sitiados, que se mueren de hambre, la accion tendria interés y ya estaria el público con las manos desolladas de tanto palmoteo... Amigo Gabriel, es preciso protestar con fuerza. Golpeemos el suelo con los piés y los bastones, demostrando nuestro cansancio é impaciencia. Ahora bostecemos abriendo la boca hasta que se disloquen las quijadas, y volvamos la cara hácia atrás, para que todos los circunstantes, que ya nos tienen por literatos, vean que nos aburrimos de tan sándia y fastidiosa obra.

Dicho y hecho; comenzamos á golpear el suelo, y luégo bostezamos en coro, diciéndonos unos á otros: *¡qué fastidio!... ¡qué cosa tan pesada!... ¡mal empleado dinero!...* y otras frases por el mismo estilo, que no dejaban de hacer su efecto. Los del patio imitaron puntualísimamente nuestra patriótica actitud. Bien pronto un general murmullo de impaciencia resonó en el ámbito del teatro. Pero si habia enemigos, no faltaban amigos, desparramados por lunetas y aposentos, y aquéllos no tardaron en protestar contra nuestra manifestacion, ya aplaudiendo, ya mandándonos callar con amenazas y juramentos, hasta que una voz fortísima, gritando desde el fondo del patio: *¡afuera los chorizos!* provocó ruidosa salva de aplausos y nos impuso silencio.

El poetastro no cabia en su pellejo de indignacion. Siguió haciendo observaciones, conforme avanzaba la pieza, y decia:

—Ya, ya sé lo que va á resultar aquí. Ahora resulta que doña Paquita no quiere al viejo, sino á un militarito, que aún no ha salido, y que es sobrino del cabronazo de D. Diego. Bonito enredo... Parece mentira que esto se aplauda en una nacion culta. Yo condenaba á Moratin á galeras, obligándole á no escribir más vulgaridades en toda su vida. ¿Te parece,

Gabrielito que esto es comedia? Si no hay enredo, ni trama, ni sorpresa, ni confusiones, ni engaños, ni *quid pro quo*, ni aquello de disfrazarse un personaje para hacer creer que es otro, ni tampoco aquello de que salen dos insultándose como enemigos, para despues percatarse de que son padre é hijo... Si ese D. Diego cogiera á su sobrino y, matándolo bonitamente en la cueva, preparara un festin é hiciera servir á su novia un plato de carne de la víctima, bien condimentado con especias y hoja de laurel, entónces la cosa tendria alguna malicia... ¿Y la niña por qué disimula? ¿No seria más dramático que se negase á casarse con el viejo, que le insultara llamándole tirano, ó le amenazara con arrojarse al Danubio ó al Don, si osaba tocar su virginidad...? Estos poetas nuevos no saben inventar argumentos bonitos, sino estas majaderías con que engañan á los bobos, diciéndoles que son conformes á las reglas. Ánimo, compañeros, prepararse todo el mundo. Pronunciemos frases coléricas y finjamos disputar en corro, diciendo unos que esta obra es peor que *La mojigata*, y otros que aquélla era peor que ésta. El que sepa silbar con los dedos, hágalo *ad libitum*, y patadas á discrecion. Apostrofar á doña Irene cuando se retire de la escena, llamándola cada cual como le ocurra.



Dicho y hecho: conforme á las terminantes órdenes de nuestro jefe, armamos una espantosa grita al finalizar el acto primero. Como los amigos del autor protestaron contra nosotros, exclamamos: *¡afuera la polaquería!* y enardecidos los dos bandos por el calor de la porfía, se cruzaron los más duros apóstrofes, entre el discorde gritar de la cazuela y el patio. El acto segundo no pasó más felizmente que el primero; y por mi parte ponia gran atencion al diálogo, porque la verdad era, con perdon sea dicho del poeta mi amigo, que la comedia me parecia muy buena, sin que yo acertara á explicarme entónces en qué consistian sus bellezas.

La obstinacion de aquella doña Irene, empeñada en que su hija debia casarse con D. Diego, porque así cuadraba á su interés, y la torpeza con que cerraba los ojos á la evidencia, creyendo que el consentimiento de su hija era sincero, sin más garantía que la educacion de las monjas; el buen sentido del D. Diego, que no las tenia todas consigo respecto á la muchacha, y desconfiaba de su remilgada sumision; la apasionada cortesanía de

D. Cárlos, la travesura de Calamocha, todos los incidentes de la obra, lo mismo los fundamentales que los accesorios, me cautivaban, y al mismo tiempo descubria vagamente en el centro de aquella trama un pensamiento, una intencion moral, á cuyo desarrollo estaban sujetos todos los movimientos pasionales de los personajes. Sin embargo, me cuidaba mucho de guardar para mí estos raciocinios, que hubieran significado alevosa traicion á la ilustre hueste de silbantes, y fiel á mis banderas, no cesaba de repetir con grandes aspavientos: "¡Qué cosa tan mala!... ¡Parece mentira que esto se escriba!... Ahí sale otra vez la viejecilla... Bien por el viejo ñoño... ¡Qué aburrimiento! ¡Miren la gracia!„ etc., etc.

El segundo acto pasó, como el primero, entre las manifestaciones de uno y otro lado; pero me parece que los amigos del poeta llevaban ventaja sobre nosotros. Fácil era comprender que la comedia gustaba al público imparcial, y que su buen éxito era seguro, á pesar de las indignas cábalas, en las cuales tenia yo tambien parte. El tercer acto fué, sin disputa, el mejor de los tres: yo le oí con religioso respeto, luchando con las impertinencias de mi amigo el poeta, que en lo mejor de la pieza creyó oportuno desembuchar lo más escogido de sus disparates.

Hay en el dicho acto tres escenas de una belleza incomparable. Una es aquella en que doña Paquita descubre ante el buen D. Diego las luchas entre su corazon y el deber impuesto por una indiscreta hipócrita conformidad con superiores voluntades: otra es aquella en que intervienen D. Cárlos y D. Diego, y se desata, merced á nobles explicaciones, el nudo de la fábula; y la tercera es la que sostienen del modo más gracioso don Diego y doña Irene, aquél deseando dar por terminado el asunto del matrimonio, y ésta interrumpiéndole á cada paso con sus importunas observaciones.

No pude disimular el gusto que me causó esta escena, que me parecia el colmo de la naturalidad, de la gracia y del interés cómico; pero el poeta me llamó al órden injuriándome por mi desercion del campo *chorizo.*

—Perdone usted—le dije,—me he equivocado. Pero ¿no cree usted que esa escena no está del todo mal?

—¡Cómo se conoce que eres novato y que en la vida has compuesto un verso! ¿Qué tiene esa escena de extraordinario, ni de patético, ni de historiográfico...?

—Es que la naturalidad... Parece que ha visto uno en el mundo lo que el poeta pone en escena.

—Cascaciruelas: pues por eso mismo es tan malo. ¿Has visto que en *Federico II*, en *Catalina de Rusia*, en *La esclava de Negroponto* y otras

obras admirables, pase jamás nada que remotamente se parezca á las cosas de la vida? ¿Allí no es todo extraño, singular, excepcional, maravilloso y sorprendente? Pues por eso es tan bueno. Los poetas de hoy no aciertan á imitar á los de mi tiempo, y así está el arte por los mismos suelos.

—Pues yo, con perdon de usted—dije,—creo que... la obra es malísima convengo; y cuando usted lo dice, bien sabido se tendrá por qué. Pero me parece laudable la intencion del autor, que se ha propuesto aquí, segun creo, censurar los vicios de la educacion que dan á las niñas del dia, encerrándolas en los conventos y enseñándolas á disimular y á mentir... Ya lo ha dicho D. Diego: las juzgan honestas, cuando les han enseñado el arte de callar, sofocando sus inclinaciones, y las madres se quedan muy contentas cuando las pobrecillas se prestan á pronunciar un sí perjuro que despues las hace desgraciadas.

—¿Y quién le mete al autor en esas filosofías?—dijo el pedante.—¿Qué tiene que ver la moral con el teatro? En *El mágico de Astracan*, en *Á España dieron blason las Astúrias y Leon*, y *Triunfos de D. Pelayo*, comedias que admira el mundo, ¿has visto acaso algun pasaje en que se hable del modo de educar á las niñas?

—Yo he oido ó leido en alguna parte que el teatro sirve de entretenimiento y de enseñanza.

—¡Patarata! Ademas el Sr. Moratin se va á encontrar con la horma de su zapato, por meterse á criticar la educacion que dan las señoras monjas. Ya tendrá que habérselas con los reverendos obispos y la santa Inquisicion, ante cuyo tribunal se ha pensado delatar *El sí*, y se delatará, sí señor.

—Vea usted el final—dije atendiendo á la tierna escena en que D. Diego casa á los dos amantes, bendiciéndoles con el cariño de un padre.

—¡Qué desenlace tan desabrido! Al ménos lerdo se le ocurre que Don Diego debe casarse con doña Irene.

—¡Hombre! ¿D. Diego con doña Irene? Si él es una persona discreta y séria, ¿cómo va á casarse con esa impertinente vieja?

—¿Qué entiendes tú de eso, chiquillo?—exclamó amostazado el pedante.—Digo que lo natural es que D. Diego se case con doña Irene, don Cárlos con Paquita, y Rita con Simon. Así quedaria regular el fin, y mucho mejor si resultara que la niña era hija natural de D. Diego y D. Cárlos hijo espúreo de doña Irene, que le tuvo de algun rey disfrazado, comandante del Cáucaso ó bailío condenado á muerte. De este modo tendria mucho interés el final, mayormente si uno salia diciendo: *¡padre mio!* y

otro *¡madre mia!* con lo cual, despues de abrazarse, se casaban para dar al mundo numerosa y masculina sucesion.

—Vamos, que ya se acaba. Parece que el público está satisfecho—dije yo.

—Pues apretar ahora, muchachos. Manos á la boca. La comedia es pésima, inaguantable.

La consigna fué prontamente obedecida. Yo mismo, obligado por la disciplina, me introduje los dedos en la boca y... ¡Sombra de Moratin! ¡Perdon mil veces...! No lo quiero decir: que comprenda el lector mi ignominia y me juzgue.

Pero nuestra mala estrella quiso que la mayor parte del público estuviese bien dispuesta en favor de la comedia. Los silbidos provocaron una tempestad de aplausos, no sólo entre la gente de los aposentos y lunetas, sino entre los de la cazuela y tertulia.



El justiciero pueblo que nos rodeaba, y que en su buen instinto artístico comprendia el mérito de la obra, protestó contra nuestra indigna cruzada, y algunos de los más ardientes de la falanje se vieron aporreados de improviso. Lo que tengo más presente es la mala aventura que ocurrió al alumno de Apolo en aquella breve batalla por él provocada. Usaba un sombrero trípico de dimensiones harto mayores que las proporcionadas á su cabeza, y en el momento en que se volvia para contestar á las injurias de cierto indivíduo, una mano vigorosa, cayendo á plomo sobre aquella prenda hiperbólica, se la hundió hasta que las puntas descansaron sobre los hombros. En esta actitud estuvo el infeliz manoteando un rato sin ton ni son, incapaz para sacar á luz su cabeza del tenebroso recinto en que habia quedado sepultada.

Por fin, los amigos le sacamos con gran esfuerzo el sombrero, y él, echando espumarajos por la boca, juró tomar venganza tan sangrienta como pronta; pero no pasó de aquí su furor, porque todos los circunstan-

tes se reian de él y á ninguno se dirigió para vengarse. Le sacamos á la calle, donde se serenó algun tanto, y nos separamos, prometiendo juntarnos al dia siguiente en el mismo sitio.

Tal fué el estreno de *El sí de las niñas*. Aunque la primera tarde fuimos derrotados, aún habia esperanzas de hundir la obra en la segunda ó tercera representacion. Se sabia que el ministro Caballero la desaprobaba, jurando castigar á su autor, y esto daba esperanza al partido de los silbantes, que ya veian á Moratin en poder del Santo Oficio, con coraza de sapos, sambenito y soga al cuello. Pero la segunda tarde vinieron de un golpe á tierra las ilusiones de los más ardientes anti-moratinistas, porque la presencia del Príncipe de la Paz impuso silencio á las chicharras, y nadie osó formular demostraciones de desagrado. Desde entónces el autor de *El sí*, á quien se dijo que la conspiracion habia sido fraguada en el cuarto de mi ama, interrumpió la tibia amistad que con ésta le unia. La Gonzalez pagó este desvío con un cordial aborrecimiento.



III



ONTADO este suceso, muy anterior á los que son objeto del presente libro, empezaré mi narracion, la cual irá al compás de ciertos hechos ocurridos en el otoño de 1807, año que en la mente de los madrileños quedó marcado con el recuerdo de la famosa conspiracion del Escorial.

No quiero escribir una palabra más, sin daros á conocer á una persona que desde aquellos dias ocupó lugar privilegiado en mi corazon, siendo á la vez, como se verá por este relato, leccion viva de mi existencia, pues la enseñanza que de su conocimiento me provino contribuyó de un modo poderoso á formar mi carácter.

Todas las ropas de teatro y de calle que usaba mi ama, eran confeccionadas por una costurera de la calle de Cañizares, excelente y honradísima mujer, jóven aún, aunque desmejorada por el trabajo, discreta y afable en tales términos, que por entre la corteza de su malestar presente parecian distinguirse nacimiento y condicion muy superiores. Esto no era más que apariencia; pero á la citada persona le pasaba lo contrario de lo que á otros pasa, y es que son nobles sin parecerlo. Doña Juana, que este era el nombre de aquella santa mujer, tenia una hija, llamada Inés, de quince años de edad, la cual le ayudaba en sus tareas, con más solicitud de la que podia esperarse de su delicado organismo y edad temprana.

Enaltecia á esta muchacha, ademas de las gracias de su persona, un buen sentido, cual no he visto jamás en criaturas de su mismo sexo, ni áun del nuestro, amaestrado ya por los años. Inés tenia el don especialísimo de poner todas las cosas en su verdadero lugar, viéndolas con luz singular y muy clara, concedida á su privilegiado entendimiento, sin duda para suplir con ella la inferioridad que le negó la fortuna. No he visto en

mi larga vida otra muchacha que á aquella se asemejase, y estoy seguro de que á muchos parecerá este tipo invencion mia, pues no comprenderán que haya existido, entre las infinitas hijas de Eva, una tan diferente de las demas. Pero créanlo bajo mi palabra honrada.

Si ustedes hubiesen conocido á Inés y notado la imperturbable serenidad de su semblante, imágen del espíritu más tranquilo, más equilibrado, más claro, más dueño de sí mismo que ha animado el corporal barro, no pondrian en duda lo que digo. Todo en ella era sencillez, hasta su hermo-



sura, no á propósito para despertar mundano entusiasmo amoroso, sino semejante á una de esas figuras simbólicas, que no están materialmente representadas en ninguna parte; pero que vemos con los ojos del alma cuando las ideas, agitándose en nuestra mente, pugnan por vestirse de formas visibles en la oscura region del cerebro.

Su lenguaje era tambien la misma sencillez; jamás decia cosa alguna que no me sorprendiese como la más clara y expresiva verdad. Sus razones, trayéndome al sentido equitativo y templado de todas las cosas, daban á mi entendimiento un descanso, un aplomo, de que carecia obrando por sí mismo. Puedo decir, comparando mi espíritu con el de Inés, y escudriñando la radical diferencia entre uno y otro, que el de ella tenia un centro y el mio no. El mio divagaba llevado y traido por impresiones diversas, por sentimientos contradictorios y repentinos: mis facultades eran como metéoros errantes, que tan pronto brillan como se oscurecen; tan pronto marchan como chocan, segun la influencia recibida de superiores cuerpos; miéntras las suyas eran un completo y armónico sistema planetario, atraido, puesto en movimiento y calentado por el gran sol de su pura conciencia.

Alguien se burlará de estas indicaciones psicológicas que yo quisiera fuesen tan exactas como las concibe mi oscura inteligencia; alguien encontrará digna de risa la presentacion de semejante heroina, y hará mil aspavientos al ver que he querido hacer una irrisoria *Beatrice* con los materiales de una modistilla; pero estas burlas no me importan, y sigo.

Desde que conocí á Inés, la amé del modo más extraño que pueden ustedes imaginar. Una viva inclinacion arrastraba mi corazon hácia ella; pero esta inclinacion era como el culto que tributamos á una superioridad indiscutible; como la fé que nos ocupa sublimando lo más noble de nuestro sér; pero dejando siempre libre una parte de él para las pasiones del mundo. Así es que, sin dejar de ser Inés para mí la primera de todas las mujeres, yo creia poder amar á otras con amor apropiado á las circunstancias de cada momento de la vida. Yo he observado que los que se consagran á un ideal, casi nunca lo hacen por entero; dejan una parte de sí mismos para el mundo, á que están unidos, aunque sólo sea por el suelo que pisan. Hago esta observacion fastidiosa por si contribuye á esclarecer el peculiar estado de mi alma ante tan noble criatura. ¡Y era una modista, una modistilla! Reid si os place.

El tercer individuo de aquella honesta familia era el padre Celestino Santos del Malvar, hermano del difunto esposo de doña Juana, tio por lo tanto de Inés, clérigo desde su mocedad, varon simplísimo y benévolo,

pero el más desgraciado de su clase, pues no tenia rentas, ni capellanía, ni beneficio alguno. Su modestia, su buena fé y su candor inagotable fueron, sin duda, parte á tenerle en la miseria por tanto tiempo; y él, aunque era un gran latino, jamás pudo conseguir colocacion alguna. Pasaba la vida escribiendo memoriales al Príncipe de la Paz, de quien era paisano y fué allá en la niñez amigo; mas ni el Príncipe ni nadie le hacia caso.

Cuando Godoy subió al ministerio prometióle una canongía ó racion, y en la época de este relato hacia catorce años que D. Celestino del Malvar estaba esperando lo prometido, mas sin que la tardanza del favor hiciese desmayar su ingénua confianza. Siempre que se le preguntaba, respondia:—"La semana que viene recibiré el nombramiento; así me lo ha dicho el oficial de la secretaría." De este modo pasaron catorce años, y la *semana que viene* no venia nunca.

Siempre que yo iba á aquella casa con recados de mi ama, me detenia todo el tiempo posible, y á ella acudia tambien en mis ratos de ócio, gozando mucho en contemplar la apacible existencia de una familia, cuyos tres indivíduos tan honda simpatía habian despertado en mi corazon. Doña Juana y su hija siempre cosiendo, cosiendo con eterna aguja una tela sin fin. De este modo vivian los tres, pues el padre Celestino, tocando la flauta, haciendo versos latinos, ó consumiendo tinta y papel en larguísimos memoriales, no ganaba más caudal que el de sus esperanzas, siempre colocadas á interés compuesto.

Nuestras conversaciones eran siempre entretenidas y amenas. Yo les contaba mi breve historia, y les hacia reir dándoles á conocer los locos proyectos que imaginaba para lo porvenir. Nos reíamos discretamente y sin saña de la buena fé de D. Celestino, y éste, despues de salir á informarse de su asunto, volvia lleno de júbilo, dejaba sobre una silla el sombrero de teja y el manteo, y restregándose las manos, decia al sentarse junto á nosotros:

—Ahora sí que va de veras. La semana que entra, sin falta. Me han dicho que ocurrieron ciertas dilacioncillas; pero ya están vencidas, á Dios gracias. La semana que entra, sin falta.

Cierto dia le dije:

—Usted, D. Celestino, no ha conseguido ya lo que desea, porque es hombre encogido y no se lanza... pues... no se lanza.

—¿Qué es eso de lanzarse, chiquillo?—me preguntó.

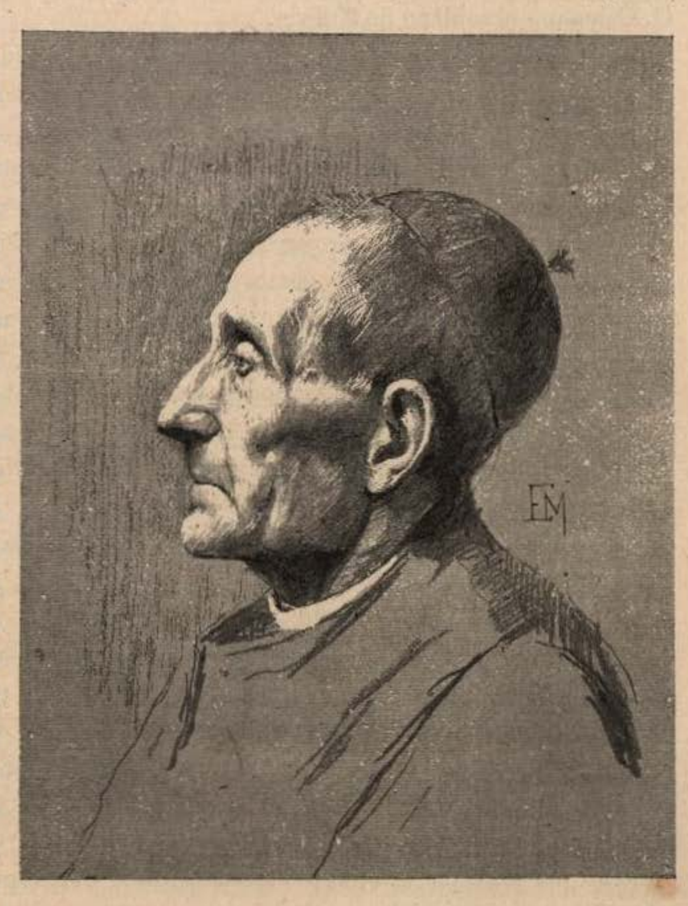
—Pues... á mí me han dicho que hoy conviene pedir veinte para que den cinco. Ademas, váyase el mérito con mil demonios; lo que conviene es tener desvergüenza para meterse en todas partes, buscar la amistad

de personas poderosas; en fin, hacer lo que los demas han hecho para subir á esos puestos en que son la admiracion del mundo.

—¡Ah, Gabriel!—dijo Doña Juana.—Tú eres un ambiciosillo á quien alguien ha trastornado el juicio. Lo que ménos crees tú es que te has de ver por ensalmo en la Córte, cubierto de galones y mandando y disponiendo desde la Secretaría del Despacho.

—Justo y cabal, señora mia—dije yo riendo y atento á lo que expresaba el semblante de Inés, con quien repetidas veces habia hablado del mismo asunto.—Aunque estoy en el mundo sin padre ni padre, ni perro que me ladre, yo creo que bien puedo esperar lo que otros han tenido sin ser más sabios que yo. De ménos hizo Dios á Cañete, á quien hizo de un puñete.

—Tú tienes disposicion, Gabriel—dijo gravemente D. Celestino;—y mucho será que de un dia para otro no te veamos convertido en personaje. Entónces no te dignarás hablarnos, ni vendrás á casa; pero, hijo, es preciso que aprendas los clásicos latinos, sin lo cual no hallarás abierta ninguna de las puertas de la fortuna; y ademas te aconsejo que aprendas á tañer la flauta, porque la música es suavizadora de las costumbres, endulza los ánimos más agrios, y predispone á la benevolencia paracon los que la manejan bien. Y si no,



D. Celestino.

aquí me tienes á mí, que de seguro nada habria conseguido si de antiguo no cultivara mi entendimiento con aquellas dos divinísimas artes.

No echaré en saco roto la advertencia—repuse,—pues todos sabemos á qué debe su encumbramiento el hombre más poderoso que hay hoy en España despues del Rey.

—¡Calumnias!—exclamó irritado el sacerdote.—Mi paisano, amigo y Mecenas, el señor Príncipe de la Paz, debe su elevacion á su gran mérito, á su sabiduría y tacto político, y no á supuestas habilidades en la guitarra y las castañuelas, como dice el estólido vulgo.

—Sea lo que quiera—añadí yo,—lo cierto es que ese hombre, de humildísimo guardia ha subido á cuanto hay que subir. Bien claro está.

—Pues no dudes que tú harás otro tanto—dijo con ironía Doña Juana. —De hombres se hacen los obispos, como dijo el otro.

—Verdad es—repuse siguiendo la broma,—y juro que he de hacer á D. Celestino arzobispo de Toledo.

—Alto allá—dijo el clérigo sériamente.—No aceptaré yo un cargo para el que me reconozco sin méritos. Bastante tendré yo con una capellanía de Reyes Nuevos ó el arcedianato de Talavera.

Así siguió entre burlas y veras la conversacion, hasta que saliendo de la salita Doña Juana y el presbítero, nos dejaron solos á Inés y á mí.

—Cómo se rien de mis proyectos, niñita mia—le dije.—Pero tú comprenderás que un muchacho como yo no debe contentarse con servir á cómicos por toda su vida. Á ver: de todo lo que yo puedo ser, Dios mediante, ¿qué te gustaria más? Escoge: ¿te gustaria que fuese capitan general, príncipe coronado, con vasallos y ejército, señor de muchas tierras, primer ministro que quite y ponga los empleados á su antojo, obispo?... No, obispo no, porque entónces no podria casarme contigo, para hacerte llevar en carroza de doce caballos...

Inés se puso á reir como quien oye un cuento de esos cuyo chiste consiste en la magnitud de lo absurdo.

—Ríete de mí, pero contesta: ¿qué quieres más?

—Lo que quiero—dijo suspendiendo la costura,—es verte general, primer ministro, gran duque, emperador ó arzobispo; pero de tal modo, que cuando te acuestes por la noche en tu colchoncito de plumas, puedas decir: hoy no he hecho mal á nadie ni nadie ha muerto por mi causa.

—Pero, reinita—dije yo interesándome más cada vez en aquel coloquio, —si llego á ser eso que dices (pues bien podria suceder), ¿qué importa que mueran por mí ó por el bien del Estado tres ó cuatro prójimos que nada significan en el mundo?

—Bueno—repuso ella,—pero que los maten otros. Si tú llegas á ser eso que has dicho, y para mantenerte en un puesto que no mereces, necesitas sacrificar á muchos desgraciados, buen provecho te haga.

—¡Qué escrupulosa eres, Inesilla!—dije.—Si te hiciera caso, mi vida se encerraria entre cuatro paredes. ¿Qué es eso de sacrificar desgraciados? Yo voy á mi negocio, y los demas... como yo no he de matar á nadie... Y sobre todo, si hago daño á alguno, serán tantos los que reciban beneficios de mi mano, que todo quedará compensado y mi conciencia en santa paz. Veo que tú no te entusiasmas como yo, ni piensas lo que yo pienso. ¿Quieres que te sea franco? Pues oye. Á mí se me ha metido en la cabeza que cuando tenga más años, he de ocupar una posicion... qué sé yo... me mareo pensando en esto. No te puedo decir ni cómo he de llegar á ella, ni quién me dará la mano para subir de un salto tantos escalones; pero ello es que yo cavilo en esto, y me figuro que ya me estoy viendo elevado á la más alta dignidad por una dama poderosa que me haga su secretario, ó por un señoron que me crea listo para ayudarle en sus asuntos... no te enfades, chiquilla, que cuando tales cosas se ocurren y uno tiene la cabeza llena á todas horas de los mismos pensamientos, al fin tiene que salir cierto, como este es dia.

Inés no se enfadaba, sino que reia. Despues, marcando con su aguja el compás gramatical de su discurso, me dijo:

—Pues mira: si tú hubieras nacido en cuna de príncipes, no te digo que no. Pero has de saber que si tú, que eres un pobrecillo hijo de pescadores y no tienes más ciencia que leer mal y escribir peor, llegas á ser hombre ilustre y poderoso, no porque saques talento y sabiduría, sino porque á una señora caprichosa ó á un vejete rico se le ocurra protejerte, como otros muchos de quienes cuentan maravillas; has de saber, digo, que tan fácilmente como subas volverás á caer, y hasta los sapos se reirán de tí.

—Eso será lo que Dios quiera—respondí.—Caeremos ó no, pues aunque ignorantes, no nos faltará nuestra gramática parda.

—¡Qué necio eres! Mira: á mí me han dicho... no, nadie me lo ha dicho: pero lo sé... que en el mundo al fin y al cabo pasa siempre lo que debe pasar.

—Reinita—dije,—en eso te equivocas, porque nosotros deberíamos ser ricos y no lo somos.

—Todos creerán lo mismo, hijito, y es preciso que alguno esté equivocado. Pues bien: todas las cosas del mundo concluyen siempre como deben concluir. No sé si me explico.

—Sí: te entiendo.

—Á mí me han dicho... no, no me lo han dicho: lo sé desde hace mil años... yo sé que en el mundo todo lo que pasa es segun la ley... porque, chiquillo, las cosas no pasan porque á ellas les da la gana, sino porque así está dispuesto. Las aves vuelan y los gusanos se arrastran, y las piedras se están quietas, y el sol alumbra, y las flores huelen, y los rios corren hácia abajo y el humo hácia arriba, porque así es su regla... ¿me entiendes?

—Lo que es eso todos lo sabemos—respondí menospreciando la ciencia de Inesilla.

—Bien, muchacho—continuó la profesora:—¿crees tú que una tortuga puede volar, aunque esté meneando toda la vida sus torpes patas?

—No, seguramente.

—Pues tú, pensando en ser hombre ilustre y poderoso, sin ser noble, ni rico, ni sabio, eres como una tortuga que se empeñara en subir volando al pico más alto de Guadarrama.

—Pero, reina y emperatriz—dije yo,—si no pienso subir solo, sino que pienso encontrar, como otros que yo me sé, una personita que me suba en un periquete. Hazme el favor de decirme cuál era la sabiduría y riqueza *del otro*, cuando le hicieron duque y generalísimo.



—Pero, señor duquillo—contestó ella jovialmente,—si esa personita le sube á usted será como si un águila ó buitre co-

giera por su concha á la tortuga para llevársela por los aires. Sí, te levantará; pero cuando estés arriba, el pájaro, que no va á estarse toda la vida con tanto peso en las patas, te dirá: "Ahora, niño mio, mantente solo." Tú moverás las patucas, pero como no tienes alas, ¡pataplús! caerás en el suelo haciéndote mil pedazos.

—¡Qué tonta eres!—dije con petulancia.—Eso pasa en las cosas que se ven y se tocan; pero, chica, lo que se piensa y lo que se siente es otro mundo aparte. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Estás lucido, sí—repuso Inés.—Todo debe de ser así mismamente. Cuando tú quieres á una persona ó cuando la aborreces, no es porque se te antoje. ¡Ay! chico: el corazon tiene tambien... pues... su ley, y todo lo que pensamos con nuestra cabecita, va segun lo que debe ser y está mandado.

—Pero dí, chiquilla, ¿de dónde sabes tú todo eso?—le pregunté.

—¿Pero esto es saber?—respondió con naturalidad.—Pues esto lo sabes tú y todos. De veras te digo que se me ocurrió cuando estabas hablando, y que jamás habia pensado en tales cosas.

—¡Picarona! Cuando ménos tienes escondido un rimero de libros, con los cuales te vas á hacer doctora por Salamanca.

—No, hijito, no he leido más libros, fuera de los de devocion, que *Don Quijote de la Mancha*. ¿Ves? Á tí te va á pasar algo de lo de aquel buen señor: sólo que aquél tenia alas para volar, ¡pobrecillo! lo que le faltaba era aire en que moverlas.

Inesilla no dijo más. Yo callé tambien, porque á pesar de mi petulancia, no pude ménos de comprender que las palabras de mi amiga encerraban profundo sentido. ¡Y la que así hablaba era una modista, una modistilla! *Ridete cives.*

—Lo que yo sé—dije al fin, sintiendo en mí un vivo arrebato de afecto, —es que te quiero, que te amo, que te adoro, que me subyugas y dominas como á un papanatas, que eres una divinidad, y que juro no hacer cosa alguna sin consultarte. Adios, reina: mañana te diré lo que se me ocurra esta noche. Quién sabe, quién sabe si llegaremos á ser... ¿Por qué no? Es preciso estar dispuesto, porque la escalera de los honores es penosa, y si uno se rompe la crisma, como dices...

—Siempre quedará la del Cielo—me dijo inclinando otra vez la cabeza sobre la costura.

—Tienes cosas que me hacen extremecer. Adios, Inesilla, luz y pensamiento mio.

Dicho esto, me despedí de ella y salí. Al abandonar la casa la sentí

cantar, y su armoniosa voz se mezclaba en extraña disonancia con los ecos de la flauta que tañia en lo interior de la morada el buen D. Celestino. Siempre que salia de allí, mi espíritu experimentaba un reposo, una estabilidad, no sé cómo expresarlo, una frescura, que luégo destruia el trato con personas de diversa condicion. De esto hablaré en seguida; mas ante todo me cumple manifestar que Inesilla tenia razon al burlarse de mis locos proyectos. Es el caso que como á todas horas oia hablar de personajes nulos, á quienes el cortesano favor elevó á honrosas alturas sin mérito alguno, se me antojó que la Providencia me reservaba, como en compensacion de mi orfandad y pobreza, una de aquellas repentinas y escandalosas mudanzas que por entónces ocurrian en nuestra España; y de tal modo encajó en mi cerebro semejante idea, que llegó á ser artículo de fé. Me hallaba, por más señas, en la edad en que somos tontos. No todos poseen el don de saber las cosas *desde hace mil años*, como Inesilla.

Ahora verán ustedes la série de circunstancias que llevaron mi necia credulidad al último extremo. Para esto tengo que dar á conocer á otras personas, á quienes espero recibirá el lector con gusto. Hablemos, pues, de teatros.



IV



El del Príncipe estaba ya reconstruido en 1807 por Villanueva, y la compañía de Maiquez trabajaba en él, alternando con la de ópera, dirigida por el célebre Manuel García. Mi ama y la Prado eran las dos damas principales de la compañía de Maiquez. Los galanes secundarios valian poco, porque el gran Isidoro, en quien el orgullo era igual al talento, no consentia que nadie despuntara en la escena, donde tenia el pedestal de su inmensa gloria. Ni se tomó el trabajo de instruir á los demas en los secretos de su arte, temiendo que pudieran llegar á aventajarle. Así es que alrededor del célebre histrion todo era mediano. La Prado, mujer de Maiquez, y mi ama alternaban en los papeles de primera dama, desempeñando aquélla el de Clitemnestra en el *Orestes*, el de Estrella en *Sancho Ortiz de las Roelas* y otros. La segunda se distinguia en el de doña Blanca de *García del Castañar* y en el de Edelmira (Desdémona) del *Otello*.

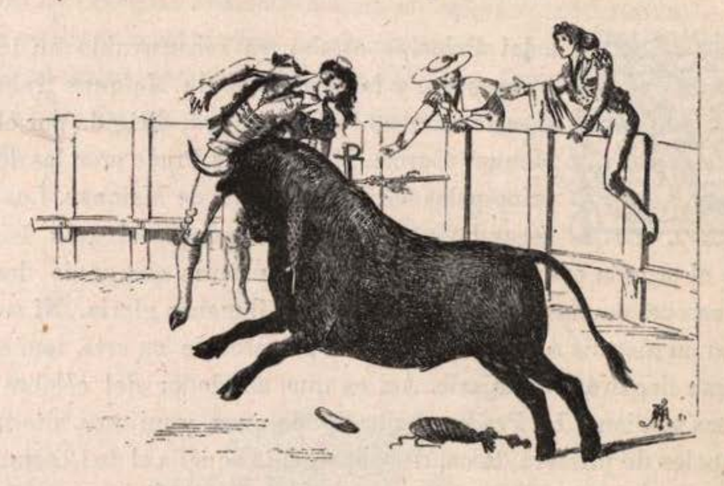
La compañía de Opera era muy buena. Ademas de Manuel García, que era un gran maestro, cantaban su mujer, Manuela Morales, un italiano llamado Cristiani y la Briones. De esta mujer, que era concubina de Manuel García, nació el año siguiente el portento de las virtuosas, la reina de las cantantes de ópera, Mariquita Felicidad García, conocida en su tiempo por la *Malibran*.

Figúrense ustedes, señores mios, si estaria yo divertido con representacion ó música por tarde y noche, asistiendo gratis, aunque por dentro y en sitios donde se pierde parte de la ilusion, á las funciones más bonitas y más aplaudidas que se celebraban en Madrid; rozándome con guapísi-

mas actrices, y familiarizado con los hombres que hacian reir ó llorar á la Córte entera.

Y no piensen ustedes que sólo alternaba con los cómicos, gente que entónces no era considerada como la nata de la sociedad; tambien me veia frecuentemente en medio de personajes muy ilustres, de los que menudeaban en los vestuarios, no faltando en tales sitios alguna dama tan hermosa como linajuda de las que no desdeñaban de ensuciar su guardapiés con el polvo de los escenarios.

Precisamente voy á contar ahora cómo mi ama tenia relaciones de íntima amistad con dos señoras de la Córte, cuyos títulos nobiliarios, de los más ilustres y sonoros que desde remoto tiempo han exornado nuestra historia, me propongo callar por temor á que pudieran enojarse las familias que todavía los llevan. Estos títulos, que recuerdo muy bien, no serán



escritos en este papel; y para designar á las dos hermosas mujeres emplearé nombres convencionales.

Recuerdo haber visto por aquel tiempo en la fábrica de Santa Bárbara un hermoso tapiz en que estaban representadas dos lindas pastoras. Habiendo preguntado quiénes eran aquellas simpáticas chicas, me dijeron: "Estas son las dos hijas de Artemidoro, á saber: Lesbia y Amaranta." Hé aquí dos nombres que vienen de molde para mi objeto, amado lector. Haz cuenta que siempre que diga *Lesbia*, quiero significar á la duquesa de X, y cuando ponga *Amaranta*, á la condesa de X. En cuanto á su hermosura, todo lo que mi descolorida pluma pueda expresar será poco para describirlas, porque eran encantadoras, especialmente la condesa de... digo, Amaranta. Ambas tenian gusto muy refinado por las artes, protegian á los pintores y á los cómicos; ponian bajo su patrocinio las primeras represen-

taciones de la obra de algun poeta desvalido; coleccionaban tapices, vasos y cajas de tabaco; introducian y propagaban las más vistosas modas de la despótica Paris; se hacian llevar en litera á la Florida; merendaban con Goya en el Canal, y recordaban con tristeza la trágica muerte de Pepe-Hillo, acontecida en 1803.

Nada tiene de extraño, pues, que su misma vida, la tumultuosa ansiedad de novedades y fuertes impresiones que las dominaba, fuesen parte á lanzarlas en un dédalo de aventuras, tales como la que voy á contar. Las pobrecillas no sabian otra cosa, y puesto que habian perdido cuanto la rancia educacion española pudo haberles dado, sin adquirir nada que llenase este vacío, no debemos culparlas acerbamente. Alguno quizás las culpe, y con razon, aunque por otras cosas; pero ¡ay! eran... lindísimas.

Una tarde mi ama salió de muy mal humor del teatro. Isidoro la habia reprendido no sé por qué, y aquí debo advertir que el sublime actor trataba á sus subalternos como si fueran chiquillos de escuela. Al llegar Pepita á su casa me dijo:

—Prepara todo, que vendrán á cenar las señoras Lesbia y Amaranta.

El preparar todo consistia en azotar un poco los muebles de la sala, para limpiar el polvo, ó mejor dicho para que el polvo variara de sitio; en echar aceite en los velones; en comprar la prima para la guitarra, si le faltaba; en llamar á D. Higinio para que afinase el clave; limpiar las cornucopias; ir por nueva remesa de pomada *á la Marechala*, etc., etc. En cuanto á la cena, venia hecha de una reposteria. Dí cumplimiento á estos encargos, y pedí nuevas órdenes; pero mi ama estaba de muy mal humor, y sin hacer caso de lo que le decia, me preguntó:

—¿No te dijo si venia esta noche?

—¿Quién?

—Isidoro.

—No, señora, no me ha dicho nada.

—Como hablaba contigo al concluir la representacion...

—Fué para decirme que si volvia á enredar entre bastidores miéntras él representaba, me mandaria desollar vivo.

—¡Qué genio! Le convidé para venir y no me contestó.

Despues de esto no dijo más, y con ademan triste y sombrío se encerró en su cuarto con la criada para cambiar de vestido. Seguí preparando todo, y al poco rato apareció mi ama.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Las nueve acaban de dar en el reloj de la Trinidad.

—Me parece que siento ruido en el portal—dijo con mucha ansiedad.

—La señora se equivoca.

—De modo que él no te dijo terminantemente si venia ó no venia.

—¿Quién, Isidoro? No señora; nada me dijo.

—Como tiene ese genio tan... ya ves qué incomodado estaba esta tarde. Sin embargo, yo creo que vendrá. Le convidé ayer, y aunque no me dijo una palabra... él es así.

Al decir esto, mostraba en su semblante una inquietud, una agitacion, una zozobra, que eran señales de las más vivas emociones de su alma. ¿Á qué tanto interés por la asistencia de Isidoro, persona á quien diariamente veia en el teatro?

Despues examinó la sala, por ver si faltaba algo, y se sentó aguardando la llegada de sus convidados. Al fin sentimos abrir la puerta de la calle, y pasos de hombre sonaron en la escalera.

—Es él—dijo mi ama, levantándose de un salto y andando con cierto atolondramiento por la habitacion.

Yo corrí á abrir, y un instante despues el gran actor entró en la sala.

Isidoro era un hombre de treinta y ocho años; de alta estatura, actitud indolente, semblante pálido, y con tal expresion en éste y en la mirada que, observado una vez, su imágen no se borraba nunca de la memoria. Aquella noche traia un traje verde oscuro, con pantalon de ante y botas polonesas, prendas todas de irreprensible elegancia, que usaba con más propiedad que ninguno. Su vestir era un modo de ser propio y personal; él constituia por sí una especie de moda, y no se podia decir que se sometiera, cual dócil lechuguino, al uso comun. En otros infringir las reglas habria sido ridículo; pero en él infringirlas era lo mismo que modificarlas ó crearlas de nuevo.

Ya os le daré á conocer más adelante como actor. Por ahora podeis conocer algunos rasgos de su carácter como hombre. Al entrar se arrojó sobre un sillon sin saludar á mi ama más que con una de esas fórmulas familiares é indiferentes que se emplean entre personas acostumbradas á verse con frecuencia. Por un buen rato permaneció sin decir nada, tarareando un ária, con la vista fija en las paredes y el techo, y sin dejar de golpearse la bota con el baston.

Salí de la sala á traer no sé qué cosa, y al volver oí á Isidoro que decia:

—¡Qué mal has representado esta tarde, Pepilla!

Observé que mi ama, turbada como una chiquilla ante el fiero maestro de escuela, no supo contestar más que con trémulas frases á aquella brusca reprension.

—Sí—continuó Isidoro;—de algun tiempo á esta parte estás desconocida. Esta tarde todos los amigos se han quejado de tí y te han llamado fria, torpe... Te equivocabas á cada instante, y parecias tan distraida, que era preciso que yo te llamara la atencion para que salieras de tu embobamiento.

Efectivamente, segun oí entre bastidores aquella tarde, mi ama habia estado muy infeliz en su papel de Blanca en *García del Castañar*. Todos los amigos estaban sorprendidos, considerando la perfeccion con que la actriz habia desempeñado en otras ocasiones papel tan difícil.

—Pues no sé—respondió mi ama con voz conmovida.—Yo creo que he representado esta tarde lo mismo que las demas.

—En algunas escenas, sí; pero en las que dijiste conmigo, estuviste deplorable. Parece que habias olvidado el papel, ó que trabajabas de mala gana. En la escena de nuestra salida recitaste tu soneto como una cómica de la legua que representa en Barajas ó en Cacabelos. Al decirme

No quieren más las flores al rocío
que en los fragantes vasos el sol bebe...

tu voz temblaba, como la de quien sale por primera vez á las tablas... me diste la mano y la tenias ardiendo, como si estuvieras con calentura... te equivocabas á cada momento, y parecias no hacer maldito caso de que yo estaba en la escena.

—¡Oh, no... pero te diré! El mismo miedo de hacerlo mal... Temia que te enfadaras, y como nos reprendes con tanta violencia cuando nos equivocamos...

—Pues es preciso que te enmiendes, si quieres seguir en mi compañía. ¿Estás enferma?

—No.

—¿Estás enamorada?

—¡Oh, no, tampoco!—contestó la actriz con turbacion.

—Apuesto á que por atender demasiado á alguna persona de las lunetas, no acertabas con los versos de la comedia.

—No, Isidoro, te equivocas—dijo mi ama, afectando buen humor.

—Lo raro es que en las escenas que siguieron, sobre todo en la de D. Mendo, hiciste perfectamente tu papel; pero luégo en el tercer acto, cuando te tocó otra vez declamar conmigo, vuelta á las andadas.

—¿Dije mal el parlamento del bosque?

—No: al contrario, recitaste con buena entonacion los versos

¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,
entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura.

En la escena con la Reina tambien estuviste muy feliz, lo mismo que en el diálogo con D. Mendo. Con qué elocuente tono exclamaste "¡tengo esposo!„ y despues aquello de

Sí harán,
porque bien ó mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galan.

Pero desde que salí yo y me viste...

—Es lo que te digo. El temor de hacerlo mal y disgustarte...

—Pues me has disgustado de veras. Cuando decias: "Esposo mio, García,„ te hubiera dado un pescozon en medio de la escena y delante del público. Marmota, ¿no te he dicho mil veces cómo deben pronunciarse esas palabras? ¿No has comprendido todavía la situacion? Blanca teme que su marido sospecha una falta. El contento que experimenta al verle, y el temor de que García dude de su inocencia, deben mezclarse en aquella frase. Tú, en vez de expresar estos sentimientos, te dirigiste á mí como una modistilla enamorada, que se encuentra de manos á boca con su querido hortera. Luégo, cuando me suplicabas que te matara, lo hiciste sin lo que llamamos nosotros decoro trágico. Parecia que realmente deseabas recibir la muerte de mi mano, y hasta te pusiste de hinojos ante mí, cuando te tengo dicho terminantemente que no hagas tal cosa, sino en los pasajes en que te lo ordene. En las décimas

García, guárdete el Cielo,

te equivocaste más de veinte veces, y cuando yo dije

¡ay, querida esposa mia,
qué dos contrarios extremos!

te arrojaste en mis brazos, cuando aún no era llegada la ocasion; cuando yo, preocupado por el agravio recibido, no podia entregarme á halagos amorosos. Echaste á perder el final, Pepilla; desluciste la comedia y me desluciste á mí.

—Yo no puedo deslucirte nunca.

—Pues ya ves cómo no fuí aplaudido esta tarde como las anteriores; y de esto tienes tú la culpa, sí, tú misma, por tus torpezas y tus tonterías.

No haces caso de mis lecciones; no te esfuerzas por complacerme, y por último me pondrás en el caso de quitarte el partido en mi compañía, poniéndote de parte de por medio ó racionera, si no me obligas con tus descuidos á echarte del teatro.

—¡Ay, Isidoro!—dijo mi ama.—Yo procuro siempre hacerlo lo mejor posible para que no te enfades ni me riñas; pero tanto miedo tengo á que me reprendas, que en la escena tiemblo desde que te veo aparecer. ¿Querrás creer una cosa? Pues cuando estamos representando juntos, hasta temo hacerlo demasiado bien, porque si me aplauden mucho, me parece que tomo para mí una parte del triunfo que á tí solo corresponde, y creo que has de enfadarte si no te aplauden á tí solo. Este temor, unido al que me causas cuando me amenazas por señas ó me corriges con enojo, me hace temblar y balbucir, y á veces no sé lo que me digo. Pero descuida, que ya me enmendaré: no tendrás que echarme de tu teatro.

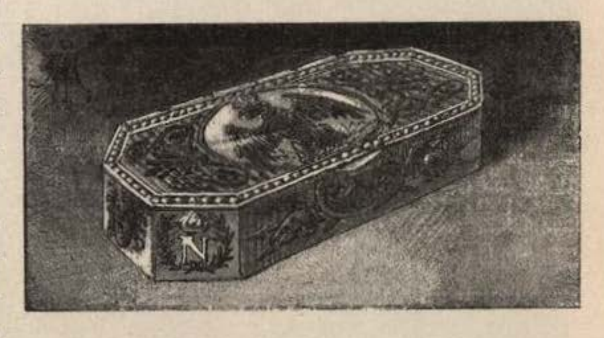
No oí lo que siguió á estas palabras, porque salí con un velon que exhalaba mal olor; al volver noté que la conversacion habia variado. Isidoro permanecia en el sillon con indolencia y mostrando un gran aburrimiento.

—¿Pero no vienen tus convidados?—preguntó.

—Es temprano. Veo que te fastidias en mi compañía—contesto mi ama.

—No; pero la reunion hasta ahora no tiene nada de divertida.

Isidoro sacó un cigarro y fumó. Debo advertir que el ilustre actor no gastaba tabaco por las narices, como casi todos los grandes hombres de su tiempo, Talleyrand, Metternich, Rossini, Moratin y el mismo Napoleon, que si no miente la historia, por abreviar la operacion de sacar y destapar la tabaquera, llevaba derramado el aromático polvo en el bolsillo del chaleco, forrado interiormente de hule; y miéntras disponia los escuadrones de Jena, ó durante las conferencias de Tilsitt, no cesaba de meter en el susodicho bolsillo los dedos pulgar é índice para llevarlos á la nariz cada minuto. Por esta singular costumbre dicen que el chaleco amarillo y las solapas que cubrian el primer corazon del siglo, eran una de las cosas más sucias que se han enseñoreado de la Europa entera.



Farinelli tambien se atarugaba las narices entre un ária y un oratorio, y de ciertos papeles viejos que hemos visto, se desprende que el mejor regalo que podia hacer una dama enamorada ó un noble entusiasta á cualquier músico, pintor ó *virtuoso* italiano, era un par de arrobas de tabaco.

El abate Pico de la Mirandola, Rafael Mengs, el tenor Montagnana, la soprano Pariggi, el violinista Alaí y otras notabilidades del Teatro del Buen Retiro, consumieron lo mejor que venia de América en los régios galeones.

Perdóneseme la digresion, y conste que Isidoro no usaba tabaco en polvo.





Amaranta.

V



AS diez serian cuando solemnemente entraron las dos damas de que ántes he hecho mencion. ¡Lesbia, Amaranta! ¿Quién podrá olvidaros si alguna vez os vió? Excusado es decir que iban de incógnito, y en coche, no en litera, donde fácil hubiera sido conocerlas al indiscreto vulgo. Las pobrecillas gustaban mucho de aquellas reuniones de confianza, donde hallaban desahogo sus almas comprimidas por la etiqueta.

Ha de saberse que en las reuniones clásicas de familia ó de palacio, allí donde reinaba con despótico imperio la ley castiza, no ocurria cosa alguna que no fuese encaminada á producir entre los asistentes un decoroso aburrimiento. No se hablaba, ni mucho ménos se reia. Las damas ocupaban el estrado, los caballeros el resto de la sala, y las conversaciones eran tan sosas como los refrescos. Si alguien tocaba el clave ó la guitarra, la tertulia se animaba un poco; pero pronto volvia á reinar el más soporífero decoro. Se bailaba un minueto: entónces los amantes podian saborear las platónicas é ideales delicias que resultaban de tocarse las yemas de los dedos, y despues de muchas cortesías hechas con música, volvia á reinar el decoro, que era una deidad parecida al silencio.

Nada tiene de particular que algunas damas de imaginacion buscaran en reuniones ménos austeras pasatiempos más acordes con su naturaleza, y aquí traigo á la memoria *El sí de las niñas*, que censurando la hipocresía en la educacion, es una general censura de la hipocresía en todas las fases de nuestras antiguas costumbres. Todo anunciaba en aquellos dias una fuerte tendencia á adoptar usos un poco más libres, relaciones más

francas entre ambos sexos, sin dejar de ser honradas; vida, en fin, que se fundara ántes en la confianza del bien, que en el recelo del mal, y que no pusiera por fundamentos de la sociedad la suspicacia y la probabilidad del pecado. La verdad es que habia mucha hipocresía entónces: porque las cosas no se hicieran en público, no dejaban de hacerse, y siendo ménos libres las costumbres, no por eso eran mejores.

Lesbia y Amaranta entraron haciendo cortesías y gestos encantadores, que revelaban la alegría de sus corazones. Las acompañaba el tio de Amaranta, viejo marqués diplomático; pero ántes de decir quién era éste voy á referiros cómo eran ellas.

La duquesa de X (Lesbia), era una hermosura delicada y casi infantil, de esas que, semejantes á ciertas flores con que poéticamente son comparadas, parece que han de ajarse al impulso del viento, al influjo de un fuerte sol, ó perecer deshechas si una débil tempestad las agita. Las que se desataron en el corazon de Lesbia no hicieron estrago alguno, al ménos hasta entónces, en su belleza.

Parecia haber salido el dia ántes del poder de las buenas madres de Chamartin de la Rosa, y que aún no sabia hablar sino de los bollos del convento, de las hormigas de la huerta, de la regla de San Benito y de los cariños de la madre Circuncision. ¡Pero cómo desmentia esta apariencia en cuanto comenzaba á hablar la muy picarona! En su lenguaje tomaba mucha parte la risa, con tanta franqueza y tan discreta desenvoltura, que nadie estaba triste en su presencia. Era rubia y no muy alta, aunque sí esbelta y ligera como un pajarito. Todo en ella respiraba felicidad y satisfaccion de sí misma; era una naturaleza tan voluntariosa como alegre, á quien ningun extraño albedrío podia sujetar. Los que tal intentaran principiarian por enojarla, y enojarla era echarla á perder, destruyendo la mitad de sus encantos.

Entre las cualidades que hacian agradable el trato de Lesbia, descollaba su habilidad en el arte de la declamacion. Era una cómica consumada y, segun conocí despues, su talento sin igual para la escena no se reducia á los estrechos lienzos pintados de los teatros caseros, sino que tomaba más ancho vuelo, desplegándose en todos los actos de la vida. Siempre que se daba alguna funcion extraordinaria en cualquiera de las principales casas de la Córte, ella hacia la mejor parte, y á la sazon Maiquez le enseñaba el papel de Edelmira en la tragedia *Otello*, que debia ponerse en escena en el teatro doméstico de cierta marquesa. Isidoro y mi ama estaban tambien designados para cooperar en aquella representacion, anunciada como muy espléndida.

Lesbia era casada. Tres años ántes, y cuando apénas tenia diez y nueve, contrajo matrimonio con un señor duque que se pasaba el tiempo cazando como un Nemrod en sus vastas dehesas: venia alguna vez á Madrid hecho un zafiote para pedir perdon á su mujer por las largas ausencias, y jurarle que tenia el propósito de no disgustarla más, viviendo léjos de ella. Sin que nadie me lo diga, afirmo que Lesbia se quejaria con su dulce vocecita; pero cuidando de no esforzar su queja en términos que pudieran decidir al duque á cambiar de vida.

Amaranta era un tipo enteramente contrario al de Lesbia. Ésta agradaba; pero Amaranta entusiasmaba. La apacible y graciosa hermosura de la primera hacia pasajeramente felices á cuantos la miraban. La belleza ideal y grandiosa de la segunda causaba un sentimiento extraño, parecido á la tristeza. Pensando en esto despues, he creido que la singular estupefaccion que experimentamos ante uno de estos raros portentos de la hermosura humana consiste, ó en la creencia de nuestra inferioridad ó en la poca esperanza de poseer el afecto de una persona que, á causa de sus muchas perfecciones, será solicitada por sinnúmero de golosos.

Entre las mujeres que he visto en mi vida, no recuerdo otra que poseyera atraccion tan seductora en su semblante, así es que no he podido olvidarla nunca, y siempre que pienso en las cosas acabadas y superiores, cuya existencia depende exclusivamente de la Naturaleza, veo su cara y su actitud como intachables prototipos que me sirven para mis comparaciones. Amaranta parecia tener treinta años. La gloria de haber producido á aquella mujer te pertenece en primer término á tí, Andalucía, y despues á tí, Tarifa, fin de España, rincon de Europa donde se han refugiado todas las gracias del tipo español, huyendo de extranjera invasion.

Con lo dicho podrán ustedes formar idea de cómo era la incomparable condesa de X, *alias* Amaranta, y excuso descender á pormenores que ustedes podrán representarse fácilmente, tales como su arrogante estatura, la blancura de su tez, el fino corte de todas las líneas de su cara, la expresion de sus dulces y patéticos ojos, la negrura de sus cabellos y otras muchas indefinidas perfecciones que no escribo, porque no sé cómo expresarlas; calidades que se comprenden, se sienten y se admiran por el inteligente lector, pero cuyo análisis no debe éste exigirnos, si no quiere que el encanto de esas mil sutiles maravillas se disipen entre los dedos de esta alquimia del estilo, que á veces afea cuanto toca.

No conservo cabal memoria de sus vestidos. Al acordarme de Amaranta, me parece que los encajes negros de una voluminosa mantilla, prendida entre los dientes de la más fastuosa peineta, dejan ver por entre

sus mil recortes é intersticios el brillo de un raso carmesí, que en los hombros y en las bocamangas vuelve á perderse entre la negra espuma de otros encajes, bolillos y alamares. La basquiña, del mismo raso carmesí, y tan estrecha y ceñida como el uso del tiempo exigia, permite adivinar la hermosa estátua que cubre; y de las rodillas abajo el mismo follaje negro, y la cuajada y espesa pasamanería terminan el traje, dejando ver los zapatos, cuyas respingadas puntas aparecen ó se ocultan como encantadores animalitos que juegan bajo la falda. Este accidente hasta llega á ser un lenguaje cuando Amaranta, atenta á la conversacion, aumenta con el encanto de su palabra los demas encantos, y añade á todas las elocuencias de su persona la elocuencia de su abanico.

Esto en cuanto á la condesa. Refiriéndome á Lesbia, si quiero acordarme de su vestido, todo me parece azul. Figúrensela ustedes con mantilla blanca y guardapiés azul orlado de encajes negros; y si no es cierto que estuviera así, tampoco es inverosímil que pudiera estarlo.

Ántes de la noche á que me refiero, habia visto hasta tres veces á las dos lindas mujeres en casa de mi ama. Desde luégo comprendí que una y otra eran personas muy metidas en los enredos de la Córte, aunque en las clandestinas tertulias de mi casa poco dejaban traslucir. Algunas veces, sin embargo, disputaban las dos en tales términos y con tan mal disimulado ensañamiento, que me pareció no existia entre ellas la mejor armonía. Tambien mentaban de vez en cuando los negocios públicos, y á tal ó cual persona de la real familia; pero en estos casos siempre daba el tema el señor marqués y tio de Amaranta, personaje que no podia estar en sosiego si no realzaba á todas horas su personalidad, sacando á relucir á tontas y á locas los negocios diplomáticos en que se creia muy experto.

La noche á que corresponde mi narracion, habia asistido tambien el celebérrimo tio, de quien ante todo diré que parecia cosido á las faldas de su sobrina, pues la acompañaba á todas partes, sirviéndole de rodrigon en la iglesia, de caballero en el paseo y de pareja en los bailes. No sé si he dicho que Amaranta era viuda. Si ántes lo dije, dése por repetido.

El marqués (callemos el título por las mismas razones que nos movieron á disfrazar el de las damas) era un viejo de más de sesenta años, que habia ejercido varios cargos diplomáticos. Elevado por Floridablanca, sostenido por Aranda, y derribado al fin por Godoy, conservó rencorosa pasion contra este ministro, y por esta causa todas sus disertaciones, que eran interminables, giraban sobre el capitalísimo tema de la caida del favorito. Su carácter era vano, aparatoso y hueco, como de hombre que habiéndose formado de sí mismo elevado concepto, se cree destinado á

desempeñar los más altos papeles. Por su grandilocuencia, que no era inferior á la flojedad efectiva de su ánimo, servia como objeto de agudísimas burlas entre sus amigos, y en todos los círculos que frecuentaba se divertian oyéndole decir: *¿Qué hará la Rusia? ¿Secundará el Austria tan atroz proyecto? ¡Un gran desastre nos amaga...! ¡Ay de las potencias del Mediodía...!* y otras igualmente misteriosas, con que se proponia darse importancia, cuidando siempre en su estudiada reserva de decir las cosas á medias, y de no dar noticias claras de nada, para que los oyentes, llenos de dudas y oscuridades, le rogasen con insistencia que fuese más explícito.



He dado estos detalles para que se comprenda qué clase de espantajos habia entónces para regocijo de aquella generacion. En cuanto á mí, siempre me han hecho gracia estos tipos de la vanidad humana, que son sin disputa los que más divierten y los que más enseñan.

Como hombre poco dispuesto á transigir con las *novedades peligrosas*, y enemigo del jacobinismo, el marqués se esforzaba en conseguir que su persona fuese espejo fiel de sus elevados pensamientos, así es que miraba con desden los trajes de moda, y tenia gusto en sorprender al público elegante de la Córte y Villa con vestidos anticuados de aquellos que sólo se veian ya en la veneranda persona de algun buen consejero de Indias. Así es que si usó hasta 1798 la casaca de tontillo y la chupa mandil, en 1807 todavía no se habia decidido á adoptar el frac solapado y el chaleco ombliguero, que los poetas satíricos de entónces calificaban de moda *anglo-gala*.

Me falta añadir que el marqués, con su antijacobinismo y su peluca empolvada, digna de figurar en las juntas de Coblentza, habia sido hombre de costumbres bastante disipadas. En la época de mi relacion la edad le habia corregido un poco, y sus calaveradas no pasaban de una benévola complicidad en todos los caprichos de su sobrina. No vacilaba en acompañarla á sus excursiones y meriendas en la pradera del Canal ó en la Florida, con gente de categoría muy inferior á la suya. Tampoco ponia reparos en ser su pareja en las orgías celebradas en casa de la Gonzalez ó la Prado, pues tio y sobrina gustaban mucho de aquella familiaridad con cómicos y otra gente de parecida laya. Excusado es decir que tales excursiones eran secretas, y tenian por único objeto el esparcir y alegrar el espíritu abatido por la etiqueta. ¡Pobre gente! Aquellos nobles que buscaban la compañía del pueblo, para disfrutar pasajeramente de alguna libertad en las costumbres, estaban consumando, sin saberlo, la revolucion que tanto temian, pues ántes de que vinieran los franceses y los volterianos y los doceañistas, ya ellos estaban echando las bases de la futura igualdad.



VI



ESBIA, dando golpecitos con su abanico en el hombro de Isidoro, decia:

—Estoy muy enfadada con usted, Sr. Maiquez; sí señor, muy enfadada.

—¿Porque he representado mal esta tarde?—contestó el actor.—Pepilla tiene la culpa.

—No es eso—continuó la dama;—y me las pagará usted todas juntas.

Al oir esto, Isidoro inclinó la cabeza. Lesbia acercó su rostro, y habló tan bajo, que ni yo ni los demas entendimos una palabra; pero por la sonrisa de Maiquez se adivinaba que la dama le decia cosas muy dulces. Despues continuaron hablando en voz baja, y el uno atendia á las palabras del otro con tal interés; daban tanta fuerza y energía al lenguaje de los ojos; se ponian serios ó joviales, tristes ó alborozados con transicion tan ansiosa y brusca, que al ménos listo se le alcanzaba la ingerencia del travieso amor en las relaciones de aquellos dos personajes.

Para que todo se sepa de una vez, diré que el diplomático no miraba con malos ojos á la Gonzalez; mas ésta no podia contestar á sus tiernas insinuaciones, porque harto tenia que hacer atendiendo al íntimo diálogo que sostenian Lesbia é Isidoro. Á mi ama un color se le iba y otro se le venia, de pura zozobra: á veces parecia encendida en violenta ira; á veces dominada por punzante dolor, pugnaba por distraerles, ingiriendo en su conversacion conceptos extraños, y al fin, no pudiendo contenerse, dijo con muy mal humor:

—¿No concluirá tan larga confesion? Si siguen ustedes así, entonaremos todos el *Yo pecador*.

¿Y á tí qué te importa?—dijo Maiquez con semblante sañudo y con aquel despótico tono que usaba con los desdichados subalternos de su compañía.

Mi ama se quedó perpleja, y en un buen rato no dijo palabra.

—Tienen que contarse muchas cosas—dijo Amaranta con malicia.—Lo mismo sucedió el otro dia en casa. Pero estas cosas pasan, Sr. Maiquez. El placer es breve y fugaz. Conviene aprovechar las dulzuras de la vida hasta que el horrible hastío las amargue.

Lesbia miró á su amiga... Mejor dicho, ambas se miraron de un modo que no indicaba la existencia de una apacible concordia entre una y otra.

El secreto entre Isidoro y la dama continuaba cada vez más íntimo, más ardoroso, más impaciente. Parecia que el tiempo se les abreviaba entre palabra y palabra, no permitiéndoles decirlo todo. Amaranta se aburria; el marqués dirigia con ojos y boca inútiles flechas al enajenado corazon de mi ama, y ésta, cada vez más inquieta, mostrando en su semblante ya la interna rabia de los celos, ya la dolorosa conformidad del martirio, no procuraba entablar conversacion, ni parecia cuidarse de sus convidados. Pero al fin el marqués, comprendiendo que aquella era ocasion propicia para hablar, aunque fuera ante mujeres, de su tema favorito, que eran los asuntos públicos, rompió el grave silencio y dijo:

—La verdad es que estamos aquí divirtiéndonos, y á estas horas tal vez se preparan cosas que mañana nos dejarán á todos asombrados y lelos.

Hallándose mi ama, como he dicho, absorta entre el despecho y la resignacion, se dejó dominar del primero, que la inducia á trabar otro diálogo íntimo con el diplomático, y dijo con viveza:

—¿Pues qué pasa?

—Ahí es nada... Parece mentira que estén ustedes con tanta calma—contestó el marqués, retardando el dar las noticias.

—Dejemos esas cuestiones, que no son de este lugar—dijo la sobrina con hastío.

—¡Oh, oh, oh!—exclamó con grandes aspavientos el diplomático.—¿Por qué no han de serlo? Yo sé que Pepa desea vivamente saber lo que pasa, y saberlo de mis autorizados labios: ¿no?

—Sí, muchísimo: quiero que usted me cuente todo—dijo mi ama.—Esas cosas me encantan. Estoy de un humor... divertidísimo: hablemos, hablemos, señor marqués.

—Pepa, usted me electriza—dijo el marqués, clavando en ella con amor sus turbios y amortiguados ojos.—Tanto es así, que yo, á pesar de haberme distinguido siempre, durante mi carrera diplomática, por mi gran

reserva, seré con usted franco, revelándole hasta los más profundos secretos de que depende la suerte de las naciones.

—¡Oh! me encantan los diplomáticos—dijo mi ama con cierta agitacion febril.—Hábleme usted, cuénteme todo lo que sepa. Quiero estar hablando con usted toda la noche. Es usted, señor marqués, la persona de conversacion más dulce, más amena, más divertida que he tratado en mi vida.

—Nada te dirá, Pepa, sino lo que todo el mundo sabe—indicó Amaranta,—y es que á estas horas las tropas de Napoleon deben estar entrando en España.



—¡Oh, qué cosa más linda!—dijo mi ama.—Hable usted, señor marqués.

—Sobrina, ¿acabarás de apurarme la paciencia? exclamó el marqués, dando importancia extraordinaria al asunto.—No se trata de que entren ó no entren esas tropas; se trata de que van á Portugal á apoderarse de aquel reino para repartirlo...

—¿Para repartirlo?—dijo la Gonzalez con su calenturienta jovialidad. —Bien: me alegro. Que se lo repartan.

—Lindísima Pepa, esas cosas no pueden decidirse tan de ligero—dijo el marqués gravemente.—¡Oh, usted aprenderá conmigo á tener juicio!

—Es cierto—añadió Amaranta—que se ha acordado dividir á Portugal en tres pedazos: el del Norte se dará á los reyes de Etruria; el centro quedará para Francia, y la provincia de Algarbes y Alentejo servirá para hacer un pequeño reino, cuya corona se pondrá el Sr. Godoy en la cabeza.

—Patrañas, sobrina, patrañas!—dijo el marqués.—Eso es lo que dió tanto que hablar el año pasado; pero ¿quién se acuerda ya de semejante combinacion? Tú no estás al tanto de lo que pasa... Por supuesto, no necesito repetir que es preciso guardar absoluto secreto sobre lo que voy á decir.

—¡Ah! descuide usted—repuso mi ama.—En cuanto á mí, estoy encantada de esta conversacion.

—El año pasado Godoy trató de ese asunto, por medio de Izquierdo, su representante reservado, con Napoleon. Parece que la cosa estaba arreglada. Pero de repente el Emperador pareció desistir, y entónces D. Manuel, ofendido en su amor propio y viendo defraudadas sus esperanzas, quiso mostrarse fuerte contra Napoleon; publicó la famosa proclama de Octubre del año pasado, y envió un mensajero secreto á Inglaterra para tratar de adherirse á la coalicion de las potencias del Norte contra Francia. Esto lo tengo yo muy sabido... porque ¿qué secreto puede escaparse á mi penetracion y consumada experiencia de estos árduos negocios? Bien... Así las cosas, venció Napoleon á los prusianos en Jena, y ya tenemos á nuestro D. Manuel asustadico y hecho un lego motilon, temiendo la venganza del que habia sido gravemente ofendido con la publicacion de la proclama, considerada aquí y en Francia como una declaracion de guerra. Envió á Izquierdo á Alemania, para implorar perdon, y al fin le fué concedido; pero no se volvió á hablar más del reparto de Portugal, ni de la soberanía de los Algarbes. Hé aquí, señoras, la pura verdad. Yo, por mis antecedentes y mis conocimientos, estoy al tanto de todos estos asuntos, pues al paso que los atisbo y escudriño aquí, no falta algun diplomático extranjero que me los comunique con toda reserva. Hoy no se habla ya del reparto de Portugal, señora sobrinita. Lo que ocurre es mucho más grave, y... pero no, no somos dueños de comunicar á nadie ciertas cosas. Callaré hasta que el gran cataclismo se haga público... ¿Aprueba usted mi discrecion, querida Pepa? ¿Conviene usted conmigo en que la reserva es hermana gemela de la diplomacia?

—¡Oh, la diplomacia!—exclamó mi ama con afectacion.—Es cosa que me tiene enamorada. ¡La pérfida Albion! ¡Los tratados! ¡Bonaparte! ¡La coalicion! ¡Oh, qué asuntos tan divinos! Confieso que hasta aquí me han aburrido mucho; pero ahora... esta noche rabio por conocerlos, y esta conversacion, señor marqués, me tiene embelesada.

—Es verdad—dijo el diplomático relamiéndose de satisfaccion,—que pocas personas tratan de estas materias con tanta delicadeza, con tanta prudencia, digámoslo de una vez, con tanta gracia como yo. Cuando estaba en Viena, por el año 84, todas las damas de la Córte me rodeaban, y si vieran ustedes cómo pasaban el rato oyéndome...

—Lo comprendo: lo mismo me pasa á mí esta noche—dijo mi ama, sin cesar en su extraña exaltacion.—Por piedad, hábleme usted del Austria de la Turquía, de la China, del protocolo y de la guerra; sobre todo de la guerra.

—Dejemos á un lado por esta noche tan fastidiosa conversacion—indi-

có Amaranta.—No creo que usted, querido tio, sea de la ridícula opinion que supone á Godoy intentando con el auxilio de Bonaparte, mandar á América á la Real familia, quedándose él de rey de España.

—Sobrina, por todos los santos, no me incites á hablar; no me hagas olvidar el gran principio de que la discrecion es hermana gemela de la diplomacia.

—Es absurdo tambien—continuó la sobrina—suponer que Napoleon haya mandado sus tropas á España para poner la corona al príncipe Fernando. El heredero de un trono no puede solicitar el favor de un soberano extranjero para ningun fin contrario á los de sus reales padres.

—Vamos, vamos, señoras, asuntos tan graves no pueden tratarse de ligero. Si yo me decidiera á hablar, se quedarian ustedes espantadas, y no podríamos cenar.

Á esta sazon ya habia venido la cena y yo comenzaba á servirla. Isidoro y Lesbia, requeridos por mi ama para que se acercaran á la mesa, dieron tregua al arrobamiento y tomaron parte por un rato en la conversacion general.

—¿Pero qué están ustedes hablando?—dijo Lesbia.—¿Hemos venido aquí para ocuparnos de lo que no nos importa? ¡Bonito tema!

—¿Pues de qué quiere usted que se hable, desgraciada?

—De otras cosas... vamos; de bailes, de toros, de comedias, de versos, de vestidos...

—¡Qué sosada!—indicó mi ama con desden.—Ademas, ustedes pueden tratar de lo que gusten, y nosotras hablaremos de lo que más nos convenga.

—Ya veo por qué anda Pepa tan distraida—dijo Maiquez burlándose de mi ama.—Se ha dedicado á estudiar la política y la diplomacia, carreras más propias de su ingenio que la del teatro.

Mi ama intentó contestar á esta mofa, pero las palabras espiraron en sus labios y se puso muy encendida.

—Aquí venimos á divertirnos—añadió Lesbia.

—¡Oh, frívola y vana juventud!—exclamó el marqués despues de beberse un gran vaso de vino.—No piensa más que en divertirse, cuando la Europa entera...

—Dale con la Europa entera.

—Pepa es la única que comprende la gravedad de las circunstancias. Usted, encantadora actriz, será de las pocas personas que, como yo, no se sorprendan del cataclismo.

—¿Querrá usted explicarnos de una vez lo que va á pasar?

—¡Por Dios y todos los santos!—exclamó el diplomático, afectando cierta compuncion suplicante.—Yo ruego á ustedes que no me obliguen con sus apremiantes excitaciones á decir lo que no debe salir de mis labios. Aunque tengo confianza en mi propia prudencia, temo mucho que si ustedes siguen hostigándome, se me escape alguna frase, alguna palabra... Callen ustedes, por Dios, que la amistad tiene en mí fuerza irresistible, y no quiero verme obligado por ella á olvidar mis honrosos antecedentes.

—Pues callaremos: no deseamos saber nada, señor marqués—dijo Maiquez, comprendiendo que el mejor medio para mortificar al buen viejo consistia en no preguntarle cosa alguna.

Hubo un momento de silencio. El marqués, contrariado en su locuacidad, no cesaba de engullir, entablando relaciones oficiosas con un capon, é impetrando para este fin los buenos oficios de una ensalada de escarola, que le ayudaba en sus negociaciones. Miéntras tanto se deshacia en obsequios con mi ama, y sus turbios ojos, reanimados no sé si por el vino ó por el amor, brillaban entre los arrugados párpados y bajo las espesas cenicientas cejas, que contraia siempre, por la costumbre de leer la vieja letra de los *memorandums*. La Gonzalez no decia tampoco una palabra, y sólo ponia su reconcentrada atencion, aunque sin mirarlos, en los dos amantes, miéntras que Amaranta, agitada sin duda por pensamientos muy diferentes, no miraba á Isidoro, ni á Lesbia, ni á mi ama, ni á su tio, sino... ¿tendré valor para decirlo? me miraba á mí. Pero esto merece capítulo aparte, y pongo punto final en éste para descansar un poco.



VII

Sí, ¿lo creerán ustedes? me miraba, ¡y de qué modo! Yo no podia explicarme la causa que motivaba aquella tenaz curiosidad, y si he de decir verdad como hombre honrado, aún no he salido de dudas. Yo servia á la mesa, como es de suponer, y no pueden ustedes figurarse cuál fué mi turbacion cuando advertí que aquella hermosa dama, objeto por parte mia de la más fervorosa admiracion, fijaba en mí los ojos más perfectos que, segun creo, se han abierto á la luz desde que hay luz en el mundo. Un color se me iba y otro se me venia; á veces mi sangre toda corria precipitadamente hácia mi semblante, poniéndome encendido, y á veces se recogia por entero en mi palpitante corazon, dejándome más pálido que un difunto. Ignoro el número de fuentes que rompí aquella noche, pues las manos me temblaban, y creo que serví de un modo lamentable, trocando el órden de los platos y dando sal cuando me pedian azúcar.

Yo decia para mí: ¿qué es esto? ¿Tendré algo en la cara? ¿Por qué me mirará tanto esa señora?... Al salir fuera, iba á la cocina, me miraba á toda prisa en un espejillo roto que allí tenia; mas no encontraba en mi semblante nada que de notar

fuese. Volvia á la sala, y otra vez Amaranta me clavaba los ojos. Por un instante llegué á creer... ¡pero quiá! me reia yo mismo de tan loca presuncion. ¿Cómo era posible que una dama tan hermosa y principal sintiera...? ¡Ay! recuerdo haber dicho, aunque al revés, lo que despues escribió en un célebre verso cierto poeta moderno. Pero todo debia ser un sueño de mi infantil soberbia. ¿Cómo podia la estrella del cielo mirar al gusano de la tierra, sino para recrearse comparando, en su propia magnitud y belleza?

Pero debo añadir otra circunstancia, y es que cuando mi ama me reprendia por las muchas torpezas que cometí en el servicio de la mesa, Amaranta acompañaba sus miradas de una dulce sonrisa, que parecia implorar indulgencia por mis faltas. Yo estaba perplejo, y un violento fluido que parecia súbito acrecentamiento de vida, corria por mis nervios, produciéndome una actividad devoradora, á la cual seguia vago aturdimiento.

Despues de largo rato, la conversacion, anudándose de nuevo, fué general. El marqués, viendo que no se le preguntaba nada, estaba en gran desasosiego, y á los rostros de todos dirigia con inquietud sus ojos buscando una víctima de su charla; pero nadie parecia dispuesto á escucharle, con lo cual, lleno de enojo, tomó la palabra para decir que si continuaban apremiándole para que hablara, se veria en el caso de no poner segunda vez á prueba su discrecion concurriendo á tertulias donde no reinaba el más profundo respeto hácia los secretos de la diplomacia.

—Pero si no le hemos dicho á usted una palabra—indicó Lesbia riendo.

Isidoro, conociendo que el marqués era enemigo de Godoy, dijo con mucha sorna:

—No se puede negar que el Príncipe de la Paz, como hombre de gran talento, burlará las intrigas de sus enemigos. Napoleon le apoya, y no digo yo la coronita de los Algarbes, sino la de Portugal entero, ó quizás otra mejor, recibirá de manos de Su Majestad Imperial. Conozco á Napoleon; le he tratado en Paris, y sé que gusta de los hombres arrojados como Godoy. Verá usted, verá usted, señor marqués; todavía le hemos de ver á usted llamado á los Consejos del nuevo rey, y tal vez representándole como plenipotenciario en alguna de las Córtes de Europa.

El marqués se limpió la boca con la servilleta, echóse hácia atrás, sopló con fuerza, desahogando la satisfaccion que le producia el verse interpelado de aquel modo; fijó la vista en un vaso, como buscando misterioso punto de apoyo para una sutil meditacion, y dijo con mucha pausa:

—Mis enemigos, que son muchos, han hecho correr por toda Europa la

especie de que yo llevaba correspondencia secreta con el Príncipe de Talleyrand, con el Príncipe Borghese, con el Príncipe Piombino, con el Gran Duque de Aremberg y con Luciano Bonaparte, en connivencia con Godoy, para estipular las bases de un tratado en virtud del cual España cederia las provincias catalanas á Francia á cambio de Portugal y el reino de Nápoles... pasando Milan á la reina de Etruria, y el reino de Westfalia á un infante de España. Yo sé que esto se ha dicho—añadió alzando la voz y dando un fuerte puñetazo en la mesa.—¡Yo sé que esto se ha dicho: ha llegado á mis oidos, sí señor! Los calumniadores lo hicieron creer á los soberanos de Austria y Prusia; se me interpeló sobre el caso; Rusia no titubeó en hacerse eco de la calumnia, y fué preciso que yo empleara todo mi valimiento y tacto para disipar las densas nubes que se habian acumulado en el horizonte de mi reputacion.

Al decir esto, el marques empleaba el mismo tono que habria usado ante un Congreso de los principales políticos de Europa. Despues de sonarse con estrépito, prosiguió así:

—Afortunadamente soy bien conocido, y al fin... tengo la satisfaccion de haber sido objeto de las más satisfactorias frases por parte de los soberanos citados. ¡Ah!... ya sé yo el objeto que guió á los calumniadores y el sitio de donde partió la calumnia. En casa de Godoy se inventó esa trama abominable con objeto de ver si, autorizada con mi nombre, podia tal combinacion correr con alguna fortuna por Europa. Pero tan inícuos planes quedaron sin éxito, como era de suponer, y la Europa entera convencida de que el Príncipe de la Paz y yo no podemos obrar de concierto en negocio alguno de interés general para las grandes potencias.

—De modo—dijo Isidoro,—que usted no es, como dicen, amigo secreto de Godoy?

El diplomático frunció el ceño, sonrió con desden, llevó un polvo á la nariz, y continuó así:

—¿Qué incongruentes especies no inventará la calumnia? ¿Qué torpes ardides no imaginarán la astucia y la doblez contra la prudencia y el saber? Mil veces me han hecho esos cargos, y mil veces los he rebatido. Pero es fuerza que repita ahora lo que en otras ocasiones he dicho. Habia hecho propósito solemne de no ocuparme más de este asunto: pero la terquedad de mis amigos y la obcecacion del público me obligan á ello. Hablaré claro: si en el calor de mi defensa hago revelaciones que puedan sonar mal en ciertos oidos, cúlpese á los que me han provocado, no á mí, que todo debo posponerlo al brillo de mi inmaculada reputacion.

Lesbia, Isidoro y mi ama hacian esfuerzos para contener la risa, al

ver el énfasis con que nuestro hombre defendia, contra imaginarias acusaciones, una personalidad de que nadie se ocupaba sino él. Amaranta parecia meditabunda; mas sus reflexiones no le impedian fijar alguna vez en mí sus incomparables ojos.

—En el año de 1792—dijo el viejo,—cayó del ministerio el conde de Floridablanca, que se habia propuesto poner coto á los estragos de la revolucion francesa. ¡Ah! El vulgo no conoció la mano oculta que habia arrojado de la secretaría de Estado á aquel hombre insigne, envejecido en servicio del Rey. ¿Pero cómo podia ocultarse á los hombres perspicaces la máquina interior de aquel cambio de ministerio? Un jóven de veinticinco años, á quien los Reyes miraban con particular afecto, y que tenia frecuente entrada en Palacio y hasta participacion en los Consejos, influyó en el cambio de ministerio y en la elevacion del señor conde de Aranda. ¿Tuve yo participacion en aquel suceso? No; mil veces no: hallábame á la sazon agregado á la embajada española, cerca del Emperador Leopoldo, y no pude de ningun modo influir para que desempeñara el ministerio mi amigo el conde de Aranda. Pero ¡ay! éste duró poco en el poder, porque nuevas maquinaciones le derribaron, y en Noviembre del mismo año España y el mundo todo vieron con sorpresa que era elevado á la primera dignidad política aquel mismo jóven de veinticinco años, ya colmado de honores inmerecidos, tales como el ducado de la Alcudia y la grandeza de España de primera clase, la gran cruz de Cárlos III, la cruz de Santiago, los cargos de ayudante general del cuerpo de Guardias, mariscal de campo de los reales ejércitos, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio, sargento mayor del real cuerpo de Guardias de Corps, consejero de Estado, superintendente general de correos y caminos, etc., etc. Empuñó Godoy las riendas del Estado en tiempos muy críticos; todos los hombres de prevision comprendíamos la proximidad de grandes males, é hicimos lo posible por conjurarlos. El torpe duque de la Alcudia declaró la guerra á Francia, contra la opinion de Aranda y de todos cuantos teníamos alguna experiencia en los negocios. ¿Se nos hizo caso? No. ¿Se oyeron nuestros consejos? No. Pues veamos ahora lo que ocurria despues de hecha la paz con Francia.

„El Rey continuaba acumulando en la persona de su favorito toda clase de distinciones y honores, y por fin le enlazó con una princesa de la familia real. Tanto favor dispensado á un hombre nulo y que en los más indignos hechos buscaba ocasion de medro, produjo la animadversion y el descontento de todos los españoles. La caida de un favorito, que habia desconcertado el Erario público y desmoralizado la justicia, vendiendo

los destinos, era segura. Y aquí debo decir, aunque por un momento falte á las leyes de mi sistemática reserva, que yo nada influí para que entraran en los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia Saavedra y Jovellanos. Ruego á ustedes que no revelen este secreto, que hoy por primera vez sale de mis labios.

—Seremos tan callados como guardacantones, señor marqués—dijo Isidoro.

—Pero la cosa no tenia remedio—continuó el diplomático dirigiendo sus ojos á todos los lados de la sala, como si le oyeran gran número de personas.—Jovellanos y Saavedra no podian concertarse en el gobierno con quien ha sido siempre la misma torpeza y la corrupcion en persona. La República francesa trabajaba en contra del favorito; Jovellanos y Saavedra se empeñaron en desprenderse de tan peligroso compañero, y al fin el Rey, cediendo á tantas sugestiones y á la voz popular, dió á Godoy su retiro en Marzo de 1798. Yo declaro aquí de una vez para siempre que no tuve participacion en su caida, como han dado en suponer. Y esta seria ocasion de decir algo que sé y que siempre he callado; pero... no, no fio bastante en la prudencia de los que me escuchan, y prefiero guardar silencio sobre un punto delicado que nadie conoce. Conste tan sólo que no contribuí á la caida de Godoy en 1798.

—Pero la desgracia del Sr. D. Manuel duró poco—dijo Isidoro,—porque el ministerio Jovellanos-Saavedra fué de poca duracion, y el de Caballero y Urquijo, que le sucedió, tampoco tuvo larga vida.

—Efectivamente, á eso iba—continuó el marqués.—Los Reyes no podian pasarse sin su amigo. Ocupó éste nuevamente la secretaría de Estado, y queriendo acreditarse de guerrero, ideó la famosa expedicion contra Portugal, para obligar á este pequeño reino á romper sus relaciones con Inglaterra. Ya desde entónces nuestro ministro no pensaba más que en secundar los planes de Bonaparte del modo ménos ventajoso para España. Él mismo mandó aquel ejército, que se puso en pié de guerra á costa de grandes sacrificios; y cuando los pobres portugueses abandonaron á Olivenza sin que pudiera entablarse una lucha formal, el favorito celebró sus soñadas victorias con un festejo teatral, que dió á aquella guerra el nombre de *Guerra de las Naranjas*. Ustedes saben que los Reyes habian acudido á la frontera. El favorito mandó construir unas angarillas que adornó con flores y ramajes, y sobre esta máquina hizo poner á la Reina, que fué tan chabacanamente llevada en procesion ante las tropas, para recibir de manos del Generalísimo un ramo de naranjas, cogido en Elvas por nuestros soldados. No añadiré una palabra más, ni recordaré los pun-

zantes chistes que circularon en aquella ocasion de boca en boca. Que cada cual se entienda con su conciencia, y que todos tengan bastante energía para defender sus propios actos, como defiendo yo los mios en este momento. Ahora paso á otra cuestion.

„Y aunque necesite repetirlo mil veces, diré tambien que no tuve parte alguna en las negociaciones del tratado de San Ildefonso, ni en la alianza de nuestra marina con la francesa, orígen del desastre de Trafalgar. Pero sobre este tratado sé cosas curiosísimas que me confió el general Duroc y que no puedo revelar á ustedes por más empeño que muestren en conocerlas. No... no me pidan ustedes que revele lo que sé; no pongan á prueba mi discrecion: hay secretos que no pueden confiarse en el seno de la amis-



tad más íntima. Yo debo callar y callaré. Si los dijese, cuán pronto confundiria al Príncipe de la Paz y á los que me suponen cómplice de sus infames tratos con Bonaparte. Mi único afan ha consistido en destruir sus combinaciones, y aquí en confianza puedo decir que repetidas veces lo he conseguido. Por eso se empeña en desacreditarme á los ojos de Europa, en malquistarme con los hombres de Estado que han depositado en mí su confianza; por eso suena mi nombre unido á todas las combinaciones que fragua Izquierdo en Paris. Pero ¡ah! gracias á mi destreza, podré anonadar á los calumniadores, salvando mi buen nombre. Ojalá pudiera asimismo salvar á nuestros Reyes y á nuestro país del descrédito á que los conduce ciegamente un hombre abominable, que se ha elevado por las causas

que todos sabemos, y sigue dirigiendo la nave del Estado, valido de su torpe arrogancia é insolente travesura.

Dijo, y llevándose á la nariz con diplomático aplomo el polvo de rapé, se sonó con más estruendo que el de una batería, miró á todos por encima del pañuelo, y luégo pronunció algunas vagas frases que anunciaban la agitacion de su grande espíritu. Oyéndole y viéndole, parecia que sobre el mantel de la mesa que yo habia servido iban á resolverse las más árduas cuestiones europeas, repartiendo pueblos y arreglando naciones como en el tapete de Campo-Formio, de Presburgo ó de Luneville.

—Estamos ya convencidos, señor marqués—dijo Lesbia,—de que usted no ha tenido ni tiene parte alguna en los desastres ocasionados por el Príncipe de la Paz; pero no nos ha dicho cuáles son los grandes males que nos amenazan.

—Ni una palabra más, no añadiré una palabra más—dijo el marqués alzando la voz.—Cesen, pues, las preguntas. Todo es inútil, señoras mias. Soy inflexible é implacable: todos los esfuerzos, todas las astucias de la curiosidad no conseguirán arrancarme una revelacion. He suplicado á ustedes que no me preguntasen nada, y ahora no ruego, sino mando que me dejen en paz, renunciando á corromper y sobornar mi experimentada prudencia con los halagos de la amistad.

Oyendo al diplomático, yo recordaba á cierto mentiroso que conocí en Cádiz, llamado D. José María Malespina. Ambos eran portentos de vanidad; pero el de Cádiz mentia desvergonzadamente y sin atadero, miéntras que el de Madrid, sin alterar nunca los sucesos reales, se suponia hombre de importancia, y su prurito consistia en defenderse de ataques imaginarios y en negarse á revelar secretos que no sabia. Esto prueba la inmensa variedad que el Creador ha puesto en la fauna moral, así como en la física.

Isidoro y Lesbia, retirándose de la mesa, habian vuelto á formar la tela de araña de sus comunicaciones amorosas. Mi ama habia variado en sus disposiciones favorables hácia el marqués. En vano le prometió franquearse con ella, revelándole lo que ningun sér humano habia oido hasta entónces de sus labios; pero sin duda á la Gonzalez no debió de halagar mucho la promesa de conocer los planes de todas las potencias europeas, porque no tuvo para su solícito cortejante palabra ni frase alguna que no fuesen el mismo acíbar.

Amaranta, cuya reconcentracion mental se desvanecia poco á poco, clavó en mí sus ojos de una manera que parecia indicar vivo deseo de entablar conversacion conmigo. En efecto, contra todas las prescripciones del decoro, en cierta ocasion en que yo recogia los platos vacíos que tenia

delante, se sonrió de un modo celestial, atravesándome el corazon con estas palabras:

—¿Estás contento con tu ama?

No puedo asegurarlo terminantemente: pero creo que sin mirarla, contesté:—Sí, señora.

—¿Y no desearias cambiar de ama? ¿No deseas encontrar colocacion en otra parte?

Tampoco aseguro que sea cierto, pero me parece que respondí:—Segun con quien fuera.

—Tú pareces un chico de disposicion—añadió con una sonrisa que parecia abrir el cielo ante mis ojos.

Á esto sí estoy seguro de no haber contestado una palabra. Despues de una breve pausa, en que mi corazon parecia querer echárseme fuera del pecho, tuve un arranque de osadía, que hoy mismo me causa asombro, y dije:

—¿Es que quiere usía tomarme á su servicio?

Al oirme, Amaranta prorumpió en graciosa carcajada, y yo me quedé perplejo, creyendo haber dicho alguna inconveniencia. Al punto salí de la sala con mi carga de platos: en la cocina procuré calmar mi turbacion, tratando de explicarme los sentimientos de Amaranta respecto á mí, y despues de mil dudas, dije:

—Mañana mismo le contaré todo á Inés, y veremos lo que ella piensa.



VIII


UANDO regresé á la sala, la escena continuaba la misma, pero la llegada de un nuevo personaje iba á variarla por completo. Oimos ruido de alegres voces y como preludios de guitarra en el portal, y despues entró un jóven á quien diferentes veces habia yo visto en el teatro. Acompañábanle otros; pero se despidieron en la puerta, y él subió solo, mas haciendo tanto ruido, que no parecia sino que un ejército se nos metia en la casa. Me acuerdo bien de que aquel jóven vestia el traje popular, esto es, un rico marsellés, gorra peluda de forma semejante á la de los sombreros tripicos, pero mucho más pequeña, y capa de grana con forros de felpa manchada. Al verle con esta facha, no crean ustedes que era algun manolo de Lavapiés ó chispero de Maravillas, pues los arreos con que le he presentado cubrian la persona de uno de los principales caballeros de la Córte; sólo que éste, como otros muchos de su época, gustaba de buscar pasatiempo entre la gente de baja estofa, y concurria á los salones de *Polonia la Aguardentera*, *Juliana la Naranjera*, y otras célebres majas de que se hablaba mucho entónces. En sus nocturnas correrías usaba siempre aquel traje que, en honor de la verdad, le caia á las mil maravillas.

Pertenecia aquel jóven á la Guardia Real, y sus conocimientos no traspasaban más allá de la ciencia heráldica, en que era muy experto, del arte del toreo y la equitacion. Su constante oficio era la galantería arriba y abajo, en los estrados y en los bailes de candil. Parecian escritos expresamente para él los famosos versos:

Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto...

—¡Oh, D. Juan!—exclamó Amaranta, al verle entrar.

—Bien venido sea el Sr. de Mañara.

Animóse la reunion como por encanto con la entrada de aquel jóven cuyo carácter jovial y bullanguero se manifestó desde el primer momento. Advertí que el rostro de Amaranta adquiria de súbito extraordinaria viveza y malicia.



D. Juan de Mañara.

—Sr. de Mañara—dijo con gran desenfado, llega usted á tiempo. Lesbia le echaba á usted de ménos.

Lesbia miró á su amiga de un modo terrible, miéntras Isidoro parecia dominado por violenta cólera.

—Aquí, D. Juan, siéntese usted á mi lado—indicó mi ama con alegría, señalando á Mañara la silla que tenia á la izquierda.

—No creí encontrar á usted aquí, señora duquesa—dijo el petimetre dirigiéndose á Lesbia.—He venido, sin embargo, impulsado por la voz de mi corazon; ya veo que el corazon no se equivoca siempre.

Lesbia estaba bastante turbada; mas no era mujer á quien arredraban las situaciones críticas, así es que entre ella y Mañara hubo un verdadero tiroteo de dichos agudos, risas y epigramas. Maiquez estaba cada vez más intranquilo.

—Esta es noche de suerte para mí—dijo D. Juan sacando un bolsillo de seda. He estado en casa de la Primorosa, y allí he ganado cerca de dos mil reales.

Diciendo esto, vació el oro sobre la mesa.

—¿Habia allí mucha gente?—preguntó Amaranta.

—Mucha; mas la marquesita no pudo ir porque estaba con dolor de muelas. ¡Ah! nos hemos divertido.

—Para usted—dijo Amaranta con verdadero ensañamiento en su malicia,—no hay diversion allí donde no está Lesbia.

Ésta volvió á dirigir á su amiga terrible mirada.

—Por eso he venido.

—¿Quiere usted seguir probando fortuna?—dijo mi ama.—La baraja, Gabriel; trae la baraja.

Hice lo que se me mandaba, y los oros, las espadas, los bastos y las copas se entremezclaron bajo los dedos del petimetre, que barajaba con toda la rapidez que da la experiencia.

—Sea usted banquero.

—Bien: ahí va.

Cayeron las primeras cartas: todos los personajes sacaron su dinero; fijáronse ansiosas miradas en los terribles signos, y comenzó el juego.

Por un momento no se oyeron más que estas breves y elocuentes frases: "¡Tres duros al caballo!... Yo no abandono á mi siete de espadas... Bien por el rey... Gané... Perdí... Diez á mí... ¡Maldita sota!„

—Mala suerte tiene usted esta noche, Maiquez—dijo Mañara recogiendo el dinero del actor, que ni una vez apuntaba sin perder cuanto ponia.

—¡Y yo qué buena!—dijo mi ama, recogiendo sus monedas, que ascendian ya á una respetable cantidad.

—¡Oh, Pepa; para usted es toda la suerte!—exclamó el banquero.—Pero dice el refran: "Afortunado en el juego, desgraciado en amores.„

—En cambio usted—dijo Amaranta,—puede decir que es afortunado en ambos juegos. ¿Verdad, Lesbia?

Y luégo, dirigiéndose á Isidoro, que perdia mucho, añadió:

—Para usted, pobre Maiquez, sí que no se ha hecho aquel refran; porque usted es desgraciado en todo. ¿Verdad, Lesbia?

El rostro de ésta se encendió súbitamente. Me pareció que la ví dispuesta á contestar con violencia á su amiga; pero se contuvo y la tempestad quedó conjurada por algun tiempo. El marqués perdia siempre, pero no paró de jugar miéntras tuvo una peseta en su bolsillo. No así Maiquez, que una vez desbalijado, recibió un préstamo del banquero, y así siguió el juego hasta más de la una, hora en que comenzaron á hablar de retirarse.

—Debo á usted treinta y siete duros—dijo Maiquez.

—Y por fin—preguntó el petimetre,—¿cuál es la funcion escogida para representarse en casa de la señora marquesa?

—Ya está acordado que sea *Otello*.

—¡Oh! me parece bien, amigo Isidoro. Me entusiasma usted en el papel de celoso—dijo Mañara.

—¿Querria usted hacer el de Loredano?—preguntó el actor.

—No: es papel muy desairado. Ademas, no sirvo para el teatro.

—Yo le enseñaré á usted.

—Gracias. ¿Ya ha enseñado usted á Lesbia su papel?

—Lo sabe perfectamente.

—¡Cuánto deseo que llegue esa noche!—dijo Amaranta.—Pero diga usted, Isidoro; si le ocurriera á usted un lance como el de *Otello*, si se viera engañado por la mujer que ama, ¿sentiria usted aquel terrible furor? ¿Seria capaz de matar á su Edelmira?

Esta flecha iba dirigida á Lesbia.

—¡Quiá!—exclamó Mañara.—Eso no pasa nunca sino en el teatro.

—No mataria á Edelmira; pero sí á Loredano—repuso Maiquez con firmeza, clavando su enérgica mirada en el petimetre.

Hubo un momento de silencio, durante el cual pude advertir perfectamente las señales de la más reconcentrada rabia en el rostro de Lesbia.

—Pepa, no me has obsequiado esta noche—dijo Mañara.—Verdad es que he cenado; pero son las dos, hija mia.

Serví de beber al jóven, y habiéndome retirado, oí desde fuera el siguiente diálogo. Mañara, alzando una copa llena hasta los bordes, dijo:

—Señores: brindo por nuestro querido Príncipe de Astúrias: brindo por que la santa causa que representa tenga dentro de pocos dias el éxito más completo: brindo por la caida del favorito y el destronamiento de los Reyes Padres.

—Muy bien—exclamó Lesbia aplaudiendo.

—Creo que estoy entre amigos—continuó el jóven.—Creo que un fiel súbdito del nuevo Rey puede sin recelo manifestar aquí alegría y esperanza.

—¡Qué horror! ¿Está usted loco? Prudencia, jóven—dijo el diplomático escandalizado.—¿Cómo se atreve usted á revelar...?

—Cuidado—dijo Lesbia con mucha viveza,—cuidado, Sr. Mañara; está delante una confidenta de S. M. la Reina.

—¿Quién?

—Amaranta.

—Tú tambien lo eres y, segun dicen, posees los secretos más graves.

—No tanto como tú, hija mia—dijo Lesbia sintiendo reponerse su osadía;—tú, que, segun se asegura, eres hoy depositaria de todas las confianzas de nuestra amada Soberana. Esto es una gran honra para tí.

—Seguramente—repuso Amaranta, dominando su cólera.—Sigo al lado de mi bienhechora. La ingratitud es vicio muy feo, y no he querido imitar el ejemplo de las que insultan á quien las ha favorecido. ¡Ah! es muy cómo-

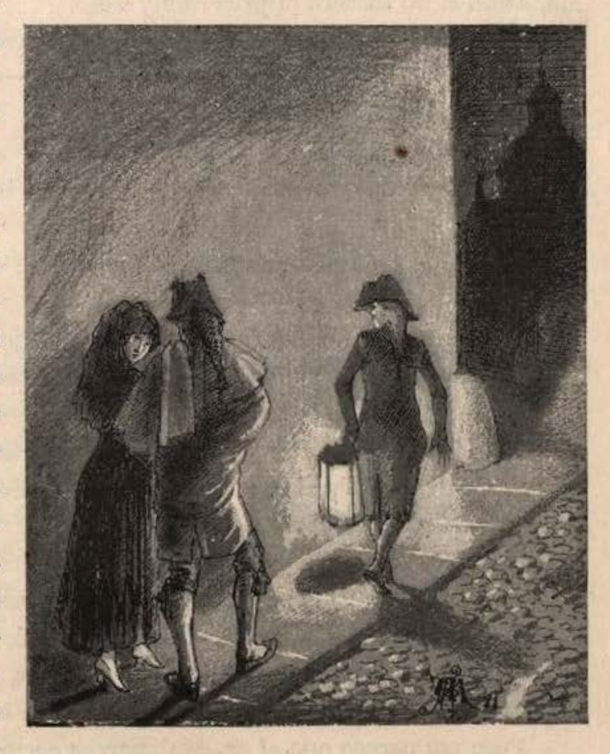
do hablar de las faltas ajenas para que no se fije la vista en las propias.

Lesbia, despues de un momento de vacilacion, iba á contestar. El diálogo tomaba alguna gravedad, y de seguro se habrian oido cosas bastante duras, si el diplomático, interviniendo con su tacto de costumbre, no hubiera dicho:

—Señoras, por Dios... ¿qué es esto? ¿No son ustedes íntimas amigas? Una diferencia de opinion ¿puede turbar el cielo purísimo de la amistad? Dénse las manos y bebamos todos el último vaso á la salud de Lesbia y Amaranta enlazadas en dulce y amorosa fraternidad.

—Estoy conforme; esta es mi mano—dijo Amaranta alargando la suya con gravedad.

—Ya hablaremos de esto—añadió Lesbia estrechando con desabrimiento la mano de la otra dama.—Por ahora seremos amigas.



—Bien: ya hablaremos de esto.

En aquel momento entré yo, y la expresion del semblante de una y otra no me pareció indicar predisposiciones á la concordia. Con aquel desagradable incidente, que por fortuna no tomó proporciones, tuvo fin la tertulia, y la aparente reconciliacion fué señal de partida. Levantáronse todos, y miéntras el diplomático y Mañara se despedian de mi ama, Amaranta se llegó á mí con disimulo, acercó su boca á mi oido, y me dijo con una vocecita que parecia resonar dentro de mi cerebro:

—Tengo que hablarte.

Dejóme aturdido; pero mi sorpresa subió de punto un poco despues, cuando acompañé á la comitiva por la calle, precediéndola con un farol, segun costumbre, porque en aquel tiempo el alumbrado público, si en al-

guna calle existia, era digno émulo de la oscuridad más profunda. Llegamos á la calle de Cañizares, á una suntuosa casa, que era la misma en cuyo sotabanco vivia Inés, aunque se subia por distinta escalera. En el patio de aquella casa, que era la del marqués diplomático, ó, mejor dicho, de su hermana, esperaban las literas que debian conducir á las dos damas á sus respectivas mansiones. Ántes de entrar en la litera, Amaranta me llamó aparte, y díjome que al dia siguiente fuese á buscarla á aquella misma casa, preguntando por una tal Dolores, que luégo supe era doncella ó confidenta suya, cuyo mandato me alegró mucho, porque en él ví el fundamento de mi fortuna.

Volví á casa apresuradamente, y encontré á mi ama muy agitada, paseando con precipitacion en la estrecha sala, y departiendo consigo misma, como si no tuviera el juicio muy sano.

—¿Observaste—me dijo—si Isidoro y Mañara disputaban por la calle?

—No reparé, señora—le respondí.—¿Pues qué motivo tienen esos dos caballeros para enemistarse?

—¡Ah! no sabes cuán alegre estoy, Gabriel; estoy satisfecha—me dijo la Gonzalez con extraviados ojos y tan febril inquietud, que me impuso miedo.

—¿Por qué, señora?—pregunté.—Ya es hora de descansar, y usted parece necesitar descanso.

—No, tonto, yo no duermo esta noche—dijo.—¿No sabes que yo no puedo dormir? ¡Ah, cuánto gozo considerando su desesperacion!

—No entiendo á usted.

—Tú no entiendes de esto, chiquillo; vete á acostar... Pero no, no, ven acá y escucha. ¿Verdad que parece castigo de Dios? El muy simple no conoce la víbora que tiene entre sus brazos.

—Creo que se refiere usted á Isidoro.

—Justo. Ya sabes que está enamorado de Lesbia. Está loco, como nunca lo ha estado. ¡Ah! Con todo su orgullo, ¡qué vilmente se arrastra á los piés de esa mujer! Él, acostumbrado á dominar, es dominado ahora, y su impetuoso amor servirá de diversion y chacota en el teatro y fuera de él.

—Pero me parece que el Sr. Maiquez es correspondido.

—Lo fué; pero los favores de Lesbia pasan pronto. ¡Oh! bien merecido le está. Lesbia es la misma inconstancia.

—No lo hubiera creido en una persona tan simpática y tan linda.

—Con esa carita angelical, con su sonrisa inalterable y su aire de ingenuidad, Lesbia es un mónstruo de liviandad y coquetería.

—Tal vez ese Sr. Mañara...

—Eso no tiene duda. Mañara es hoy el favorecido, y si habla con Isidoro es para divertirse á su costa, jugando con el corazon de ese desgraciado. Sí, el corazon de Isidoro está hoy como un ovillo de algodon entre las patas de una gata traviesa. Pero ¿no es verdad que le está bien merecido?... ¡Oh, rabio de placer!

—Por eso la señora Amaranta no cesaba de decir aquellas cosas...—indiqué, deseando que mi ama exclareciera mis dudas sobre muchos sucesos y palabras de aquella noche.

—¡Ah! Lesbia y Amaranta, aunque vienen juntas aquí, se aborrecen, se detestan, y quisieran destruirse una á otra. Ántes se llevaban muy bien, mas de algun tiempo á esta parte... Yo creo que algo ocurrido en Palacio es la causa de esta inquinia, que ha empezado hace poco y será pronto una guerra á muerte.

—Bien se conoce que no se llevan bien.

—En Palacio, segun me han dicho, arden pasiones encarnizadas é implacables. Amaranta es muy amiga de los Reyes Padres, miéntras que Lesbia parece que es de las damas que más intrigan en el bando de los amigos del Príncipe de Astúrias. Tan irritadas están hoy la una contra la otra, que ya no saben disimular el odio que se profesan.

—¿Y es Amaranta mujer de tan mala condicion como su amiga?—pregunté deseando inquirir noticias de la que ya consideraba como mi protectora.

—Todo lo contrario—repuso.—Amaranta es una gran señora, tan discreta como hermosa, y de conducta intachable. Gusta de protejer á los desvalidos: su sensible y tierno corazon es inagotable para los menesterosos que necesitan de su ayuda; y como es poderosísima en la Córte, porque su valimiento casi excede al de los mismos Reyes, el que tenga la dicha de caerle en gracia, ya se puede considerar puesto en los cuernos de la luna.

—Ya me lo parecia á mí—dije muy contento por tan lisongeras noticias.

—Espero que Amaranta—prosiguió mi ama con la misma calenturienta agitacion—me ayudará en mi venganza.

—¿Contra quién?—pregunté alarmado.

—Creo que se ha aplazado la funcion de la marquesa—continuó sin atender á mi pregunta.—Nadie quiere hacer el desairado papel de Pésaro, y esto será ocasion de un lamentable retraso. ¿Querrás desempeñarlo tú, Gabriel?

—¡Yo, señora!... no sirvo para el caso.

Quedóse luégo muy meditabunda, con el ceño fruncido y los ojos fijos en el suelo, y por fin volvió á su primer tema.

—Estoy satisfecha—dijo con esa hilaridad dolorosa, que indica las grandes crísis de la pasion.—Lesbia le es infiel; Lesbia le engaña; Lesbia le pone en ridículo; Lesbia le castiga... ¡Oh, Dios mio! Veo que hay justicia en la tierra.

Despues, serenándose un poco, me mandó retirar, y cuando me hallé fuera, dejándola con su doncella, la sentí llorar con lágrimas francas y abundantes, que debian templar la irritacion de su espíritu y poner calma en su excitado cerebro. Á los consuelos y ruegos de su criada para que se retirase á descansar, no respondia más que esto:



—¿Para qué me acuesto, si sé que no he de dormir en toda la noche?

Retiréme á mi cuarto, que era un estrecho dormitorio donde jamás entraban, ni en pleno dia, importunas luces. Me acosté bastante afligido al considerar la triste pasion de mi ama; pero estos pensamientos se enlazaron con otros relativos á mi propio estado, los cuales, léjos de ser tristes, alborozaban mi alma; y acompañado por la imágen de Amaranta, que iluminaba mi mezquino asilo como un rayo de luna, me dormí profundamente pensando en la fábula de Diana y Endimion, que conocia por una de las estampas de la sala.



IX



Al despertar en la mañana siguiente, acudieron en tropel á mi pensamiento todas las ideas y las imágenes que me habian agitado la noche anterior. La inclinacion hácia mi persona que suponia en Amaranta, me trastornaba el juicio, como verá el amigo lector, si le cuento los disparates que dije y las locuras que imaginé en las reflexiones y monólogos de aquella mañana.

—No veo la hora—decia para mí—de presentarme á esa señora. No me queda duda de que le he caido en gracia, lo cual no es extraño, pues algunas personas me han dicho que no tengo mal ver. Como dice Doña Juana, de hombres se hacen los obispos, y quién sabe si á vuelta de una media docena de añitos me encuentro hecho en dos palotadas duque, conde ó almirante, como otros que yo me sé y que deben lo que son á haber caido en gracia á esta ó la otra persona. Hablemos claro, Gabriel. ¿No estás oyendo mentar todos los dias á cierto personaje que ántes era un pobre pelambron, y ahora es todo cuanto puede ser un hombre? ¿Y todo por qué? Por la inclinacion de una elevada señora. ¿Y quién dice que lo que puede pasar á un hombre no le pueda suceder á otro? Verdad es que el tal personaje es un gallardo mozo; pero yo bien sabido me tengo que no soy saco de paja, pues muchas personas me han dicho que les gusto, y que no puede negarse que tengo unos ojillos picarescos, capaces de trastornar á todo el sexo femenino... Ánimo, Sr. Gabrielito. Mi ama ha dicho que Amaranta es la mujer más poderosa de toda la Córte, y quién sabe si será de sangre real. ¡Oh, divina Amaranta! ¿Qué haré para merecerte? Por

supuesto, que si llego á verme desempeñando esos elevados cargos, juro por Dios y mi salvacion que he de ser el hombre más formal que jamás haya gobernado en el mundo. Á buen seguro que nadie me acuse, como acusan al otro de haber hecho tantas picardías. Lo que es eso... yo tendré las cosas bien arregladitas, y en mi persona no gastaré sino lo muy preciso. Lo primero que voy á disponer es que no haya pobres, que España no vuelva á unirse con Francia, y que en todas las plazuelas del Reino se fije el precio de los comestibles, para que los pobres compren todo muy barato. Veremos si sé yo mandar ó no sé... ¡y que tengo un geniecillo!... Como no hagan lo que yo mande, nada, nada... no me andaré con chiquitas. Al que no obedezca, cortarle la cabeza y se acabó... así andarán todos derechos como un huso. Y lo dicho, dicho. Nada con los franceses. Napoleon que se entienda solo; nosotros haremos lo que nos dé la gana, y que no me busque el genio, porque yo tengo malas moscas... ¡Oh! si esto sucediera, cómo se habia de alegrar la pobre Inés: entónces sí que no repetiria aquello de la tortuga y del águila. Se me figura que Inés es algo corta de alcances; sin embargo, es tan buena, que la amaré siempre... pero debo amar á Amaranta... pero ¿cómo puedo dejar de amar á Inés?... Pero es preciso que adore sobre todas las cosas á Amaranta... pero Inés es tan sencilla, tan buena, tan... pero Amaranta me subyuga, me fascina, me vuelve loco... pero Inés... pero Amaranta. . . . .

Esto decia yo, despeñado como corcel salvaje, por los derrumbaderos de mi fantasía; y ya habrá observado el lector que, al suponerme amado por una mujer poderosa, mis primeras ideas versaron sobre mi engrandecimiento personal y el ansia de adquirir honores y destinos. En esto he reconocido despues la sangre española. Siempre hemos sido los mismos.

Levantéme, cogí el cesto para ir á la compra, y cuando recorria los puestos de la plazuela, regateando las patatas y las coles, consideré cuán inconveniente y deshonroso era que se ocupase en tan bajos menesteres un jóven destinado á ser, dentro de algun tiempo, generalísimo de los ejércitos de mar y tierra, gran almirante, ministro, y quién sabe si rey de algun reinito chico que le caeria por chiripa en los repartos europeos.

Dejando aparte por ahora lo que se refiere á mi persona, voy á dar una idea de la opinion pública en aquellos dias, con motivo de los sucesos políticos. En la plazuela advertí que se hablaba del asunto, y por las calles las personas se paraban preguntándose noticias, y regalándose mútuamente las mentiras de que cada cual era forjador ó inocente vehículo. Yo hablé del caso con varias personas conocidas, y voy á copiar imparcialmente el parecer de algunas, pues siendo las más de diversa condicion y

capacidad, el conjunto de sus observaciones puede ofrecer exactamente una muestra del pensamiento público.

Un hortera de ultramarinos que era nuestro abastecedor, y hombre muy aficionado á mover la sin hueso, me pareció más alegre que de ordinario y en extremo jovial con sus parroquianos.

—¿Qué nuevas corren por ahí?—le pregunté.

—¡Oh! grandes nuevas. Los franceses han entrado en España. Yo estoy contentísimo.

Luégo, bajando la voz, dijo con semblante risueño:

—¡Van á conquistar á Portugal! Es para volverse loco de alegría.

—Hombre, no lo entiendo.

—¡Ah! Gabrielillo: tú como eres un pobre chico, no entiendes estas cosas. Ven acá, mentecato. Si conquistan á Portugal, ¿para qué ha de ser sino para regalárselo á España?

—¿Y un reino se conquista y se regala como si fuera una libra de nísperos, Sr. de Cuacos?

—Pues es claro. Napoleon es un hombre que me gusta. Quiere mucho á España y se desvive por hacernos felices.

—Vaya con el hombre. ¿Y nos quiere por nuestra linda cara ó porque le conviene, para sacarnos dinero, barcos, tropas y cuanto le dé la gana? —dije yo, cada vez más resuelto á romper con Francia cuando fuese ministro.

—Nos quiere porque sí, y sobre todo ahora va á quitar de en medio al señor Godoy, que ya nos tiene hasta el tragadero.

—¿Querrá usted decirme qué es lo que ha hecho ese caballero para que todos le quieran tan mal?

—¡Bicoca! ahí es nada lo del ojo. ¿No sabes que es un embustero, atrevido, lascivo, tramposo y enredador? Ya sabemos todos á qué debe su fortuna, y la verdad es que la culpa no la tiene él, sino quien lo consiente. Ya sabes tú que vende los destinos, ¡y de qué manera! Los que tienen mujer guapa ó hija doncella, son los que consiguen de Su Alteza cuanto solicitan. Pues ahora trata de que se vayan á América los Príncipes para quedarse él de rey de España... Pero no echó muy bien las cuentas, y á lo mejor se presenta Napoleon para desbaratar sus planes... Sabe Dios lo que ocurrirá dentro de algunos dias: yo creo que Napoleon, como amigo y admirador que es de nuestro gran Príncipe de Astúrias, nos le va á poner en el trono, sí señor... y el Rey Cárlos, con la buena pieza de su mujer, se irá adonde mejor le convenga.

No hablamos más del asunto. Entré luégo en la tienda de Doña Am-

brosia á comprar un poco de seda que me habia encargado la doncella, y ví tras el mostrador á la grave tendera, acariciando su gato, sin dejar por eso de atender á la conversacion entablada entre D. Anatolio, el papelista de la acera de en frente, y el abate D. Lino Paniagua, que estaba escogiendo unas cintas verdes y azules.

—No le quede á usted duda, señora Doña Ambrosia—decia el papelista;—de esta vez nos veremos libres del *choricero.*

—No puede ser ménos—contestó la tendera—sino que alguna buena alma ha ido á Francia y le ha contado á ese bendito Emperador todas las picardías que aquí hace Godoy, por lo cual éste ha mandado un ejército entero para quitarle de en medio.

—Pues con perdon de ustedes—dijo el abate Paniagua alzando la vista,—yo que frecuento la sociedad de etiqueta, puedo asegurar que las intenciones de Napoleon son muy distintas de lo que se cree vulgarmente. Napoleon no manda sus tropas contra Godoy, sino para Godoy; porque han de saber ustedes que en un tratado secreto (y esto lo digo con reserva), se ha convenido echar de Portugal á los Braganzas y repartirse aquel reino entre tres personas, de las cuales una será el Príncipe de la Paz.

—Eso se dijo hace tiempo—observó con desden D. Anatolio;—pero ahora no se trata de tal reparto. La verdad pura y neta es que Napoleon viene á quitar el Portugal á los ingleses, lo cual está muy retebien hecho, sí señor.

—Pues á mí me han dicho—añadió Doña Ambrosia,—que lo que quiere Godoy es mandar al Príncipe á América con sus hermanos, para quedarse él solito de rey de España. Eso no lo habíamos de consentir. ¿Verdá usté, D. Anatolio? Miren qué ideas de hombre. Pero ¿qué se puede esperar de quien está casado con dos mujeres?

—Y creo que las dos se sientan con él á la mesa, una á la derecha y otra á la izquierda—dijo D. Anatolio.

—Por Dios, hablemos bajo—indicó con timidez D. Lino Paniagua.—Esas cosas no se deben decir.

—Nadie nos oye; y sobre todo... Si van á poner á la sombra á cuantos hablan de estas cosas, pronto se quedará Madrid sin gente.

—Verdad—dijo Doña Ambrosia bajando la voz.—Mi difunto esposo, que santa gloria haya, y era el hombre de más verdad que ha comido nabos en el mundo, aseguraba... (y crean ustedes que lo sabia de buena tinta) que cuando el *choricero* quiso que el Consejo de Estado habilitase á la Reina para ser regenta... pues, no sé si me explico... era porque tenian el

proyecto de despachar para el otro barrio á mi señor D. Cárlos, de modo que...

—¡Qué abominaciones se dicen hoy!—exclamó el abate.

—Como que es la pura verdad—dijo D. Anatolio.—Yo tambien lo supe por persona que estaba en el ajo.

—Pero esto no se dice, señores; esto se calla—respondió Paniagua.—Yo, francamente, no gusto de oir tales cosas. Me da miedo; y si llega á oidos del señor Príncipe de la Paz, figúrense ustedes qué disgusto tan grande.

—Como no nos ha dado prebendas, ni le pedimos cóngruas...

—En fin, despácheme usted, señora Doña Ambrosia, que tengo prisa. Esas cintas verdes son de etiqueta; pero lo que es las azules, no me atrevo á presentárselas á la señora condesa de Castro-Limon.

Despacharon al abate, y luégo á mí con más presteza de la que habria querido, pues de buen grado me hubiera detenido más para oir los comentarios políticos que tanto me agradaban. Ya iba derecho á la casa, cuando acerté á tropezar con el reverendo padre Fray José Salmon, de la órden de la Merced, el cual era un sugeto excelente que visitaba á Doña Dominguita (la abuela de mi ama) con tanta frecuencia como exigian el arte de Hipócrates y el piadoso anhelo de bien morir, pues para administrar lo primero y preparar el ánima á lo segundo era un águila el buen mercenario Salmon, á quien sólo faltaba una *o* en su apellido para llamarse como el portento de la sabiduría. Detúvome en medio de la calle, é interpelándome con su acostumbrada afabilidad y cortesía, dijo:

—¿Y esa incomparable Doña Dominga, cómo está? ¿Qué tal efecto le ha hecho el cocimiento de cáscaras de frambuesa, ó sea *tetragonia ficoide*, que llama Dioscórides?

—¡Magnífico efecto!—respondí, aunque estaba en completa ignorancia del asunto.

—Ya le llevaré esta tarde unas pildoritas...—prosiguió—con las cuales ó yo no soy el padre Salmon, de la órden de la Merced, ó esa señora ha de recobrar la agilidad de sus piernas... Pero, chico, qué buenas peras llevas ahí—añadió, metiendo la mano en el cesto y sacando la fruta indicada.—Tú tienes buena mano derecha para comprar peras.

Y acto contínuo se la guardó, despues de olerla, en la manga del luengo hábito, sin pedir permiso para ello, pues aunque siguió hablando, fué para añadir lo siguiente:

—Díle que iré esta tarde por allá á contarle las grandes novedades que ocurren en España.

—Usted que sabe tanto—dije impulsado por mi curiosidad,—¿podrá explicarme á qué vienen esos ejércitos franceses?

—Si tú tuvieras la mitad del talento que yo tengo—repuso,—te pondria al tanto de las diversas razones que me hacen estar alegre considerando la llegada de esos señores. ¿Por ventura no sabes que Napoleon fué quien



restableció el culto en Francia, despues de los horrores y heregías de la revolucion? ¿No sabes tambien que entre nosotros no falta algun endiablado personaje en cuya mente bullen atrevidos proyectos contra la santa Iglesia? Pues sabiendo esto, ¿á quién no se alcanza que el objeto de la entrada de esos ejércitos no es ni puede ser otro que dar merecido castigo al insolente pecador, al polígamo desvergonzado, al loco enemigo de los derechos eclesiásticos?

—¿Luego ese Sr. Godoy no sólo es un bribon, y un acá y un allá, sino que tambien es enemigo de la religion y los religiosos?—pregunté asombrado de ver cómo aumentaba el capítulo de las culpas del favorito.

—Sin duda—dijo el fraile.—Y si no, ¿qué nombre tiene el proyecto de reformar las órdenes mendicantes, quitándoles la vida conventual, y obligando á esos buenos religiosos á servir en los hospitales generales? Tambien agita en su diabólica mente el proyecto de sacar de las granjas que nos pertenecen lo necesario para fundar unas á modo de escuelas de agricultura; que sabe Dios lo que serán las tales escuelitas. ¡Oh! Y si fuera cierto lo que se dice—añadió alargando la mano para hacer segunda ex-

ploracion en mi cesto,—si fuera cierto lo que se dice respecto á la enagenacion de parte de los bienes que ellos llaman de manos muertas... Pero no nos ocupemos de esto, que más bien causa risa que indignacion, y fijemos la vista en el astro de las Galias que, cual divino campeon, viene á libertarnos de la tiranía de un necio valido, poniendo en el trono al augusto Príncipe, en cuya sabiduría y prudencia fiamos.

Al concluir esto habia transportado desde mi cesto á las mangas de su hábito otra pera y hasta media docena de ciruelas, dando despues rienda suelta á los encomios de mi destreza en el comprar. Yo me apresuré á separarme de un interlocutor que me salia tan caro, y le dí los buenos dias, renunciando á las lecciones de su sabiduría.

No habia sacado en limpio gran cosa, ni disipado mis dudas sobre lo que hoy llamaríamos la situacion política, y lo único que ví con alguna claridad fué la general animadversion de que era objeto el Príncipe de la Paz, á quien se acusaba de corrompido, dilapidador, inmoral, traficante de destinos, polígamo, enemigo de la Iglesia y, por añadidura, de querer sentarse en el trono de nuestros Reyes, lo cual me parecia el colmo de la atrocidad. Tambien ví de un modo clarísimo que todas las clases sociales amaban al Príncipe de Astúrias, siendo de notar que cuantos anhelaban su próxima elevacion al trono, fiaban tal empresa á la amistad de Bonaparte, cuyos ejércitos estaban entrando ya en España, para dirigirse á Portugal.

Volví á la plazuela para reponer las bajas hechas en el cesto por su paternidad, y allí encontré... ¿no adivinan ustedes á quién? El infeliz, acompañado de su hija Joaquinita, á quien Natura habia hecho *poetisa entre dos platos*, se ocupaba en comprar al fiado no sé qué piltrafas y miserables restos, que eran su ordinario alimento. Él pedia las cosas, la jorobadilla las regateaba, y entre los dos cargaban la racion, cuyo peso no hubiera fatigado á un niño de cinco años. La miseria habia pintado sus más feos rasgos en el semblante de la hija y del padre, el cual era tan flaco y amarillo, que se dudaba cómo podia existir y moverse cuerpo tan endeble, no siendo galvanizado por el misterioso fluido del númen poético. ¿Necesito nombrarle? Era Comella.

—¡Sr. D. Luciano, usted por aquí!—dije saludándole con mucho afecto, porque aquel hombre me inspiraba la más viva compasion.

—¡Ah; Gabriel!—contestó,—¿y Pepita, y Doña Dominga? Tiempo hace que no las veo. Pero ya saben que aunque no las visito, porque el trabajo me lo impide, les estoy muy agradecido.

—Hoy espero ir por allá á llevarles á ustedes algun recadito—dije res-

pondiendo verbalmente á las tristes suplicantes miradas de la hija del poeta, cuyos ojos me hablaban el lenguaje del hambre.

—Es preciso que vayas por casa—continuó el poeta, tomándome el brazo é indicando en su gravedad que lo que iba á confiarme era importantísimo.—Como me has dicho que presenciaste lo de Trafalgar, quiero consultarte sobre ciertos detalles... pues...



Comella.

—Ya. ¿Escribe usted la historia de aquella batalla?

—No: historia no; un dramita que va á dejar vizcos á los señores. Verás qué pieza. Se titula *El tercer Gran Federico y combate del* 21.

—Buen título—respondí;—pero no entiendo qué es eso del *tercer Federico.*

—¡Qué tonto eres!—El *tercer Gran Federico* es Gravina, y como ya hubo en Prusia un Gran Federico que era Segundo, ¿no comprendes que es ingenioso y llamativo y tónico poner á nuestro almirante en la lista de los Grandes Federicos que ha habido en el mundo?

—Ciertamente. Es una idea que sólo á usted se le hubiera ocurrido.

—Ya Joaquina ha escrito las primeras escenas, que son preciosísimas. En primer término aparece la cubierta del *Santísima Trinidad*, á la derecha el navío de Nelson, y á lo léjos Cádiz, con sus castillos y torreones. Debo advertirte que figuro á Nelson enamorado de la hija de Gravina, el cual se niega á dársela en matrimonio. La escena empieza con una sublevacion de los marineros españoles, que piden pan, porque en todo el barco no hay una miga. El almirante se enfurece y les dice que son unos cobardes, porque no tienen alma para resistir tres dias sin comer, y les da el ejemplo de la más plausible sobriedad mandándose servir un pedacito de maroma asada. Nelson se presenta á decir que todo se acabará al fin si le dan la niña para llevársela á Inglaterra: la muchacha sale de la cámara bordando un pañuelo, y...

No dijo más, porque la violenta risa en que prorumpí, sin poderme contener, le desconcertó un poco; aunque yo, para que no se enojara, le aseguré que me reia por cierto recuerdo despertado en mi memoria.

—La escena del hambre está escrita, y si he de decirte la verdad, no tiene pero.

—No dudo que esa escena puede ser admirable—dije con malicia,—sobre todo si ha puesto la mano en ella la señorita Joaquina.

—Ya hemos escrito á todos los teatros de Italia, que se disputarán, como siempre, el derecho de traducirla—dijo Joaquinita.

—¡Ah! Aquí no se recompensa el verdadero mérito. Bien dicen que nadie es profeta en su patria: verdad es que la posteridad hace justicia; pero entre tanto que esa justicia llega, los hombres superiores arrastramos miserable existencia, y nos morimos como cualquier pelafustan, sin que nadie se acuerde de nosotros. Vamos á ver: ¿de qué me valen ahora á mí los mausoleos, las inscripciones, las estátuas con que han de honrarme en tiempos futuros, cuando la envidia calle y á nadie quede duda del mérito de mis obras? Y si no, ahí tienes á Cervantes, que es otro ejemplo como este mio. ¿No vivió en la miseria? ¿No murió abandonado? ¿Acaso tocó las ventajas positivas de ser el primer escritor de su siglo? Pues á mí me pasa dos cuartos de lo mismo: por supuesto que si algo me consuela, es considerar cuánto se avergonzará la España futura al saber que el autor de *Catalina en Cromstad*, de *Federico II en Glatz*, de *El negro*

sensible, de *La enferma fingida por amor*, de *Cadma y Sinoris*, de *La escocesa de Lambrum* y de otras muchas obras, ha vivido algun tiempo almorzando dos cuartos de sangre frita y otras cosas que no nombro por respeto al arte de la poesía, pues no lo quiero denigrar, denigrándome á mí mismo... Pero no hablemos de estas cosas, que dan tristeza, y obligan á renegar de una patria que no sabe premiar el mérito, y de unos tiempos en que los magnates protegen la envidia y persiguen la inspiracion.

—Calma, calma, Sr. D. Luciano—dije yo, mostrándome interesado por el triunfo de la inspiracion sobre la envidia,—tras esos tiempos vendrán otros. ¡Quién sabe lo que pasará mañana!

—Eso me han dicho, sí—repuso Comella bajando la voz y con sonrisa de satisfaccion.—¿Será cierto que Napoleon es del partido del Príncipe de Astúrias? ¿Caerá Godoy?

—Eso no tiene duda. ¿Pues qué quiere Napoleon más que el bien de los españoles?

—Justo; y aunque él y Godoy han sido muy amigotes, ya parece que el otro ha conocido sus malas mañas, y sabe que todos queremos al heredero, con lo cual dicho se está que nos hará el gusto. En cuanto á Godoy, yo estoy en que no existe hombre peor en toda la redondez de la tierra. Pueden perdonársele los medios de su elevacion; puede perdonársele que sea polígamo, ateo, verdugo, venal, y otras faltas por el estilo; pero lo que no tiene nombre y prueba mejor que nada la corrupcion de las costumbres, es que proteja á los malos poetas, dando cordelejo á los que son buenos y ademas nacionales, españoles como yo; á los que no admitimos ese fárrago de reglas ridículas y extranjeras con que Moratin y otros poetastros de polaina embaucan á los tontos. ¿No piensas como yo?

—Lo mismito que usted—respondí.—Y ahora verá el Sr. D. Luciano cómo los franceses, cuando hayan arreglado lo de Portugal, arreglarán á España y se acabará la proteccion á los malos poetas.

—Dios lo quiera así... Pero es tarde y nos vamos, que ántes del almuerzo hemos de dejar concluida la escena entre Nelson y la hija de Gravina.

—¿Tanta prisa corre?

—Para fin de mes ha de estar en la Cruz. Tendrá un éxito atroz. Ya verás, Gabrielillo. Es preciso que vayas á aplaudir, porque me temo mucho que los de Estala, Melon y Moratinillo han de querer silbarla. Hay que estar con cuidado, y si ellos tienen la proteccion del gobierno, no hay que asustarse por eso, la posteridad juzgará. Con que adios.

Se marcharon á prisa, y yo me quedé pensando en la série de malda-

des que habria cometido el Príncipe de la Paz, para tener tambien en contra suya á los malos poetas. Hasta mucho tiempo despues no conocí que al par de los infinitos actos reprensibles de aquel mónstruo de la fortuna, habia algunos que la posteridad, por el contrario, debia recordar siempre con agradecimiento.



X



ÚN me faltaba oir, ántes de volver á casa, otra opinion muy distinta de las anteriores, y era la para mí respetabilísima de Pacorro Chinitas, el amolador, personaje que tenia establecida su portátil industria en la esquina de nuestra calle. Me parece que aún estoy viendo la piedra de afilar que, en sus rápidas evoluciones, despedia por la tangente, al contacto del acero, una corriente de veloces chispas, semejantes á la cola de un pequeño cometa; y como era mi costumbre no apartar la vista de la máquina miéntras hablaba con el Júpiter de aquellos rayos, el fenómeno ha quedado vivamente impreso en mi imaginacion.

Era Pacorro Chinitas un hombre que aparentaba más edad de la que realmente tenia, á causa de los disgustos domésticos, de que era autora su mujer, célebre buñolera del Rastro, á quien llamaban la *Primorosa*. No puedo ménos de dar algunas noticias sobre este ejemplar matrimonio, porque los dos séres que lo formaban figuran algo en acontecimientos posteriores, y que he de contar, si para entónces tengo vida y el lector paciencia, como espero.

Es, pues, el caso que Pacorro Chinitas, varon manso y discreto, no podia hacer buenas migas con la *Primorosa*, cuya fama, extendida de polo á polo, es decir, desde la calle de la Pasion hasta el pórtico de San Bernardino, la acusaba de mujer pendenciera, batalladora y que partia de un bofeton un par de quijadas, sin que estas y otras hazañas la hicieran nunca caer en manos de la justicia. Chinitas se vió obligado á pedir una

separacion, resignándose á no tener más compañera que la rueda coronada de chispas, y en esta situacion le conocí. Luégo que nos hicimos amigos, contóme las picardías de su antigua mitad, y así como en otros temas era discretísimo, en este era muy pesado, pues no pasaba dia sin que me regalara un nuevo capítulo de la larga historia de sus cuitas matrimoniales. Como yo encontrara en aquel hombre cierta madurez de juicio, cierto sentido práctico que en los demas no hallaba, resultó que me aficioné á su conversacion, y cuanto él decia me parecia entónces de perlas, sin que pudiera explicarme la razon de esta preferencia por los juicios de un hombre ignorante y rudo. Despues he meditado bastante sobre las cosas de aquel tiempo, y sobre la opinion general, y puedo deciros, sin miedo de equivocarme, que el hombre de más talento que conocí en aquellos dias fué el amolador de la calle del Baño.



Chinitas.

Para muestra referiré mi conversacion con él.

—¡Hola, Chinitas! ¿cómo va? ¿Qué es eso que cuentan por ahí? ¿Con que tenemos á los franceses en España?

—Eso dicen—contestó.—Y la gente está contenta.

—Y parece que van á cogerse á Portugal.

—Pues ello... así dicen.

—Eso me parece muy bien. ¿Para qué sirve Portugal?

—Mira, Gabrielillo—dijo incorporándose y apartando de la rueda las tijeras, con lo cual cesaron por un momento las chispas;—tú y yo somos unos brutos, que no entendemos palotada de cosas mayores. Pero ven acá: yo estoy en que todos esos señores que se alegran porque han entrado los franceses, no saben lo que se pescan, y pronto vas á ver cómo les sale la criada respondona. ¿No piensas tú lo mismo?

—¡Qué he de pensar! Como Godoy es tan malo de por sí, cátate ahí que Napoleon viene á quitarle de en medio y á poner en el trono al Príncipe de Astúrias, que dicen es un gerifalte para el gobierno.

Chinitas volvió á aplicar el acero á la piedra, dando á ésta movimiento

con el pié, y despues de contestar á mis observaciones con un mohin muy expresivo, añadió:

—Yo digo y repito que todos estos señores parece que están bobos. Nosotros los que no sabemos leer ni escribir, acertamos á veces mejor que ellos; y lo que ellos no pueden ver, porque les encandila el sol de un poder que tienen tan cerca, lo vemos nosotros desde abajo; y si no, dí tú: ¿No es preciso estar ciego para comprender que Napoleon no dice lo que tiene pensado? ¿Ese hombre no ha revuelto todas las partes del mundo; no ha quitado de los tronos los reyes que ha querido para poner á los mocosos de sus hermanos? Dicen que viene á poner al Príncipe de Astúrias y á quitar al *choricero*. De eso me rio yo. Sí, porque Godoy y él no están de compinche para hacer cualquier picardía... Á mí con esas. Lo que ménos le importa á Napoleon es que reine Fernandito ó que prive D. Manuel; lo que él quiere es cogerse á Portugal para darle un pedazo á Godoy y otro pedazo á la infanta que han puesto de reina allá en *Trucha* ó *Truria*...

—Pues que lo cojan y lo repartan—dije yo con gran crueldad para nuestro vecinos.—¿Qué nos importa? Con tal que quiten á ese hombre tan malo...

—Si cogen á Portugal, porque es un reino chiquito, mañana cogerán á España, porque es grande. Yo me enfado cuando veo á esos bobalicones que andan por ahí, abates, petimetres, frailes, covachuelistas, y hasta usías muy estirados, que se rien y se alegran cuando oyen decir que Napoleon se va á embolsar á Portugal, y con tal de ver por tierra al guardia, no les importa que el frances eche el ojo á un bocadito de España, que no le vendrá mal para acabar de llenar el buche.

—Pero como dicen que no hay pecado que el *choricero* no haya cometido...

—Mira, chiquillo—contestó con aplomo, probando con el dedo el filo de las tijeras;—yo me rio de todas las cosas que cuentan por ahí. Es verdad que ese hombre es un ambicioso que no va más que á enriquecerse; pero si ha llegado á ser duque, y general, y príncipe, y ministro, ¿de quién es la culpa sino de quien le ha dado todo eso sin merecerlo? Si vienen y te dicen á tí: "Gabriel, mañana vas á ser esto y lo otro, porque me da la gana, y sin que necesites para ello quemarte las cejas estudiando latin," ¿qué dirás tú? Dirás, "pues venga."

—Eso no tiene duda.

—Y aunque ese hombre es una buena pieza, y ha hecho muchas maldades, la mitad de lo que dicen es mentira. Tambien habrás visto que hoy

le escupen muchos que ántes le adulaban; es que saben que va á caer, y la sombra del árbol carcomido no le gusta á la gente. ¡Ah! me parece que aquí vamos á ver grandes cosas, sí señor, grandes cosas. Digo y repito que de esto va á resultar lo que nadie piensa, y muchos que hoy se restregan las manos de contento, llorarán mañana á moco y baba; y si no, acuérdate de lo que te digo.

Aquellas razones, que me parecian encerrar profunda verdad, me hicieron pensar; y como persona que ya se preciaba de saber escoger los hombres, pensé que aquel sabio amolador era digno de ocupar un puesto de consideracion á mi lado, cuando yo fuera generalísimo, primer secretario de Estado, archipámpano, y tuviera todas las gerarquías que esperaba de la proteccion y ayuda de mi divina Amaranta.

—Pues yo lo que deseo—dije,—es que venga de una vez ese Príncipe tan bueno, que todo lo ha de arreglar á pedir de boca. ¿No cree usted lo mismo?

—Mira, chiquillo—repuso Chinitas con sibilítico tono,—yo me tengo tragado que el heredero no vale para maldita la cosa, y esto no se puede decir sino acá para entre los dos, porque si algunos nos oyeran, lloverian almendradas. Cuando vivia la señora Princesa de Astúrias, que en gloria esté, todos decian que Fernandito era enemigo de los franceses y de Napoleon, porque éste ayudaba á Godoy, y ahora resulta que los franceses son la mejor gente del mundo y Napoleon tan bueno como pan bendito, sólo porque parece arrimarse al partido del Príncipe de Astúrias. Esa no es gente formal, Gabrielillo: y yo lo que veo es que el heredero tiene muchas ganas de serlo, ántes de que muera su padre, aunque es de creer que el canónigo de Toledo y otros personajes le tienen sorbidos los sesos, y serian capaces de obligarle á ser mal hijo, con tal que ellos pudieran despues echarse al cuerpo los mejores destinos. Esa gente de arriba es muy ambiciosa, y hablando mucho del bien del reino, lo que quieren es mandar; tenlo presente. Yo, aunque no me han enseñado á leer ni á escribir, tengo mi gramática parda; sé conocer á los hombres, y aunque parece que somos bobos y nos tragamos todo lo que nos dicen, ello es que á veces columbramos la verdad mejor que otros muy sabihondos, y vemos clarito lo que ha de venir. Por eso te digo que veremos cosas gordas, muy gordas; y si no, acuérdate de lo que te digo.

Así habló Chinitas. Cuando me separé de él para entrar en casa, recuerdo que iba resumiendo las distintas conferencias de aquella mañana, y lo mucho y vario que sobre un mismo asunto habia oido en anteriores dias. Cada cual juzgaba los sucesos segun sus pasiones, y como yo no

podia formarme idea exacta de la importancia de aquellos hechos, en mi juvenil ignorancia y equivocado patriotismo, creia muy justo que el conquistador del siglo se apoderara de un pequeño reino que, á mi juicio, no servia más que de estorbo. En cuanto á Godoy, no habia duda de que los comerciantes, los nobles, los petimetres, el pueblo, los frailes y hasta los malos poetas anhelaban su caida, unos con razon y otros sin ella; unos por conviccion de la ineptitud del valido; bastantes por envidia, y muchos porque creian á pié juntillas que habíamos de estar mejor cuando nos gobernara el heredero de la Corona. Fué singular cosa que todos se equivocaran respecto á la marcha de los futuros sucesos, esperando el próximo arreglo de tantos trastornos; fué singular cosa que el optimismo ciego de la mayoría no alcanzase á comprender lo que penetró con su ruda desconfianza el buen juicio del amolador. Cada vez estoy más convencido de que Pacorro Chinitas fué una de las más grandes notabilidades de su época.



XI



gnoro si fueron las conversaciones de aquel dia ú otras causas, las que enfriaron el entusiasmo de que yo estaba poseido por la mañana. ¡Cuánto he desvariado!—decia para mí—y lo más seguro es que Amaranta habrá visto solamente en mí un chico dispuesto á servirla mejor que otro.

Sin embargo, mi curiosidad era tan viva, que no podia ocuparme en cosa alguna, ni estar con calma en ninguna parte. Aquel dia ni áun pude visitar á Inés; y cuando cumplí las obligaciones de la casa me dispuse á acudir á la cita. Vestíme con el mayor esmero, dedicando el conjunto de las fuerzas de mi inteligencia á conseguir que la persona de un servidor de ustedes fuese el dechado de todas las gracias y el resúmen de cuantas perfecciones concedió Naturaleza á la juventud. El pedazo de espejo que limpié desde por la mañana aduló mi amor propio, confirmando ante mí la enfática presuncion de que no escaseaban en el semblante del criado de la Gonzalez ciertos agradables rasgos, dignos de hacer fijar la atencion. Fué aquella



la primera vez que me sentí presumido; despues, recordándolo, he sentido ganas de abofetearme.

Yo habria deseado tener entónces el vestido más rico, más lujoso, más elegante, más luciente que pudieran hacer los sastres del planeta que habitamos; pero tuve que contentarme con el mio humildísimo, sin más adorno que el del aseo, la pulcritud y esmero de mi peinado. Mi traje era modesto; pero á pesar de ello, yo conocia que estaba bien, y que mi persona y aire predisponian en favor mio. Con esto y con pensar durante un breve rato ciertas frases delicadas y elegantes que me parecian muy propias para contestar á los obsequios de la diosa, dí por terminados los preparativos, y salí de la casa, sin dar cuenta á nadie de mi expedicion.

Llegué á la casa de la calle de Cañizares, residencia de la señora marquesa, de quien era hermano el diplomático; pregunté por Dolores, apareció ésta y, sin decirme nada, me condujo por largos y oscuros pasadizos, hasta que al fin dió conmigo en un camarin muy lujoso, donde me ordenó que esperase. Miéntras así lo hacia, creí sentir en la pieza inmediata algunas voces de señoras que hablaban y reian, y tambien creí escuchar la desentonada voz del diplomático. Amaranta no me hizo aguardar mucho tiempo. Cuando sentí el ruido de la puerta, cuando ví entrar á la hermosa dama, cuando se adelantó hácia mí sonriendo con bondad, parecióme que un ente sobrenatural se me acercaba, y temblé de emocion.

—Has sido puntual—me dijo.—¿Estás dispuesto á entrar en mi servicio?

—Señora—contesté, sin poder recordar ninguna de las frases que traia preparadas,—estoy con mucho gusto á las órdenes de usía para cuanto se digne mandarme.

—Ó yo me angaño mucho—dijo la dama sentándose junto á mí,—ó tú eres un chico bien nacido, hijo de alguna noble familia, y te hallas hoy en posicion más baja de lo que te corresponde.

—Mi padre era pescador en Cádiz—respondí, sintiendo por primera vez en mi vida no ser noble.

—¡Qué lástima!—exclamó Amaranta;—sin embargo, no importa. Pepa me ha dicho que cumples lo que se te encarga con mucha puntualidad, y sobre todo con gran reserva; que eres formal á toda prueba; me ha dicho tambien que tienes imaginacion, y que podrias ser en otra esfera un hombre de provecho.

—Mi ama—dije disimulando mi orgullo—me hace demasiado favor.

—Bueno—continuó la diosa.—Ya comprendes que entrar en mi servicio sin más recomendacion que el propio mérito, es más de lo que pudieras

desear. Pero me parece que tú tienes disposicion para más altos empleos, y... creo que no serás desfavorecido por la fortuna. ¿Quién sabe lo que llegarás á ser?

—¡Oh, sí, señora, quién sabe!—dije, sin contener el entusiasmo que en mí producian aquellas palabras.

Amaranta estaba sentada frente á mí, como he dicho: su mano derecha jugaba con un grueso medallon, pendiente del cuello, y cuyos diamantes, despidiendo mil luces, deslumbraban mis ojos. Tanta era mi gratitud y admiracion hácia aquella mujer, que no sé cómo no caí de rodillas á sus plantas.

—Por de pronto no te exijo sino una grande fidelidad en mi servicio. Yo acostumbro recompensar bien á los que bien me sirven, y á tí más que á nadie, porque me han cautivado tu orfandad, tu abandono y la modestia y circunspeccion que hallo en tu persona.

—Señora—exclamé en la efusion de mi gratitud,—¿cómo podré pagar tantos beneficios?

—Siéndome fiel y haciendo puntualmente lo que te mande.

—Seré fiel hasta la muerte, señora.

—Ya ves que exijo poco. En cambio, Gabriel, yo puedo hacer por tí lo que no has soñado ni podrias soñar. Otros con ménos méritos que tú, se han elevado á alturas inconcebibles. ¿No te ha ocurrido que podrias tú subir lo mismo, encontrando una mano que te impulsara?

—¡Sí, señora! Sí me ha ocurrido, y ese pensamiento me ha vuelto loco —contesté.—Viendo que usía se dignaba fijar en mí sus ojos, llegué á creer que Dios habia tocado su buen corazon, y que todo lo que hasta ahora me ha faltado en el mundo iba á recibirlo de una sola vez.

—Has pensado bien—dijo Amaranta sonriendo.—Tu adhesion á mi persona y tu obediencia á mis órdenes te harán merecedor de lo que deseas. Ahora escucha. Mañana voy al Escorial, y es preciso que vengas conmigo. Nada digas á tu ama; yo me encargo de arreglarlo todo, de manera que consienta en el cambio de servidumbre. No digas tampoco á nadie que me has hablado, ¿entiendes? Pasado mañana irás á mi casa, desde donde puedes hacer el viaje en los coches que saldrán al medio dia. Estaremos en el Escorial pocos dias, porque regresaremos para ver la representacion que ha de darse en esta casa, y entónces quizás vuelvas por unos dias al servicio de Pepa.

—¡Otra vez allá!—dije admirado.

—Sí: ya sabrás más adelante todo lo que tienes que hacer. Con que retírate ya: no faltes mañana.

Prometí ser puntual y me despedí de ella. Dióme á besar su mano con tan dulce complacencia, que me sentí electrizado al poner mis labios en su blanca y fina piel. Ni sus modales, ni sus miradas, ni ninguno de los accidentes de su comportamiento para conmigo eran los de una ama para con su criado. Más bien parecia tratarme como de igual á igual, y en cambio yo, ciego ya para todo lo que no fuera la proteccion de Amaranta, me lancé en la esfera de atraccion de aquel astro que inundaba mi alma de luz y calor.

Salí á la calle... ¿á quién comunicar mi alegría? Al punto me acordé de Inés, y subí la escalerilla que conducia á su sotabanco, pues no sé si he dicho que la habitacion de mis amigos estaba en la misma casa. Encontré á Inés muy triste, y habiendo preguntado la causa, supe que Doña Juana, cuya naturaleza se desmejoraba con el contínuo trabajar, habia caido enferma.

—¡Inés, Inesilla!—exclamé al encontrarme solo en la sala con la muchacha.—Quiero hablarte. ¿Sabes que me voy?

—¿Á dónde?—me preguntó con viveza.

—Á Palacio, á la Córte, á correr fortuna. ¡Ah, picarona! Ahora no te reirás de mí; ahora va de veras.

—¿Qué va de veras?

—Que se me ha entrado por las puertas la fortuna, chiquilla. ¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro dia? Bien te lo decia yo, y tú no me hacias caso. ¿Pero no ves, reinita, que eso se cae de su peso?

—¿Qué se cae de su peso?

—Que así como otros han llegado á su mayor altura sin mérito propio, y sólo porque á alguna gran persona se le antojó protejerles, nada tendria

de extraño que á mí me aconteciera dos cuartos de lo mismo; sí, señorita.

—Eso es muy claro: avisa cuando llegues arriba. De modo que mañana te tendremos de general ó ministro cuando ménos.

—No te burles, ¿estamos? Tanto como mañana, no; pero ¿quién sabe?

Inés empezó á reir, dejándome bastante confuso.

—Pero ven acá, tonta—dije con una seriedad, cuyo recuerdo me hace morir de risa;—tú no estás oyendo hablar todos los dias de un hombre que no era nada, y hoy lo es todo; de un hombre que entró á servir en la Guardia española, y de la noche á la mañana...

—¡Hola, hola!—dijo Inés burlándose de mí con más crueldad.—¿Esas tenemos, Sr. D. Gabriel? ¡Qué callado lo tenia usted! ¿Se puede saber quién es la dama que se ha enamorado de usted?

—Tanto como enamorarse, no, tonta—respondí cortado;—pero ya ves... Como uno no es saco de paja... qué quieres. Todo el mundo, aunque no valga nada, encuentra una persona á quien le gusta...

Inés continuó riendo; pero yo conocí que despues de mis últimas palabras, la pobre necesitaba muchos esfuerzos para aparentar alegría. Como su carácter no era apto para el disimulo, luégo cesó de reir y se puso muy seria.

—Bien, excelentísimo señor—dijo, haciéndome una grave cortesía;—ya sabemos á qué atenernos.

—La cosa no es para enfadarse—dije yo, sintiéndome repuesto de mi turbacion;—lo que hay es que si una persona me quiere protejer, no he de hacerle ascos. ¡Y si tú la conocieras, Inesilla; si tú vieras qué mujer, qué señora!... Todo lo que te diga es poco; así es que no te digo nada.

—¿Y esa señora se ha enamorado de tí?

—Dale con el enamoramiento; no es eso, mujer. Es que entro á servirla; aunque quién sabe lo que podrá pasar... Si vieras cómo me trata... Como de igual á igual, y se interesa mucho por mí... y es muy rica... y vive en un palacio muy grande cerca de aquí... y tiene muchos criados... y lleva en el cuello un medallon con un diamante como un huevo... y cuando le mira á uno, se queda uno atortolado... y es muy guapa... y en Palacio puede tanto como el Rey... y se llama...

Recordé de pronto que Amaranta me habia prohibido revelar su entrevista con ella, y callé.

—Bueno—dijo Inés.—Ya veo que dentro de poco le tendremos á usía hecho un archipámpano, con muchos galones y cintajos, dando que hablar á la gente, y teniendo el gusto de oirse llamar ladron, enredador, tramposo y cuanto malo hay.

—Mira tú lo que es no entender las cosas—dije algo incomodado.—¿De dónde sacas tú que todos los hombres célebres y poderosos sean ladrones y pícaros? No señor, tambien pueden ser buenos; y lo que es yo... supon, chiquilla, que por arte del Demonio llegara yo á ser... no te rias, que de ménos hizo Dios á Cañete; y todos somos hijos de Adam; y tan de carne y hueso es Napoleon Bonaparte como yo. Pues suponte que llego á ser... no te rias. Si te ries me callo.

—Si no me rio—dijo Inés, conteniendo la hilaridad que de nuevo la acometia.—Lo que dices está muy en razon, chiquillo. Si no hay más que ponerse á ello. ¿Qué cuesta ser generalísimo, ministro, príncipe ó duque? Nada. Ni á qué viene el romperse los ojos estudiando por aprender todas las cosas que se deben saber para gobernar? Si los aguadores y los mozos de cuerda, y los horteras, y los monaguillos son unos tontos de camison, cuando no se van todos á Palacio, sabiendo que tienen seguro el sueldo de consejeros con sólo guiñarle el ojo á una dama... Y si todas las damas no son tiernas de corazon, con tocarle el codo á alguna de las cocineras de Palacio, está hecho todo.

—No es eso: veo que tú no entiendes—dije, no sabiendo cómo hacerme comprender de Inés.—Eso que dices de aprender y saber gobernar, y lo demas, no viene al caso. Verdad es que ántes se necesitaba ser hombre de ciencia para medrar; pero hoy, chiquilla, ya ves lo que pasa. No es sólo Godoy, son cientos de miles los que ocupan altos puestos sin valer maldita de Dios la cosa. Con un poco de despejo basta. Si sabré yo lo que me digo.

—Ven acá, Gabriel—me dijo Inés, dejando su costura.—Las cosas del mundo pasan siempre como deben pasar. Esto lo sé yo sin que nadie me lo haya dicho. Los hombres que mandan á los demas, están en aquel puesto por su nacimiento, pues... porque así está arreglado, de modo que los reyes nacen de los reyes... Cuando algun hombre que no ha nacido en cuna real llega á gobernar el mundo, debe de ser porque Dios le ha dado un talento, una cosa celestial, que no tienen los demas. Y si no, ahí me tienes á Napoleon, que es Emperador de todo el mundo, y manda no sé cuántos miles de millones de soldados; pero es porque él se lo ha ganado, y porque desde chiquito aprendia cuanto hay que saber, y los maestros se quedaban lelos, viendo que sabia más que ellos... El que sube tanto sin tener mérito, es por casualidad, ó por mil picardías, ó porque los reyes lo quieren así; ¿y qué hacen para tenerse arriba? Engañan á la gente, oprimen al pobre, se enriquecen, venden los destinos y hacen mil trampas. Pero buen pago les dan, porque todo el mundo les aborrece y lo que desea es ver-

les por los suelos. ¡Ah, chiquillo! Yo no sé cómo no entiendes esto, esto que es tan claro como el agua...

Á pesar de ser tan claro como el agua, yo no lo comprendia. Muy léjos de eso, estaba tan obcecado, tan dominado por la vanidad, que no ví sino impertinencias y majaderías en las juiciosas razones de la modistilla. Aún fué más léjos mi soberbia, porque mi amor propio se resintió; me sentí pavo real, erguí mi cuello, levanté la cola tornasolada, y con mis feas patas de pájaro vanidoso pisoteé la discreta paloma, diciéndole estas palabras:

—Inés, hablemos claro. Veo que tú no comprendes ciertas cosas... Tú eres muy buena, y por eso te quiero y te estimo. No dudes por lo tanto que de aquí en adelante haré en bien tuyo cuanto me sea posible. Tú eres muy buena; pero es preciso confesar que tienes pocos alcances. Al fin eres mujer, y las mujeres... como no sea de hacer calceta y poner el puchero á la lumbre, de nada entienden una higa. Este negocio que tratamos no es para tu pobre cabecita. Los hombres son los que los entendemos bien, porque tenemos un modo de ver las cosas más por lo alto; porque, en fin, tenemos más talento. No extraño lo que me has dicho porque... ¿tú qué puedes entender?... Pero eres una chica muy buena; te quiero, te quiero mucho, no te enfades. Puedes estar segura de que jamás me olvidaré de tí.

Lector: cuando leas esto, te suplico que te despojes de toda benevolencia para conmigo. Sé justiciero ó implacable, y ya que no me tienes, por ventaja mia, al alcance de tus honradas manos, descarga en el libro tu ira, arrójalo léjos de tí, pisotéalo, escúpelo... ¡ay! pero no: él es inocente, déjalo, no lo maltrates; él no tiene culpa de nada; su único crímen es haber recibido en sus irresponsables hojas lo que yo he querido poner en él, lo bueno y lo malo, lo plausible y lo irrisorio, lo patético y lo tonto que al escribir esta historia he ido sacando, escarbador infatigable, de los escombros de mi vida. Si algo encuentras que me desfavorezca, tan mio es como lo que te parezca laudable. Ya habrás conocido que no quiero ser héroe de novela: si hubiera querido idealizarme, fácil me habria sido conseguirlo, cuidando de encerrar con cien llaves todas mis flaquezas y necedades, para que sólo quedasen á la vista del público los hechos lisonjeros, adicionados con lindísimas invenciones que, en caso de apuro, no me habrian de faltar. Pero repito que no quiero idealizarme. Bien sé que á los ojos de muchos mi personalidad estaria cien codos más alta, si yo representase en mí á un mozuelo desvergonzado, pendenciero y atrevido, que en los diez y seis años de su edad hubiese tenido tiempo y fortuna para matar en duelo á dos docenas de semejantes, y quitar la honra á igual

número de doncellas, casadas ó viudas, esquivando la persecucion de la justicia y la venganza de celosos padres ó maridos. Todo esto seria muy bonito; pero diré con el latino: *sed nunc non erat his locus.*



Como prueba de mi modestia, no he vacilado en copiar el diálogo con Inés, que me favorece tan poco, atreviéndome á esperar que si el lector no me adorase romántico, podrá apreciarme sincero. Hagamos, pues, las paces y continuaré la narracion en el mismo punto en que la dejé; y es que

habiendo espetado las palabras referidas y áun algunas más, hijas de mi estólida vanidad, dejé á Inés, creyendo que debia buscar interlocutor más conforme á la alteza y sublimidad de mis pensamientos. Inés no me dijo una palabra más, y yo, atraido por los alegres sones de la flauta tocada por D. Celestino, fuí á buscarle á su cuarto, y con las manos juntas atrás y el aire de persona protectora, le hablé así:

—¿Como van esos asuntos, señor mio?

—¡Oh, divinamente!—contestó con su optimismo de siempre.—Al fin se me hará justicia, y, segun me ha dicho esta mañana el oficial de la secretaría, no puede pasar de la semana que viene.

—Me parece que á usted no le vendria mal un arciprestazgo de buena renta ó cosa así... Dígolo, porque, aunque á usted le sorprenda, tal vez exista alguna persona que se lo pueda conseguir.

—¿Quién, hijo mio, quién, á no ser mi paisano y amigo el Serenísimo Príncipe de la Paz?

—En donde ménos se piensa salta una liebre... Ya veremos, ya veremos—dije yo haciendo todo lo posible para que la expresion de mi semblante fuera la más misteriosa y grave.

Quedóse aturdido con mis palabras, y volví al lado de Inés, de quien no queria despedirme dejándola enojada. Con gran sorpresa mia, la muchacha no conservaba enfado alguno, y me habló con aquella incomparable ecuanimidad que siempre fué su principal atractivo. Despedíme prometiendo que la recordaria siempre, y ella se mostró tan afable, tan cariñosa, como si nada hubiera pasado. Su espíritu, cuya elevacion y superioridad desconocia yo entónces, confiaba firmemente, sin duda, en mi pronta vuelta.

Á los dos dias mi ama me dijo que habia convenido con Amaranta en que yo pasara á servir á ésta. Arreglé mi pequeño ajuar, y fuí á la casa de mi nueva dueña. Allí me pusieron una librea, y subiendo al coche de la servidumbre, el cual seguia á otro ocupado por la marquesa y su hermano el diplomático, emprendí el camino del Escorial, á donde llegamos por la noche.



XII



omo al llegar al Escorial nos encontramos sorprendidos por la noticia de gravísimos acontecimientos, no estará de más que mencione lo que por el camino me contó el mayordomo de la marquesa, pues á sus palabras dió profético sentido lo que ocurrió despues.

—Me parece que en el Real Sitio pasa algo que va á ser sonado—me dijo.—Esta mañana se decia en Madrid... Pero lo que haya lo hemos de saber pronto, pues dentro de tres horas y media, si Dios quiere, daremos fondo en la lonja.

—¿Y qué se decia en Madrid?

—Allí todos quieren al Príncipe y aborrecen á los Reyes Padres, y como parece que Sus Majestades se han propuesto mortificar al muchacho, apartándole de su lado... Eso yo lo he visto, y el Príncipe tiene una cara que da compasion... Se dice que sus padres no le quieren, lo cual está muy mal hecho: á mí me consta que ni una sola vez le lleva el Rey á las cacerías, ni le sienta á la mesa, ni le muestra aquel cariño que parece natural en un buen padre.

—¿Será que el Príncipe anda metido en conspiraciones y enredos?—dije.

—Ello bien pudiera ser. Segun oí la semana pasada en el Real Sitio, el Príncipe se da unas encerronas que ya ya... No habla con nadie; está como quien ve visiones, y se pasa las noches en vela. Con esto la Córte andaba muy alarmada; parece que acordaron vigilarle hasta averiguar lo que traia entre manos.

—Pues ahora caigo en que me dijeron que el Príncipe era algo literato, y se pasaba las noches traduciendo del frances ó del latin, que esto no lo recuerdo bien.

—Sí, en el Escorial se cree eso; pero sabe Dios... Hay quien asegura que lo que el Príncipe trae entre manos es cosa gorda; que las tropas de Napoleon que han entrado en España lo que ménos piensan es guerrear con Portugal, y parece que vienen á apoyar á los partidarios del Príncipe.

—Esas son patrañas; quizás el pobre Fernandito no piense más que en traducir sus libros...

—Parece que el que tradujo hace poco no gustó á los papás, porque hablaba de no sé qué revoluciones, y ahora está con otro; como no sea alguna endiablada tramoya para pescar el trono...

Así continuó poco más ó ménos nuestra conversacion hasta que llegamos al Real Sitio. El diplomático y su hermana se apearon de su coche y nosotros del nuestro. Como los dos viajeros debian aposentarse en Palacio y en las habitaciones de Amaranta, que ya habia llegado el dia anterior, desde luégo el mayordomo nos encaminó allá, haciéndonos recorrer medio mundo en escaleras, galerías, patios y pasillos. Todo indicaba que ocurria algo extraordinario en la régia morada, porque se veia por los pasillos y salas de tránsito más gente de la que acostumbraba estar en pié á aquella hora, que era la de las diez. Preguntó la marquesa; mas le contestaron de un modo tan vago, que nada pudo sacar en claro.

Instalados en las habitaciones de mi ama, donde me ocupé en acomodar los equipajes, segun las órdenes que se me daban, al poco rato entró Amaranta tan inmutada, que fué preciso aguardar un poco para que, repuesta de su zozobra, pudiese explicar lo que pasaba.

—¡Ay!—exclamó, cediendo á las reiteradas preguntas de sus tios;—lo que pasa es terrible. ¡Una conjuracion, una revolucion! ¿En Madrid no ocurria nada cuando ustedes salieron?

—Nada; todo estaba tranquilo.

—Pues aquí... es una cosa tremenda, y quién sabe si estaremos vivos mañana.

—Pero hija, dínoslo claramente.

—Parece que se ha descubierto que querian asesinar á los Reyes; todo estaba preparado para un movimiento en Palacio.

—¡Qué horror!—exclamó el diplomático.—Bien decia yo que bajo la capita de servidores del Rey se escondian aquí muchos jacobinos.

—No es nada de jacobinos—continuó mi ama.—Lo más extraño es que el alma de la conjuracion es el Príncipe de Astúrias.

—No puede ser—dijo la marquesa, que era muy afecta á S. A.—El Príncipe es incapaz de tales infamias. Justo y cabal, lo que yo decia. Sus enemigos han ideado perderle por la calumnia, ya que no lo han conseguido por otros medios.

—Pues la revolucion preparada, que por lo que dicen, iba á ser peor que la francesa—prosiguió Amaranta,—se ha fraguado en el cuarto del Príncipe, á quien se han encontrado unos papelitos, que ya... Dícese que están complicados el canónigo D. Juan de Escoiquiz, el duque del Infantado, el conde de Orgaz y Pedro Collado, el aguador de la fuente del Berro, hoy criado del Príncipe.

—Creo que tú, sobrina—dijo el marqués, ofendido de que mi ama contase cosas que él no sabia,—te dejas arrastrar por tu impresionable imaginacion. Tal vez lo que ocurre no tenga importancia alguna, y pueda yo esclarecerlo con datos y noticias de índole muy reservada, que se me han transmitido de cierta parte que debo callar.

—Yo contaré lo que me han dicho. Desde algun tiempo llamaba la atencion que el Príncipe pasase las noches encerrado en su cuarto sin compañía, aunque los Reyes creian que se ocupaba en traducir un libro frances. Pero ayer se encontró S. M. en su cuarto una carta cerrada, cuyo sobre no tenia más que estas palabras: *luégo, luégo, luégo.* Abrióla el Rey y leyó un aviso sin firma, en que le decian: "Cuidado, que se prepara una „revolucion en Palacio. Peligra el trono y la Reina María Luisa va á ser „envenenada."

—¡Jesús, María y José!—exclamó la marquesa, que como mujer nerviosa, estuvo á punto de desmayarse.—Pero, ¿qué demonio del infierno se ha metido en el Escorial?

—Figúrense ustedes cómo se quedaria el pobre Rey. Al punto sospecharon del Príncipe y decidieron ocuparle sus papeles. Dudaron mucho tiempo sobre el modo de hacerlo; pero al fin el Rey se decidió á reconocer él mismo en persona el cuarto de su hijo. Fué allá con pretexto de regalarle un tomo de poesías y, segun dicen, Fernando se turbó de tal modo al verle entrar, que descubrió con su mirar medroso y azorado el sitio en que estaban los papeles. El Rey los cogió todos, y parece que padre é hijo se dijeron algunas cosas un poco fuertes; despues de lo cual, Cárlos salió indignado, ordenándole que permaneciese en su cuarto sin recibir á persona alguna... Esto fué ayer; en seguida vino el ministro Caballero, y entre él y los reyes examinaron los papeles. No sabemos lo que pasó en esta conferencia; pero debió de ser cosa fuerte, porque la Reina se retiró á su cuarto llorando. Despues se dijo que los papeles encontrados en poder del Príncipe

contenian la clave de terribles proyectos, y, segun afirmó Caballero despues de hablar con los Reyes, el Príncipe Fernando debia ser condenado á muerte.

—¡Á muerte!—exclamó la marquesa.—¡Pero esa gente está loca! ¡Condenar á muerte á todo un Príncipe de Astúrias!

—No hay que apurarse todavía—dijo el diplomático con su acostumbrada suficiencia.—Tal vez se nos muestren esos papeles para saber nuestro dictámen, y haremos luminoso exámen de todos ellos para resolver lo que convenga.



—Pero ¿no se sabe lo que contenian esos papeles?—preguntó la marquesa.

—Se cuentan tantas cosas en Palacio, que no se puede saber la verdad. La Reina no nos ha dicho nada, y ha pasado toda la noche á lágrima viva, lamentándose de la ingratitud de su hijo. Tambien dice que no permitirá que se le persiga, porque él no tiene la culpa de lo que ha hecho, sino esos dos ó tres pícaros ambiciosos que le rodean.

—Dejémonos de anticipar juicios sobre estos sucesos—dijo el marqués.—Ya lo averiguaré yo todo, y sabré si es un complot de los enemigos del Príncipe ó simplemente una verdadera y efectiva conjuracion; mas cuando yo lo sepa, guárdense ustedes de preguntarme, pues ya conocen mis ideas...

—Parece que han decidido formar causa para averiguar quiénes son los delincuentes—continuó Amaranta,—y esta noche va el Príncipe á declarar á la Cámara régia.

Á este punto llegaban de tan interesante conversacion, cuando senti-

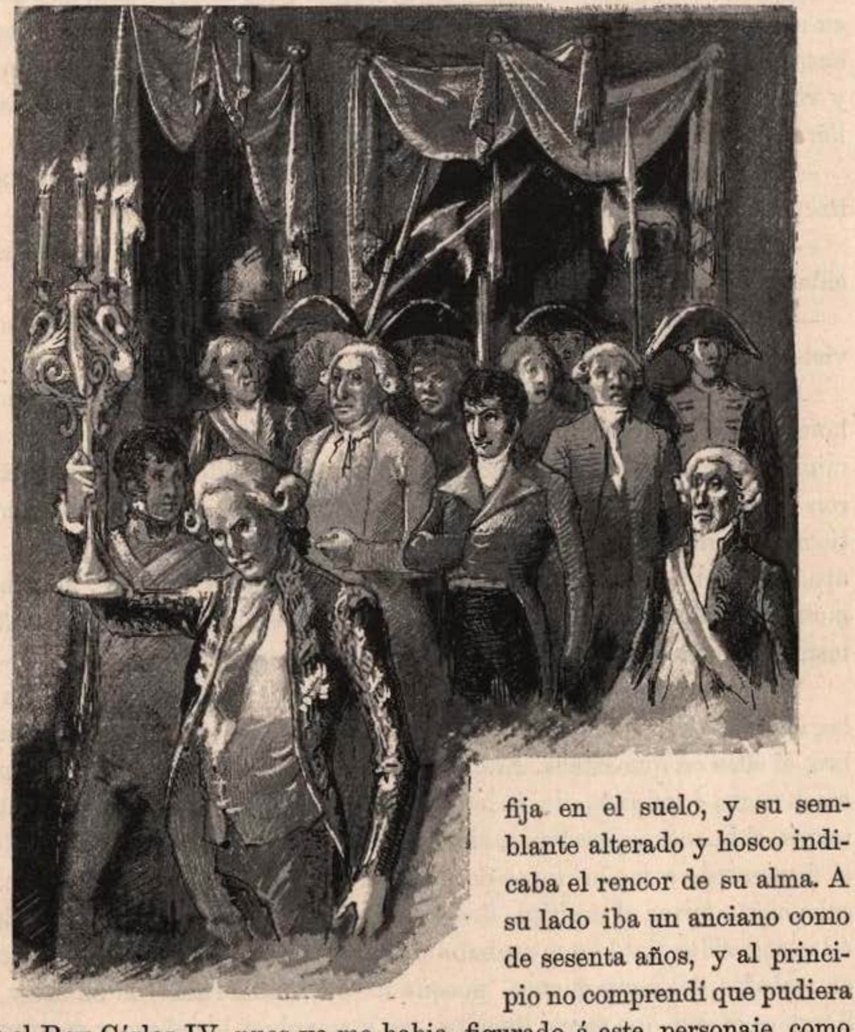
mos cierto rumor como de gente que se agolpaba en sitio cercano á la habitacion en que estábamos. Como no tenia gran cosa que hacer cerca de mi ama, y ademas la curiosidad me llamaba fuera, salí, bajé una escalera y halléme en una anchurosa pieza tapizada, que correspondia por ambos lados á otras de igual tamaño y parecidos adornos. Recorrí dos ó tres, siguiendo la direccion de las personas que se encaminaban á un lugar determinado, y no ví nada digno de llamar la atencion más que algunos grupos de palaciegos que cuchicheaban por lo bajo con mucho calor.

Yo me enorgullecia de encontrarme en Palacio, creyendo que sólo por el contacto del suelo que pisaban mis piés, tenia nuevos títulos á la consideracion del género humano; y como cuantos llevamos la generosa sangre española en nuestras venas, somos propensos á la fatuidad, no pude ménos de creerme un verdadero y genuino personaje, y hubiera deseado encontrar al paso á alguno de mis antiguos conocimientos de Madrid ó Cádiz para mostrarle en gestos y palabras el convencimiento de mi respetabilidad. Felizmente no conocí alma de Dios entre tanta gente, y me libré de ponerme en ridículo.

Encontrábame en aquella larga série de habitaciones tapizadas que, recorriendo toda la extension de Palacio por la parte interior, sirve de lazo de union á las moradas régias, cuyas luces se abren en la fachada oriental del inmenso edificio. Seguí la direccion de los demas sin reparar si debia aventurar mis pasos por aquellos sitios; mas como nadie me dijo nada, continué muy impávido. Las salas estaban muy débilmente alumbradas, y en la dulce penumbra las figuras de los tapices parecian sombras detenidas en las paredes, ó débiles reflejos luminosos enviados por escondido foco sobre el oscuro fondo de las cámaras. Paseé mi vista por aquella multitud de figuras mitológicas, con cuya desnudez provocativa se habian adornado las negras murallas construidas por Felipe, y ya consagraba mi atencion á contemplarlas, cuando pasó la extraña procesion de que voy á dar cuenta.

El Príncipe de Astúrias, á quien se habia comenzado á instruir sumaria por el delito de conspiracion, volvia de la Cámara real, donde acababa de prestar declaracion. No olvidaré jamás ninguna de las particularidades de aquella triste comitiva, cuyo desfile ante mis asombrados ojos me impresionó vivísimamente aquella noche, quitándome el sueño. Iba delante un señor con un gran candelero en la mano, como alumbrando á todos, y para esto lo llevaba en alto, aunque tan poca luz servia sólo para hacer brillar los bordados de su casacon de gentil-hombre. Luégo seguian algu-

nos guardias españoles; tras ellos un jóven en quien al instante reconocí, no sé por qué, al Príncipe heredero. Era un mozo robusto y de temperamento sanguíneo, de rostro poco agradable, pues la espesura de sus negras cejas y la expresion singular de su boca hendida y de su excelente nariz le hacian bastante antipático, por lo ménos á mis ojos. Iba con la vista



fija en el suelo, y su semblante alterado y hosco indicaba el rencor de su alma. A su lado iba un anciano como de sesenta años, y al principio no comprendí que pudiera ser el Rey Cárlos IV, pues yo me habia figurado á este personaje como un hombrecito enano y enteco, siendo lo cierto que, tal como le ví aquella noche, era un señor de mediana estatura, grueso, de rostro pequeño y encendido, y sin rasgo alguno en su semblante que mostrase las diferencias fisonómicas establecidas por la Naturaleza entre un Rey de pura sangre y un buen almacenista de ultramarinos.

En los personajes que le acompañaban, y eran, segun despues supe, los ministros y el gobernador interino del Consejo, me fijé más que en la real persona, y despues daré á conocer á alguno de aquellos exclarecidos varones. Cerraba, por último, la procesion el zaguanete de la guardia española, y nada más. Miéntras pasó la comitiva, sepulcral silencio reinó en todo el tránsito, y tan sólo se oyeron las pisadas que se perdian de cámara en cámara hasta llegar á las que formaban el cuarto de Su Alteza. Cuando entraron en éste, la cháchara comenzó de nuevo entre los circunstantes, y ví á Amaranta, que habiendo salido á buscarme, hablaba con un caballero vestido de uniforme.

—Creo que al declarar—dijo el caballero,—Su Alteza ha estado un poco irreverente con el Rey.

—¿De modo que está preso?—preguntó Amaranta con gran curiosidad.

—Sí, señora. Ahora quedará detenido en su cuarto con centinelas de vista. Vea usted, ya salen. Deben haberle recogido su espada.

La comitiva volvió á pasar sin el Príncipe, y precedida del gentilhombre con el candelabro que iba abriendo camino. Cuando el Rey y sus ministros se alejaron, los palaciegos que habian salido á las galerías fueron desapareciendo tambien en sus respectivas madrigueras, y por mucho tiempo no se oyó más que el violento cerrar de multitud de puertas. Se apagaron las pocas luces que alumbraban tan vastos recintos, y las hermosas figuras de los tapices se desvanecieron en la oscuridad, como fantasmas á quienes el canto del gallo llama á sus ignotas moradas.

Yo subí con mi ama á nuestro departamento, y me asomé por una de las ventanas que caian hácia el interior, para reconocer, como de costumbre, el sitio en que estaba. Era oscurísima la noche, y no ví más que una masa negra é informe, de la cual se destacaban altos tejados, cúpulas, torres, chimeneas, paredones, aleros, arbotantes y veletas que desafiaban el firmamento como los topes de un gran navío. Tal imponente vista causaba cierto terror al espíritu, despertando meditaciones que se mezclaban á las sugeridas por lo que acababa de ver; mas no pude ocuparme mucho en trabajos del pensamiento, porque un sutilísimo ruido de faldas y un ligero *ce ce* con que se me llamaba, me hizo volver la cabeza y apartarme de la ventana.

La transicion fué extremadamente brusca, cuando distrayéndome de la sombría perspectiva exterior, apareció ante mis ojos la figura de Amaranta y su celestial sonrisa. Reinaba profundo silencio: el marqués diplomático y su hermana se habian retirado. Amaranta habia cambiado su

traje de camino por una vestidura blanca y suelta, que aumentaba su hermosura, si su hermosura fuera susceptible de aumento. Cuando me llamó aún no se habia apartado su doncella; pero ésta salió sin tardanza, y luégo nuestra seductora dueña, cerrando por sí misma la puerta que daba á la galería, me hizo señas para que me acercase.



XIII

No olvides lo que me has jurado—dijo sentándose.—Yo confío en tu fidelidad y en tu discrecion. Ya te dije que me parecias un buen muchacho, y pronto llegará la ocasion de probármelo.

No recuerdo bien las vehementes expresiones con que juré mi fidelidad; mas debieron ser muy acaloradas y áun creo que las acompañé con dramáticos gestos, porque Amaranta se rió mucho y me recomendó que convenia fuera ménos fogoso. Despues continuó así:

—¿Y no deseas volver al lado de la Gonzalez?

—Ni al lado de la Gonzalez, ni al lado de todos los reyes de la tierra—contesté,—pues miéntras viva no pienso apartarme del lado de mi ama querida, á quien adoro.

Si mal no recuerdo, me puse de rodillas ante el sillon en que Amaranta reposaba con seductora indolencia; pero ella me hizo levantar, diciéndome que debia pensar en volver á casa de mi antigua ama, aunque continuara sirviendo á la nueva con toda reserva. Esto me pareció algo misterioso é incomprensible; pero no insistí en que lo exclareciera por no parecer impertinente.

—Haciendo lo que te mando—continuó,—puedes estar seguro de que te irá bien en el mundo. ¡Y quién sabe, Gabriel, si llegarás á ser persona de condicion y de fortuna! Otros con ménos ingenio que tú se han convertido de la mañana á la noche en verdaderos personajes.

—Eso no tiene duda, señora. Pero yo he nacido en humilde cuna, yo no tengo padres, yo no he aprendido más que á leer, y eso muy mal, en

libros que tengan letras como el puño, y apénas escribo más que mi firma y rúbrica, en la cual hago más rasgos que todos los escribanos del gremio.

—Pues es preciso pensar en tu educacion: el hombre debe ilustrarse. Yo me encargo de eso. Pero será con la condicion de que has de servirme fielmente; no me canso de repetírtelo.

—En cuanto á mi lealtad no hay más que hablar. Pero entéreme usía de cuáles son mis obligaciones en este nuevo servicio,—dije, anhelando que satisfaciera mi curiosidad respecto á lo que tenia que hacer para hacerme acreedor á tantas bondades.

—Ya te lo iré diciendo. Es cosa difícil y delicada; pero confío en tu buen ingenio.

—Pues ya anhelo prestar á usía esos servicios tan difíciles y delicados —contesté con todo el énfasis de mi bullicioso carácter.—No seré un criado, seré un esclavo, pronto á obedecer á usía, aunque pierda en ello la vida.

—No se necesita perder la vida—dijo sonriendo.—Basta con un poco de vigilancia; y sobre todo teniendo completa adhesion á mi persona, sacrificándolo todo á mi deseo, y no viendo más que la obligacion de satisfacer mi voluntad, te será fácil cumplir.

—Pues estoy impaciente, desecho, por empezar de una vez.

—Ya te enterarás con más calma. Esta noche tengo que escribir muchas cartas... Y ahora que recuerdo; vas á empezar á cumplir lo que espero de tí, respondiéndome á varias preguntas cuya contestacion necesito para escribir. Díme: ¿Lesbia solia ir á tu casa sin ser acompañada por mí?

Me quedé perplejo al oir una pregunta que me parecia tan léjos del objeto de mi servicio como el cielo de la tierra. Pero recogí mis recuerdos y contesté:

—Algunas veces, aunque no muchas.

—¿Y la viste alguna vez en el vestuario del Teatro del Príncipe?

—Eso sí que no lo recuerdo bien, y por tanto no puedo jurar que la ví, ni tampoco que no la ví.

—No tiene nada de particular que la hayas visto, porque Lesbia no se mira mucho para ir á semejantes sitios—dijo Amaranta con mucho desden.

Despues de una pausa, en que me pareció muy preocupada, continuó así:

—Ella no guarda las conveniencias, y fiada en las simpatías que encuentra en todas partes por su gracia, por su dulzura y por su belleza... aunque la verdad es que su belleza no tiene nada de particular.

—Nada absolutamente de particular—añadí yo, adulando la apasionada rivalidad de mi ama.

—Pues bien—dijo,—ya me enterarás despacio de esta y otras cosas que necesito saber. Lo primero que te recomiendo es la más absoluta reserva, Gabriel. Espero que estarás contento de mí y yo de tí, ¿no es verdad?

—¿Cómo podré pagar á usía tantos beneficios?—exclamé con la mayor vehemencia.—Creo que voy á volverme loco, señora, y me volveré de seguro. Yo no puedo ménos de desahogar mi corazon, mostrando los sentimientos que lo llenan desde el instante en que usía se dignó poner los ojos en mí. Y ahora, cuando usía me ha dicho que va á hacer de mí un hombre de provecho, y á ponerme en disposicion de ocupar puesto honroso en el mundo, estoy pensando que aunque viva mil años adorando á mi bienhechora, no le pagaré tantos favores. Yo tengo deseos muy fuertes de ser un hombre como algunos que veo por ahí. ¿No es esto posible? ¿Usía cree que lo podré ser, instruyéndome con su ayuda? ¡Ay! Cuando uno ha nacido pobre, sin parientes ricos, cuando se ha criado en la miseria y en la triste condicion de sirviente, no puede subir á otro puesto mejor sino por la proteccion de alguna persona caritativa como usía. Y si yo llegara á conseguir lo que deseo, no seria el primer caso, ¿no es verdad, señora? porque gentes hay aquí muy poderosas y muy grandes que deben su fortuna y su carrera á alguna ilustrísima mujer que les dió la mano.

—¡Ah!—dijo Amaranta con bondad.—Veo que tú eres ambicioso, Gabrielillo. Lo que has dicho últimamente es cierto; hombres conocemos á quienes ha elevado á desmedida altura la proteccion de una señora. ¡Quién sabe si encontrarás tú igual proporcion! Es muy posible. Para que no pierdas la esperanza, ahí va un ejemplo. En tiempos muy antiguos y en tierras muy remotas habia un grande imperio que era gobernado en completa paz por un soberano sin talento, pero tan bondadoso, que sus vasallos se creian felices con él y le amaban mucho. La Sultana era mujer de naturaleza apasionada y viva imaginacion, cualidades contrarias á las de su marido, merced á cuya diferencia aquel matrimonio no era completamente feliz. Cuando heredó á su padre, el Sultan tenia cincuenta años y la Sultana treinta y cuatro. Acertó entónces á entrar en la guardia genízara un jóven que se hallaba casi en el mismo caso que tú, pues aunque no era de nacimiento tan humilde, ni tampoco dejaba de tener alguna instruccion, era bastante pobre y no podia esperar gran carrera de sus propios recursos. Al punto se corrió en la Córte la voz de que el jóven guardia habia agradado á la esposa del Sultan, y esta sospecha se confir-

mó al verle avanzar rápidamente en su carrera, hasta el punto de que á los veinticinco años de edad ya habia alcanzado todos los honores que pueden ser concedidos á un simple súbdito. El Sultan, léjos de poner reparos á tan rápido encumbramiento, habia fijado todo su cariño en el favorecido jóven, y no contento con darle las primeras dignidades, le entregó las riendas del gobierno, le hizo gran visir, príncipe, y le dió por esposa á una dama de su propia familia. Con esto estaban los pueblos de aquella apartada y antigua comarca muy descontentos, y aborrecian al jóven y á la Sultana. En su gobierno, el jóven valido hizo algunas cosas buenas; mas el pueblo las olvidaba, para no ocuparse sino de las malas, que fueron muchas, y tales que trajeron grandes calamidades á aquel pa-



cífico imperio. El Sultan, cada vez más ciego, no comprendia el malestar de sus pueblos, y la Sultana, aunque lo comprendia, no pudo en lo sucesivo remediarlo, porque las intrigas de su córte se lo impedian. Todos odiaban al favorecido jóven, y entre sus enemigos más encarnizados se distinguian los demas indivíduos de la régia familia. Pero lo más extraño es que el hombre á quien una mano tan débil como generosa habia elevado sin merecimientos, se mostró ingrato con su protectora, y léjos de amarla con constante fé, amó á otras mujeres, y hasta llegó á maltratar á aquella desventurada á quien todo lo debia. Las damas de la Sultana contaban que algunas veces la vieron derramando acerbo llanto y con señales en su cuerpo de haber recibido violentos golpes de una mano sañuda.

—¡Qué infame ingratitud!—exclamé sin poder contener mi indignacion. —¿Y Dios no castigó á ese hombre, ni devolvió á aquellos inocentes pueblos su tranquilidad, ni abrió los ojos del excelente Sultan?

—Eso no lo sé—contestó Amaranta, mordiendo las puntas blancas de la pluma con que se preparaba á escribir;—porque estoy leyendo la historia que te cuento en un libro muy viejo, y no he llegado todavía al desenlace.

—¡Qué hombres tan malos hay en el mundo!

—Tú no serás así—dijo Amaranta sonriendo;—y si algun dia te vieras elevado á tales alturas por las mismas causas, harias todo lo posible por que se olvidara con la grandeza de tus actos el orígen de tu encumbramiento.

—Si por artes del Demonio eso sucediera—respondí,—lo haré tal y como usía lo dice, ó no soy quien soy, pues á mí me sobra alma y corazon para gobernar, sin dejar de ser un hombre bueno, decente y generoso.

Estas últimas palabras la hicieron reir, y ofreciéndome que al dia siguiente me recomendaria á un padre jerónimo del monasterio para que me instruyese, me dijo que iba á escribir cartas muy urgentes y que la dejase sola. La doncella volvió para conducirme al cuarto donde debia recogerme, y una vez dentro de él, me acosté; mas los pensamientos evocados en mi cabeza por la pasada conferencia me confundian de tal modo, que mi sueño fué agitado y doloroso, cual opresora pesadilla, y creí tener sobre el pecho todas las cúpulas, torres, tejados, aleros, arbotantes y hasta las piedras todas del inmenso Escorial.



XIV



Al dia siguiente se reunieron á comer en casa de Amaranta Lesbia, el diplomático y su digna hermana. He hablado poco de esta buena señora, que no figura gran cosa en los acontecimientos referidos, lo cual es sensible, porque por su carácter y excelentes prendas mereceria mencion muy detallada. La marquesa era una dama ya de avanzada edad, mujer orgullosa, de modestas costumbres, española rancia por los cuatro costados, de carácter franco y sin artificios, muy natural, muy caritativa, enemiga de trapisondas y aventuras, muy cariñosa para todo el mundo; en fin, era la honra de su clase. Su lado flaco consistia en creer que su hermano tenia mucho talento. Aunque era modesta en su trato privado, gustaba de dar grandes fiestas, prefiriendo las representaciones dramáticas, á que tenia mucha aficion. Su teatro era el primero de la Córte, y para la representacion de *Otello* habia gastado considerables sumas. Protegia y trataba á los cómicos; pero siempre á mucha distancia.

Tambien estaba convidado aquel dia con mi ama el Sr. D. Juan de Mañara; pero cuando fuí á llevarle la invitacion, contestó excusándose, por tocarle entrar de guardia á la misma hora. Y á propósito del pisaverde, no debo pasar en silencio la circunstancia de que le ví por la mañana en compañía de Lesbia, ambos en traje que parecia indicar regresaban de uno de esos crepusculares y campestres paseos, siempre anhelados por los amantes. En la tarde de aquel mismo dia le ví paseando muy cabizbajo por el patio grande, y la mañana siguiente me detuvo en el mismo

paraje, suplicándome que llevase una carta á la señora duquesa. Neguéme á esto, y allí quedó. Indudablemente algo le pasaba al Sr. de Mañara.

Amaranta pareció muy contrariada de que no se sentase á la mesa el jóven mencionado. Cuando volví con la respuesta, estaba de visita en el cuarto de Amaranta un caballero de los que la noche anterior vi en la procesion descrita. Conferenciaron más de hora y media; cuando él se retiró le examiné bien, y por cierto que pocas veces he visto facha más desagradable. No le daria un puesto en la série de mis recuerdos, si aquél no fuera uno de los personajes más célebres de su tiempo, razon por la cual me resuelvo no sólo á mencionarle, sino á describirle, para edificacion de los tiempos presentes. Era el marqués Caballero, ministro de Gracia y Justicia.



No ví á semejante hombre más que una vez, y jamás lo he olvidado. Era de edad como de cincuenta años, pequeño y rechoncho el cuerpo, turbia y traidora la mirada de uno de sus ojos, pues el otro estaba cerrado á toda luz; con el semblante amoratado y granulento, como de persona á quien envilece y trastorna el vino; de andar y gestos sumamente ordinarios: en tanto grado repugnante y soez toda su persona, que era preciso suponerle dotado de extraordinarios talentos para comprender cómo se podia ser ministro con tan innoble estampa. Pero no, señores mios. El marqués Caballero era tan despreciable en lo moral como en lo físico, pudiendo decirse que jamás cuerpo alguno encarnó de un modo tan fiel los ruines sentimientos y bajas ideas de un alma. Hombre nulo, ignorante, sin más habilidad que la de la intriga, era el tipo del leguleyo chismoso y tramoyista que funda su ciencia en conocer, no los principios, sino los escon-

drijos, las tortuosidades y las fórmulas escurridizas del derecho, para enredar á su antojo las cosas más sencillas.

Nadie podia explicarse su encumbramiento, tanto más enigmático cuanto que el omnipotente Godoy no pasaba por amigo suyo; mas debió aquél consistir en que habiéndose introducido en Palacio y héchose valer, merced á viles intrigas de escalera abajo, usó como instrumento de su ambicion cerca del Rey la defensa de los intereses de la Iglesia; y adulando la religiosidad del pobre Cárlos, pintándole imaginarios peligros y haciendo depender la seguridad del Trono de la adopcion de una política restrictiva en negocios eclesiásticos, logró hacerse necesario en la Córte. El mismo Godoy no pudo apartarle del gobierno ni poner coto á las medidas dictadas por el bestial fanatismo del ministro de Gracia y Justicia, quien despues de haber perseguido á muchos ilustres hombres de su época, y encarcelado á Jovellanos, remató su gloriosa carrera contribuyendo á derribar al mismo Príncipe de la Paz en Marzo de 1808.

Damos estas ligeras noticias respecto á un hombre que gozaba entónces de justa y general antipatía, para que se vea que la elevacion de los tontos y ruines y ordinarios, no es, como algunos creen, desdicha peculiar de los modernos tiempos.

Despues de la conferencia indicada principió la comida, que yo serví.

—Ya sé—dijo Amaranta al sentarse y sin disimular su intencion de mortificar á Lesbia,—ya sé lo que contenian esos papeles cogidos á S. A. Caballero me lo ha dicho, encargándome la reserva; pero puesto que pronto se ha de saber...

—Sí, dínoslo. No lo confiaremos más que á nuestras amigas—indicó la marquesa.

—Pues yo opino que no se diga—objetó el diplomático, que siempre se incomodaba cuando alguien revelaba secretos que él no conocia.

—Entre los papeles—dijo Amaranta,—hay una exposicion al Rey que se supone hecha por D. Juan Escoiquiz, aunque la letra es de Fernando. Parece que en ella se pintan las malas costumbres del Príncipe de la Paz con las frases más indecentes. Allí han salido á relucir sus dos mujeres y tambien lo que dicen de los destinos, pensiones y prebendas que concede á cambio de...

—¡Y tan cierto como es!—dijo la marquesa.—Yo sé de un señor á quien el Príncipe de la Paz ofreció...

La buena señora cayó en la cuenta de que estaba yo delante, y se contuvo. Pero á mí siempre me han bastado pocas palabras para entender las cosas, y supe pescar al vuelo lo que querian decir.

—En esa exposicion—continuó la condesa,—ponen á la pobre Tudó de vuelta y media, y aconsejan al Rey que la encierre en un castillo. Por último, se pretende que el de la Paz sea destituido, embargados todos sus bienes, y que desde el mismo momento no se separe el Príncipe heredero del lado de su padre.

—Todo eso está muy puesto en razon—dijo la marquesa, asombrada de cómo concordaban las ideas de los conjurados con sus propias ideas;—aunque me guardaré muy bien de decirlo fuera de aquí.

—Pues aquí no temo decirlo—continuó Amaranta.—Caballero no guarda muy bien el secreto, sé que lo ha dicho ya á varias personas. Otro de los papeles es graciosísimo, y parece un sainete; pues todo él está en diálogo, y se creeria que lo habian escrito para representarlo en el teatro. Cada uno de los personajes que hablan tiene allí nombre supuesto; así es que el Príncipe se llama *D. Agustin*, la Reina *Doña Felipa*, el Rey *Don Diego*, Godoy *D. Nuño*, y la princesa con quien dicen han tratado de casar al heredero es una tal *Doña Petra.*

—¿Y qué objeto tiene esa comedia?

—Es un proyecto de conversacion con la Reina, y suponiendo las observaciones que ésta ha de hacer, se le responde á todo, segun un plan combinado, para convencerla de las picardías del Príncipe de la Paz. Tambien aquí abundan las frases soeces, y por último, el *D. Agustin* parece que se niega redondamente á casarse con *Doña Petra*, la cuñada del ministro y hermana del cardenal y de la de Chinchon.

—Tambien eso está bien pensado—dijo la marquesa;—y si ese sainetillo se representara yo lo aplaudiria. Pues ¿por qué han de querer casar al pobre muchacho con la cuñada del otro? ¿No es mejor que le busquen mujer en cualquiera de las familias reinantes, que á buen seguro todas ellas se darian con un canto en los pechos por entroncar con nuestros Reyes, casando á cualquiera de sus mozuelas con semejante Príncipe?

—¿Cómo se atreven ustedes á juzgar cosas tan graves?—dijo con displicencia el diplomático.—Y en cuanto á los documentos citados, extraño que una persona tan discreta como mi sobrina les dé publicidad imprudentemente.

—Vamos, usted dudaba ántes que existieran, y ahora, creyendo que no deben revelarse, los da como ciertos.

—Sí que los doy—repuso el diplomático,—y ya que otra persona ha descubierto hechos que yo me obstinaba en callar...

El diplomático, no pudiendo negar aquellos secretos, resolvió apropiárselos, fingiendo tener ya noticia de los papeles del proceso.

—¿De modo que ya tú lo sabias todo?—le preguntó su hermana.—Bien decia yo que tú no podias ménos de estar al tanto de estas cosas. La verdad es que no se te escapa nada, y bien puedes afirmar que eres de los que ven los mosquitos en el horizonte.

—Desgraciadamente así es—contestó el diplomático con la mayor hinchazon.—Todo llega á mis oidos, á pesar de mis repetidos propósitos de no intervenir en nada y huir de los negocios. ¡Cómo ha de ser! Es preciso tener paciencia.

—Hermano, tú debes saber algo más, y te lo callas—dijo la marquesa. —Vamos á ver. ¿Napoleon tiene alguna parte en este negocio?

—¿Ya comienzan las preguntillas?—repuso el viejo con retozona risa. —Déjense ustedes de preguntas, porque les juro que no me han de sacar una sílaba. Ya conocen la rigidez de mi carácter en estas materias.

—Á todas estas Lesbia no decia una palabra.

—Pues voy á acabar mi cuento—añadió mi ama.—Aún me falta decir cuál es el otro papel que se encontró al Príncipe.

—Más valdria que lo callaras, querida sobrina—dijo el diplomático.

—No; que lo diga, que lo diga.

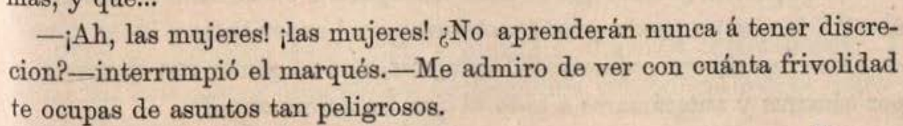
—Pues se ha encontrado la cifra y clave de la correspondencia que el heredero sostiene con su maestro D. Juan Escoiquiz, y ademas... esto es lo más grave.

—Sí; lo más grave—indicó el diplomático,—y por eso debe callarse.

—Por lo mismo debe decirse.

—Pues se encontró una carta en forma de nota, sin sobrescrito, firma, ni nombre, en que manifiesta estar dispuesto á elevar al Rey la exposicion por medio de un religioso. Lo más notable de este papelito es que el Príncipe asegura que está decidido á tomar por modelo al Santo mártir Hermenegildo; que se dispone á pelear... óiganlo ustedes bien... á pelear por la justicia. Esto es hablar clarito de una revolucion. Pide despues á los conjurados que le sostengan con firmeza; que preparen las proclamas, y que...





—¡Ah, las mujeres! ¡las mujeres! ¿No aprenderán nunca á tener discrecion?—interrumpió el marqués.—Me admiro de ver con cuánta frivolidad te ocupas de asuntos tan peligrosos.

—En este papel—prosiguió la condesa, sin atender á las fastidiosas amonestaciones del diplomático,—se indica á los Reyes y á Godoy con nombres godos. *Leovigildo* es Cárlos IV, la Reina es *Goswinda*, y el de la Paz *Sisberto*. Pues bien: el Príncipe, que se atribuye el papel de *San Hermenegildo*, dice á los conjurados que la tempestad debe caer sobre *Sisberto* y *Goswinda*, y que traten de embobar á *Leovigildo* con vítores y palmadas.

—¿Y eso es todo?—preguntó la marquesa.—Pues no hay cosa más inocente.

—Está bien claro—indicó Amaranta con ira,—que se trata de destronar á Cárlos IV.

—No lo veo yo así.

—Pues yo sí—repuso la condesa.—La tempestad debe caer sobre *Sisberto* y *Goswinda*. De modo que el heredero y sus amigos, no sólo tratan de mandar á paseo al guardia, sino que tambien quieren hacer alguna picardía con la Reina; cuando ménos llevarla á la guillotina, como á la pobre María Antonieta. Todos saben cuánto ama el Rey á su esposa. Cualquier ofensa que á ésta se le haga, la considera como hecha á su propia persona.

—Pues lo que digo es que si algo les pasa, bien merecido se lo tienen,—fué la contestacion de la marquesa.

—Y yo sostengo—añadió mi ama, alterándose más,—que el Príncipe podia haber intentado cuantas conjuraciones quisiera para echar del ministerio á Godoy; pero escribir exposiciones al Rey, poniendo en duda el honor de su madre, y hablando de arrojar tempestades sobre *Sisberto* y *Goswinda*, lo cual equivale á atentar contra la vida de la Reina, me parece conducta indigna de un Príncipe español y cristiano... Al fin es su madre: cualesquiera que hayan sido las faltas de ésta (y yo estoy segura de que no son tantas ni tan grandes como las de quien las publica), no es propio de un hijo el reconocerlas ó mencionarlas, ni ménos fundarse en ellas para perseguir á un enemigo.

—Hija, no estás poco melindrosa—dijo con acrimonia la tia de Amaranta.—Yo creo que el Príncipe hace muy retebien, y si á alguien le pesa, más valiera no haber dado motivos con lo que todos sabemos á lo que está pasando. Y si no, hermano, tú que lo sabes todo, dínos tu opinion.

—¡Mi opinion! ¿Creeis que es fácil dar opinion sobre asunto tan espinoso? Y lo que yo pueda pensar, conforme á mi experiencia y luces, ¿puedo acaso decirlo en conferencia de mujeres, que al punto van diciéndolo por cámaras y antecámaras á todo el que las quiera oir...?

—No hay quien te saque una palabra. Si yo supiera la mitad de lo que tú sabes, hermano, gustaria de instruir á los ignorantes.

—Para formar exacto juicio, vengan datos—dijo el marqués.—¿Alguna de ustedes sabe la opinion de la Reina sobre estas cosas?

—Cuando se leyó en consejo el último de los papeles que he citado—respondió la condesa,—Caballero dijo que el Príncipe merecia la pena de muerte por siete capítulos. La Reina, indignada al oirle, respondió: *¿Pero no reparas que es mi hijo? Yo destruiré las pruebas que le condenan; le han engañado, le han perdido;* y arrebatando el papel, lo escondió en su seno y se arrojó llorando en un sillon. ¡Vean ustedes qué generosidad! Francamente, aunque nunca me ha sido simpática la causa del Príncipe, desde que sé sus proyectos contra los Reyes, me parece un jóven digno de lástima, si no de otro sentimiento peor.

—¡Qué tontería!—exclamó la marquesa.—Ahora vienen los lloriqueos y los dengues, despues de haber sido causa de tantos males. ¿Pues qué, ocurririan estas cosas si no se hubieran cometido ciertas faltas...?

Lesbia, que hasta entónces habia permanecido en silencio, con cierta confusion y amilanamiento, no quiso callar más, y apoyó las últimas frases de la marquesa. Amaranta entónces se volvió á ella, y con acento tan amargo como desdeñoso, le dijo:

—¡Cuánto hablar de faltas ajenas! Esa persona no esperaba ser injuriada públicamente, como lo ha sido, por quien tantos favores recibió de ella, por quien se ha sentado á su mesa y se ha honrado con su amistad.

—¡Ah! el sermoncito no está mal—dijo Lesbia con esa forzada jovialidad, que á veces es la más terrible expresion de la ira.—Ya lo esperaba desde que me negué á ciertas condescendencias; desde que cansada de un papel, admitido con ligereza é impropio de mí, lo cedí á otras, que lo desempeñan con perfeccion, se me censura suponiéndome divulgadora de lo que todo el mundo sabe. Ciertas personas no pueden hacerse pasar por víctimas de la calumnia aunque lloren y giman, porque sus vicios, en fuerza de ser tantos y tan grandes, han llegado á vulgarizarse.

—Es verdad—repuso Amaranta con perversa intencion.—No falta quien sea prueba viva de ello. Pero hija, el vicio más feo es el de la ingratitud.

—Sí; pero ese es el vicio en que ménos fácilmente pueden sentenciar los hombres.

—¡Oh! no: tambien sentencian, y pronto lo veremos. Precisamente la causa del Príncipe es obra pura y simplemente consumada por la ingratitud. Ya verás cómo ésta se castiga.

—Supongo—dijo Lesbia con malicia,—que no querrás poner en la cárcel á todos los que estamos aquí, por haber cometido el crímen de desear el triunfo del Príncipe.

—Yo no pongo á nadie en la cárcel; y los que aquí están pueden vivir tranquilos; pero quizás no esté muy segura otra persona muy amada de alguien que me escucha.

—¡Ah!—dijo imprudentemente el diplomático,—me han dicho que tambien Mañara está complicado en la causa.

—Creo que sí—añadió Amaranta cruelmente;—pero él fia mucho en el arrimo de elevadas personas. Y como resulten complicadas las que se sospecha, es de esperar que no les valga ninguna clase de apoyo.

—Eso es—dijo la duquesa.—¡Duro en ellos! Falta todavía conocer el giro que tomará este negocio; falta saber si algun suceso inesperado cambiará de improviso los términos, convirtiendo á los acusadores en acusados.

—¡Ya... confian en Bonaparte!—afirmó Amaranta con despecho.

—¡Alto allá!—exclamó el diplomático;—entran ustedes, señoras mias, en un terreno peligroso.

—Se hará justicia—dijo mi ama,—aunque no como se desea, pues no será posible descubrirlo. Por ejemplo: hay gran empeño en averiguar quién se encargaba de transmitir á los conjurados la correspondencia del Príncipe, y hasta ahora no se sabe nada. Hay sospechas de que sea alguna de las muchas damas intrigantes y coquetuelas que hay en Palacio... Hasta se han fijado en alguna; pero aún no hay suficientes pruebas.

Lesbia no dijo una palabra; pero la pícara se sonreia como quien está libre de todo temor. Despues hasta se atrevió á mortificar á su enemiga de esta manera:

—Quizás por lo mismo que es intrigante y coquetuela, tenga medios de burlar á sus perseguidores. Tal vez las circunstancias le hayan proporcionado medios de desafiar y provocar á sus enemigos... Tengo deseos de saber quién es esa buena pieza. ¿Nos lo podrias decir?

—Ahora no—repuso mi ama;—pero mañana tal vez sí.

Lesbia rió á carcajadas. Amaranta mudó de conversacion; la marquesa volvió á lamentar la suerte del Principe, y el diplomático aseguró que por nada del mundo descorreria el velo que ocultaba los designios del capitan del siglo, con lo cual dió fin la comida, y todos, ménos mi ama, se retiraron á dormir la siesta.

XV



L siguiente dia, 30 de Octubre, ocurrieron grandes y conmovedoras novedades, si algo podia ya ocurrir capaz de aumentar la turbacion de los ánimos. Desde por la mañana me habia despedido mi ama, diciéndome que fuera á dar un paseo por la octava maravilla del mundo, y al mismo tiempo me mandó visitase en su celda al padre Jerónimo que habia de instruirme en las letras sagradas y profanas. Ambas cosas me contentaron mucho, y más que nada el ocio de que disfrutaba para recorrer á mi antojo el edificio y sus alrededores. El primer espectáculo que se ofreció á mi curiosidad fué la salida del Rey á caza, lo cual no dejó de causarme extrañeza, pues me parecia que atribulado y pesaroso S. M. por lo que estaba pasando, no tendria humor para aquel alegre ejercicio. Pero despues supe que nuestro buen monarca le tenia tan viva aficion, que ni en los dias más terribles de su existencia dejó de satisfacer aquella su pasion dominante, mejor dicho, su única pasion.

Yo le ví salir por la puerta del Norte, acompañado de dos ó tres personas, entrar en su coche y partir hácia la sierra, con tanta tranquilidad como si en Palacio dejase la paz más perfecta. Sin duda debia de ser en extremo apacible su carácter y tener la conciencia más pura y limpia que los frescos manantiales de aquellas montañas. Sin embargo, aquel buen anciano, á pesar de su alta posicion y de la paz que yo suponia en su interior, más me inspiraba lástima que envidia. Aquélla se aumentó cuando ví que la gente del pueblo, reunida en torno al edificio, no mostraba á su

Rey ningun afecto, y hasta me pareció oir murmullos en algunos grupos y frases mal sonantes que hasta entónces creo no se habian aplicado á ningun soberano de esta honrada nacion.

Recorriendo despues las galerías bajas del Palacio y las antecámaras altas, ví á otros indivíduos de la régia familia, y me maravilló observar en todos la misma forma de narices colgantes que caracterizaba la casta de los Borbones. El primero que tuve ocasion de admirar fué el cardenal de la Escala, D. Luis de Borbon, célebre despues por haber recibido el



juramento de los diputados en la isla de Leon, y por otros hechos ménos honrosos que irán saliendo á medida que avancen estas historias. No era el señor cardenal hombre grave, cubierto de canas, prenda natural de la edad y del estudio, ni representaba su rostro aquella austeridad que parece ha de ser inherente á los que desempeñan cargos tan difíciles: ántes bien era un jovenzuelo que no habia llegado á los treinta años, edad en la cual Lorenzana, Albornoz, Mendoza, Silíceo y otras lumbreras de la Iglesia española no habian aún salido del Seminario.

Verdad es que existia la costumbre de consagrar al cardenalato á los príncipes menores que no podian alcanzar ningun reino, grande ni chico, y el Sr. D. Luis de Borbon, primo del Rey Cárlos IV, fué en esto uno de los mortales más afortunados, porque con la leche en los labios empezó á disfrutar las rentas de la mitra de Sevilla, y no cumplidos aún los veintitres, y mal digeridas las *Sentencias* de Pedro Lombardo, tomó posesion de la silla de Toledo, cuyas fabulosas rentas habria envidiado cualquier príncipe de Alemania ó de Italia.

Pero cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento. Lo que hemos dicho era costumbre propia de la edad, y no es justo censurar al Infante porque tomase lo que le daban. Su Eminencia, tal y como le ví descender del coche en el vestíbulo de Palacio, me pareció un mozo coloradillo, rubicundo, de mirada inexpresiva, de nariz abultada y colgante, parecida á las demas de la familia, por ser fruto del mismo árbol, y con tan insignificante aspecto, que nadie se fijara en él, si no fuera vestido con el traje cardenalicio. D. Luis de Borbon subió con gran priesa á las habitaciones régias, y ya no le ví más.

Pero mi buena estrella, que sin duda me tenia reservado el honor de conocer de una vez á toda la familia real, hizo que viera aquel mismo dia al Infante D. Cárlos, segundo hijo de nuestro Rey. Este jóven aún no aparentaba veinte años, y me pareció de más agradable presencia que su hermano el Príncipe heredero. Yo le observé atentamente, porque en aquella época me parecia que los individuos de sangre real habian de tener en sus semblantes algo que indicase la superioridad; pero nada de esto habia en el del Infante D. Cárlos, que sólo me llamó la atencion por sus ojos vivarachos y su carita de Páscua. Este personaje varió mucho con la edad en fisonomía y carácter.

Tambien ví aquella misma tarde en el jardin al Infante D. Francisco de Paula, niño de pocos años, que jugaba de aquí para allí, acompañado de mi Amaranta y de otras damas; y por cierto que el Infante, saltando y brincando con su traje de mameluco completamente encarnado, me hacia reir, faltando con esto á la gravedad que era indispensable cuando se ponia el pié en parajes hollados por la régia familia.

Ántes de bajar al jardin, habian llamado mi atencion unos recios golpes de martillo que sentí en las habitaciones inferiores: despues sucedieron á los golpes unos delicados sones de zampoña, con tal arte tañida, que parecian haberse trasladado al Real sitio todos los pastores de la Arcadia. Habiendo preguntado, me contestaron que aquellos distintos ruidos salian del taller del Infante D. Antonio Pascual, quien acostumbraba ma-

tar los ocios de la vida régia alternando los entretenimientos del oficio de carpintero ó de encuadernador con el cultivo del arte de la zampoña. Yo me admiré de que un Príncipe trabajase, y me dijeron que el D. Antonio Pascual, hermano menor de Cárlos IV, era el más laborioso de los infantes de España, despues del difunto D. Gabriel, celebrado como gran humanista y muy devoto de las artes. Cuando el ilustre carpintero y zampoñista dejó el taller para dar su paseo ordinario por la huerta del Prior en compañía de los buenos padres jerónimos que iban á buscarle todas las tardes, pude contemplarle á mis anchas, y en verdad digo qme jamás ví fisonomía tan bonachona. Tenia costumbre de saludar con tanta solemnidad como cortesanía á cuantas personas le salian al paso, y yo tuve la alta honra de merecerle una bondadosa mirada y un movimiento de cabeza que me llenaron de orgullo·



Todos saben que D. Antonio Pascual, que despues se hizo célebre por su famosa despedida del valle de Josafat, parecia la bondad en persona. Confieso que entónces aquel Príncipe casi anciano, cuya fisonomía se habria confundido con la de cualquier sacristan de parroquia, era, entre todos los indivíduos de la régia familia, el que me parecia de mejor carácter. Más tarde conocí cuánto me habia equivocado al juzgarle como el más benévolo de los hombres. María Luisa, que le tachó de cruel en una de sus cartas, profetizó lo que habia de pasar á la vuelta de Valencey, cuando el Infante congregaba en su cuarto lo más florido del partido realista furibundo.

Este pobre hombre, lo mismo que su sobrino el Infante D. Cárlos, eran partidarios del Príncipe Fernando, y aborrecian cordialmente al de la Paz; mas excusadas son estas advertencias, porque entónces ningun español amaba á Godoy, empezando por los indivíduos de la familia. Pero basta de digresiones y sigamos contando. Quedé, si mal no recuerdo, en el anuncio de ciertas novedades que dieron inesperado giro á los sucesos, mas no dije cuáles fueran. Parece que á eso de la una el ilustre prisionero luégo que se enteró de que su padre habia salido á caza, mandó á la Reina un recado, suplicándola que fuese á su cuarto, donde le revelaria cosas

muy importantes. Negóse la madre; pero envió al marqués Caballero, quien recogió de labios del Príncipe las declaraciones de que voy á hablar.

No crean ustedes que tan estupendas nuevas eran del dominio de todos los habitantes del Escorial. Yo las supe porque Amaranta las contó al diplomático y á su hermana, y como por mi poca edad y aspecto de mozuelo distraido y casquivano, creian que yo no habia de prestar atencion á sus palabras, no se cuidaban de guardar reserva delante de mí.

Conforme dijo Amaranta, todas las personas reales andaban azoradas y aturdidas, porque, segun las últimas declaraciones del Príncipe, se sabia ya con certeza que los conjurados tenian de su parte á Napoleon en persona, cuyas tropas se acercaban cautelosamente á Madrid con objeto de apoyar el movimiento. Tambien habia denunciado Fernando á sus cómplices, llamándoles *pérfidos* y *malvados;* y segun las indicaciones que hizo, los rumores tiempo há propalados sobre proyectos de atentar á la vida de la Reina no carecian de fundamento. En cuanto al Rey, los amigos del Príncipe no debian de tener muy buenas intenciones respecto á él, porque éste habia nombrado generalísimo de las tropas de mar y tierra al duque del Infantado en un decreto que empezaba así: "*Habiendo Dios tenido á bien llamar para sí el alma del Rey, nuestro padre*, etc."

No se fijaron bien en mi imaginacion estos pormenores; pero habiendo leido más tarde los incidentes de aquel proceso célebre, puedo auxiliar mi memoria con tanta eficacia, que resulte la narracion de los hechos tan viva como hija del recuerdo. Lo que sí tengo presente es que Amaranta, alarmada con lo de Bonaparte, tenia gran placer en hacer consideraciones sobre la bajeza del Príncipe al denunciar vilmente á sus amigos. La marquesa se resistia á creerlo, y los comentarios, que no copio por no ser molesto, duraron mucho tiempo.

No habia aún oscurecido cuando volvió el Rey de caza, y hora y media despues un gran ruido en la parte baja del alcázar nos anunció la llegada de otro importante personaje. Corrí al patio grande y ya no pude verle, porque habiendo descendido rápidamente del coche, subió por la escalera con prisa de llegar pronto arriba. Únicamente se distinguia un bulto arrebujado en anchísima capa, como persona enferma que quiere preservarse del aire; mas no me fué posible ver sus facciones.

—Es él—dijeron algunos criados que habia junto á mí.

—¿Quién?—pregunté con mucha curiosidad.

Entónces un pinche de la cocina, con quien habia yo trabado cierta amistad por ser el funcionario encargado de darme de comer, acercó su boca á mi oido y me dijo muy quedamente:

—El *choricero.*

Más adelante tuve ocasion de hablar con este personaje; pero su pintura pertenece á otro libro.



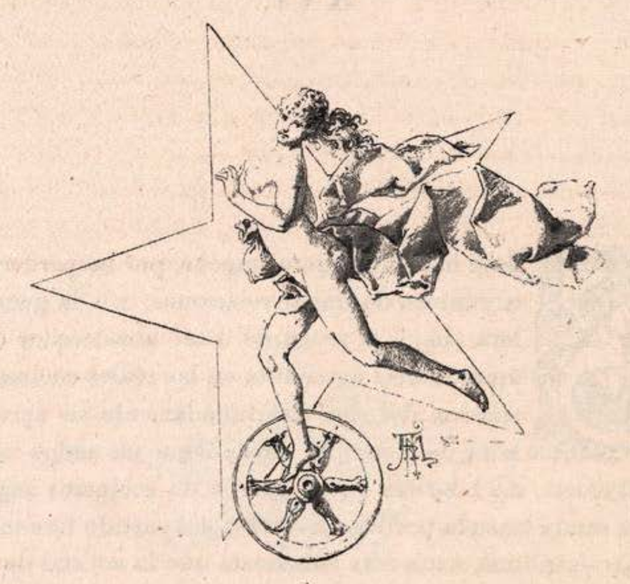
XVI



EGUÍ hablando con el pinche, por no perder tan buena coyuntura de trabar relaciones con la gente de escalera abajo, y pregunté á mi abastecedor cuál era la opinion más extendida en las reales cocinas sobre los sucesos del dia. Afortunadamente se aproximaba la hora de cenar, y llevándome mi amigo al aposento destinado al efecto, me hizo ver que el cuerpo de cocineros seguia á todo el país en la senda trazada por los directores del partido fernandista.

Nada más patriótico, nada más entusiasta que la actitud de aquel puñado de valientes, en cuyas cacerolas estaba, por decirlo así, el paladar de los Reyes de España, y que era árbitro hasta cierto punto de su bienestar, si no de su existencia. Aunque muchos de los hombres que allí ví eran antiguos y pacíficos servidores, que no participaban de la rebelde inquietud de la gente moza, la mayor parte habian sido deslumbrados por la perruna y grotesca elocuencia de Pedro Collado, el aguador de la fuente del Berro, ya empleado en la servidumbre de Fernando. Este hombre, que con las gracias de su burdo y ramplon ingenio, se habia conquistado preferente lugar en el corazon del heredero, desempeñaba al principio las funciones de espía en todas las regiones bajas de Palacio; vigilaba la servidumbre, la cual poco á poco empezó por temerle y concluyó por someterse dócilmente á sus mandatos. De este modo llegó á ser Pedro Collado respecto á los cocineros, pinches y lacayos un verdadero cacique, al modo de los que hoy son alma y azote de las pequeñas localidades en nuestra Península.

Cuando Pedro Collado bajaba contento, el regocijo se difundia como don celeste entre toda la servidumbre: cuando Pedro Collado bajaba taciturno y sombrío, melancólico silencio sustituia á la anterior algazara. Cuando alguno perdia la gracia del aguador, ya podia encomendarse á Dios, y los que tenian la suerte de merecer su benevolencia ó de servir de objeto á sus groseras bromas, ya podian considerarse con un pié puesto en la rueda de la Fortuna. Esta diosa volandera tiene los más singulares caprichos.



Aquella noche fué para mí muy interesante, porque presencié la prision de Pedro Collado, contra quien habian resultado cargos muy graves en las primeras actuaciones de la causa. El favorito del Príncipe comunicaba á los más autorizados entre sus amigos las impresiones del dia, cuando un alguacil, seguido de algunos soldados de la Guardia española, entró á prenderle. No hizo resistencia el aguador, ántes bien con la frente erguida y provocativo ademan, siguió á sus guardianes, que le condujeron á la cárcel del Sitio, porque á causa de su baja condicion no podia alternar con el duque de San Cárlos, ni con el del Infantado, presos en las bohardillas de la parte del edificio llamado el Noviciado.

La prision del aguador produjo en la cocina cierto terror y sepulcral silencio. Interrumpiéronlo despues las voces de mando que, cual la de los generales en la guerra, sirven para dirigir la estrategia de las cocinas reales, no ménos complicada que la de los campos de batalla. Una voz decia: "Cena del señor Infante D. Antonio Pascual." Y al punto la más

rica menestra que ha incitado el humano apetito pasó á manos de los criados que servian en el cuarto del Infante. Despues se oyó la siguiente órden: "La sopa hervida y el huevo estrellado de la señora Infanta Doña María Josefa." Luégo "El chocolate del señor Infante D. Francisco de Paula," y nuevos movimientos seguian á estas palabras. Hubo un instante de sosiego, hasta que el cocinero mayor exclamó con voz solemne: "¿Está la polla asada de Su Eminencia el señor cardenal?" Al momento funcionaron las cacerolas, y la polla asada con otros sustanciosos acompañamientos fué transmitida al cuarto del arzobispo. Por último, un señor muy obeso y vestido de uniforme con galones, que era designado con el estrambótico nombre de *guardamangier*, se paró en la puerta y dirigiendo su mirada de águila hácia los cocineros, exclamó: "La cena de S. M. el Rey." Era cosa de ver la multitud de platos que se destinaron á aliviar la debilidad estomacal, diariamente producida en la naturaleza de Cárlos IV por el ejercicio de la caza. Como yo no podia apartar mis ojos de aquella rica coleccion de manjares, cuyo aromático vapor convidaba á comer, mi amigo el pinche me dijo:

—Descuida, Gabrielillo, que ya probaremos algo de aquellos guisos. Al Rey le gusta ver muchos platos en su mesa; pero de cada uno no come más que un poquito. Algunos vuelven como han ido. Voy á preparar el agua helada.

—¿Qué es eso de agua helada?—pregunté.—¿Y. quién se alimenta con manjar de tan poca sustancia?

—El Rey—me contestó,—una vez que llena bien el buche, pide un vaso de agua helada como la misma nieve; coge un panecillo, le quita la corteza, empapa bien la miga en el agua y se la come despues. Jamás toma más postre que ese.

Un buen rato despues de haberse pedido la cena del Rey, pidieron la de la Reina, y esta diferencia de tiempo llamó tanto mi atencion, que pregunté á mi amigo la razon de que no comieran juntos los Reyes y sus hijos.

—Calla, tonto—me dijo,—eso no puede ser. En las casas de todo el mundo, comen padres é hijos en una misma mesa. Pero aquí no: ¿no ves que eso seria faltar á la etiqueta? Los Infantes comen cada uno en su cuarto, y S. M. el Rey sólo en el suyo, servido por los guardias. La Reina es la única persona que podria comer con el Rey; pero ya sabes que acostumbra comer sola por lo que callo.

—¿Por qué?—dímelo á mí. Es que tendrá alguna persona que la acompañe *de ocultis*.

—Quiá: no come delante de alma viviente ni que la maten.

—¿Ni tampoco delante de sus damas?

—Sólo la camarera que la sirve la ve comer. Te diré por qué—añadió en voz baja.—¿Ves aquellos dientes tan bonitos que enseña la Reina cuando se rie? Pues son postizos, y como tiene que quitárselos para comer, no quiere que la vean.

—Eso sí que está bueno.

—En efecto, lo que me dijo el pinche era cierto, y en aquellos tiempos el arte odontálgico no habia adelantado lo suficiente para permitir las funciones de la masticacion con las herramientas postizas.

—Ya ves tú—continuó el pinche,—si tienen razon los que critican á la Reina porque engaña al pueblo, haciendo creer lo que no es. ¿Y cómo ha de hacerse querer de sus vasallos una soberana que gasta dientes agenos?

Como yo no creia que las funciones de los Reyes fueran semejantes á las de un perro de presa, no pensé lo mismo que mi amigo, aunque me callé sobre el particular.

Luégo pidieron la cena de S. A. el Príncipe de la Paz, y la de los consejeros de Estado, lo cual me decidió á subir, creyendo llegada la hora de servir tambien la de mi ama. Se acercaba para mí el dulce momento de verla, de hablarla, de escuchar sus mandatos, de pasar junto á ella rozando mi vestido con el suyo, de embelesarme con su sonrisa y con su mirada. Ausente de ella, mi imaginacion no se apartaba de tan hermoso objeto, como mariposa que rodea sin cesar la luz que la fascina. Pero muy contra mi voluntad, aquella noche Amaranta no se dignó ponerme al corriente de lo que deseaba saber respecto á mis servicios. Estaba escrito que fuera á la noche siguiente.

Aunque aún no me habia acontecido en Palacio nada digno de notarse, yo estaba un si es no es descorazonado. ¿Por qué? No podia decirlo. Encerrado en mi cuarto, y tendido sobre el angosto lecho, rebelde mi naturaleza al sueño, me puse á pensar en mi situacion, en el carácter de Amaranta, que empezaba á parecerme muy raro, y en la clase de fortuna que á su lado me aguardaba. Acordéme de Inés, á quien por aquellos dias tenia muy olvidada, y cuando su memoria, refrescando mi mente, me predispuso á un dulce sueño, sentia (no sé si fué engañoso efecto del sueño) unos golpecitos en mi pecho, producidos por vivas y dolorosas palpitaciones, como si una mano amiga, perteneciente á persona que deseaba entrar á toda costa, estuviese tocando á las puertas de mi corazon.

XVII


la siguiente noche, Amaranta me mandó entrar en su cuarto. Estaba con la misma vestidura blanca de las noches anteriores. Hízome sentar á su lado en una banqueta más baja que su asiento, de modo que sólo faltaba un pequeño espacio para que sus rodillas fueran cogin de mi frente. Me puso la mano en el hombro, y dijo:

—Ahora sabré, Gabriel, si puedo contar contigo para lo que deseo. Veremos si tus facultades están á la altura de lo que he pensado de tí.

—¿Y usía ha podido olvidarlo?—repuse conmovido.—No puedo olvidar lo que me dijo usía la otra noche, y fué que otros, con ménos méritos que yo, han llegado hasta subir los últimos escalones de la fortuna.

—¡Ah, pobrecillo!—dijo riendo.—Veo que sueñas con subir demasiado, y esto es peligroso, porque ya sabes lo de Ícaro.

Yo contesté que nada sabia de ningun señor Ícaro. Contóme ella la fábula y luégo añadió:

—La historia que te conté la otra noche no debe servirte de ejemplo, Gabriel. Despues de lo que sabes, he leido un poco más y puedo seguirla.

—Quedó usía en aquello de que el jóven de la guardia, á quien la Sultana habia hecho gran visir, daba muy mal pago á su protectora, lo cual me parece una grandísima picardía.

—Pues bien: despues he leido que la Sultana estaba muy arrepentida de su liviandad, y que el jóven genízaro, hecho príncipe y generalísimo, era cada vez más aborrecido en todo el imperio. El Sultan continuaba tan ciego como ántes, y no comprendia la causa del malestar de sus vasallos.

Pero ella, como mujer de agudo ingenio, conocia la tempestad que amenazaba descargar sobre la real familia. Sus damas la encontraban algunas veces llorando. Desahogando su conciencia con alguna, le hizo ver su arrepentimiento por las faltas cometidas. Mas ya parecia imposible remediarlas. El descontento de los súbditos era inmenso, y se formó un grande y poderoso bando, á cuya cabeza se hallaba el hijo mismo de los Sulta-



nes, con objeto de destronarles, proyectando quitarles la vida, si la vida era un estorbo para sus fines.

—¿Y el gran visir, qué hacia?

—El gran visir, que no era hombre de pocos alcances, no sabia tampoco qué partido tomar. Todos volvian los ojos al gran Tamerlan, insigne guerrero y conquistador, que habia enviado sus tropas á aquel imperio como

paso para un pequeño reino que deseaba conquistar. En él creian ver un salvador el padre y el hijo, y la Sultana y el gran visir; mas como no es posible que el gran Tamerlan les favorezca á todos á un tiempo, es seguro que alguno ha de equivocarse.

—Y por último, ¿á quién favoreció ese señor guerrero?

—Eso está en el final de la historia, que no he leido todavía—contestó Amaranta;—pero creo que no tardaré en conocer el desenlace, y entónces podré contártelo.

—Pues digo y repito, que si el gran visir hubiera gobernado bien á los pueblos, como los gobernaria quien yo me sé, nada de eso habria pasado. Haciendo justicia como Dios manda, esto es, castigando á los malos y premiando á los buenos, es imposible que el imperio hubiese venido á tales desdichas.

—Pero eso ahora no nos importa gran cosa—dijo Amaranta,—y vamos á nuestro asunto.

—Sí, señora—respondí con calor,—¿qué importan todos los imperios del mundo?

Al decir esto, creyendo que mis frases eran frigidísima expresion de lo que yo sentia, crucé las manos en la actitud más patética que me fué posible, y dando rienda suelta á la ardorosa exaltacion que inflamaba mi cabeza, la expresé en palabras como mejor pude, exclamando así:

—¡Ah, señora condesa! Yo no sólo os respeto como el más humilde de vuestros criados, sino que os adoro, os idolatro, y no os enojeis conmigo si tengo el atrevimiento de decíroslo. Arrojadme de vuesto lado, si esto os desagrada, aunque con esto conseguiríais hacer de mí un muchacho desgraciado, pero de ningun modo que dejase de amaros.

Amaranta se rió de mis aspavientos, y habló así:

—Bueno, me gusta tu adhesion. Veo que podré contar contigo. En cuanto á tus cualidades intelectuales, tambien las creo atendibles. Pepa me ha encomiado mucho tu facultad de observacion. Parece que tienes una extraordinaria aptitud para retener en la memoria los objetos, las fisonomías, los diálogos y cuanto impresiona tus sentidos, pudiendo referirlo despues puntualísimamente. Esto, unido á tu discrecion, hace de tí un mozo de provecho. Si á tantas prendas se añade el respeto y amor á mi persona, de tal modo que lo sacrifiques todo á mí, y á nadie reveles lo que hagas en mi servicio...

—¡Yo revelar, señora! Ni á mi sombra, ni á mis padres, si los tuviera, ni á Dios...

—Ademas—añadió clavando en mí sus ojos de un modo que me mareaba,—tú eres un chico que sabe disimular...

—Perfectísimamente.

—Y observar, y enterarte de cuanto hay alrededor tuyo... todo sin excitar sospechas.

—Estoy seguro de poseer todas esas cualidades.

—Pues lo primero que has de hacer cuando volvamos á Madrid, es ponerte al servicio de tu antigua ama.

—¿Cómo? ¿De mi antigua ama?

—Tonto, eso no quiere decir que dejes de servirme á mí. Al contrario, irás todas las noches á casa, donde nos veremos. Aunque no en apariencia, en realidad estarás siempre á mi servicio, y te recompensaré liberalmente.

—De modo que si sirvo á la cómica es...

—Es para evitar sospechas.

—¡Oh! ¡magnífico! sí, sí, ya comprendo. Así nadie podrá decir...

—Justo. Y en casa de tu ama observarás con muchísima atencion lo que allí pasa, quién entra, quién sale, quién va por las noches, en fin, todo.

—¿Y con qué objeto?—pregunté algo desconcertado, no comprendiendo por qué me queria convertir en inquisidor.

—El objeto no te importa—contestó mi dueña.—Ademas (y esto es lo principal), en el teatro has de vigilar perfectamente á Isidoro Maiquez, y siempre que éste te dé alguna carta amorosa para tu ama, me la traerás á mí primero, y despues de enterarme de ella, te la devolveré.

Estas palabras me dejaron perplejo, y creyendo no haber comprendido bien su misterioso sentido, roguéla que me las explicara.

—Oye bien otra cosa—prosiguió.—Lesbia continúa en relaciones con Isidoro, aunque ama á otro, y yo sé que cuando ella vuelva á Madrid, se darán cita en casa de la Gonzalez. Tú observarás todo lo que allí pase, y si consigues con tu ingenio y travesura, que sí lo conseguirás, hacerte mensajero de sus amores, y siéndolo, me tienes al tanto de todo, me harás el mayor servicio que hoy puedo recibir, y no tendrás que arrepentirte.

—Pero... pero... no sé cómo podré yo...—dije lleno de confusiones.

—Es muy fácil, tontuelo. Tú vas al teatro todas las tardes. Procura que la duquesa te crea un chico servicial y discreto; ofrécete, si es preciso, á servirla; haz ver á Isidoro que no tienes precio para llevar un recado secreto, y los dos te tomarán por emisario de sus amores. En tal caso, cuan-

do cojas una esquela amorosa del uno ó del otro, me la traes, y punto concluido.

—Señora—exclamé sin poder volver de mi asombro,—lo que usía exige de mí es demasiado difícil.

—¡Oh! ¡qué salida! Pues me gusta la disposicion del chico. ¿Y aquello de te amo y te adoro...? ¿Pero te has vuelto tonto? Lo que ahora te mando no es lo único que exijo de tí. Ya sabrás lo demas. Si en esto que es tan sencillo, no me obedeces, ¿cómo quieres que haga de tí un hombre respetable y poderoso?

Aún pensaba yo que el papel que Amaranta queria hacerme representar á su lado no era tan bajo ni tan vil como de sus palabras se deducia, y aún le pedí nuevas explicaciones, que me dió de buen grado, dejándome, como dice el vulgo, completamente aplastado. La proposicion de Amaranta me arrojó desde la cumbre de mi soberbia á la profunda sima de mi envilecimiento.

No era posible, sin embargo, protestar contra éste, y tenia necesidad de afectar servil sumision á la voluntad de mi ama. Yo mismo me habia dejado envolver en aquellas redes; era preciso salir de ellas escapándome astutamente por una malla rota, y sin intentar romperla con violencia.

—¿Pero cree usía—dije, tratando de poner órden en mis ideas,—que en esa ocupacion no perderé la dignidad que, segun dicen, debe tener todo aquel que aspira á ocupar en el mundo una posicion honrosa?

—Tú no sabes lo que te dices—me contestó, moviendo con donaire su hermosa cabeza.—Al contrario: lo que te propongo será la mejor escuela para que vayas aprendiendo el arte de medrar. El espionaje aguzará tu entendimiento, y bien pronto te encontrarás en disposicion de medir tus armas con los más diestros cortesanos. ¿Tú has pensado que podrias ser hombre de pró sin ejercitarte en la intriguilla, en el disimulo y en el arte de conocer los corazones?

—¡Señora—repuse,—qué escuela tan espantosa!

—Es indudable que te pintas solo para observarlo todo, y que sabes dar cuenta asombrosamente de cuanto ves. Esto, y algo que he notado en tí, me ha hecho creer que eras un muchacho de facultades. ¿No dices que tienes ambicion?

—Sí, señora.

—Pues para medrar en los palacios no hay otro camino que el que te propongo. Supongamos que desempeñas satisfactoriamente la comision indicada: en este caso volverás á mi lado y serás mi paje. Casi siempre vivo en Palacio: ya ves si tienes ocasion de lucirte. Un paje puede entrar

en muchas partes; un paje está obligado á ser galan de las doncellas de las camaristas y damas de Palacio, lo cual le pone en disposicion de saber secretos de todas clases. Un paje que sepa observar, y que al mismo tiempo tenga mucha reserva y prudencia, junto con una exterioridad agradable, es una potencia de primer órden en Palacio.

Tales razones me tenian confundido de tal modo, que no sabia qué contestar.

—¡Cuántos hombres insignes ves tú por ahí que empezaron su carrera de simples pajes! Paje fué el marqués Caballero, hoy ministro de Gracia y Justicia, y pajes fueron otros muchos. Yo me encargaré de sacarte una ejecutoria de nobleza, con la cual y mi valimiento podrás entrar despues en la guardia de la real persona. Esta seria una nueva faz de tu carrera. Un paje puede escurrirse tras una cortina para oir lo que se dice en una sala; un paje puede traer y llevar recados de gran importancia; un paje puede recibir de una doncella secretos de Estado: pero un guardia puede aún mucho más, porque su posicion es más interior. Si tiene las cualidades que adornaron al paje, su poder es extraordinario: puede bienquistarse con damas de la Córte, que siempre son charlatanas; puede hacerse un sin número de amigos en estas regiones, diciendo aquí lo que oyó más allá, adornando las noticias á su modo y pintando los hechos como le convenga. Tiene el guardia una ventaja que no poseen los Reyes mismos, y es que éstos no conocen más que el palacio en que viven, razon por la cual casi nunca gobiernan bien, miéntras aquél conoce el palacio y la calle, la gente de fuera y la de dentro, y esta ciencia general le permite hacerse valer en una parte y otra, y pone en sus manos un número infinito de resortes. El hombre que los sabe manejar aquí, es más poderoso que todos los poderosos de la tierra, y silenciosamente, sin que lo adviertan esos mismos que por ahí se dan tanto tono llamándose ministros y consejeros, puede llevar su influjo hasta los últimos rincones del reino.

—¡Señora!—exclamé—¿cuán distinto es todo esto de como yo me lo habia figurado!

—Á tí—añadió—te parecerá que esto no es bueno. Pero así lo hemos encontrado, y puesto que no está en nuestra mano reformarlo, siga como hasta aquí.

—¡Ah! confieso mi necedad—exclamé.—Confieso que, alucinado por mi disparatada imaginacion, tuve locos y ridículos pensamientos, aunque ahora caigo en que deben ser propios de mi poca edad é ignorancia. Es verdad que yo creia que tonto y vano y humilde como soy, podria imitar á otros muchos en su inmerecido encumbramiento. Tanto he oido hablar

de la buena fortuna de algunos necios, que dije: "Pues precisamente todos los necios deben hacer fortuna." Pero para conseguir esto yo me representaba medios nobles y decentes, y decia: "¿Quién me quita á mí de llegar á ser lo que otros son? De ellos me diferenciaré en que si algun dia tengo poder, he de emplearlo en hacer el bien, premiando á los buenos y castigando á los malos, haciendo todas las cosas como Dios manda y como me dice el corazon que deben hacerse." Nunca pensé ser hombre de fortuna de otra manera; y si pensé en la necesidad de hacer algo malo, creí seria de eso que no deshonra, tal y como desafiarse, amar á una dama en secreto sin decírselo á nadie, reventar siete caballos para ir de aquí á Aranjuez en busca de una flor, matar á los enemigos del Rey, y otras cosas por el mismo estilo.

—¡Ah! esos tiempos pasaron—dijo Amaranta, riendo de mi simplicidad.—Veo que tienes sentimientos elevados; pero ya no se trata de eso. Tus escrúpulos se irán disipando cuando á las dos semanas de estar en mi servicio conozcas las ventajas de vivir aquí. Ademas, esto te proporcionará en adelante la satisfaccion de hacer el bien á muchos que lo soliciten.

—¿Cómo?

—¡Oh! muy fácilmente. Mi doncella ha conseguido en esta semana dos canongías, un beneficio simple y una plaza de la contaduría de espolios y vacantes.

—Pues qué—pregunté con el mayor asombro,—¿las criadas nombran los canónigos y los empleados?

—No, tontuelo, los nombra el ministro; pero ¿cómo puede desatender el ministro una recomendacion mia, ni cómo he de desatender yo á una muchacha que sabe peinarme tan bien?

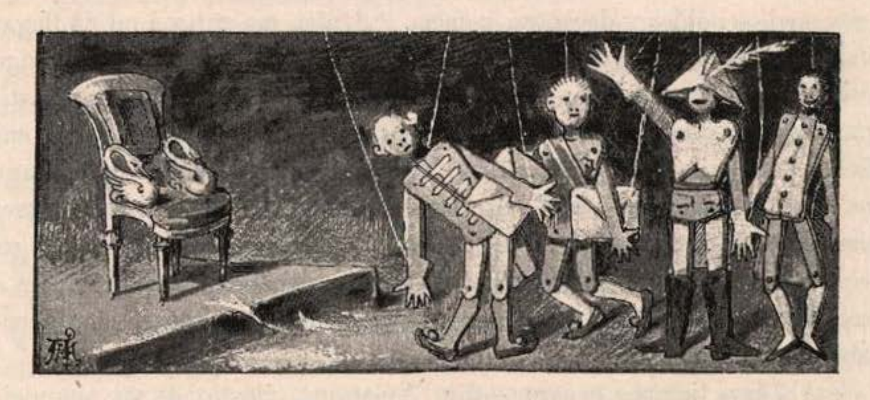
—Un amigo mio muy respetable, está solicitando desde hace catorce años un miserable destino, y aún no lo ha podido conseguir.

—Díme su nombre y te probaré que, áun sin quererlo, ya comienzas á ser un hombre de influencia.

Díjele el nombre del padre Celestino del Malvar, con la plaza que pretendia, y ella apuntó ambas cosas en un papel.

—Mira—dijo despues, señalándome sus cartas;—son tantos los negocios que traigo entre manos, que no sé cómo podré despacharlos. La gente de fuera ve á los ministros muy atareados, y dándose aire de personas que hacen alguna cosa. Cualquiera creeria que esos personajes cargados de galones y de vanidad sirven para algo más que para cobrar sus enormes sueldos; pero no hay nada de esto. No son más que ciegos instru-

mentos y maniquís que se mueven á impulsos de una fuerza que el público no ve.



—Pero el Príncipe de la Paz, ¿no es más poderoso que los mismos Reyes?

—Sí, mas no tanto como parece. Danle fuerza las raíces que tiene acá dentro, y como éstas son profundas, como se agarran á una fértil tierra, como no cesamos de regarlas, de aquí que este árbol frondoso extiende sus ramas fuera de aquí con gran lozanía. Godoy no debe nada de lo que tiene á su propio mérito; débelo á quien se lo ha querido dar, y ya comprendes que seria fácil quitárselo de improviso. No te dejes nunca deslumbrar por la grandeza de esos figurones á quienes el vulgo admira y envidia; su poderío está sostenido por hebras de seda, que las tijeras de una mujer pueden cortar. Cuando hombres como Jovellanos han querido entrar aquí, sus piés se han enredado en los mil hilos que tenemos colgados de una parte á otra, y han venido al suelo.

—Señora—dije dominado por amarga pesadumbre,—yo dudo mucho que tenga ingenio para desempeñar lo que usía me encarga.

—Ya sé que lo tendrás. Ejercítate primero en la embajada que te he dado cerca de la Gonzalez; proporcióname lo que necesito, y luégo podrás hacer nuevas proezas. Tú harás de modo que se aficione á tí alguna persona de Palacio; fingirás luégo que estás cansado de mi servicio; yo haré el papel de que te despido, y tú entrarás al servicio de esa otra persdna, con la que alguna vez hablarás mal de mí para que no sospeche la trama; entre tanto, diligente observador de cuanto pase en el cuarto de tu nueva y aparente ama, lo contarás todo á la antigua y á la verdadera, que seré siempre yo, tu bienhechora y tu Providencia.

Ya me fué imposible oir con calma una tan descarada y cínica exposicion de las intrigas en que era la condesa consumada maestra, y yo ca-

tecúmeno aún sin bautismo. Una elocuente voz interior protestaba contra el vil oficio que se me proponia, y la vergüenza, agolpando la sangre en mi rostro, me daba una confusion, un embarazo, que entorpecian mi lengua para la negativa. Levantéme, y con voz trémula, dí á la condesa mis excusas, diciendo otra vez que no me creia capaz de desempeñar tan difíciles cometidos. Ella volvió á reir y me dijo:

—Esta noche, aunque es hora muy avanzada, quizás celebren una conferencia en este mi cuarto dos personajes há tiempo reñidos, y á quienes yo trato de reconciliar. Hablarán solos, y en tal caso, espero que tú, escondido tras el tapiz que conduce á mi alcoba, lo oirás todo, para contármelo despues.

—Señora—dije,—me ha entrado de repente un vivísimo dolor de cabeza; y si usía me permitiera retirarme, se lo agradeceria en el alma.

—No—repuso, mirando un reló,—porque tengo que salir ahora mismo, y es preciso que estés en vela y aguardes aquí. Volveré pronto.

Esto diciendo, llamó á la doncella, pidió su cabriolé, especie de manto que entónces se usaba; la doncella trajo dos, y envolviéndose cada una en el suyo, salieron con presteza, dejándome solo.



XVIII



La situacion de mi espíritu era indefinible. Un frio glacial invadió mi pecho, como si una hoja de finísimo acero lo atravesara. La brusca y rápida mudanza verificada en mis sensaciones respecto de Amaranta era tal, que todo mi ser se extremeció sintiendo vacilar sus ignorados polos, como un planeta cuya ley de movimiento se trastorna de improviso. Amaranta era, no una mujer traviesa é intrigante, sino la intriga misma; era el demonio de los palacios, ese temible espíritu, por quien la sencilla y honrada historia parece á veces maestra de enredos y doctora de chismes; ese temible espíritu que ha confundido á las generaciones, enemistado á los pueblos, envileciendo lo mismo las monarquías que las repúblicas, lo mismo los gobiernos despóticos que los libres; era la personificacion de aquella máquina interior para el vulgo desconocida, que se extendia desde la puerta de Palacio hasta la cámara del Rey, y de cuyos resortes, por tantas manos tocados, pendian honras, haciendas, vidas, la sangre generosa de los ejércitos y la dignidad de las naciones; era la granjería, la realidad, el cohecho, la injusticia, la simonía, la arbitrariedad, el libertinaje del mando, todo esto era Amaranta; y sin embargo, ¡cuán hermosa! hermosa como el pecado, como las bellezas sobrehumanas con que Satan tentaba la castidad de los padres del yermo; hermosa como todas las tentaciones que trastornan el juicio al débil varon, y como los ideales que compone en su iluminado teatro la embaucadora fantasía, cuando intenta engañarnos alevosamente, cual á chiquitines que creen ciertas y reales las figuras de magia.

Una luz brillante me habia deslumbrado; quise acercarme á ella, y me quemé. La sensacion que yo experimentaba era, si se me permite expresarlo así, la de una quemadura en el alma.

Cuando se fué disipando el aturdimiento en que me dejó mi ama, sentí una viva indignacion. Su hermosura misma, que ya me parecia terrible, me compelia á apartarme de ella.—"Ni un dia más estaré aquí; me ahoga esta atmósfera y me da espanto esta gente,„—exclamé dando paseos por la habitacion, y declamando con calor, como si alguien me oyera.

En el mismo momento sentí tras la puerta ruido de faldas y el cuchicheo de algunas mujeres. Creí que mi ama estaria de vuelta. La puerta se abrió y entró una mujer, una sola: no era Amaranta.

Aquella dama, pues lo era, y de las más exclarecidas, á juzgar por su porte distinguidísimo, se acercó á mí y preguntó con extrañeza:

—¿Y Amaranta?

—No está—respondí bruscamente.

—¿No vendrá pronto?—dijo con zozobra, como si el no encontrar á mi ama fuese para ella una gran contrariedad.

—Eso es lo que no puedo decir á usted. Aunque sí... ahora caigo en que dijo que volveria pronto,—contesté de muy mal talante.

La dama se sentó sin decir más. Yo me senté tambien y apoyé la cabeza entre las manos. No extrañe el lector mi descortesía, porque el estado de mi ánimo era tal, que habia cobrado repentino aborrecimiento contra toda la gente de Palacio, y ya no me consideraba criado de Amaranta.

La dama, despues de esperar un rato, me interrogó imperiosamente:

—¿Sabes dónde está Amaranta?

—He dicho que no—respondí con la mayor displicencia.—¿Soy yo de los que averiguan lo que no les importa?

—Ve á buscarla—dijo la dama, no tan asombrada de mi conducta como debiera estarlo.

—Yo no tengo que ir á buscar á nadie. No tengo que hacer más que irme á mi casa.

Yo estaba indignado, furioso, ebrio de ira. Así se explican mis bruscas contestaciones.

—¿No eres criado de Amaranta?

—Sí y no... pues...

—Ella no acostumbra salir á estas horas. Averigua dónde está y díle al instante que venga—dijo la dama con mucha inquietud.

—Ya he dicho que no quiero, que no iré, porque no soy criado de la condesa—respondí.—Me voy á mi casa, á mi casita, á Madrid. ¿Quiere usted hablar á mi ama? pues búsquela por Palacio. ¿Han creido que soy algun monigote?

La dama dió tregua por un momento á su zozobra para pensar en mi descortesía. Pareció muy asombrada de oir tal lenguaje, y se levantó para tirar de la campanilla. En aquel momento me fijé por primera vez atentamente en ella, y pude observar que era, poco más ó ménos, de esta manera.

Edad que pudiera fijarse en el primer período de la vejez, aunque tan bien disimulada por los artificios del tocador, que se confundia con la juventud, con aquella juventud que se desvanece en las últimas etapas de los cuarenta y ocho años. Estatura mediana y cuerpo esbelto y airoso, realzado por esa suavidad y ligereza de andar que, si alguna vez se observan en las chozas, son por lo regular cualidades propias de los palacios. Su rostro, bastante arrebolado, no era muy interesante, pues aunque tenia los ojos hermosos y negros, con extraordinaria viveza y animacion, la boca la afeaba bastante, por ser de estas que con la edad se hienden, acercando la nariz á la barba. Los finísimos, blancos y correctos dientes no conseguian embellecer una boca que fué airosa, si no bella, veinte años ántes.

Las manos y brazos, por lo que de éstos descubria, advertí que eran á su edad las mejores joyas de su persona y las únicas prendas que del naufragio de una regular hermosura se habian salvado incólumes. Nada notable observé en su traje, que no era rico, aunque sí elegante y propio del lugar y la hora.

Abalanzóse, como he dicho, á tirar de la campanilla, cuando de improviso, y ántes de que aquélla sonase, se abrió de nuevo la puerta y entró mi ama. Recibióla la visitante con mucha alegría, y no se acordaron más de mí, sino para mandarme salir. Retiréme pasando á la pieza inmediata, por donde debia dirigirme á mi cuarto, cuando el contacto del tapiz deslizándose sobre mi espalda al atravesar la puerta, despertó en mí la olvidada idea de las escuchas y el espionaje que Amaranta me habia encargado. Detúveme, y el tapiz me cubrió perfectamente: desde allí se oia todo con completa claridad.

Hice intencion de alejarme para no incurrir en las mismas faltas que tan feas me parecian; pero la curiosidad pudo más que todo, y no me moví. Tan cierto es que la malignidad de nuestra naturaleza puede á veces más que todo. Al mismo tiempo el rencorcillo, el despecho,

el descorazonamiento que yo sentia, me impulsaban á ejercer sobre mi ama la misma pérfida vigilancia que ella me encomendaba sobre los demas.

—¿No me mandas aplicar el oido?—dije para mí, recreándome en mi venganza?—Pues ya lo aplico.

La dama desconocida habia proferido muchas exclamaciones de desconsuelo, y hasta me pareció que lloraba. Despues, alzando la voz, dijo con ansiedad.



—Pero es preciso que en la causa no aparezca Lesbia.

—Será muy difícil eliminarla, porque está averiguado que ella era quien transmitia la correspondencia—contestó mi ama.

—Pues no hay otro remedio—continuó la dama.—Es preciso que Lesbia no figure para nada, ni preste declaraciones. Yo no me atrevo á decírselo á Caballero; pero tú con habilidad puedes hacerlo.

—Lesbia—dijo Amaranta—es nuestro más terrible enemigo. La causa del Príncipe ha sido en su vil carácter un pretexto más bien que una causa para hostilizarnos. ¡Qué de infamias cuenta! ¡Qué de absurdos propala! Su lengua de víbora no perdona á quien ha sido su bienhechora, y tambien se ensaña conmigo, de quien ha contado horrores.

—Contará lo de marras—repuso la dama de la boca hendida.—Tú cometiste la gran falta de confiarle aquel secreto de hace quince años, que nadie sabia.

—Es verdad—dijo mi ama meditabunda.

—Pero no hay que asustarse, hija—añadió la otra.—La enormidad y el número de las faltas supuestas que nos atribuyen nos sirve de consuelo y de expiacion por las que realmente hayamos cometido, las cuales son tan pocas, comparadas con lo que se dice, que casi no debe pensarse en ellas. Es preciso que Lesbia no aparezca para nada en la causa. Adviér-

teselo á Caballero; mañana podrian prenderla, y si declara, puede vengarse mostrando pruebas terribles contra mí. Esto me tiene desesperada: conozco su descaro, su atrevimiento, y la creo capaz de las mayores infamias.

—Ella es dueña sin duda de secretos peligrosos, y quizás conserve cartas ó algun objeto.

—Sí—respondió con agitacion la desconocida.—Pero tú lo sabes todo: ¿á qué me lo preguntas?

—Entónces, con harto dolor de mi corazon, le diré á Caballero que la excluya de la causa. La pícara se jactaba ayer aquí mismo de que no pondrian la mano sobre ella.

—Ya se nos presentará otra ocasion... Dejarla por ahora. ¡Ah! bien castigada está mi impremeditacion. ¿Cómo fuí capaz de fiarme de ella? ¿Cómo no descubrí bajo la apariencia de su amena jovialidad y ligereza, la perfidia y doblez de su corazon? Fuí tan necia, que su gracia me cautivó; la complacencia con que me servia en todo acabó de seducirme, y me entregué en cuerpo y alma á ella. Recuerdo cuando las tres salíamos juntas de Palacio en aquella breve temporada que pasamos en Madrid hace cinco años. Pues luégo he sabido que una de aquellas noches avisó á cierta persona el punto á donde íbamos, para que me viera, y me vió... Nosotros no advertimos nada; no conocimos que Lesbia nos vendia, y hasta mucho despues no descubrí su falsedad por una singular coincidencia.

—Ese estúpido y presuntuoso Mañara—dijo mi ama—le ha trastornado el juicio.

—¡Ah! ¿no sabes que en el cuerpo de guardia se ha jactado ese miserable de que ha sido amado por mí, añadiendo que me despreció? ¿Has visto? ¡Si yo jamás he pensado en semejante hombre, ni creo haber siquiera reparado en él! ¡Ay, Amaranta! Tú eres jóven aún; tú estás en el apogeo de la hermosura; sírvate de leccion. Cada falta que se comete, se paga despues con la vergüenza de las cien mil que no hemos cometido y que nos imputan. Y ni áun en la conciencia tenemos fuerzas para protestar contra tantas calumnias, porque una sola verdad entre mil calumnias nos confunde, mayormente si nos vemos acusadas por nuestros propios hijos.

Al decir esto me pareció que lloraba. Despues de una breve pausa, Amaranta continuó así la conversacion:

—Ese necio Mañara, que no sabe hablar más que de toros, de caballos y de su nobleza, ha tenido el honor de cautivar á Lesbia; tal para cual... Él es quien la ha inducido á andar en tratos con los del Prínci-

pe, y entre los dos se han encargado de la transmision de la correspondencia.

—¿Pero no me dijiste—preguntó vivamente la desconocida—que Lesbia estaba en relaciones con Isidoro?

—Sí—contestó mi ama:—pero este amor, que ha durado poco tiempo, ha sido un interregno, durante el cual Mañara no bajó del trono. Lesbia amó á Isidoro por vanidad, por coquetería, y continúa en relaciones con él. Isidoro está locamente enamorado, y ella se complace en avivar su amor, divirtiéndose con los martirios del pobre cómico.

—¿Y no has pensado que se podria sacar partido de esos dobles amores?

—¡Ya lo creo! Lesbia é Isidoro se ven en casa de la Gonzalez y en el teatro.

—Puedes hacer que Mañara los descubra y...

—No, mi plan es mejor aún. ¿Qué importa Mañara? Yo quiero apoderarme de alguna carta ó prenda que Lesbia entregue á cualquiera de sus dos amantes, para presentarla á su marido, á ese señor que, á pesar de su misantropía, si llegara á saber con certeza las gracias de su mujer, vendria á poner órden en la casa.

—Indudablemente—dijo la desconocida, animándose por grados.—¿Y qué piensas hacer?

—Segun lo que den de sí las circunstancias. Pronto volveremos á Madrid, porque en casa de la marquesa se prepara una representacion de *Otello*, en que Lesbia hará el papel de Edelmira, Isidoro el suyo y los demas corren á cargo de jóvenes aficionados.

—¿Y cuándo es la representacion?

—Se ha aplazado porque falta un papel, que ninguno quiere desempeñar, por ser muy desairado, mas creo que pronto se encontrará actor á propósito, y la funcion no puede retardarse. El duque ha prometido dejar sus estados para asistir á ella. La reunion de todas estas personas ha de facilitar mucho una combinacion ingeniosa, que nos permita castigar á Lesbia como se merece.

—¡Oh! sí, hazlo por Dios. Su ingratitud es tal, que no merece perdon. ¿Sabes que es ella quien me ha acusado de haber querido asesinar á Jovellanos?

—Sí, lo sabia.

—¡Ves qué infamia!—añadió la desconocida, indicando en el tono de su voz la ira que la dominaba.—Verdad es que aborrezco á ese pedante, que en su fatuidad se permite dar lecciones á quien no las necesita ni se las ha pedido; pero me parece que su encierro en el castillo de Bellver es

suficiente castigo, y jamás han pasado por mi mente proyectos criminales, cuya sola idea me horroriza.

—Lesbia se ha dado tan buena maña para propalar lo del envenenamiento, que todo el mundo lo cree—dijo Amaranta.—¡Ah, señora, es preciso castigar duramente á esa mujer!

—Sí; pero no incluyéndola en la causa: eso redundaria en perjuicio mio. Manuel me lo ha advertido esta tarde con mucho empeño, y es preciso hacer lo que él dice. Por su parte, Manuel le causa todo el daño que puede. Desde que supo las infamias que contaba de mí, dejó cesantes á todos los que habian recibido destino por recomendacion suya. Esta prueba de afecto me ha enternecido.

—No seria malo que Mañara sintiera encima la mano de hierro del Generalísimo.

—¡Oh! sí. Manuel me ha prometido buscar algun medio para que se le forme causa y sea expulsado del cuerpo. ¡Oh! Manuel no se descuida: despues que nos reconciliamos por mediacion tuya, su complacencia y finura conmigo no tienen límites. No, no existe otro que como él comprenda mi carácter y posea el arte de las buenas formas áun para negar lo que se le pide. Ahora precisamente estoy en lucha con él para que me conceda una mitra.

—¿Para mi recomendado el capellan de las monjas de Pinto?

—No: es para un tio de Gregorilla, la hermana de leche del chiquitin (*). Ya ves: se le ha puesto en la cabeza que su tio ha de ser obispo, y verdaderamente no hay motivo alguno para que no lo sea.

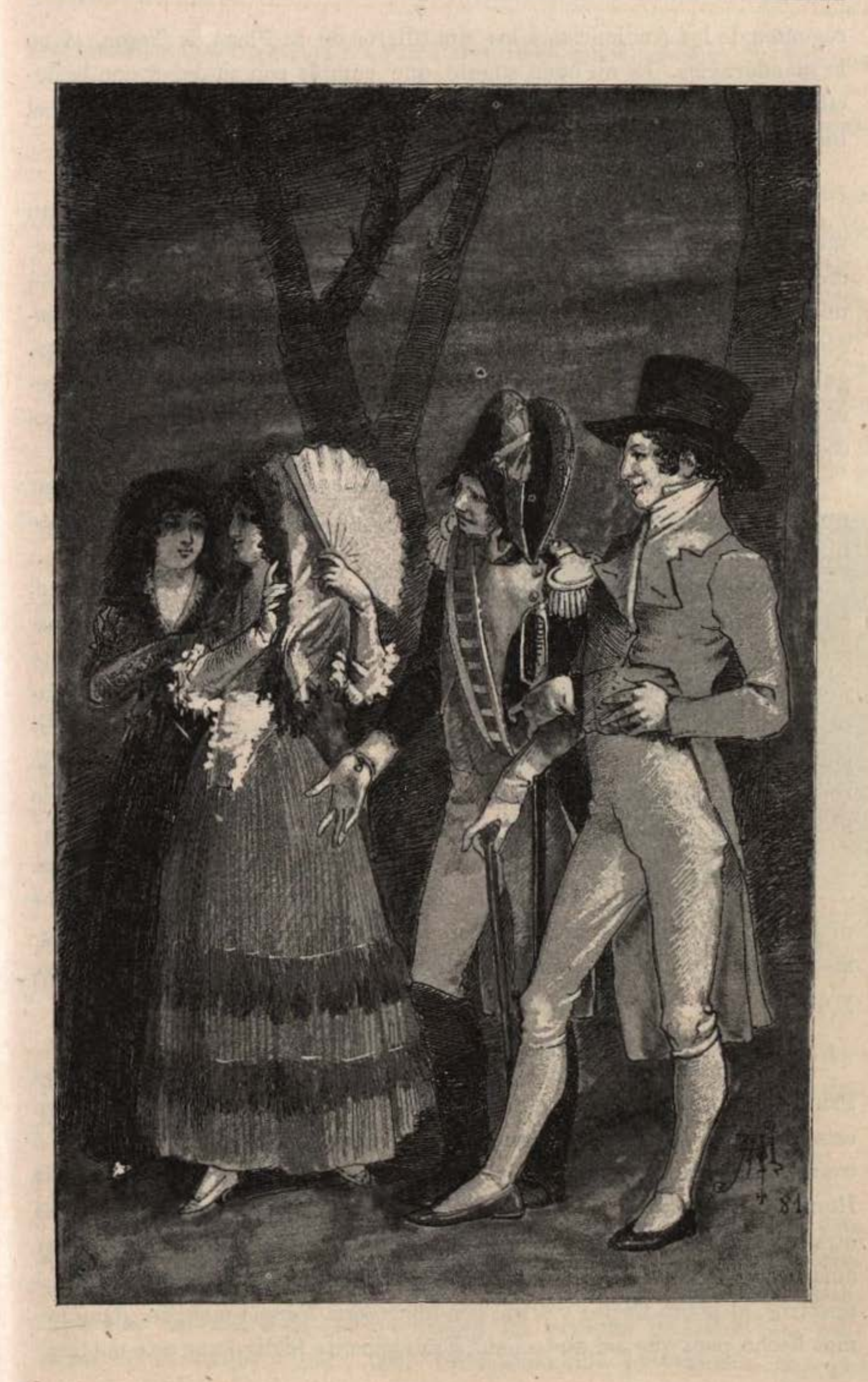
—¿Y el Príncipe se opone?

—Sí; dice que el tio de Gregorilla ha sido contrabandista hasta que se ordenó, hace dos años, y que es un ignorante. Tiene razon, y el candidato no es por su sabiduría ninguna lumbrera de la cristiandad; pero hija, cuando vemos á otros... y si no, ahí tienes á mi primo, el cardenalito de la Escala (**), que no sabe más latin que nosotras, y si le examinaran, creo que ni áun para monaguillo le darian el *exequatur*.

—Pero ese nombramiento lo ha de hacer Caballero—dijo Amaranta.—¿Se opone tambien?

—Caballero, no. Ese es mi gran amigo. Desde que supo formar causa y mandar á presidio al guardia y al paisano que nos conocieron cuando fuimos disfrazadas á la verbena de Santiago, le estoy muy agradecida. Caballero no hace sino lo que queremos, y capaz seria de convertir en

(*) D. Francisco de Paula.
(**) El cardenal Infante D. Luis de Borbon, arzobispo de Toledo.



regentes de las Audiencias á los puntilleros de la Plaza de Toros, si se lo mandáramos. Es un buen sugeto, que cumple con su deber con la docilidad del verdadero ministro. El pobrecito se interesa mucho por el bien de la nacion.

—Pues él puede dar la mitra por sí y ante sí al tio de Gregorilla.

—No: Manuel se opone, ¡y de qué manera! Pero yo he discurrido un medio de obligarle á ceder. ¿Sabes cuál? Pues me he valido del tratado secreto celebrado con Francia, que se ratificará en Fontainebleau dentro de unos dias. Por él se da á Manuel la soberanía de los Algarbes; pero nosotros no estamos aún decididos á consentir en el repartimiento de Portugal, y le he dicho: "Si no haces obispo al tio de Gregorilla, no ratificaremos el tratado, y no serás rey de los Algarbes." Él se rie mucho con estas cosas mias; pero al fin... ya verás cómo consigo lo que deseo.

—Y mucho más cuando estos nombramientos contribuyen á fortificar nuestro partido. ¿Pero él no conoce que el del Príncipe es cada vez más fuerte?

—¡Ah! Manuel está muy disgustado—dijo la desconocida con tristeza; —y lo que es peor, muy acobardado. Afirma que esto no puede concluir en bien y tiene presentimientos horribles. Estos sucesos le han puesto muy triste, y dice. "Yo he cometido muchas faltas, y el dia de la expiacion se acerca." ¡Pero qué bueno es! ¿Creerás que disculpa á mi hijo, diciendo que le han engañado y envilecido los amigos ambiciosos que le rodean? ¡Ah! mi corazon de madre se desgarra con esto; pero no puedo atenuar la falta del Príncipe. Mi hijo es un infame.

—¿Y él espera conjurar fácilmente tantos peligros?—preguntó mi ama.

—No lo sé—repuso la desconocida tristemente.—Manuel, como te he dicho, está muy descorazonado. Aunque cree castigar pronto y ejemplarmente á los conjurados, como hay algo que está por encima de todo esto, y que...

—Bonaparte, sin duda.

—No: Bonaparte creo que estará de nuestro lado, á pesar de que el Príncipe le presenta como amigo suyo. Manuel me ha tranquilizado en este punto. Si Bonaparte se enojase con nosotros, le daríamos veinte ó treinta mil hombres, para que los sacase de España, como sacó los de la Romana. Eso es muy fácil y á nadie perjudica. Lo que nos entristece es otra cosa, es lo que pasa en España. Segun me ha dicho Manuel, todos aman al Príncipe y le creen un dechado de perfecciones, miéntras que á nosotros, al pobre Cárlos y á mí, nos aborrecen. Parece mentira. ¿Qué hemos hecho para que así nos odien? Francamente te digo que esto me tiene

afectada, y estoy resuelta á no ir á Madrid en mucho tiempo. Te juro que aborrezco á Madrid.

—Yo no participo de ese temor—dijo Amaranta,—y espero que, castigados los conspiradores, la mala yerba no volverá á retoñar.

—Manuel trabajará sin descanso: así me lo ha dicho. Pero es preciso que se evite todo lo que pueda escandalizar, y sobre todo lo que resulte desfavorable. Por eso esta noche en cuanto llegó Manuel, vino á suplicarme que por conducto tuyo hiciese arrancar de la causa todo lo relativo á Lesbia, que es poseedora de documentos terribles, y se vengaria cruelmente en sus declaraciones. Ya sabes que tiene mucha imaginacion, y sabe inventar enredos con gran arte. Desde que Manuel me habló hasta que te he visto, no he sosegado un momento. Pero ni él ni yo podemos hablar de esto con Caballero: háblale tú y arréglalo con tu buen juicio y habilidad. ¡Ah! se me olvidaba. Caballero desea el Toison de Oro: ofréceselo sin cuidado; que aunque no es hombre para cargar tal insignia, no habrá reparo en dársela, si se hace acreedor á ella con su lealtad. ¿Harás lo que te digo?



—Sí, señora. No habrá nada que temer.

—Entónces me retiro tranquila. Confío en tí ahora como siempre—dijo la desconocida levantándose.

—Lesbia no será llamada á declarar; pero no nos faltará ocasion de tratarla como se merece.

—Pues adios, querida Amaranta—añadió la dama, besando á mi ama.—Gracias á tí, esta noche puedo dormir tranquila, y entre tantas penas, no es poco consuelo contar con una fiel amiga, que hace todo lo posible por disminuirlas.

—Adios.

—Es muy tarde... ¡Dios mio, qué tarde!

Diciendo esto, se encaminaron juntas á la puerta, y abierta ésta aparecieron otras dos damas, con las cuales se retiró la desconocida, despues de besar segunda vez á mi ama. Cuando ésta se quedó sola, se dirigió á la habitacion en que yo estaba. Mi primera intencion fué retirarme del escondite y huir; pero reflexionándolo brevemente, creí que

debia esperarla. Cuando ella entró y me vió, su sorpresa fué extraordinaria.

—¡Cómo, Gabriel, tú aquí!—exclamó.

—Sí, señora—respondí serenamente.—He empezado á desempeñar las funciones qne usía me ha encargado.

—¡Cómo!—dijo con ira.—¿Has tenido el atrevimiento de...? ¿has oido?

—Señora—respondí,—usía tenia razon; poseo un oido finísimo. ¿No me mandaba usía que observara y atendiera...?

—Sí—dijo más colérica.—Pero no á esto... ¿entiendes bien? Veo que eres demasiado listo, y el exceso de celo puede costarte caro.

—Señora—repuse con mucha ingenuidad,—queria empezar á instruirme cuanto ántes.

—Bien—repuso, procurando tranquilizarse.—Retírate. Pero te advierto que si sé recompensar á los que me sirven bien, tengo medios para castigar á los desleales y traidores. No te digo más. Si eres imprudente, te acordarás de mí toda tu vida. Vete.



XIX



L dia siguiente se levantó un servidor de ustedes de malísimo humor, y su primera idea fué salir del Escorial lo más pronto que le fuera posible. Para pensar en los medios de ejecutar tan buen propósito, fuése á pasear á los cláustros del monasterio, y allí, discurriendo sobre su situacion, se acaloró la cabeza del pobre muchacho, revolviendo en ella mil pensamientos que cree poder comunicar al discreto lector.

Los que hayan leido en el primer libro de mi vida el capítulo en que dí cuenta de mi inútil presencia en el combate de Trafalgar, recordarán que en aquella alta ocasion, y cuando la grandeza y majestad de lo que pasaba ante mis ojos parecian sutilizar las facultades de mi alma, pude concebir de un modo clarísimo la idea de la patria. Pues bien: en la ocasion que ahora refiero, y cuando la desastrosa catástrofe de tan ridículas ilusiones habia conmovido hasta lo más profundo mi naturaleza toda, el espíritu del pobre Gabriel hizo despues de tanto abatimiento una nueva adquisicion, una nueva conquista de inmenso valor, la idea del honor.

¡Qué luz! Recordé lo que me habia dicho Amaranta, y comparando sus conceptos con los mios, sus ideas con lo que yo pensaba, mezcla de ingénuo engreimiento y de honrada fatuidad, no pude ménos de enorgullecerme de mí mismo. Y al pensar esto, no pude ménos de decir:—Yo soy hombre de honor, yo soy hombre que siento en mí una repugnancia invencible á cometer cualquiera accion fea y villana que me deshonre á mis propios ojos; y ademas la idea de que pueda ser objeto del menos-

precio de los demas, me enardece la sangre y me pone furioso. Cierto que quiero llegar á ser persona de provecho; pero de modo que mis acciones me enaltezcan ante los demas y al mismo tiempo ante mí, porque de nada vale que mil tontos me aplaudan, si yo mismo me desprecio. Grande y consolador debe de ser, si vivo mucho tiempo, estar siempre contento de lo que haga, y poder decir por las noches, miéntras me tapo bien con mis sabanitas para matar el frio: *No he hecho nada que ofenda á Dios ni á los hombres. Estoy satisfecho de tí, Gabriel.*

Debo advertir que en mis monólogos siempre hablaba conmigo, como si yo fuera otro.

Lo particular es que miéntras pensaba estas cosas, la figura de Inés no se apartaba un momento de mi imaginacion, y su recuerdo daba vueltas en torno á mi espíritu, como esas mariposas ó pajaritas que se nos aparecen á veces en dias tristes, trayendo, segun el vulgo cree, alguna buena noticia.

Tal era la situacion de mi espíritu, cuando acertó á pasar cerca de mí el caballero D. Juan de Mañara, vestido de uniforme. Detúvose y me llamó con empeño, demostrando que mi presencia era para él nada ménos que un buen hallazgo. No era aquella la primera vez que solicitaba de mí un pequeño favor.

—Gabriel—me dijo en tono bastante confidencial y sacando de su bolsillo una moneda de oro,—esto es para tí, si me haces el favor que voy á pedirte.

—Señor—contesté,—con tal que sea cosa que no perjudique á mi honor...

—Pero, pedazo de zarramplin, ¿acaso tú tienes honor?

—Pues sí que lo tengo, señor oficial—contesté muy enfadado;—y deseo encontrar ocasion de darle á usted mil pruebas de ello.

—Ahora te la proporciono, porque nada más honroso que servir á un caballero y á una señora.

—Dígame usted lo que tengo que hacer—dije, deseando ardientemente que la posesion del doblon que brillaba ante mis ojos fuera compatible con la dignidad de un hombre como yo.

—Nada más que lo siguiente—respondió el hermoso galan, sacando una carta del bolsillo;—llevar este billete á la señorita Lesbia.

—No tengo inconveniente—dije, reflexionando que en mi calidad de criado no podia deshonrarme llevando una carta amorosa.—Déme usted la esquelita.

—Pero ten en cuenta—añadió entregándomela,—que si no desempeñas

bien la comision, ó este papel va á otras manos, tendrás memoria de mí miéntras vivas, si es que te queda vida despues que todos tus huesos pasen por mis manos.

Al decir esto el guardia, demostraba, apretándome fuertemente el brazo, firme intencion de hacer lo que decia. Yo le prometí cumplir su encargo como me lo mandaba, y tratando de esto llegamos al gran patio de Palacio, donde me sorprendió ver bastante gente reunida, descollando entre todos algunas aves de mal agüero, tales como ministriles y demas gente de la curia. Yo advertí que al verles mi acompañante se inmutó mucho, quedándose pálido, y hasta me parece que le oí pronunciar algun juramento contra los pajarracos negros que tan de improviso se habian presentado á nuestra vista. Pero yo no necesitaba reflexionar mucho para comprender que aquella siniestra turba multa nada tenia que ver conmigo, así es que dejando al militar en la puerta del cuerpo de guardia, y una vez trasladadas carta y moneda á mi bolsillo, subí en cuatro zancajos la escalera chica, corriendo derecho á la cámara de la señora Lesbia.

No tardé en hacerme presentar á su señoría. Estaba de pié en medio de la sala, y con entonacion dramática leia en un cuadernillo aquellos versos célebres:

...todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño!
—Y todo te confunde, desdichada.

Estaba estudiando su papel. Cuando me vió entrar cesó en su lectura, y tuve el gusto de entregarle en persona el billete, pensando para mí:—¿Quién dirá que con esa cara tan linda eres una de las mejores piezas que han hecho enredos en el mundo?

Miéntras leia, observé el ligero rubor y la sonrisa que hermoseaban su agraciado rostro. Despues que hubo concluido, me dijo un poco alarmada:

—¿Pero tú no sirves á Amaranta?

—No, señora—respondí.—Desde anoche he dejado su servicio, y ahora mismo me voy para Madrid.

—¡Ah! entónces bien—dijo tranquilizándose.

Yo en tanto no cesaba de pensar en el placer que habria experimentado Amaranta si yo hubiera cometido la infamia de llevarle aquella carta. ¡Qué pronto se me habia presentado la ocasion de portarme como un servidor honrado, aunque humilde! Lesbia, encontrando ocasion de zaherir á su amiga, me dijo:

—Amaranta es muy rigorosa y cruel con sus criados.

—¡Oh, no, señora!—exclamé yo, gozoso de encontrar otra coyuntura de portarme caballerosamente, rechazando la ofensa hecha á quien me daba el pan.—La señora condesa me trata muy bien; pero yo no quiero servir más en Palacio.

—¿De modo que has dejado á Amaranta?



Lesbia.

—Completamente. Me marcharé á Madrid ántes del medio dia.

—¿Y no querrias entrar en mi servidumbre?

—Estoy decidido á aprender un oficio.

—De modo que hoy estás libre, no dependes de nadie, ni siquiera volverás á ver á tu antigua ama.

—Ya me he despedido de su señoría y no pienso volver allá.

No era verdad lo primero, pero sí lo segundo.

Despues, como yo hiciera una profunda reverencia para despedirme, me contuvo diciendo:

—Aguarda: tengo que contestar á la carta que has traido, y puesto que estás hoy sin ocupacion, y no tienes quien te detenga, llevarás la respuesta.

Esto me infundió la grata esperanza de que mi capital se engrosara con otro doblon, y aguardé mirando las pinturas del techo y los dibujos de los tapices. Cuando Lesbia hubo concluido su epístola, la selló cuidadosamente y la puso en mis manos, ordenándome que la llevase sin perder un instante. Así lo hice; pero ¡cuál no seria mi sorpresa cuando al llegar al cuerpo de guardia me encontré con la inesperada novedad de que sacaban preso á mi señor el guardia, llevándole bonitamente entre dos soldados de los suyos! Yo temblé como un azogado, creyendo que tambien iban á echarme mano, pues sabia que no bastaba ser insignificante para librarse de los ministriles, quienes deseando mostrar su celo en la causa del Escorial, comprendian en los voluminosos autos el mayor número posible de personas.

Cometí la indiscrecion de entrar en el cuerpo de guardia para curiosear, lo cual hizo que un hombre allí presente, temerosa estantigua con nariz de gancho, espejuelos verdes y larguísimos dientes del mismo color, dirigiese hácia mi rostro aquellas partes del suyo, observándome con mucha atencion y diciendo con la voz más desagradable y bronca que en mi vida oí:

—Este es el muchacho á quien el preso entregó una carta poco ántes de caer en poder de la justicia.

Un sudor frio corrió por mi cuerpo al oir tales palabras, y volví la espalda con disimulo para marcharme á toda prisa; pero ¡ay! no habia andado dos pasos, cuando sentí que se clavaban en mi hombro unas como garras de gavilan, pues no otro nombre merecian las afiladas y durísimas uñas del hombre de los espejuelos verdes, en cuyo poder habia caido. La impresion que experimenté fué tan terrorífica, que nunca pienso olvidarla, pues al encarar con su feísima estampa, los vidrios redondos de sus gafas, que remedaban la pupila cuajada, penetrante y estupefacta del gato, me turbaron hasta lo sumo, y al mismo tiempo sus dientes verdes, afilados sin duda por la voracidad, parecian ansiosos de roerme.

—No vaya usted tan de prisa, caballerito—dijo,—que tal vez haga aquí más falta que en otra parte.

—¿En qué puedo servir á usía?—pregunté melifluamente, compren-

diendo que nada me valdria mostrarme altanero con semejante lobo.

—Eso lo veremos—contestó con un gruñido que me obligó á encomendarme á Dios.

Miéntras aquel cernícalo, con la formidable zarpa clavada en mi cuello, me llevaba á una pieza inmediata, yo evoqué mis facultades intelectuales para ver si con el esfuerzo combinado de todas ellas, encontraba medio de salir de tan apurado trance. En un instante de reflexion, hice el siguiente rapidísimo cálculo:—"Gabriel, este instante es supremo. Nada conseguirás defendiéndote con la fuerza. Si intentas escaparte, estás perdido. De modo que si por medio de algun rasgo de astucia no te libras de las uñas de este pícaro, que te enterrará vivo bajo una losa de papel sellado, ya puedes hacer acto de contricion. Al mismo tiempo llevas sobre tí la honra de una dama, que sabe Dios lo que habrá escrito en esa endiablada carta. Con que ánimo, muchacho, serenidad y á ver por dónde se sale."

Afortunadamente Dios iluminó mi entendimiento en el instante en que el curial se sentó en un desnudo banquillo, poniéndome delante para que respondiera á sus preguntas. Recordé haber visto al feroz leguleyo en el cuarto de Amaranta, á quien gustaba de ofrecer servilmente sus respetos, y esto con la idea de que mi antigua ama era desafecta á las personas á quienes se formaba la causa, me dió la norma del plan que debia seguir para librarme de aquel vestiglo.

—Con que tú andas llevando y trayendo cartitas, picaronazo—dijo en la plenitud de su curial servicio, gozándose de antemano con la contemplacion imaginaria de las resmas de papel sellado en que habia de emparedarme.—Ahora veremos para quiénes son esas cartas, y si te ocupas en comunicar á los conjurados con los presos, para que burlen la accion de la justicia.

—Señor licenciado—contesté yo, recobrando un poco la serenidad.—Usted no me conoce, y sin duda me confunde con esos picarones que se ocupan en traer y llevar papelitos á los que están presos en el Noviciado.

—¿Cómo?—exclamó con júbilo,—¿estás seguro de que eso pasa?

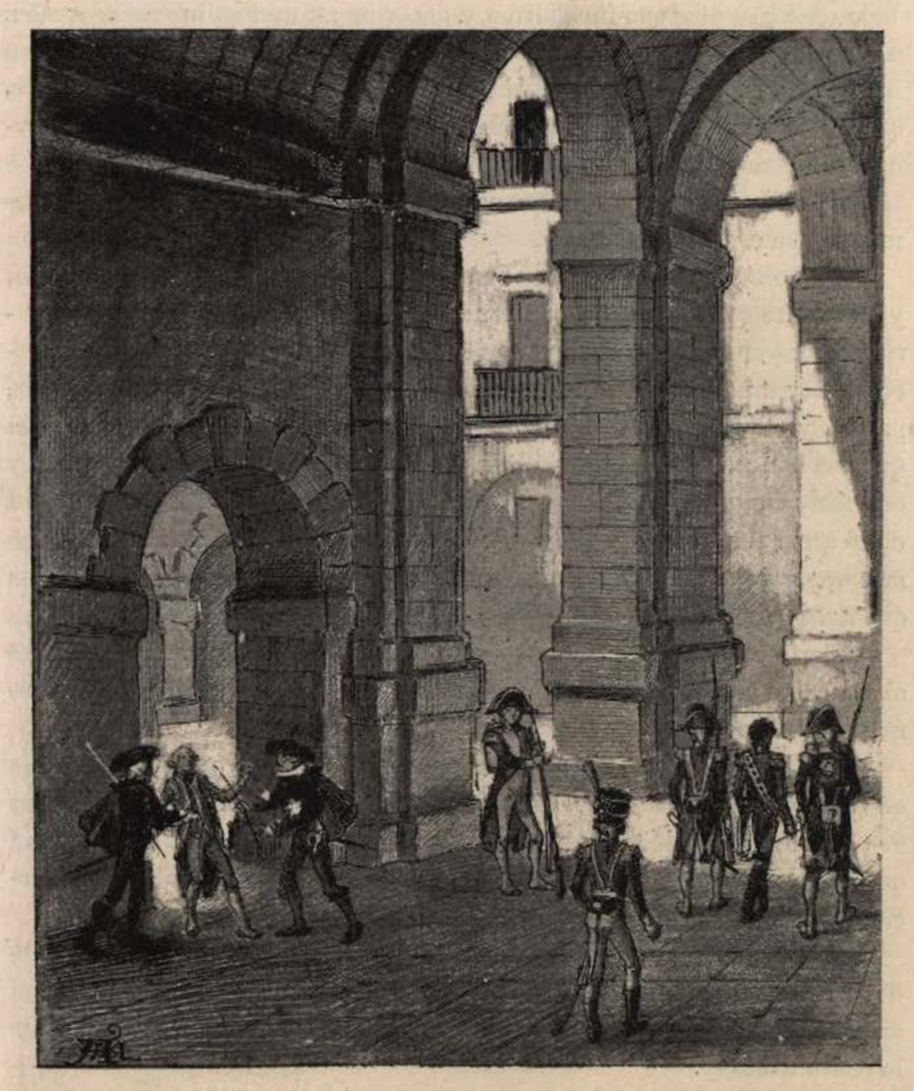
—Sí señor—respondí, envalentonándome cada vez más.—Vaya usía ahora mismo con disimulo al patio de los Convalecientes, y verá que desde el piso tercero del monasterio echan cartas á la bohardilla, valiéndose de unas larguísimas cañas.

—¿Qué me dices?

—Lo que usía oye; y si quiere verlo con sus propios ojos, vaya ahora mismo, que esta es la hora que escogen los malvados para su intento, por

ser la de la siesta. Ya me podria usía recompensar por la noticia, pues le doy este aviso para que pueda prestar un gran servicio á nuestro querido Rey.

—Pero tú recibiste una carta del jóven alférez, y si no me la das ante todo, ya te ajustaré las cuentas.



—¿Pero el señor licenciado no sabe—contesté—que soy paje de la excelentísima señora condesa Amaranta, á quien sirvo hace algun tiempo? ¡Y que no me tiene poco cariño mi ama, en gracia de Dios! Mil veces ha dicho que ya puede tentarse la ropa el que me tocase tan siquiera al pelo de la misma.

El leguleyo parecia recordar, y como era cierto que me habia visto repetidas veces en compañía de mi ama, advertí que su endemoniado rostro se apaciguaba poco á poco.

—Bien sabe el señor licenciado—continué—que la señora condesa me proteje, y habiendo conocido que yo sirvo para algo más que para este bajo oficio, se propone instruirme y hacer de mí un hombre de provecho. Ya he empezado á estudiar con el padre Antolinez, y despues entraré en la Casa de Pajes, porque ahora hemos descubierto que yo, aunque pobre, soy noble y desciendo en línea recta de unos al modo de duques ó marqueses de las islas Chafarinas.

El leguleyo parecia muy preocupado con estas razones, que yo pronuncié con mucho desparpajo.

—Y ahora—proseguí—iba al cuarto de mi ama, que me está esperando, y en cuanto sepa que el señor licenciado me ha detenido, se pondrá furiosa; porque ha de saber el señor licenciado que mi ama me manda recorrer estos patios y galerías para oir lo que dicen los partidarios de los presos, y ella lo va apuntando en un libro que tiene, no ménos grande que ese banco. Ella va á descubrir muchas cosas malas de esa gente, y está muy contenta con mi ayuda, pues dice que sin mí no sabria la mitad de lo que sabe. Por ejemplo, lo de las cañas apuesto á que nadie lo sabe más que yo, y agradézcame el señor licenciado que se lo haya dicho ántes que á ninguno.

—Cierto es—dijo el ministril,—que la señora condesa te proteje, pues ahora caigo en la cuenta de que algunas veces se lo he oido decir; pero no me explico que tu ama se cartee con el alférez.

—Tambien á mí me llamó la atencion—repuse,—porque mi ama decia que ese señor era de los que primero debian ser puestos á la sombra; pero vea el señor licenciado... La carta que recibí era para mi ama, y le decia que viéndose próximo á caer en poder de la justicia, solicitaba la proteccion de la señora condesa para librarse de aquélla.

—¡Ah, Sr. Mañara, tunante, trapisondista!—exclamó el representante de la justicia humana.—Queria escaparse de nuestras uñas, poniéndose al amparo de una persona que está demostrando el mayor celo en favor de la causa del Rey.

—Pero no le valieron sus malas mañas, señor licenciadito de mi alma —añadí entusiasmándome,—porque mi ama rompió la carta con desden, y me mandó contestarle de palabra que nada podia hacer por él.

—¿Y á eso venias?

—Precisamente. Ya sabia yo que no lograba nada el señor alférez. Y

me alegro, me alegro. Porque yo digo: esos picarones, ¿no querian quitarle al Rey su corona y á la Reina la vida? Pues que las paguen todas juntas, que bien merecido tienen el cadalso; y como se descuiden, el señor Príncipe de la Paz no se andará por las ramas.

—Bien—dijo algo más benévolo para conmigo, pero sin que se extinguiera su recelo.—Iremos juntos á ver á tu ama, y ella confirmará lo que has dicho.

—Ahora se fué al cuarto del Príncipe de la Paz, á quien piensa recomendarme para que entre en la Casa de Pajes. Y como el señor licenciado se descuide, no podrá ver á los que echan la caña por los balcones del piso tercero del monasterio. Vaya usía á enterarse de esto, y luégo puede pasar al cuarto de mi ama, donde le espero. Ella estará prevenida y recibirá á usía con mucho agasajo, porque le aprecia y estima mucho.

—¿Sí? ¿Le has oido hablar de mí alguna vez?—preguntó vivamente.

—¿Alguna vez? Diga el señor licenciado mil veces. La otra noche estuvo hablando de usía más de dos horas con el Príncipe de la Paz y con el marqués Caballero.

—¿De veras?—preguntó plegando su arrugada boca con una sonrisa indefinible y dejando ver en todo su vasto desarrollo el mapa de su verde dentadura.—¿Y qué decia?

—Que al señor licenciado se deben todas las averiguaciones que se han hecho en la causa, y otras cosas que no digo por no ofender la modestia de usía.

—Dílas, picaron, y no seas corto de genio.

—Pues hizo grandes elogios de usía, ponderando su talento, su mucho saber y su disposicion para sacar leyes aunque fuera de un canto rodado. Despues añadió que si no le hacian al señor licenciado consejero de Indias ó de la sala de alcaldes de Casa y Córte, no tendrian perdon de Dios.

—¿Eso dijo? Veo que eres un chico formal y discreto. Dí á la señora condesa que dentro de un momento pasaré á visitarla, para consultar con ella gravísimas cuestiones. Ella sabrá cuánto la aprecio y estimo. Con respecto á tí, al principio pensé que la carta entregada por el alférez era para la duquesa Lesbia.

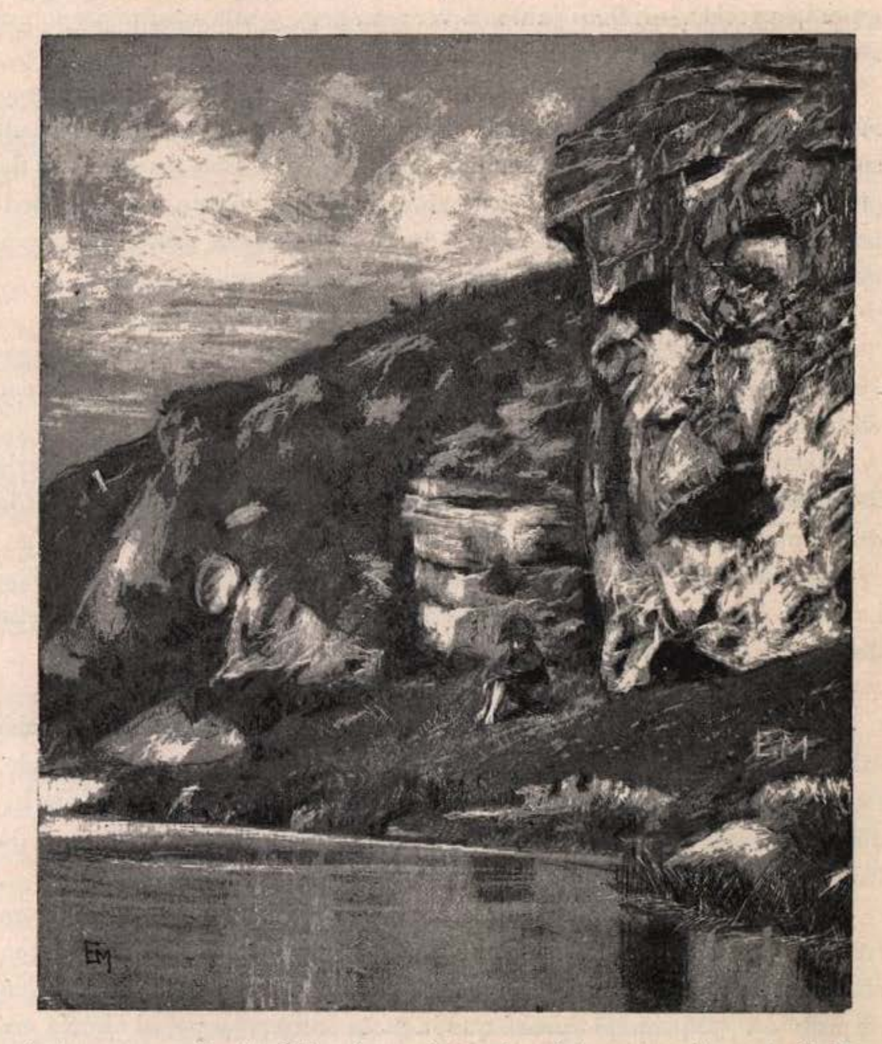
—¡Quiá! No voy yo al cuarto de esa señora, porque mi ama y ella están reñidas.

—Y como hoy—continuó—se procederá tambien á prender á esa señora, que resulta complicada en el proceso, lo mismo que su esposo el señor duque...

—¡Tambien prenden á la señora Lesbia!—exclamé asombrado.

—Tambien; ya habrán subido mis compañeros á notificárselo. Con que, jóven, sube al cuarto de tu ama y adviértele mi próxima visita.

No esperé más para separarme de hombre tan fiero, y bendiciendo ervorosamente á Dios, salí del cuerpo de guardia, muy satisfecho de la



estratagema empleada. Mi primera intencion fué correr al cuarto de Lesbia, no sólo para devolverle la carta, sino para prevenirla acerca del gran riesgo que su libertad corria; mas cuando subí, noté que la justicia habia invadido su vivienda. Era preciso huir de Palacio, donde corria gran peligro de caer en poder del atroz licenciado, en cuanto éste, conferenciando con mi ama, descubriese mis estupendas mentiras. Piés, ¿para qué

os quiero? dije, y al punto subí precipitadamente á mi camaranchon, cogí y empaqueté de cualquier modo mi ropa, y sin despedirme de nadie salí del Palacio y del monasterio, resuelto á no detenerme hasta Madrid.

Á pesar de mi zozobra, no quise partir sin provisiones, y habiéndome surtido en la plaza del pueblo de lo más necesario, eché á andar, volviendo á cada rato la vista, porque me parecia que el licenciado caminaba detrás de mí. Hasta que no desapareció de mi vista la cúpula y las torres del terrible monasterio no recobré la tranquilidad, y despues de dos horas de precipitada marcha, me aparté del camino y restauré mis fuerzas con pan, queso y uvas, seguro ya de que por el momento las durísimas uñas del representante de la justicia no se clavarian en mis hombros.

En aquel rato de descanso y esparcimiento me reí á mis anchas, recordando las mentiras que habia empleado para salvarme; pero no me remordia la conciencia por haberlas desembuchado con tanta largueza, puesto que aquellos embustes, con los cuales no perjudicaba á la honra de nadie, eran la única arma que me defendia contra una persecucion tan bárbara como injusta. Los trances difíciles aguzan el ingenio, y en cuanto á mí, puedo decir que ántes de encontrarme en el que he referido, jamás hubiera sido capaz de inventar tales desatinos. Bien dicen que las circunstancias hacen al hombre tonto ó discreto, aguzando el más rústico entendimiento ú oscureciendo el que se precia de más claro.

Más allá de Torrelodones encontré unos arrieros que por poco dinero me dejaron montar en sus caballerías, y de este modo llegué Madrid cómodamente, ya muy avanzada la noche.



XX



omo era tarde, creí que no debia ir á casa de Inés hasta la mañana siguiente, y entré en la de la Gonzalez, que aún estaba levantada, y como sin intencion de recogerse todavía. Quedóse muy asombrada al verme entrar, y faltóle tiempo para preguntarme lo que me habia pasado, y si habia ocurrido alguna novedad á la señorita Amaranta. Tambien quiso saber lo de la famosa conjuracion, asunto que, segun dijo, ocupaba la atencion de Madrid entero, y satisfecha su curiosidad en este y otros puntos, me aseguró haber recibido una carta de Lesbia, en que le anunciaba su viaje á la Córte dentro de algunos dias para acabar de perfeccionarse en el papel de Edelmira.

Aunque el cansancio me rendia, y más deseaba acostarme que hablar, le conté lo de la carta, y tambien el triste caso de la prision de la duquesa. Pepita, muy alterada con estas noticias, me rogó que le entregase la carta, á lo cual me negué, jurando que la guardaria hasta que pudiera dársela en propia mano á la misma persona de quien la recibí. Ella pareció conformarse con mi negativa, y no hablamos más del asunto. Despues le dije que, resuelto á aprender un oficio, habia abandonado á Amaranta para regresar á la Córte, y me fuí á acostar, deseando que llegase pronto la mañana para ver á Inés. Excuso decir que dormí como un talego: levantéme al dia siguiente muy á prisa y mi primera impresion fué una gran pesadumbre. Les contaré á ustedes: al vestirme busqué en mis ropas la carta de Lesbia, y la carta no parecia. No quedó en mis bolsillos, ni en mi breve equipaje escondrijo que no fuese revuelto; pero no encontré nada. Muy afanado estaba, temiendo que la carta hubiese caido en manos indiscretas, cuando le conté á mi ama lo que me pasaba, preguntándole si habia

encontrado por el suelo la malhadada epístola. Entónces la pícara, lanzando una carcajada de alegría, me contestó con la mayor desvergüenza:

—No la he encontrado, Gabrielillo, sino que anoche, luégo que te dormiste, entré en tu cuarto de puntillas, y saqué la carta del bolsillo de tu chaqueta. Aquí la tengo, la he leido, y no la soltaré por nada.

Aquello me indignó sobremanera. Pedíle la carta, diciéndole que mi honor me exigia devolverla á su dueña, sin que nadie la leyera; mas ella me repuso que yo no tenia honor que conservar, y que en cuanto á la carta, no la devolveria, aunque le diesen tantos azotes como letras estaban escritas en ella. Acto contínuo me la leyó, y decia así, si mal no recuerdo:

"Amado Juan: Te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; „pero si quieres que crea en tu arrepentimiento, pruébamelo, viniendo á „cenar conmigo esta noche en mi cuarto, donde acabaré de disipar tus „infundados celos, haciéndote comprender que no he querido nunca, ni „puedo querer á Isidoro, ese salvaje, presumido comiquillo, á quien sólo „he hablado alguna vez con objeto de divertirme con su necia pasion. No „faltes, si no quieres enfadar á tu—*Lesbia.*—P. D. No temas que te pren-„dan. Primero prenderán al Rey.„

Leida la carta, la Gonzalez se la guardó en el pecho, diciendo entre risas y chistes que ni por diez mil duros la devolveria. Todas mis súplicas fueron inútiles, y al fin, cansado de desgañitarme, salí de la casa, muy apesadumbrado con aquel incidente, mas esperando desvanecer mi mal humor con la vista de la infeliz Inés. Dirigíme allá muy conmovido, y al entrar por la calle, mirando á los balcones de su casa, decia:—"¡Cuán léjos estará ella de que yo acabo de doblar la esquina y estoy en la calle! Estará sentada detrás de la cortinilla, y aunque no tendria más que asomarse un poco para verme, no me verá hasta que no entre en la casa.„

Llegué por fin, y desde que se me abrió la puerta comprendí que algo grave pasaba allí; porque Inés no corrió á mi encuentro á pesar de las fuertes voces que dí al poner el pié dentro de la casa. Quien primero me recibió fue el padre Celestino, con rostro tan demasiadamente compungido, que no podia atribuirse su escualidez á la sola causa del hambre.

—Hijo mio, en mal hora vienes—me dijo.—Aquí tenemos una gran desgracia. Mi hermana, la pobre Juana, se nos muere sin remedio.

—¿Pero Inés?

—Buena; pero figúrate cómo estará la pobrecita con el ajetreo de estos dias... No se separa del lado de su madre, y si esto siguiera mucho tiempo, creo que tambien se llevaria Dios al pobre angelito de mi sobrina.

—Bien le decíamos á la señora Doña Juana que no trabajase tanto.

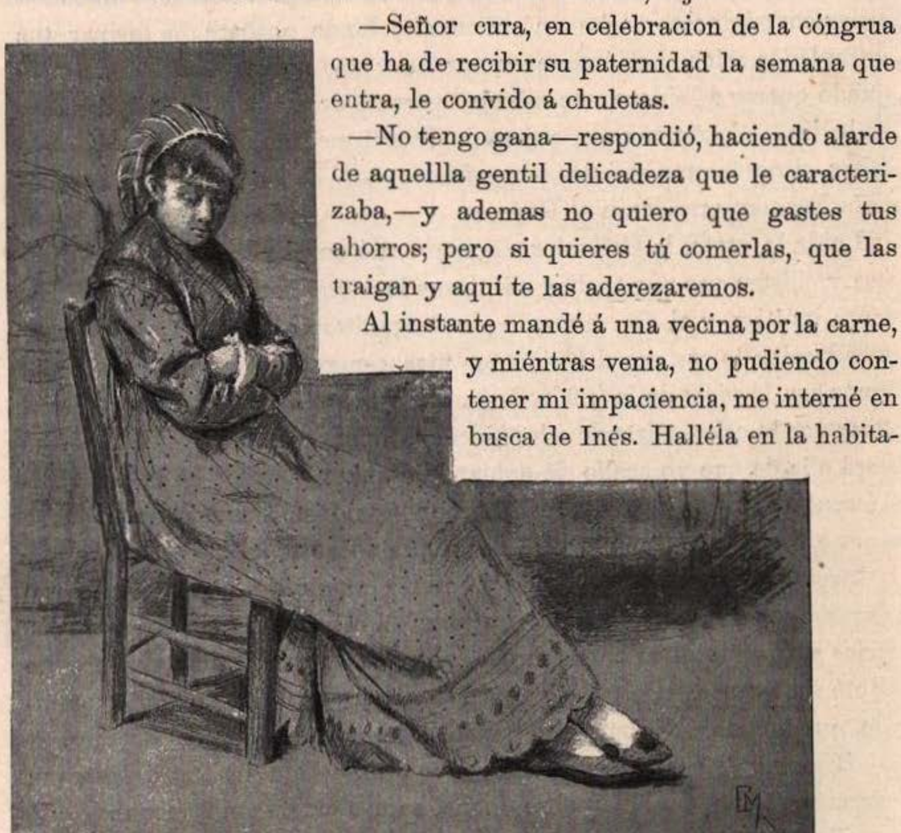
—¿Y qué quieres, hijo mio?—respondió.—Ella mantenia la casa, porque ya ves: todavía no me han dado el curato, ni la capellanía, ni la coadjutoría, ni la racion, ni la beca, ni la cóngrua que me han prometido, aunque tengo la seguridad de que á más tardar la semana que entra se cumplirán mis deseos. Ademas mi poema latino no hay librero que lo quiera imprimir, aunque le den dinero encima, y aquí tienes la situacion. No sé qué va á ser de nosotros si mi hermana se muere.

Al decir esto, las quijadas del pobre viejo se descoyuntaron en un bostezo descomunal, que me probó la magnitud de su hambre. Semejante espectáculo me oprimia el corazon; pero afortunadamente yo tenia algun dinero de mis ahorros y ademas el doblon de Mañara, lo cual me permitia hacer una hombrada. Echándome la mano al bolsillo, dije:

—Señor cura, en celebracion de la cóngrua que ha de recibir su paternidad la semana que entra, le convido á chuletas.

—No tengo gana—respondió, haciendo alarde de aquellla gentil delicadeza que le caracterizaba,—y ademas no quiero que gastes tus ahorros; pero si quieres tú comerlas, que las traigan y aquí te las aderezaremos.

Al instante mandé á una vecina por la carne, y miéntras venia, no pudiendo contener mi impaciencia, me interné en busca de Inés. Halléla en la habitacion principal, no léjos de la cama de su madre, que dormia profundamente.



—Inesilla, Inesilla de mi corazon—dije, corriendo á ella y dándole media docena de abrazos.

Por única respuesta Inés me señaló á la enferma, indicándome que no hiciera ruido.

—Tu madre se pondrá buena—le contesté en voz baja.—Ay, Inesilla, cuánto deseaba verte! Vengo á confesarte que soy un bruto, y que tú tienes más talento que el mismo Salomon.

Inés me miró sonriendo con serena tranquilidad, como si de antemano hubiera sabido que yo vendria á hacer tales confesiones. Mi discreta y pobre amiga estaba muy pálida por los insomnios y el trabajo; pero ¡cuánto más hermosa me pareció que la terrible Amaranta! Todo habia cambiado, y el equilibrio de mis facultades estaba restablecido.

—Mira, Inesilla—dije besándole las manos,—acertaste en todas tus profecías. Estoy arrepentido de mi gran necedad, y he tenido la suerte de encontrar pronto el desengaño. Bien dicen, que los jóvenes nos dejamos alucinar por sueños y fantasmas. Pero ¡ay! no todos tienen un buen angel como tú que les enseñe lo que han de hacer.

—¿De modo que ya no le tendremos á usía de capitan general, ni de virey?—me dijo burlándose de mis locuras.

—No, niñita, no estoy ya por los palacios ni por los uniformes. Si vieras tú qué feas son ciertas cosas cuando se las ve de cerca. El que quiere medrar en los palacios, tiene que cometer mil bajezas, contrarias al honor, porque yo tengo tambien mi honor, sí señora... Nada, nada: dejémonos de vireinatos y de bambollas. He sido un alma de cántaro; pero bien dice el señor cura, tu tio, que la experiencia es una llama que no alumbra sino quemando. Yo me he quemado vivo; pero ¡ay! hija, ¡si vieras cuánto he aprendido! Ya te contaré.

—¿Y ya no vuelves allá?

—No, señora; aquí me quedo, porque tengo un proyecto...

—¿Otro proyecto?

—Sí; pero este te ha de gustar, picarona. Voy á aprender un oficio. Á ver cuál te parece mejor. ¿Platero, ebanista, comerciante? Lo que tú quieras. Todo ménos el de criado.

—Eso no está mal discurrido.

—Pero detrás de este proyecto, está otro mejor—dije, gozando de un modo indecible con aquel diálogo.—Sí, hijita, tengo el proyecto de casarme con usted.

La enferma hizo un movimiento, y entónces Inés, atendiendo á su madre, no pudo dar contestacion á mis vehementes palabras.

—Yo tengo diez y seis años—continué,—tú quince, de modo que no hay más que hablar. Aprenderé un oficio, en el cual pienso ganar pronto

muchísimo dinero, que tú irás guardando para nuestra boda. Verás, verás qué bien vamos á estar. ¿Quieres, sí ó no?

—Gabriel—repuso en voz muy baja,—ahora somos muy pobres. Si me quedo huérfana lo seremos mucho más. Á mi tio no le darán nunca lo que está esperando hace catorce años. ¿Qué va á ser de nosotros? Tú no ganarás nada hasta que no pase algun tiempo: no pienses, pues, en locuras.

—Pero tonta, dentro de cuatro años habré yo ganado más de lo que peso. Entónces, para entónces... Miéntras tanto, ya nos arreglaremos. Para algo te ha dado Dios ese talento de doctora de la Iglesia que tienes. Ahora conozco que sin tí no valgo nada, ni sirvo para nada.

—Eso despues que te reias de mí, cuando te decia: "Gabriel, vas por mal camino."

—Tenias razon, cordera. ¡Si vieras qué raro es el hombre por dentro, y cómo se equivoca y cómo ignora hasta lo mismo que le pasa! Cuando salí de aquí creí que no te queria, y como aquella señora me tenia deslumbrado, apénas me acordaba de tí. Pero no, te queria y te quiero más que á mi vida, sólo que á veces parece que se le ponen á uno telarañas en los ojos que tenemos por dentro, y no vemos lo mismo que nos pasa en... pues... por dentro. Y al mismo tiempo, querida, tu cara se me venia á la memoria cuando, decidido á no ceder á los caprichos de aquella dama endemoniada, pensaba que el hombre debe buscarse una fortuna por medios honrosos.

La enferma llamó á su hija, y nuestro dulce coloquio quedó interrumpido. Pero tras el placer que habia experimentado conferenciando con Inés, Dios me deparó el no ménos grato de ver comer las chuletas al padre Celestino, quien, á pesar de la gran necesidad que padecia, no las cató sin hacer mil remilgos para poner á salvo su dignidad y pundonor.

—He almorzado hace un rato, Gabriel—dijo;—pero si te empeñas...

Miéntras comia recayó la conversacion sobre los asuntos del Escorial, y él, que no ocultaba su aficion á Godoy, se expresó así:

—Harán bien en estirpar de raíz la conjuracion. Pues no es mala la que tenian armada contra nuestros queridos Reyes y ese dignísimo Príncipe de la Paz, mi paisano y amigo, protector de los menesterosos.

—Pues la opinion general aquí, como en el real Sitio—le contesté,—es favorable al Príncipe Fernando, y todos acusan á Godoy de haber fraguado esto para desacreditarle.

—¡Pícaros, embusteros, rufianes!—exclamó furioso el clérigo.—¿Qué saben ellos de eso? Si conocieran, como yo conozco, las intrigas del partido fernandista... Descuiden, que ya le contaré todo al señor Príncipe de la Paz cuando vaya á darle las gracias por mi curato, lo cual, segun me ha

dicho el oficial de la secretaría, no puede pasar de la semana que entra. ¡Ah! Si tú conocieras al canónigo D. Juan de Escoiquiz, como le conozco yo... Aquí le tienen por un corderito pascual, y es el bribon mayor que ha vestido sotana en el mundo. ¿Quién sino él se ha opuesto á que me den el curato? Y todo porque en las oposiciones que hicimos en Zaragoza hace treinta y dos años, sobre el tema *Utrum helemosinam*... no recuerdo lo demas... le dejé bastante corrido. Desde entónces me ha tomado grande ojeriza. Cuando estemos más despacio, Gabrielillo, te contaré las mil infames tretas que ha empleado el arcediano de Alcaráz para conquistar la voluntad de su discípulo. ¡Ah! yo sé cosas muy gordas. Él es el alma de este negocio; él ha urdido tan indigna trama; él ha estado en tratos con el embajador de Francia, Mr. Beauharnais, para entregar á Napoleon la mitad de España, con tal que ponga en el trono al Príncipe heredero, sí señor.

—Pues oiga usted á todo el mundo—respondí,—y verá cómo al señor de Escoiquiz le ponen por esas nubes, miéntras dicen mil picardías del primer ministro.

—Envidia, chico, envidia. Es que todos le piden colocaciones, destinos y prebendas, y como no los puede dar sino á las personas decentes como yo, de aquí que la mayoría se queja, murmura, y ya ves... ¿Podrán negar que se le deben multitud de cosas buenas, como la proteccion á la enseñanza, la creacion del Seminario de caballeros pajes, el fomento de la botánica, las escuelas de agricultura, los jardines de aclimatacion, la prohibicion de enterrar en los templos, y otras muchas reformas útiles, que aunque criticadas por los ignorantes, ello es que son laudables, y así ha de reconocerlo la posteridad? Cuando estemos despacio te contaré otras cosas que te harán variar de opinion, y si no, al tiempo... Yo bien sé que me arrastrarán los madrileños si salgo por ahí diciendo estas cosas; pero amigo... *super omnia veritas.*

—Pues hablando de otra cosa—le dije,—aquí donde usted me ve, puede que le haya conseguido un servidor el destinillo que pretendia.

—¿Tú? ¿Qué puedes tú? Godoy quiere servirme. Sí, él lo hará sin necesidad de recomendaciones. Y á fé, hijo mio, que si no me colocan pronto, y se muere Juana, lo vamos á pasar mal; pero muy mal.

—Pero Doña Juana tiene parientes ricos.

—Sí, Manso Requejo y su hermana Restituta, comerciantes de telas en la calle de la Sal. Ya sabes que son avaros de aquellos de hártate comilon con pasa y media. Jamás han hecho nada por sus parientes. La pobre Inés no tiene que agradecerles ni un pañuelo.

—¡Qué miserables!

—Ademas cuando yo me establecí en Madrid, hace catorce años, conocí á ese Requejo. Juana estaba ya viuda, Inés era tamañita así, y tan lindilla y tan amable como ahora. Pues bien: el primo de Juana, á quien yo insté en cierta ocasion para que favoreciera á esa familia, me dijo: "No puedo hacer nada por ellas, porque Juana ha renegado de sus parientes; en cuanto á Inesilla, estoy casi seguro de que no es de mi sangre. Me han dicho que es una inclusera, á quien Juana ha recogido, haciéndola pasar por hija suya." Pretexto, nada más que pretexto, para disculpar su avaricia. No me fué posible convencer á aquel bárbaro, y desde entónces no le he vuelto á ver.

—¿De modo que no hay que contar con esa gente?

—Como si no existieran.

Estas palabras me llevaron á reflexionar sobre la suerte de aquella infeliz familia. Hubiera deseado tener los tesoros de Creso para ponérselos á Inés en el cestillo de la costura. Como nunca, sentí entónces imperiosa y viva la primera necesidad del hombre honrado, que está resuelto á no vender su conciencia. No tenia dinero... ¿Cómo adquirirlo?

Fuí otra vez al lado de Inés, á quien no podia ménos de mostrar á cada instante mi afecto vehemente; y despues que conferenciamos otro poco salí de la casa, pensando en el ardid que emplearia para que el padre Celestino recibiese, sin menoscabo en su dignidad, el doblon que me dió Mañara, y diciendo entre mí á cada paso:—¡Maldito dinero! ¿Dónde estás?



XXI



L entrar en casa de la Gonzalez, ésta acudió presurosa á mi encuentro, y me causó sorpresa el verla muy alegre, con esa alegría inquieta y febril de los niños, que rien, cantan, golpean y destrozan cuanto encuentran al paso. Mi ama me habló lo que despues diré, y á cada frase se interrumpia para cantar alguna tonada ó estribillo de los infinitos que enriquecian su repertorio de sainetes.



—¿Qué pasa para tanta alegría, señora?

—He tenido carta de la señora marquesa —me contestó,—la cual viene mañana á preparar la funcion. Yo estoy encargada de dirigir la escena.

> Sal quiere el huevo,
> y el demonio del gato
> vertió el salero.

—Buen provecho—dije.—¿Y qué cuenta de la señora Lesbia?

—Que la pusieron en libertad á la media hora, conociendo que nada resultaba contra ella. Tambien dejaron libre á D. Juan. Pronto les tendremos aquí, y la funcion no se retrasará. ¡Qué placer! Yo dirijo la escena.

Madre, qué gusto
es ver á dos gitanos
trocar de burros.

—Pues sea enhorabuena.

—Pero hay un inconveniente, Gabriel—prosiguió.—Ya sabes que ninguno de esos señores quiere hacer el papel de Pésaro, por ser muy desairado. Perico Rincon, mi compañero, dijo que lo haria si le daban mil reales; pero cátate que ha caido con una pulmonía, y si la funcion es para el 6, no sé cómo nos compondremos. ¿Quieres tú hacer el papel de Pésaro?

—¡Yo! ¡yo representar!—exclamé con espanto.—No quiero ser cómico.

—Pero representas de aficionado, tontuelo, y el honor de salir á las tablas en un teatro como el de la marquesa es tal, que muchos currutacos se desvivirian por obtenerlo. ¡Y yo dirijo la escena!

En mi casa me dicen
que soy usía, que soy usía,
porque amo á un escribiente
de lotería.

—Con que, chico, vas á aprender ese papel; que aunque es superior á tu edad, con unas barbas postizas, arregladas por mí, y teniendo tú cuidado de ahuecar la voz, quedarás que ni pintado. Ademas, no olvides que la señora marquesa ha ofrecido dos mil reales á todas las partes de por medio que trabajan en esta representacion. Juanica, que hace de Hermancia, no cobra más que mil.

La noche de San Pedro
te puse un ramo,
y amaneció florido
como mil Mayos.

—¿Con que aceptas, chiquillo, sí ó no?

No pude ménos de discurrir que seria muy tonto si renunciaba á poseer aquellos dineros, que me venian como anillo al dedo para ofrecer á Inés un auxilio en su tribulacion. Sin embargo, me repugnaba el oficio de cómico, y más aún la idea de verme nuevamente entre personas á quienes habia cobrado cierta repugnancia. Con todo, despues de pesar los inconvenientes y las ventajas, me decidí al fin, y hasta (debo confesarlo) el

pícaro demonio de la vanidad intentó de nuevo asaltar mi alma, poniendo ante los ojos de mi imaginacion la honra, el lustre, el tono que me daria alternando con tanta gente aristocrática en aquellas magníficas salas, cuyas alfombras no era dado pisar á todos los mortales. Pero lo que principalmente me indujo á aceptar fué el premio ofrecido, que era para mí una cantidad fabulosa, un sueño de oro.

—La Providencia divina me envia esos dos mil reales, que son diez duros, y otros diez, y otros diez, y otros diez, etc... ¡Quiá! si no se pueden contar. Buen tonto seré si no los cojo.

Dejé á mi ama, que al retirarme yo cantaba

Alons, madamusella,
asamble reunion,
á tur de la butella
feran le rigodon,

y volví á casa de Inés, á quien participé la riqueza que me aguardaba, prometiendo regalársela. Pasé allí largas horas entristecido por el espectáculo que ofrecia la pobre y enferma Doña Juana, cada vez más empeorada. Al salir á la calle, y cuando pasaba junto al gran portal, ví que de un enorme carro sacaban telones pintados y otros aparatos de teatro, los cuales trastos venian, segun me dijo el portero, de casa de D. Francisco Goya.

—Dentro de tres ó cuatro dias—añadió—es la funcion. Ya es seguro que vendrá la señora duquesa á hacer el papel de Edelmira.

Oido esto, me retiré pensando en que tal vez alcanzaria yo un triunfo escénico si tenia serenidad suficiente para no asustarme ante público tan distinguido.

Los ensayos de mi papel empezaron con gran actividad, y el mismo Isidoro me dió varias lecciones, haciéndome declamar trozo á trozo los principales y más difíciles pasajes. Entónces pude comprender mejor que nunca el violento y arrebatado carácter del célebre actor, pues cuando yo no aprendia un verso tan pronto y tan bien como él deseaba, se enfurecia, llamándome torpe, necio, estúpido, sin omitir otros calificativos algo más duros y mal sonantes. Ensayando, tuve muy presente la máxima que corria muy válida entre los cómicos del Príncipe, y era que, representando con Maiquez, convenia trabajar bien, aunque no demasiado bien, pues en este caso el gran maestro se enojaba tanto como en el caso contrario.

Á vuelta de dos ó tres dias de trabajo ya sabia regularmente mi parte,

siendo mi principal empeño declamar bien el parlamento de salida, cuando el dux de Venecia me dice:

Insigne amigo del valiente Otelo.

Hubo un ensayo general, á que asistieron todos ménos Lesbia, y me parece que no lo hice mal. Por mí la representacion no debia retrasarse, y el dia 5 ya recitaba del principio al fin mi papel, sin que se me escapara un verso. Segun me dijo mi ama, la señora duquesa habia venido del Escorial el 4 por la noche.

—De modo que nada falta ya.

—Nada—me contestó con la bulliciosa jovialidad que la afectaba por aquellos dias.—¡Y yo dirijo la escena!

Donde yo campo
nenguno campa.
Á bailar el bolero
y asar castañas,
apuesto á todo el orbe
con la más guapa.
Dale que dale,
suenen las castañetas,
rabie quien rabie.

Llegó por fin el dia señalado, y desde por la mañana muy temprano, me puse en ejercicio, corriendo de aquí para allí en busca de mil cosas que mi antigua ama necesitaba. Los afeites de la calle del Desengaño, los trajes pintados en la de la Reina, las telas y cintas, cotonías, muselinetas, pañuelos salpicados de Doña Ambrosia de los Linos, todo se puso en movimiento para dar cumplida satisfaccion á los caprichos de Pepita. Debo advertir que, aunque ésta no trabajaba más que como directora de escena en la tragedia *Otelo* cantaba en el intermedio una graciosa tonadilla; y por fin de fiesta el sainete titulado *La venganza del Zurdillo*, del buen Cruz, corria tambien por cuenta de ella. Miéntras desempeñaba yo por Madrid tantas y tan diferentes comisiones, iba recitando de memoria los versos de la parte de Pésaro, y cuando se me trascordaba algun pasaje, sacaba el papel del bolsillo, y metido en un portal, leia en voz alta, llamando la atencion de los transeuntes.

Durante mi largo paseo por la Villa, noté grande agitacion. La gente se detenia formando grupos, donde se hablaba con calor, y en alguno de éstos no faltaba quien leyese un papel, que al punto conocí era la *Gaceta de Madrid*. En la tienda de Doña Ambrosia encontré ¡oh rara é inexpli-

cable casualidad! á D. Lino Paniagua y á D. Anatolio, el papelista de enfrente, cuyos personajes no ocultaban su inquietud por los acontecimientos del dia.

—Ya me esperaba yo tan inaudita perfidia —dijo este último.—¡Cómo se ve en este decreto la mano alevosa del infame *choricero!*

—Pero léanos usted de una vez el decreto —dijo Doña Ambrosia,—aunque sin oirlo ya sé que el señor Godoy nos habrá hecho una nueva trastada.

—No es más—continuó el papelista,—sino que se han ido á la prision del Príncipe, y poniéndole una pistola al pecho, le han obligado á escribir estas heregías; sí, señores, porque es imposible que un jóven tan caballeroso, tan honrado y de tan buen entendimiento como es el hijo de nuestros Reyes, se rebaje y se humille hasta el extremo de pedir perdon como un chico de escuela, y de acusar tan villanamente á los que le han ayudado.

—Pero lea usted.

D. Lino.

Entónces D. Anatolio limpió el gaznate, y con tono de pedagogo leyó

el famoso decreto de 5 de Noviembre, que empieza así: *La voz de la Naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse á ello un padre amoroso...* Lo notable de este decreto, en que se anunciaba á la nacion el arrepentimiento del Príncipe conspirador, eran las dos cartas que él habia dirigido á la Reina y al Rey, y que casi puedo transcribir aquí sin echar mano de la historia, donde están para *in æternum* consignadas, porque las recuerdo muy bien; tan originales y gráficos eran el lenguaje y tono en que estaban escritas. Decia así la primera:

"Papá mio: He delinquido, he faltado á V. M. como rey y como padre; „pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada „debia hacer sin noticia de V. M.; pero fuí sorprendido. He delatado á los „culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, „permitiendo besar sus reales piés á su reconocido hijo—*Fernando.*„

La segunda era como sigue:

"Mamá mia: Estoy arrepentido del grandísimo delito que he cometido „contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. „se digne interceder con papá, para que permita ir á besar sus reales piés „á su reconocido hijo—*Fernando.*„

En estas cartas aparecia el pobre Príncipe como el más despreciable de los séres, pues demostrando no tener ni asomo de dignidad en la desgracia, confesaba que *habia mentido*, y despues de *delatar á los culpables*, pedia perdon á sus papás, como un niño de seis años que ha roto una escudilla. Pero entónces los honrados y crédulos burgueses de Madrid no comprendian que ocurriera nada malo sin que fuera causado por el atrevido Príncipe de la Paz, y hasta las malas cosechas, los pedriscos, los naufragios, la fiebre amarilla y cuantas calamidades podia enviar el Cielo sobre la península, se atribuian al favorito. Así es que nadie veia en las citadas cartas una manifestacion espontánea del Príncipe, sino ántes bien una denigrante confesion arrancada por sus carceleros, para ponerle en ridículo á los ojos del país entero. Si esta fué la intencion de la Córte, produjo efecto muy contrario al que se proponian, pues conocido el decreto, el público se puso de parte del prisionero, y abrumó al valido con su ardiente maledicencia, suponiéndole autor, no sólo del decreto, sino de las cartas.

—¿Necesita esto comentarios?—Dijo D. Anatolio, dejando la *Gaceta* sobre el mostrador.

—Pues yo—dijo Doña Ambrosia—quisiera estar oyendo por el agujero de una llave lo que dice Napoleon de todas estas cosas.

—Eso—indicó con malicioso gesto D. Anatolio—no necesitamos oirlo, pues bien claro es que ya tiene decidido quitar del trono á los Reyes padres, para ponernos en él á nuestro Príncipe querido. Sí... que no sabrá hacerlo en ménos que canta un gallo el buen señor.

—¡Qué escándalo!—exclamó con timidez D. Lino Paniagua.—Y eso se dice en voz alta, donde pudieran oirlo personas allegadas al gobierno.

—¡Bah, bah!—respondió el papelista.—Amigo D. Lino, esto se va por la posta. Dentro de un mes no queda aquí ni rastro de *choricero*, ni Reyes padres, ni escándalos, ni picardías, ni otras cosas que callo por respeto á la nacion.

—Ojalá tenga usted boca de ángel, Sr. D. Anatolio—añadió la tendera, —y quiera Dios tocarle pronto en el corazon al señor de Bonaparte, para que venga á arreglar las cosas de España.

El abate D. Lino no quiso oir más y se marchó; despacháronme á mí, y allí quedaron ambos comerciantes arreglando los asuntos de España.

No quise entrar en casa sin hablar un poco con Pacorro Chinitas, que estaba en su sitio de costumbre, afilando cuchillos y tijeras.

—¡Hola, Chinitas!—le dije.—¡Cuánto tiempo que no nos vemos! Anda la gente muy alarmada por ahí.

—Sí, la *Gaceta* trae hoy no sé qué papel. En la tienda del buñolero le oí leer, y decian todos que era preciso colgar al *choricero* por los piés.

—¿De modo que creen ha sido escrito por él?

—¿Y á mí qué más me da?—respondió incorporándose.—Lo que digo es que todos son buenas piezas, y si no, vengan acá. Dicen que el ministro sacó de su cabeza esas cartas y obligó al Príncipe á firmarlas. ¿Pues para qué las firmó? ¿Es acaso algun niño que todavía está en planas de primera? ¿No tiene veintitres años? Pues con veintitres años á la espalda se puede saber lo que se firma y lo que no se firma.

Las razones de Chinitas me parecian de un buen sentido incontestable.

—Aunque no sabes leer ni escribir—le dije,—me parece, Chinitas, que tú tienes más talento que un papa.

—Pues los tenderos, los frailes, los currutacos, los usías, los abates, los covachuelistas y toda esa gente que anda por ahí, están muy entusiasmados creyendo que Napoleon va á venir á poner al Príncipe en el trono. Dios nos la depare buena.

—¿Y tú, qué crees, insigne amolador...?

—Creo que somos unos archipámpanos si nos fiamos de Napoleon. Este hombre que ha conquistado la Europa, como quien no dice nada, ¿no ten-

drá ganitas de echarle la zarpa á la mejor tierra del mundo, que es España, cuando vea que los Reyes y los Príncipes que la gobiernan andan á la greña como mozas del partido? Él dirá y con razon: "Pues á esa gente me la como yo con tres regimientos.„ Ya ha metido en España más de veinte mil hombres. Ya verás, ya verás, Gabrielillo, lo que te digo. Aquí vamos á ver cosas gordas, y es preciso que estemos preparados, porque de nuestros Reyes nada se debe esperar y todo lo hemos de hacer nosotros.

Mucho meollo encerraban, como conocí más tarde, estas palabras, las últimas que en aquella ocasion oí á Pacorro Chinitas. El solo habia previsto los acontecimientos con ojo seguro, y en cambio el héroe del siglo, que conocia á España por sus reyes, por sus ministros y por sus usías, queria saberlo todo y no sabia nada. Su equivocacion acerca del país que iba á conquistar se explica fácilmente: supo sin duda lo que decian Doña Ambrosia, D. Anatolio, el hortera, el padre Salmon y otros personajes; pero ¡ay! no oyó hablar al amolador.



XXII

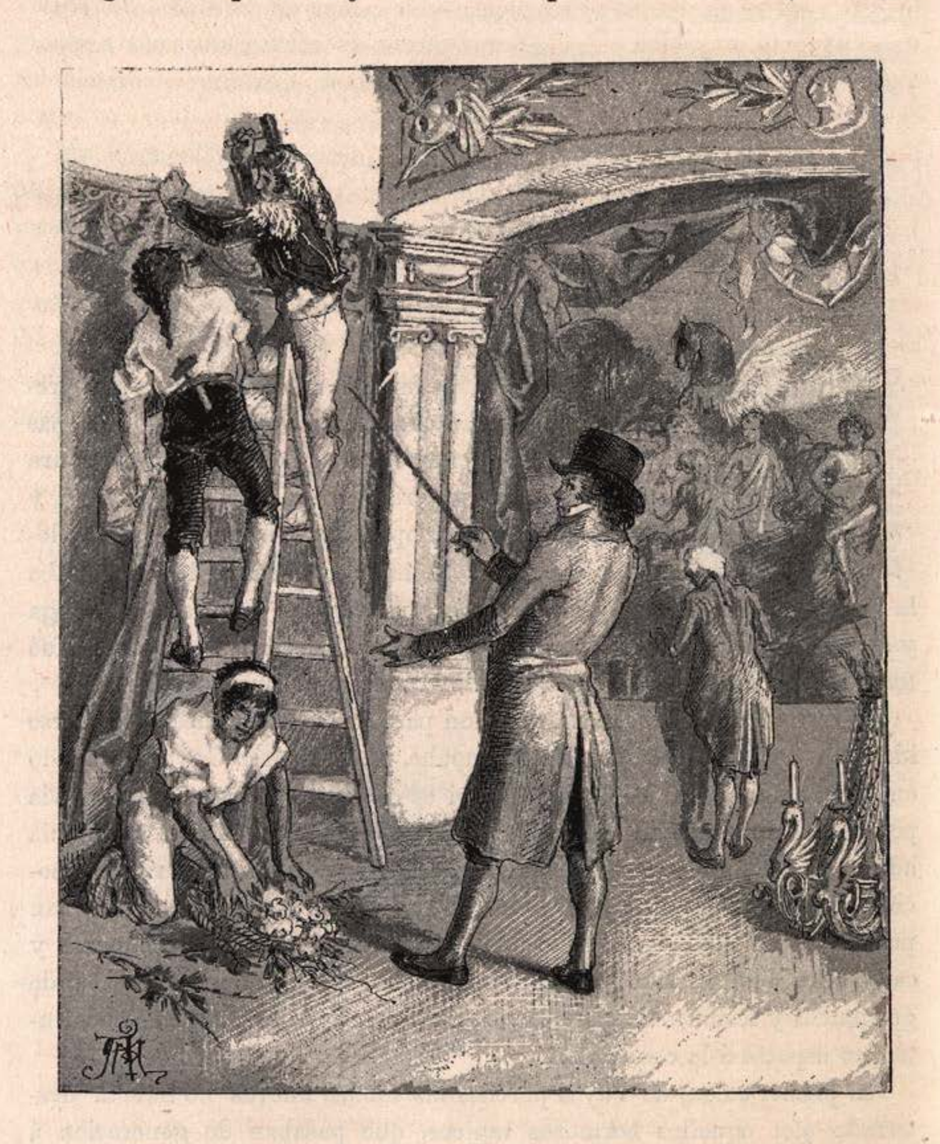


LLEGÓ la noche, y la funcion de la marquesa era preparada con mucha actividad. Cuando dejé las ropas de mi ama en el cuarto que se le habia destinado para vestirse, por la escalera pequeña subí al sotabanco, y encontré á Inés muy apesadumbrada, porque los dolores de la enferma se habian recrudecido y mostraba la buena mujer mucha inquietud. Yo estuve allí para consolar á mi amiga y á su buen tio todo el tiempo de que pude disponer; pero al fin me fué forzoso abandonarlos, y bajé á casa de la marquesa muy afligido.

Describiré aquella hermosa mansion para que ustedes puedan formarse idea de su esplendor en tan célebre noche. D. Francisco Goya habia sido encargado del ornato de la casa, y casi es excusado elogiar lo que corria por cuenta de tan sabio maestro. Desde el recibimiento hasta la sala habia adornado las paredes con guirnaldas de flores y festones de ramaje, hechas aquéllas con papel y éstos con hojas de encina, ambas obras tan perfectas que nada más bello podia apetecer la vista. Las lámparas y candelillas habian sido puestas con mucho arte, tambien en forma de guirnaldas y festones de diversos colores, y su vivo resplandor daba fantástico aspecto á la casa toda.

El primer salon, de cuyas paredes las modas nuevas no habian desterrado aún aquellos hermosos tapices, que pasaban de generacion á generacion, entre los tesoros vinculados, no perdia con tan espléndidas luminarias su grave aspecto; ántes bien, las luces, dando extraños reflejos á las armaduras de cuerpo entero que ocupaban los ángulos, visera calada y lanza en mano, como centinelas de acero, parecian imprimir el movi-

miento y el calor de la vida á los imaginarios cuerpos que se suponian dentro de ellas. Alegres cuadros de toros disipaban la tristeza producida en el ánimo por otros, en cuyos oscuros lienzos habian sido retratados dos siglos ántes por Pantoja de la Cruz ó por Sanchez Coello, hasta una



docena de personajes ceñudos y sombríos, conquistadores de medio mundo.

Con estas joyas del arte nacional contrastaban notoriamente los muebles recien introducidos por el gusto neoclásico de la revolucion francesa,

y no puedo detenerme á describiros las formas griegas, los grupos mitológicos, las figuras de Hora ó de Nereida ó de Hermes, que sobre los relojes, al pié de los candelabros y en las asas de los vasos de flores lucian sus académicas actitudes. Todos aquéllos dioses menores, que jalbegados de oro, renovaban dentro de los palacios los esplendores del viejo Olimpo, no se avenian muy bien con la desenvoltura de los toreros y las majas que el pincel y el telar habian representado con profusion en tapices y cuadros; pero la mayor parte de las personas no paraban mientes en esta inarmonía.

El salon donde estaba el teatro era el más alegre. Goya habia pintado habilísimamente el telon y el marco que componian el frontispicio. El Apolo que tocaba no sé si lira ó guitarra en el centro del lienzo, era un majo muy garboso, y á su lado nueve manolas lindísimas demostraban en sus atributos y posturas que el gran artista se habia acordado de las musas. Aquel grupo era encantador; pero al mismo tiempo la más aguda y chistosa sátira que echó al mundo con sus mágicos colores D. Francisco Goya; porque hasta el buen Pegaso estaba representado por un poderoso alazan cordobés que, cubierto de arreos comunes, brincaba en segundo término. En el marco menudeaban los amorcillos, copiados con mucho donaire de los pilluelos del Rastro. No era aquella la primera vez que el autor de los *Caprichos* se burlaba del Parnaso.

Pero dejemos los salones y penetremos entre bastidores, donde el movimiento y la confusion eran tales, que no nos podíamos revolver. Se habian dispuesto varios cuartos para que los actores se vistieran: á Maiquez se señaló uno, otro á mi ama, y en el tercero nos vestíamos, sin distincion de sexos, todos los demas representantes venidos del teatro. Lesbia tenia por tocador el mismo de la señora marquesa, y los dos galanes aficionados se vestian en las habitaciones del amo de la casa. Creo que yo fuí el primero que se arregló, trocándome de festivo Gabrielillo en el sombrío Pésaro, que es el Yago de la inmortal tragedia. El traje que me pusieron creo que no pertenecia á época alguna de la historia, y era como todos los que usaron los malos cómicos en las pasadas edades. Hubiera servido para hacer de paje; pero con las barbas que me aplicaron á las quijadas, me transformé de tal modo, que los sastres allí presentes me dieron por el más tétrico y espantable traidor que habia salido de sus manos.

Miéntras se vestian los demas, dí un paseo por el escenario, entreteniéndome en mirar al través de los agujeros del telon la vistosa concurrencia que ya invadia la sala. Á quien primero ví fué al jóven Mañara,

sentado en primera fila junto al telon. Luégo advertí que hombres y mujeres dirigieron la vista á la puerta principal, apartándose para dar paso á alguna persona que en aquel momento entraba, y cuya presencia produjo en el alegre concurso general silencio, seguido despues de un murmullo de admiracion. Una mujer arrogante y hermosísima entró en la



sala y avanzaba hácia el centro, recibiendo los saludos de amigos y amigas. Vestia de blanco, con uno de aquellos trajes ligeros y ceñidos que llamaban *volúbilis*, llevando sobre el pecho una banda de rosas que la moda designaba con el nombre de *croissures á la victime*. Su peinado, de estilo griego, era el que en la tecnología del arte capilar se llamaba en-

tónces *toilette Iphigenie*. Á su hermosura, á la belleza de su vestido, daba mayor realce la artística profusion de diamantes que encendian mil luces microscópicas en su cabeza y en su seno. ¿Necesitaré decir que era Amaranta?

Viéndola, no tardaron en encenderse dentro de mí, en los oscuros centros de la imaginacion, aquellos fuegos vaporosos y ténues, que se me representan como si una llama alcohólica bailase caracoleando dentro de mi cerebro. Miéntras la contemplaba, no traje á la memoria el envilecimiento en que habria caido siguiendo en su servicio. Su hermosura era tan hechicera, tan abrumadora, su actitud tan orgullosamente noble, el imperio de sus miradas tan irresistible y despótico, que valia la pena de doblar por un momento la terrible hoja que yo habia leido en el libro de su misterioso carácter. Con tal fijeza la miraba, que parecia clavado tras el telon: mis ojos trataban de buscar el rayo de los suyos, seguian los movimientos de su cabeza, y observándole las facciones y el casi imperceptible modular de sus labios, querian adivinar cuáles eran sus palabras, cuáles sus pensamientos en aquel instante. Dentro de poco se alzaria el telon; en mí se fijarian las miradas de toda aquella brillante muchedumbre, y especialmente de Amaranta; atenderian á mis estudiadas palabras; y el desarrollo de la accion en que yo tomaba parte, despertaria sin duda la sensibilidad, el interés, el entusiasmo de tan escogido auditorio. Estos razonamientos fueron el aguijon que acabó de despabilar la adormecida vanidad dentro de mí, y lleno de los más necios humos, pensé que hacerse aplaudir de tantas señoras y caballeros era una gloria cuyos rayos debian proyectar clarísima luz sobre la vida entera.

La orquesta, comenzando de improviso la sonata que habia de preceder á la representacion, hizo llegar al último grado la excitacion de mi cerebro. La sangre circulaba velozmente por mis venas, dándome una actividad devoradora; y me ocurrió que tener una casa como aquella, convidar á tantos y tan nobles amigos, recibir, obsequiar á tal conjunto de bellas damas, debia ser la mayor satisfaccion concedida al mortal sobre la tierra. Pero la tragedia iba á empezar; el apuntador estaba en la concha, Isidoro habia salido de su cuarto, y la misma Lesbia, ménos asustada de lo que yo suponia, se preparaba á salir á la escena. Esto me distrajo y ya no sentí sino miedo. Pasaron algunos minutos y se alzó el telon.

La tragedia *Otello ó el Moro de Venecia* era una detestable traduccion que D. Teodoro La Calle habia hecho del *Otello* de Ducis, arreglo muy desgraciado del drama de Shakespeare. Á pesar de la inmensa escala descendente que aquella gran obra habia recorrido, desde la eminente cumbre

del poeta inglés hasta la bajísima sima del traductor español, conservaba siempre los elementos dramáticos de su orígen, y la impresion que ejercia



Maiquez.

sobre el público era asombrosa. Supongo que todos ustedes conocerán la tragedia primitiva, y así me costará poco darles á conocer las variantes.

Los personajes estaban reducidos á siete. Otelo era el mismo. Los caractéres de Casio y Roderigo habian sido fundidos en una figura de segundo término, llamada Loredano, que se presentaba como hijo del Dux. El senador Brabantio era Odalberto, y tenia más intervencion en la fábula. Desdémona no habia cambiado más que de nombre, pues se llamaba Edelmira; Emilia se trocaba en Hermancia, y Yago, el traidor y falso amigo del moro, tenia por nombre Pésaro. La accion estaba muy simplificada, y los recursos escénicos del pañuelo habian desaparecido, sustituyéndolos con una diadema y una carta, que debian pasar de las manos de Edelmira á las de Loredano para que, adquiridas luégo por Pésaro y presentadas á Otelo, confirmaran la calumnia de aquél. Pero aparte de estas modificaciones, y del estilo, y de la expresion y energía de los afectos que desde la obra inglesa á la española ponian tanta distancia como del cielo á la tierra, el drama en su estructura íntima era el mismo, y sus escenas se repartian igualmente en cinco actos. Para abreviar intermedios, Maiquez dispuso que en aquella representacion se reuniesen los actos segundo y tercero, y el cuarto con el quinto, de modo que la obra quedó en tres jornadas.

En la segunda escena, despues que el Dux recitó algunos versos, me correspondia salir á mí, haciendo en un parlamento no muy largo la relacion de los triunfos militares de Otelo. Con voz muy temblorosa dije los primeros versos.

¡Que no hayan sido vuestros mismos ojos
fieles testigos de su ardor bizarro!

Pero me fuí reponiendo poco á poco, y la verdad es que no lo hice tan mal, aunque no corresponda á mi pluma el describirlo. Despues entraban en escena Otelo y más tarde Edelmira. Nada puedo deciros de la perfeccion con que Isidoro dijo ante el Senado, el modo y manera con que encendió la llama amorosa en el corazon de Edelmira; y en cuanto á ésta, debo desde luégo señalarla como consumada actriz, porque en la misma escena ante el Senado, declamó con una sensibilidad que habria envidiado Rita Luna.

En el primer entreacto debian recitar versos Moratin, Arriaza y Vargas Ponce. El escenario se habia llenado de personajes que deseaban felicitar á la triunfante Edelmira. Allí ví al diplomático, que no habia desistido, al parecer, de hacer la córte á mi ama, pues corrió presuroso tras ella, diciéndole:

—Puede usted estar segura, adorada Pepita, que *nuestra pasion* quedará en secreto, pues ya se conoce mi reserva en estas delicadísimas materias.

Junto con él habia subido al escenario D. Leandro Moratin, el cual era entónces un hombre como de cuarenta y cinco años, pálido y serio, de mediana estatura, dulce y apagada voz, con cierta expresion biliosa en su semblante, como hombre á quien entristece la hipocondría é inquieta el recelo. En sus conversaciones era siempre mucho ménos festivo que en sus escritos; pero tenia semejanza con éstos por la serenidad inalterable en las sátiras más crueles, por el comedimiento, el aticismo, cierta urbanidad solapada é irónica, y la estudiada llaneza de sus conceptos. Nadie le puede quitar la gloria de haber restaurado la comedia española, y *El sí de las niñas*, en cuyo estreno tuve, como he dicho, parte tan principal, me ha parecido siempre una de las obras más acabadas del ingenio. Como hombre, tiene en su abono la fidelidad que guardó al Príncipe de la Paz, cuando era moda hacer leña de este gran árbol caido. Verdad es que el poeta vivió y medró bastante á la sombra de aquél cuando estaba en pié y podia cubrir á muchos con sus frondosas ramas. Si mi opinion pudiera servir de algo, no vacilaria en poner á D. Leandro entre los primeros prosistas castellanos; pero su poesía me ha parecido siempre, exceptuando algunas composiciones ligeras, un artificioso tejido, ó mejor, un clavazon de durísimos versos, á quienes no pueden dar flexibilidad y brillo todos los martillos de la retórica. Moratin ademas, en materia de principios literarios, tenia toda la ciencia de su época, que no era mucha; pero áun así, más le hubiera valido emplearla en componer mayor número de obras, que no en señalar con tanta insistencia las faltas de los demas. Murió en 1828, y en sus cartas y papeles no hay indicio de que conociera á Byron, á Goëthe ni á Schiller, de modo que bajó al sepulcro creyendo que Goldoni era el primer poeta de su tiempo.

Pido mil perdones por esta digresion, y sigo contando. En el escenario leia Moratin el romance *Cosas pretenden de mí*, que hizo reir á los concurrentes, porque en él pintaba con mucha gracia la perplejidad en que le ponian su médico, sus amigos y sus detractores. El romance era á cada momento interrumpido por afectuosas palmadas, especialmente al llegar al pasaje en que está la conversacion de los pedantes; ¿pero quién negará que en aquella composicion Moratin no hace otra cosa que una apoteosis de su persona?

Dejemos al grande ingenio asfixiándose en el humo de los plácemes más lisonjeros, y sigamos la intriga del drama que iba á representarse entre bastidores, no ménos patético que el comenzado sobre las tablas y ante el público.

XXIII



L concluir el primer acto, y cuando aún no habian comenzado los poetas á recitar sus versos, sorprendí á Isidoro en conversacion muy viva con Lesbia. Aunque hablaban en voz baja, me pareció oir en boca del actor algunas recriminaciones y preguntas del tono más enérgico, y creí advertir en el rostro de la dama cierta confusion ó aturdiento. Cuando se separaron, mi desgracia quiso que Lesbia encarase conmigo, interpelándome de este modo:

—¡Ah, Gabriel! Buena ocasion de hablarte á solas. Ya podrás figurarte para qué. He estado llena de inquietud desde que supe que habia sido presa la persona...

—¡Ah! usía se refiere á la carta—dije atusándome los bigotes postizos, para disimular mi turbacion.

—Supongo que no iria á manos extrañas. Supongo que la guardarias, y que la habrás traido esta noche para devolvérmela.

—No, señora, no la he traido; pero la buscaré... es decir...

—¡Cómo!—exclamó con mucha inquietud—¿la has perdido!

—No, señora... quiero decir... La tengo allí... sólo que yo...—fué la única respuesta que se me vino á las mientes.

—Confío en tu discrecion y en tu honradez—dijo con mucha seriedad, —y espero la carta.

Sin añadir una palabra más se retiró, dejándome muy entristecido por el grave compromiso en que me encontraba. Hice propósito de pedir nuevamente á mi ama que me devolviese la carta, y con esta idea la llamé aparte como si fuese á confiarle un secreto, y le supliqué del modo más

enfático, que me diese aquel malhadado objeto, cuya devolucion era para mí un caso de honra. Ella se mostró sorprendida, y luégo se echó á reir diciendo:

—Ya no me acordaba de tu carta. No sé donde está.

Comenzó el segundo acto, que no me ocupaba más que durante una escena, y concluida ésta, me retiré al interior del teatro, resuelto á poner en práctica un atrevido pensamiento. Consistia éste en hacer una requisa en el cuarto de mi ama, miéntras ésta se hallase fuera. Cuando la Gonzalez me quitó la carta, recien venido del Escorial, advertí que la guardó en el bolsillo de su traje. Aquel traje era el mismo que habia traido á casa de la marquesa; mas habiéndose mudado para la representacion de la tonadilla, se lo quitó, y estaba colgado con otras muchas prendas, tales como manton, chal, enaguas, etc., en una percha puesta al efecto sobre la pared del fondo. Era preciso registrar aquellas ropas. Mi ama, que dirigia la escena, y era la que indicaba las salidas, disponiéndolo todo, no vendria. Yo habia quedado libre por todo el acto segundo. Tenia tiempo y coyuntura á propósito para lograr mi objeto, y semejante accion no me parecia muy vituperable, porque mi fin era recobrar por sorpresa lo que por sorpresa se me habia quitado.

Hícelo así, y con tanta cautela como rapidez registré los bolsillos del traje, de los cuales saqué mil baratijas, aunque no lo que tan afanosamente buscaba. Ya habia perdido la esperanza de conseguir mi objeto, y casi estaba dispuesto á creer que la carta no volvia á mis manos por hallarse demasiado guardada ó quizás rota y perdida, cuando sentí acelerados pasos que se acercaban al cuarto. Temiendo que ella me sorprendiera en tan fea ocupacion, y no siéndome posible escapar, me oculté bajo la percha y tras los vestidos, cuyas faldas me ofrecian el más seguro escondite. Casi en el mismo instante entraron Lesbia é Isidoro. Aquélla cerró la puerta y ambos se sentaron.

Desde mi escondrijo les veia perfectamente. Maiquez, en su traje de Otelo, parecia una figura antigua que, animada por misterioso agente, se habia desprendido del cuadro en que la grabara con los más calientes colores el pincel veneciano. La tinta oscura con que tenia pintado el rostro, fingiendo la tez africana, aumentaba la expresion de sus grandes ojos, la intensidad de su mirada, la blancura de sus dientes y la elocuencia de sus facciones. Un airoso turbante blanco y rojo, sobre cuya tela se cruzaban filas de engastados diamantes, le cubria la cabeza. Collares de ambar y de gruesas perlas daban vueltas en su negro cuello, y desde los hombros hasta el tobillo le cubria un luengo traje talar de tisú de oro, ceñido á la

cintura y abierto por los costados para dejar ver las calzas de púrpura, estrechamente ajustadas. Alfanje y daga, ambos con riquísima empuñadura, cuajada de pedrerías, pendian del tahalí, y en los brazos desnudos, que imitaban el matiz artificial de la cara con una finísima calza de punto color de mulato, y terminada en guante para disfrazar tambien la mano,



lucian dos gruesas esclavas de bronce en figura de sierpe enroscada. Dábale la luz de frente, haciendo resplandecer las facetas de las mil piedras falsas y el tornasol del tisú verdadero con que se cubria, y añadidas á estos efectos la animacion de su fisonomía, la nobleza de sus movimientos, presentaba el más hermoso aspecto de figura humana que es posible imaginar.

Lesbia vestia de tisú de plata, con tanta elegancia como sencillez, y sus cabellos de oro peinados á la antigua, obedeciendo más bien á la moda

coetánea que á la propiedad escénica, se entrelazaban con cintas y rosarios de menudas perlas, no ciertamente falsas como las de Isidoro, sino del más puro y fino Oriente. El moro, apretando con sus negras manos las de Lesbia, blanquísimas y finas, le dijo:

—Aquí nos podemos hablar un instante.

—Sí, Pepa nos ha dicho que podríamos vernos en su cuarto—repuso ella;—pero esta cita no ha de ser larga, porque la marquesa me espera. Ya sabes que está ahí mi marido.

—¿Á qué esa prisa? ¿Por qué no me escribiste desde el Escorial?

—No pude escribir—repuso ella con impaciencia;—pero cuando hablemos despacio te explicaré...

—Ahora, ahora mismo has de contestar á lo que te pregunto.

—No seas tonto. Me prometiste no ser impertinente, curioso, ni pesado—dijo con coquetería.

—Eso es lo mismo que prometer no amar, y yo te amo, Lesbia, te amo demasiado por mi desgracia.

—¿Estás celoso, Otelo?—preguntó la dama, y luégo tomando el tono trágico, dijo entre burlas y veras:

¡Otelo mio! ¡Sí, para tí solo
mi corazon reserva tu cariño!

—Déjate de bromas. Estoy celoso, sí, no puedo ocultártelo—exclamó el moro con viva ansiedad.

—¿De quién?

—¿Y me lo preguntas? ¿Piensas que no he visto á ese necio de Mañara, puesto en primera fila, y mirándote como un idiota?

—¿Y no te fundas más que en eso? ¿No tienes otros motivos de sospecha?

—Pues si tuviera otros, desgraciada, ¿estarias con tanta calma delante de mí?

—Poquito á poco, señor Otelo. ¿Sabes que te tengo miedo?

—En el Escorial ese jóven se ha jactado públicamente de que le amas—afirmó Isidoro, fijando tan terriblemente sus ojos en el rostro de Lesbia, que parecia querer penetrar hasta el fondo del alma.

—Si te pones así, me marcho más pronto—dijo Lesbia algo desconcertada.

—He recibido varios anónimos. En uno se me decia que ese jóven te escribió una carta el dia de su prision, y que tú le contestaste con otra.

Ademas yo sé que ese hombre te obsequia mucho, yo sé que te visitaba en Madrid. ¿Querrás darme explicacion sobre esto?

—¡Ah! tengo una grande y terrible enemiga, á quien supongo autora de los anónimos que has recibido.

—¿Quién es?

—Ya te he hablado de esto en otra ocasion. Es Amaranta; y tambien te he dicho que tras de la enemistad de la condesa se esconde el odio de otra persona más alta. Todas las damas que en otro tiempo le servimos con fidelidad, estamos cansadas de presenciar las liviandades que han manchado el trono, y no queremos asociarnos á los escándalos que envilecen esta pobre nacion. No te he contado el motivo de nuestra querella; pero ahora mismo la vas á saber, y no te enfades si oyes el nombre de ese Mañara, á quien tanto temes. Parece que Mañara rechazó, cual otro José, los halagos de la elevada persona, cuya pasion se trocó con esto en odio vivísimo y deseo de venganza. Al mismo tiempo ese jóven dió en hacerme la córte, y la mujer ofendida descargó sobre mí su rencor, cuando yo ni siquiera habia advertido que Mañara me amaba. Jamás me fijé en semejante hombre. Se emprendió contra mí una guerra terrible y solapada: quitaron sus destinos á cuantos habian sido colocados por mi mediacion, y todo su afan se dirigia á buscar los medios de deshonrarme. Viéndome perseguida sin motivo, me hice partidaria del Príncipe de Astúrias, ofrecí mi auxilio á los conspiradores, y tengo la satisfaccion de haber servido eficazmente tan noble causa. Á tí puedo revelártelo sin miedo: yo he sido depositaria durante algun tiempo de la correspondencia establecida entre el canónigo Escoiquiz y el embajador de Francia: en mi casa se reunieron éstos varias veces con otros personajes: yo sola tenia noticia de las primeras conferencias celebradas en el Retiro; yo poseia el secreto de todos los planes descubiertos por una simpleza del Príncipe; yo conocia el proyecto de casar á éste con una princesa imperial; sabia que el duque del Infantado no esperaba más que la órden firmada por Fernando para lanzar á la calle tropa y pueblo... en fin, lo sabia todo.

—Todo cuanto me dices parece inverosímil—dijo Isidoro.—Si es cierto, ¿cómo no te han perseguido abiertamente, cómo te pusieron en libertad á la media hora de estar presa?

—Ya sabia yo que no seria molestada. Poseo un escudo terrible que me defiende contra las asechanzas de la camarilla. Creo haberte contado que cuando intervine en la primera reconciliacion de Godoy, cuando intenté, por superior encargo, atraerle de nuevo á Palacio, fuí depositaria de secretos cuya publicacion haria extremecer de espanto á ciertas per-

sonas. Poseo papeles que rebajan y envilecen del modo más repugnánte á quien los escribió, y conozco el secreto de la inversion de ciertos fondos de obras pías que se emplearon en lo que no tiene nada de piadoso. Esto pasó en una época en que hacíamos excursiones clandestinas fuera de Palacio, cuando Amaranta hizo que Goya la retratase desnuda. Hacia un año que estaba viuda: fué cuando por una coincidencia providencial descubrí el gran secreto de su juventud, que me reveló una mujer desconocida que vive orillas del Manzanares, junto á la casa del pintor. Ya te lo he dicho, y pienso hacer de manera que nadie lo ignore. De un desgraciado y oculto amor que padeció Amaranta ántes de su matrimonio con el conde, nació una criatura que no sé si vive todavía.

—Nunca me hablaste de eso.

—Los padres de Amaranta supieron disimular su deshonra: el jóven amante, que pertenecia á una noble familia de Castilla, y habia venido á Madrid buscando fortuna, huyó á Francia y fué muerto en las guerras de la República.

—Me has referido una curiosa novela—dijo Isidoro;—¡pero con cuánto arte has desviado la conversacion del asunto principal! Al fin confiesas que Mañara te ha hecho la córte.

—Sí; pero jamás he pensado en corresponderle, ni le trato, ni le veo, ni le hablo. Tus celos harán que por primera vez me fije en semejante hombre.

—No me convences, no: yo tengo indicios, tengo noticias de que tú amas á ese hombre. ¡Oh! si mis sospechas se confirmaran... ¿Crees que no he advertido el embobamiento con que atiende á tu declamacion?

—Procuraré entónces hacerlo mal para no conmover al público.

—No, no intentes disculparte ni disimular. ¿Por qué aseguras que no te fijas en él, si yo mismo, durante la escena del Senado, te he sorprendido mirándole, y áun me parece que le hiciste alguna seña?

—¿Yo? ¡estás loco! ¡Ah! no sabes. Mi marido, que dejó sus cacerías para asistir á esta representacion, está ahí esta noche, y la pérfida Amaranta, sentada á su lado, le habla con mucho interés. Si me ves que miro al público es porque me inspiran mucha inquietud los coloquios del duque con Amaranta. Temo que ésta le haya dirigido tambien algun anónimo. Su frialdad y ademan sombrío me indican que tambien sospecha.

—¿Lo ves...? Y con motivo fundado.

—Sí, porque sospecha de tí.

—No... no—exclamó Isidoro.—No trastornes la cuestion. Tú amas á Mañara; con todos tus artificios no puedes arrancar esta sospecha de mi

ardiente cerebro. ¡Y ese necio está ahí gozándose en los aplausos que te prodigan, que adulan su amor propio porque se siente amadó de la gloriosa artista! ¡No, no quiero que representes más! ¡Cuando contemplo desde arriba el entusiasmo de tus admiradores; cuando les veo con los ojos fijos en tí, participando de la pasion que indican tus palabras, siento impulsos de saltar del escenario para cerrarles á golpes los ojos con que te miran!

—Me haces extremecer—dijo Lesbia.—No eres Isidoro, eres Otelo en persona. Sosiégate por Dios. Harto sabes lo mucho que te amo. ¿Á qué me mortificas con celos ilusorios?

—Disípalos tú.

—¿Cómo, si ninguna razon te convence? Tu violento carácter ha de traerme algun compromiso. Modérate, por Dios, y no seas loco.

—Lo haré si me amas. Tú no sabes quién soy. Isidoro no consiente rivales ni en la escena ni fuera de ella. De Isidoro no se ha burlado hasta ahora ninguna mujer, ni ménos ningun hombre. Entiéndelo bien.

—Sí, señor mio, estoy en ello—contestó Lesbia en tono jovial y levantándose para retirarse. Pero aunque esta conversacion me agrada mucho, tengo que irme. ¿Sabes que te tengo miedo?

—Quizás con razon. ¿Pero te vas tan pronto?—dijo el moro intentando detenerla aún.

—Sí, me voy—repuso Lesbia.—Ya ha concluido la tonadilla, y pronto empezará el tercer acto.

Y ligera como una corza se marchó. En aquel instante se oyeron los aplausos con que era saludada mi ama al acabar la tonadilla, y poco despues entró en su cuarto radiante de júbilo, con el rostro encendido por la emocion, y tan sofocada, que al punto dió con su cuerpo en un sofá.



XXIV

Oh, Isidoro! ¿Por qué no has ido á oirme?—exclamó con entrecortadas palabras.—Aseguran que lo he hecho muy bien. ¡Cuánto me han aplaudido!

—¿Quieres dejarte de simplezas?—dijo Isidoro de muy mal talante.

—Y á propósito: dicen que Lesbia hace la Edelmira mejor que yo. ¡Lo que puede la hermosura! Con su buen palmito trae sin seso á todos los hombres que hay en la sala. Sobre todo, ahí está uno que no le quita la vista de encima, y parece...

—¡Quieres callar!—exclamó bruscamente el moro.

Despues, como hombre que toma repentina resolucion, se disipó el fruncimiento temeroso de sus negras cejas, y sentándose junto á la Gonzalez, le habló en estos términos:

—Pepa, espero de tí un favor.

—Mándame lo que quieras.

—Siempre te has mostrado muy agradecida por todo lo que he hecho en beneficio tuyo. Varias veces has dicho: "¿Qué he de hacer, Isidoro, para corresponder á lo que te debo...?„ Pues bien, chiquilla, ahora puedes prestarme un gran servicio, con lo cual quedará pagado largamente el hombre que te sacó de la miseria, el que te enseñó el arte escénico, dándote posicion, gloria y fortuna.

—Mi agradecimiento durará miéntras viva, Isidoro—respondió la cómica con serenidad.—¿Qué necesitas ahora de mí?

—Si la contrariedad que experimento afectara sólo á mi corazon, la

resolveria fácilmente, porque sé padecer. Pero tal vez afecte á mi amor propio; tal vez ponga en trance muy terrible mi dignidad, y me resigno á sufrir los desengaños más crueles; pero de ningun modo consiento en hacer ante mis amigos y el mundo un papel desairado y ridículo.

—Ya sé lo que quieres decir. Lesbia me ha dicho que estás celoso; ¡si vieras cómo se rie de tí, llamándote el *pobre Otelo!*

—No debemos fiarnos de la aficion que alguna vez nos muestran esas personas tan superiores á nosotros por su clase. Un abismo nos separa de ellas, y si alguna vez las deslumbramos con nuestro talento y nuestro arte, la ilusion les dura poco tiempo, y concluyen despreciándonos, avergonzadas de habernos amado. Todos los que hemos brillado en la escena conocemos tan triste verdad. ¿No la conoces tú tambien?

—Sí—dijo mi ama; y yo creí que tú estuvieras en esa parte más aleccionado que todos los demas.

—Esas personas—prosiguió Isidoro—nos contemplan desde sus aposentos; su imaginacion se trastorna viéndonos remedar los grandes caractéres, las nobles y elevadas pasiones, el amor, el heroismo, la abnegacion, y se enamoran de lo que ven, de un sér ideal, en quien se asocia y confunde con nuestra persona la del héroe que representamos. Con la imaginacion excitada, nos buscan entre bastidores y fuera del teatro; pero en cuanto nos tratan un poco, y advierten que somos lo mismo, si no peores que los demas, y que todas las sublimidades del arte escénico desaparecen con el vestido y las piedras falsas que arrojamos al concluir el drama, se disipa de un soplo su entusiasmo, y no ven en nosotros más que á una turba de tramposos y embusteros farsantes, que apénas valen el partido con que se les paga. Hasta ahora, Pepilla, no me habian afectado gran cosa los bruscos desenlaces de las aventuras con que algunas ilustres personas han honrado nuestra profesion; pero esta en que ahora me hallo, me afecta profundamente, porque... te lo diré con toda franqueza.

—¿Amas verdaderamente á Lesbia?

—Sí, por mi desgracia; esta pasion no es de aquellas pasajeras y superficiales, que pasan satisfaciendo el afan de un dia. Esa mujer ha tenido el arte de ahondar en mi corazon de tal modo, que hoy empiezo á reconocer en mí el embrutecimiento que acompaña á los amores exaltados. Sin duda su coquetería, su frivolidad, los mil artificios de su voluble y alegre carácter han realizado en mí este trastorno, y para acabarme de confundir, los celos, la desconfianza y el temor de ser ridículamente suplantado por otro, agitan mi alma de tal modo, que no respondo de lo que podrá pasar.

—¡Hola, hola! señor Otelo, ¿esas tenemos?—dijo mi ama festivamente. —¿Á quien va usted á matar?

—No te rias, loca—continuó el moro.—¿Has visto en el salon á ese miserable Mañara?

—Sí, ocupa un sillon de primera fila, y no quita los ojos de la señora Edelmira. Verdaderamente, chico, y sin que esto sea confirmar tus sospechas, á todos los que están en el teatro ha llamado la atencion el exagerado entusiasmo de ese jóven, y más de cuatro han sorprendido las señas que hace á Lesbia durante la comedia. Y ademas... yo no lo he visto; pero me han dicho que...

—¿Qué te han dicho?

—Que la duquesa le mira mucho tambien, y que parece representar sólo para él, pues todas las frases notables del drama las dice volviéndose hácia el tal jóven, como si quisiera arrojarse en sus brazos.

—¡Oh! Es cierto. ¿Ves?—exclamó Isidoro bramando de furor.—¡Y se reirán todos de mí! y ese vil currutaco... ¡Ah! Pepa... quiero descubrir fijamente lo que hay en esto... quiero acabar de una vez estas terribles dudas... quiero desenmascarar á esa infame, y si me engaña, si ha sido capaz de preferir al amor de un hombre como yo los necios galanteos de ese vil y despreciable mozuelo... ¡ah! Pepa, Pepa, mi venganza será terrible. Tú me ayudarás en ella; ¿no es verdad que me ayudarás? Tú me lo debes todo, yo te saqué de la miseria, tú no puedes negar á Isidoro la ayuda de tu ingenio para este fin, y proporcionándome placer tan inefable, quedarás descargada de la inmensa deuda de gratitud que tienes conmigo.

Al decir esto, Isidoro se habia levantado y daba vueltas en la pequeña habitacion como un leon enjaulado, pronunciando con trémulo labio palabras rencorosas. Lo raro fué que mi ama, ya porque tal fuera el estado de su espíritu, ya porque creyera oportuno fingir en aquellos momentos, léjos de amedrentarse al ver la ira de su amigo y maestro, contestó con risas á sus ardientes palabras:

—Te ries—dijo Maiquez deteniéndose ante ella.—Haces bien: ha llegado el momento de que hasta los mete-sillas del teatro se rian de Isidoro. Tú no comprendes esto, chiquilla,—añadió sentándose de nuevo.—Tú no tienes vehemencia ni fogosidad en los sentimientos. En esto te admiro, y quisiera imitarte, porque yo sé muy bien que en las inclinaciones que hasta ahora se te han conocido, has jugado con el amor, tomándolo como un pasatiempo divertido que entretiene á uno mismo y hace rabiar á los demas; pero hasta ahora, y Dios te libre de ello, no conoces el amor

que ocasiona las mortificaciones propias, miéntras los demas se rien á costa nuestra.

—¡Qué orgulloso eres!—contestó seriamente la Gonzalez.—Hasta en esto quieres saber más que todos.

—Pues si amas de veras, guárdate de enamorarte de esos usías presumidos y orgullosos, que vendrán á tí para satisfacer su vanidad. Ellos no te amarán con noble y desinteresado amor.

—No creo que jamás pueda amar sino al que siendo igual á mí, no se avergüence de tenerme por compañera.

—¡Oh, qué buen sentido, Pepilla! ¿Dónde has aprendido eso? Pero te aconsejo tambien que no ames á ningun hombre de teatro, si no quieres tener rabiosos celos de todo el público femenino. ¿Sabes tú lo que es eso?

—Harto lo sé.

—De modo que tu amor aún está dentro del teatro. Eso sí que es una desgracia. Tu suerte consistirá en que el galan será de esos que, por falta de genio, no excitan nunca la arrebatada admiracion de las bellas de la platea. Serás feliz, Pepilla; si quieres casarte, cuenta con mi proteccion.

—Estoy muy léjos de aspirar á eso.

—¿Ese bruto será capaz de no amarte? ¿Acaso vale más que tú?

—Muchísimo más—dijo la Gonzalez aparentando con grandes esfuerzos la serenidad que no tenia.

—Apuesto á que es algun tenor de la compañía de Manolo García. Déjalo por mi cuenta. Si es cierto lo que supongo, si ese loco no te corresponde y prefiere á tu sencillo cariño el falso amor de alguna damisela de estas que arrastran su púrpura por entre los bastidores del teatro, ya sabrás los que son celos, ¿eh?

—Demasiado lo sé y demasiado padezco, Isidoro—dijo mi ama con tono de cariñosa confianza;—pero yo tengo una ventaja sobre tí, que no poseyendo aún la certeza de tu desgracia, ignoras qué partido tomar; yo conozco ya sin género de duda que no soy amada, y las circunstancias se han ordenado de tal modo que me presentan ocasion de tomar venganza.

—¡Oh! Pepa; estás desconocida. No te creí capaz...—indicó Isidoro con energía.—Tú tomarás venganza. Descuida, te ayudaré si tú me ayudas á mí en la averiguacion y en el castigo de las infamias de Lesbia. Pero díme, chiquilla, díme quién es ese hombre. Sé franca conmigo, yo soy tu mejor amigo.

—Te lo diré más tarde, Isidoro. Por ahora me he propuesto guardar secreto.

—Tú vales mucho, Pepilla—añadió el cómico con acento reflexivo.—

No esperaba encontrar en tí un eco tan fiel de lo que en mí está pasando. ¡Y ese miserable te desprecia por otra, ignorando las bondades de tu fiel corazon! Díme quién es. ¿Será el mismo Manuel García? Por supuesto, chiquilla, ya sabrás cuánto padecen la dignidad, el amor propio, al ver que otra persona posee el afecto que nos pertenece. Te mortificará horriblemente la idea de la triste figura que harás ante el mundo, el pensamiento de los comentarios que hará sobre tu ridícula posicion el envidioso vulgo, y al considerar que tú, la persona acostumbrada á rendir á tus piés los corazones, se ve menospreciada por uno solo, rabiará tu orgullo herido, y llorarás en silencio, viéndote más baja de lo que creias.

—En esto—contestó mi ama con patética voz—no nos parecemos. Tú estás frenético de celos; pero ántes que al desaire de que ha sido objeto tu corazon, atiendes á lo que sufre tu dignidad, la dignidad del gran Isidoro, que siempre desprecia sin ser nunca despreciado; te enfureces al considerar que se rien de tí los envidiosos, y esas terribles voces de venganza no las pronuncia tu amor, sino tu orgullo. Yo no soy así: amo el secreto, y si triunfara, gustaria de tener oculta mi felicidad: nada me importaria que el hombre á quien amo aparentara galantear á todas las mujeres de la tierra, con tal que en realidad á ninguna amase más que á mí.

—Eres singular, Pepilla, y me estás descubriendo tesoros de bondad que no sospechaba existiesen en tu corazon.

—Yo—continuó mi ama más conmovida—no vivo más que para él, y los demas me importan poco. Contigo debo ser franca y decírtelo todo, ménos su nombre, que nadie debe saber. Yo no sé cómo ni cuándo empezó mi funesto amor, y me parece que nací con esta viva inclinacion, más dominadora cuanto más intento sofocarla. Por él sacrificaria gustosa mi vida. Tú quizás no comprendas esto, ni ménos que yo sacrifique mi reputacion de artista, el aprecio y la admiracion de la multitud. ¿Qué importa todo eso? Se ama á la persona por la persona, y no por la vanidad de poseerla.

—El que te ha inspirado tan noble cariño, sin corresponder á él—dijo Isidoro con brio,—es un miserable, que merece arrastrar su existencia despreciado de todo el mundo. ¿No puedo saber tampoco quién es la mujer preferida?

—Tampoco debes saberlo—repuso mi ama, y despues, no pudiendo contener el llanto, exclamó así:—Yo no soy cruel: yo no deseaba una venganza que puede ser muy terrible; pero se me ha venido á las manos y he de llevarla adelante.

—Haces bien—dijo Isidoro recreándose con pensamientos de extermi-



nio.—Véngate... porque nadie ha de agradecerte el generoso sacrificio que has hecho de tu corazon en aras del Amor. Este Dios no es como el Dios cristiano. Recibe las ofrendas con orgullo y acoge las víctimas con indiferencia. Y pues no has de hallar satisfaccion en ninguna parte, hártate de venganza. ¿Puedo servirte de algo?

—De mucho—dijo mi ama secando sus lágrimas.

—Pues yo deseo contar contigo. Oye bien: Lesbia confía en tu amistad. ¿No ha celebrado en tu casa alguna entrevista con ese jóven?

—Hasta ahora, no.

—Pues la celebrará. Si ella no te lo propone, propónselo tú con buenos modos.

—¿Cuál es tu objeto?

—Sorprenderla en algun sitio con ese Mañara. Ella busca siempre las casas de las amigas que no son de su clase, para evitar de este modo la vigilancia de su familia y de su esposo.

—Entiendo.

—Confío en que no te dejarás sobornar por ella, y en que ante todas las consideraciones, será para tí la primera el servicio que me prestas, á mí, tu protector, tu amigo. Espero que te será muy fácil lo que propongo. Si van á tu casa, les entretienes allí y me avisas. Yo haré de manera que ese jóven se acuerde de mí para toda la vida.

—Ya tiemblas de gozo al pensar en tu venganza—dijo mi ama.—Lo mismo me pasa á mí; pero con más motivo, porque la mia está más cercana.

—¿Puedo confiar en tí? ¿Me pondrás al corriente de todo cuanto veas?

—Puedes estar tranquilo, Isidoro. Tú no me conoces bien: en esta ocasion sabrás lo que soy.

—¿Y tú qué crees?—preguntó el moro con interés.—¿Crees que tengo razon? ¿Lesbia amará á ese hombre?

—Sí; creo que te engaña del modo más miserable; creo que todos los que asisten á la representacion se rien de tí esta noche y el afortunado amante no cabe en sí de satisfaccion y orgullo.

—¡Rayos y centellas!—dijo Maiquez con más furia.—Le escupiré la cara desde el escenario. ¡Oh! Pepilla: yo admiro y envidio tu tranquilidad. No desees nunca parecerte á mí; ojalá no sepas nunca lo que son estas culebras de fuego que se enroscan dentro de mi pecho y desparraman por mis arterias su veneno. ¡Oh, qué gran talento tuvo ese poeta inglés que inventó el Otelo! ¡Qué bien pintó la rabia del celoso, la horrible fruicion con que se recrea, pensando que ha de poner el cuerpo inanimado y sangriento de su rival ante los ojos que le cautivaron! ¡Qué razon tuvo al suponer el corazon de la mujer antro de maldades y perfidias; qué bien se comprende la espantosa determinacion del moro, y el terrible placer de su alma, al considerarse sepultando el cuchillo en los miembros palpitantes de quien le ofendió, y arrastrar despues su infame cadáver!

—¿Qué cadáver, Isidoro? ¿El de él ó el de ella?—preguntó mi ama con frialdad.

—El de los dos—contestó Otelo cerrando los puños.—¿Con que dices que se rien de mí? ¡Y lo saben todos, y me observan, y estoy sirviendo de espectáculo á ese miserable zascandil! De modo que Isidoro es el hazme reir de las gentes, y tendrá que ocultarse y huir para evitar las burlas de los envidiosos, y ya ninguna mujer se dignará mirarle á la cara. Pero tú, si sabias esto que pasa, ¿por qué no me lo dijiste? ¡Eres tonta sin duda! ¡Oh! no tengo amigos verdaderos... nadie se interesa por mi honor ni por mi decoro. ¡Estoy solo!... pero solo ¡vive Dios! sabré volver al lugar que me corresponde.

Diciendo esto, se levantó con resuelto ademan. En aquel momento sonaron algunos golpes en la puerta: era la señal que llamaba á todos los actores para empezar el tercer acto. Maiquez iba á salir; pero al dar los primeros pasos un objeto cayó de su cintura al suelo. Era la daga con puño de metal y hoja de madera plateada: Pepa, durante la conversacion, habia estado jugando con la larga cadena que la sostenia y ésta se rompió.

—Se ha saltado un eslabon—dijo mi ama recogiendo el arma:—yo te la compondré en seguida atándola fuertemente.

Isidoro salió, y mi ama, acercándose á una mesa arrimada á la pared de en frente, se entretuvo durante un rato y con mucha prisa en una operacion que no pude ver; pero presumí fuera la compostura de la cadena rota. Al fin salió, y quedándome solo, pude dejar mi sofocante escondite para correr á la escena.



XXV



Dió principio el último acto, donde ocurren las principales escenas del drama. En él Pésaro despierta poco á poco los celos en el alma del crédulo moro hasta que, engañándole con cruel y mañosa calumnia, precipita el trágico desenlace. La importancia de mi papel me obligaba, pues, á fijar en él toda mi atencion apartándola de las impresiones recientemente recibidas. Durante mi primera escena con Otelo, advertí que Maiquez, inquieto y receloso, dirigia sus miradas al jóven Mañara, sentado muy cerca del escenario: á causa de la ansiedad de su alma, el gran histrion desatendia impensadamente la representacion. Á veces algunas de mis frases se quedaban sin réplica; tambien suprimia él bastantes versos, y hasta llegó á trabarse su expedita lengua en uno de los pasajes donde acostumbraba hacerse aplaudir más. El auditorio estaba descontento, pues aunque conocia las genialidades de Isidoro, no creia natural que se permitiera tales descuidos en una representacion de confianza y amistad, verificada ante lo más selecto de sus admiradores. El silencio reinaba en la sala, y sólo un sordo murmullo de sorpresa ó enfado acogia los versos, mal sentidos y friamente dichos por el príncipe de nuestros actores.

Mas se esperaba verle repuesto en la segunda escena entre Otelo y Pésaro. Éste, urdiendo muy bien la trama que ideó contra Edelmira su diabólica astucia, adquiere al fin las pruebas materiales que Otelo exige para creer en la infidelidad de la veneciana. Aquellas pruebas son una diadema entregada por Edelmira á Loredano, y cierta carta que su padre

le obligó á firmar, amenazándola con matarse si no lo hacia. Ni la entrega de la diadema, ni la carta firmada por fuerza, eran pruebas que ante la fria razon comprometerian el honor de la esposa de Otelo: pero éste, en su ciego arrebato y salvaje impetuosidad, no necesitaba más para caer en la trampa.

Ántes de comenzar esta escena, y hallándome entre bastidores, oí á los concurrentes quejarse de la torpeza de Isidoro, y alguno achacó este defecto no al gran actor, sino á mí, por haberle irritado con mi detestable declamacion. Esto me ofendió, y creyéndome autor del deslucimiento de la pieza, resolví hacer todos los esfuerzos de que era capaz para arrancar algun aplauso.

Mi ama, como he dicho, dirigia la escena; indicaba las entradas y salidas, cuidando de entregar á cada actor los objetos de que debia hacer uso durante la representacion. Dióme la diadema y la carta y salí en busca de Otelo que estaba solo en las tablas concluyendo su monólogo. Entónces empecé aquella grandiosa escena, que es patética, sublime y arrebatadora, áun despues de haber sido tamizada por el romo ingenio de D. Teodoro La Calle.

—*¿Sabes tú padecer?*—

le dije,—y al punto Isidoro, mirándome sombriamente, repuso:

—Me han enseñado.
—Y sin agitacion,—dije yo—*¿el triste aviso*
de un infortunio grande escuchar puedes?
—Hombre soy.—

respondió con calma.

Continuó el diálogo, y parecia que Isidoro recobraba todo su genio, pues los versos, inspirados por el recelo y la ansiedad, le salian del fondo del alma. Cuando dijo:

¡Infiel! ¡La prueba necesito!
¡Con que dámela luégo!

me apretó tan fuertemente la muñeca y sus rabiosos ojos me miraron con tanta furia, que perdí la serenidad, y por un instante los versos que seguian á aquella demanda, huyeron de mi memoria. Pero no tardé en reponerme: le dí la diadema, y poco despues la carta.

Mas en el momento en que ví en sus manos el fatal papel, un súbito extremecimiento sacudió todo mi ser, y me quedé mudo de espanto. En

el color y en los dobleces del papel, en la forma de la letra, que distinguí claramente cuando él fijó en ella la vista, reconocí la carta que Lesbia me habia dado en el Escorial para Mañara, y que despues mi ama sustrajo de mis ropas al llegar á Madrid.

Otelo debia leer en voz alta la carta, que, segun el drama, decia: "Padre „mio: Conozco la sinrazon con que os he ultrajado. Vos sólo teneis derecho „de disponer de vuestra hija—*Edelmira.*„ Pero el pliego que la pícara Pepa habia hecho llegar á sus manos, decia: "Amado Juan: Te perdono „la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres que crea en „tu arrepentimiento, pruébamelo viniendo á cenar conmigo esta noche en „mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote „comprender que no he amado nunca, ni puedo amar á Isidoro, ese „salvaje y presumido comiquillo, á quien sólo he hablado alguna vez „deseando divertirme con su necia pasion. No faltes, si no quieres enfadar „á tu—*Lesbia.*

„P. D. No temas que te prendan. Primero prenderán al Rey.„

Ocurrió una cosa singular. Isidoro leyó el papel en silencio; sus labios secos y lívidos temblaron, y como si aún creyera que era ilusion lo que veia, lo leyó y releyó de nuevo, miéntras el público, ignorando la causa de aquel silencio, mostró su asombro en un sordo murmullo. Isidoro al fin alzó la vista, se pasó las manos por la frente; parecia despertar de un sueño; balbució algunas voces terribles, cerró los ojos, como tratando de serenarse y reanudar su papel; dió algunos pasos hácia el público y retrocedió luégo. Los rumores aumentaron; el apuntador le llamó, repitiendo con fuerza los versos, hasta que al fin Isidoro se extremeció todo, su semblante se encendió vivamente, cerró los puños, agitó los brazos, golpeó el suelo, y declamó los terribles versos siguientes:

Mira: ves el papel, ves la diadema;
pues yo quiero empaparlos, sumergirlos,
en la sangre infeliz y detestable,
en esa sangre impura que abomino.
¿Concibes mi placer, cuando yo vea
sobre el cadáver, pálido, marchito,
de ese rival traidor, de ese tirano,
el cuerpo de su amante reunido?

Jamás estos versos se habian declamado en la escena española con tan fogosa elocuencia, con tan aterradora expresion. El artificio del drama habia desaparecido, y el hombre mismo, el bárbaro y apasionado Otelo, espantaba al auditorio con las voces de su inflamada ira. Un aplauso atro-

nador y unánime extremeció la sala, porque nunca los concurrentes habian visto perfeccion semejante.

Despues las facciones del moro se alteraron; su rostro palideció; oprimióse el pecho con ambas manos, y su voz, trocando el áspero tono en otro desgarrador y patético, dijo:

Las recias tempestades
el viento anuncia con terrible ruido;
el rayo con relámpagos avisa
su golpe destructor, y los rugidos
del leon su presencia nos advierten;
mas la mujer con ánimo tranquilo
y aparentes halagos nos destroza
el corazon cual pérfido asesino.

Nueva explosion de entusiastas aplausos. Las mujeres lloraban; algunos hombres no podian conservar su entereza y lloraban tambien. La concurrencia estaba extremecida, atónita, electrizada, y cada cual, suspensa y postergada su propia naturaleza, vivia momentáneamente con la naturaleza y las pasiones de Otelo.

La representacion seguia: fuése Otelo, cambió la escena y apareció la cámara de Edelmira. Entre tanto todos me preguntaban la causa de la turbacion y desasosiego de Isidoro; mas yo no sabia qué responder.

Entre bastidores le buscamos con inquietud; pero no le podíamos ver por ninguna parte, ni nadie se daba razon de dónde pudiera encontrarse. Edelmira dijo los versos de su monólogo con extraordinaria sensibilidad: no cesaba de mirar á Mañara, y la vanidosa coquetería de sus ojos parecia decir: "¡qué bien represento!„ miéntras el afortunado amante, embebecido en contemplarla, parecia contestarle: "¡qué guapa estás!„

Y así era. Lesbia estaba encantadora, con los cabellos sueltos sobre la espalda, y el ligero vestido blanco, que le ceñia el cuerpo indolente. Entró luégo Hermancia, la fiel amiga, y Edelmira le contó sus tristes presentimientos. ¡Qué tono tan melancólico y dulce tenia su voz al expresar el temor de una muerte funesta! ¡Cuán grande interés despertaba su pena! Aunque yo habia visto muchas veces la misma tragedia, dentro de la escena, y habia perdido toda ilusion, en aquella noche sentia un terror inexplicable, y me conmovia la suerte de la infeliz é inocente Edelmira.

La esposa de Otelo, ansiando desahogar la sofocante angustia de su pecho, toma el arpa y entona la cancion de Laura al pié del sáuce, cuyos lastimeros quejidos son la voz de la misma muerte. Edelmira, á quien Manuel García habia enseñado la hermosa estrofa, cantó con dulce y poé-

tica expresion. Su voz parecia que nos penetraba hasta los huesos, y nos hacia extremecer con horripilante escalofrio, como el contacto de una hoja de acero.

Cesó la cancion y sonó la tempestad en el interior del teatro. El pú-



blico estaba tan impresionado que ni siquiera aplaudia. Acostóse Edelmira y todo quedó en profundo silencio. Otelo debia aparecer, y en el breve momento en que estuvo la escena muda, profundísimo silencio reinaba en la sala. Yo creí sentir el palpitar de los corazones; pero sólo escuchaba las oscilaciones del mio. La más ardorosa inquietud se habia apoderado de mí, y miré en torno buscando una persona de confianza á quien comunicar mis recelos; pero no ví sino el pálido semblante de mi ama, que se esforzaba en reir diciendo:

—¡Qué bien ha hecho Lesbia su papel! Me confieso derrotada, pues representa mil veces mejor que yo. Pero ahora verán ustedes á Isidoro. Esta noche está más inspirado que nunca.

Observé á Maiquez, que ya decia los primeros versos de la escena

junto al lecho de la veneciana. Su rostro aparentaba una serenidad meditabunda. Cuando alzó las cortinas del lecho y dijo con voz calmosa:

No... tú no morirás... ¡cuánto realzan
su hermosura estas lúgubres antorchas!

un rumor confuso surgió del apiñado auditorio; lloraban casi todas las mujeres, y los hombres se esforzaban en sostener el decoro de la insensibilidad. Otelo acerca su rostro al de Edelmira, y dice con extasiado amor:

¡Con qué pureza respirar la siento!
¿Qué poderoso hechizo es el que arrastra
mi persona á la suya con tal fuerza?

Edelmira despierta con sobresalto. Otelo disimula al principio; mas luégo no oculta el objeto que le trae, y Edelmira, aterrada y confusa, jura que es inocente. Nada convence al terrible moro, que, mudando de improviso la expresion de su fisonomía, exclama con ferocidad y descompuestos ademanes:

Mírame, ¿me conoces... me conoces...?

El auditorio se extremeció de terror. Algunas señoras se desmayaron, y oyéronse voces acongojadas que decian: "Piedad, piedad para Edelmira... es inocente... ese infame Pésaro tiene la culpa... que traigan á Pésaro.„

Isidoro sacó el papel y lo mostró con fiero ademan á Lesbia, quien lanzó un grito terrible, sin decir los versos que correspondian en aquel momento. Otelo se acercó más á Edelmira, y Edelmira hizo un movimiento para saltar del lecho. Se le habian olvidado los versos; pero al fin, dominando un poco su turbacion, recordó algo y el diálogo siguió así:

EDELMIRA. ¿Y qué quieres decirme?
OTELO. Preparaos.
EDELMIRA. ¿Pero á qué?
OTELO. Este acero os lo señala.

Diciendo esto, Isidoro desenvainó la daga; en lugar de la hoja de madera plateada, vimos brillar en su mano una reluciente hoja de acero. La conmocion fué general entre bastidores. Lanzóse Edelmira del lecho con precipitacion y azoramiento, y recorrió la escena gritando como una loca: "¡Favor, favor... que me mata!... ¡Al asesino!„

No puedo pintaros lo que fué aquel momento en la escena y fuera de ella. Los espectadores de primera fila trataron de subir al escenario en el

momento en que Lesbia, perseguida por Isidoro, fué asida por el vigoroso brazo de éste. En el mismo instante, no pudiendo contenerme, me abalancé hácia la dama, como impulsado por un resorte, y abracéme estrechamente á ella. El puñal de Isidoro se levantó sobre mí. La presencia inesperada de una víctima extraña hizo sin duda que el moro volviera en



sí de su furiosa obcecacion; conmovióse todo, pareció que un velo se descorria ante sus ojos, arrojó el puñal, quiso recobrar su aplomo, pronunció algun verso tremendo clavando sus manos en mí, como si yo fuera Edelmira; ésta, desprendiéndose de mis brazos, cayó al suelo desmayada, y al punto nos vimos rodeados de multitud de personas. Todo esto pasó en unos cuantos segundos.



XXVI



El escenario se llenó de gente. Lesbia, alzada al instante del suelo, fué objeto de los más solícitos cuidados. Al poco rato desvanecióse su desmayo, abrió los ojos y dijo algunas palabras. No tenia la más ligera lesion, y todo habia concluido, sin más consecuencias que las del susto. Su palidez y la alteracion de su semblante eran extraordinarias; pero aún habia entre los circunstantes una persona más alterada y más pálida: era mi ama.

Isidoro parecia embrutecido y avergonzado. Transcurrió media hora, y cuando fué indudable que no habia ocurrido la desgracia que se temia, entablóse una discusion muy viva sobre aquel acontecimiento, que la mayoría de los presentes consideraba bajo el punto de vista artístico; y era opinion de muchos que, exaltado hasta un extremo de delirio el genio artístico de Maiquez, se identificó con su papel de un modo perfecto.

—Pues léjos de ser este el camino de la perfeccion artística—dijo Moratin,—lleva derecho á la corrupcion del gusto, y extinguirá en las ficciones el decoro y la gracia, para confundirlas con la repugnante realidad.

—Ni eso es representar, ni eso es nada—dijo Arriaza, que, como es sabido, detestaba á Isidoro.—Desde que ese caballero introdujo aquí la escuela francesa, ha corrompido el arte de la declamacion.

—Nunca he visto á Maiquez tan apasionado y fogoso—indicó un caballero que se unió al grupo.—Me parece que en la escena ha pasado algo extraño á la comedia.

Otro jóven acercó sus labios al oido del primero, y por un rato le

habló en voz muy baja. Despues á los cuchicheos siguieron las risas. Pasó Mañara no léjos de allí, y todos fijaron la vista en él.

—Bien se explica la ferocidad de Isidoro,—dijo uno.

—Hasta aquí—añadió Moratin,—siempre se le ha visto contenerse dentro del límite de las conveniencias escénicas.

—Me acuerdo de cuando Isidoro era un pedazo de hielo—dijo Arriaza. En el teatro no le llamaban sino el *marmolillo*.

—Es verdad—repuso Moratin.—Pero cuando volvió de Paris vino muy corregido, y no puede negarse que es un actor de gran mérito. En lo patético no tiene igual; en lo trágico suele carecer de fuego; pero esta noche lo ha tenido con exceso.

—Le he tratado bastante—dijo un tercero.—Es hombre de pasiones enérgicas. Como actor consumado, comprende bien que el arte es una ficcion, y representando, no deja nunca de ser comedido y decoroso. Esta noche, sin embargo, le hemos visto tal cual es.

Otro personaje se acercó al grupo.

—¿Qué le ha parecido á usted, señor duque, el desenlace de la tragedia? —le preguntó Arriaza.

—¡Magnífico! Esto se llama representar—contestó el marido de Lesbia. —Parecia aquello la misma realidad. Pero no consentiré que mi esposa salga otra vez á la escena. Representa demasiado bien y entusiasma y trastorna á los actores qne la acompañan.

Un abanico tocó el hombro del señor duque; volvióse éste, y Amaranta entró en el corrillo. Todos la saludaron, disputándose á porfía el honor de dirigirle la palabra. Ella habló así:

—Bien dije á usted, señor duque, que no habia nada que temer. Un exceso de inspiracion dramática y nada más.

—El exceso es malo en todo: yo creí que la duquesa iba á perecer á manos de Isidoro por un exceso de inspiracion.

—Ademas—dijo Amaranta,—quizás alguna causa que no conocemos...

Al decir esto pareció que los piés de la hermosa dama habian tocado algun objeto arrojado en el escenario. Apartóse ella vivamente, apartáronse todos, y las faldas de Amaranta, al deslizarse sobre el piso, dejaron ver un papel arrugado. Como si aquel papel fuese un tesoro de inestimable precio, Amaranta bajóse á cogerlo, y despues de mirarlo rápidamente lo guardó en su bolsillo. Era la carta fatal, como diria un novelista.

—¿Alguna causa que no conocemos?...—preguntó el duque, continuando la conversacion interrumpida.

—Sí—contestó la dama;—y me parece que puedo sacarle á usted de

dudas... Pero tengo que ir al cuarto de la Gonzalez. Allí le aguardo á usted y hablaremos.

Quedaron solos los hombres otra vez. La marquesa atravesó la escena preguntando por Isidoro.

—¿Será posible—decia—que no pueda representarse *La venganza del Zurdillo*? ¡Pepa!... ¿Pero dónde está Pepa?

Esta pregunta se dirigió á mí, y al instante marché en busca de mi ama. No estaba en su cuarto, y sí en el de Maiquez, quien una vez pasada la excitacion del terrible momento, se esforzaba en aparecer tranquilo y hasta risueño, aunque era fácil conocer que la rabia no se habia extinguido en su pecho.

—¡Qué broma tan pesada, Isidoro!—dijo la marquesa, asomándose á la puerta.—Aún no me he recobrado del susto.

—Es verdad, señora—dijo el actor;—pero la señora duquesa tiene la culpa, por la perfeccion con que ha hecho su papel. Su incomparable talento tuvo el don, no sólo de transportarla á ella, sino de transportarme á mí mismo á la esfera de la realidad. Jamás me ha pasado cosa igual desde que piso las tablas. Un actor inglés representando en cierta ocasion á Otelo, mató á la cómica que hacia de Desdémona. Esto me parecia inverosímil; pero ahora comprendo que puede ser verdad.

—¿No se suspenderá *La venganza del Zurdillo*?

—Por ningun caso. Hace falta reir un poco, señora marquesa.

Retiróse ésta, y despues que salieron algunos amigos de Maiquez, que le acompañaban, el actor quedó solo con mi ama y conmigo.

—Ven acá—me dijo el actor, apretándome vigorosamente el brazo.—¿Quién te dió aquella carta?

Señalé á mi ama.

—Fuí yo—dijo ésta.—Queria que conocieras el corazon de Lesbia.

—¿Por qué no me la diste en otra parte? Me has puesto al borde del abismo; he estado á punto de cometer un crímen. Mi furor fué tan grande cuando leí aquel papel, que lo olvidé todo, y aunque en el instante que estuve fuera de la escena procuré serenarme, mi cólera se encendió más, y... ya sabes lo que pasó. Cuando la ví en la escena final quise contenerme; pero sus miradas, su acento, me irritaban cada vez más, y sentí en mí una crueldad, una ferocidad que nunca habia conocido. Recordaba sus tiernas promesas, sus apasionados arrebatos de amor, su falsa sencillez, y por un momento creí que hasta era un deber castigar á aquel mónstruo de falsedad é hipocresía. Cuando saqué el puñal y advertí que era una hoja de acero, experimenté un placer indecible. ¡Ay, Pepa! ¡Qué momento!

No sé cómo no la maté; no sé cómo en aquel instante no me perdí y me deshonré para siempre. Si Gabriel no se hubiera abrazado á ella, cubriéndola con su cuerpo, creo que á estas horas... no lo quiero pensar.

—Á estas horas—dijo mi ama—estarias llorando sobre el cadáver de tu amante, herida por tu propia mano.

—No, Pepa, no; ya no la amo. La lectura de la carta ha ahuyentado de mí todo sentimiento amoroso: ya no tengo para ella más que un desprecio, una repugnancia de que no puedes formar idea. Me espanto de haber amado á semejante mujer. Pero dí: ¿fuiste tú quien trocó el puñal de teatro por la hoja de acero?

—Sí; yo fuí.

—¿Luego tú—exclamó con asombro—lo preparaste todo? ¿Qué interés, qué intencion...?

—¡La aborrezco con toda mi alma!

—¡Y quisiste hacerme instrumento de un crímen! Hace poco hablabas de tu venganza. ¿Por qué aborreces á Lesbia?

—La aborrezco porque... porque la aborrezco.

—¿Y no te remuerde la conciencia de un sentimiento que te lleva hasta el crímen?

—¡La conciencia!... ¡Un crímen!—dijo mi ama con cierta enajenacion, y despues ocultando el rostro entre las manos empezó á llorar amargamente, exclamando:—¡Oh! ¡Dios mio, qué desgraciada soy!

—Pepa, ¿qué tienes? ¿qué es eso?—dijo Isidoro, sentándose junto á ella y apartándole las manos del rostro.—Pero tú... Con que tú... De modo que tú...

Dieron golpes en la puerta, y una voz dijo: "El sainete; que va á empezar el sainete.„

El aviso no distrajo á los dos actores. Pepa seguia llorando é Isidoro lleno de asombro.



XXVII



REÍ prudente retirarme, no sólo porque allí no hacia falta ninguna, sino porque en mi mente bullia, inquietándome mucho, un proyecto, que al fin decidí poner en ejecucion sin pérdida de tiempo. Dirigíme lleno de resolucion al cuarto de mi ama; Amaranta estaba allí y estaba sola.

—¡Oh, Gabriel!—me dijo—¿tienes valor para presentarte delante de mí? ¿Sabes que tienes un modo singular de despedirte? Veo que eres un farsantuelo de quien nadie debe fiarse. Dí: ¿es esa la lealtad con que tú acostumbras pagar á tus favorecedores?

—Señora—repuse, desafiando el rayo de sus ojos, como el marino desafía la tempestad,—el oficio á que usía me pensaba dedicar en Palacio no era de mi gusto. Si no me despedí de mi ama, fué porque el temor de que me prendieran me obligó á salir del real Sitio.

—No puedo negar—dijo riendo—que te burlaste con mucha gracia del licenciado Lobo. Bien decia yo que eras un chico de mucha disposicion. Pero el talento más fecundo permanece oculto hasta que encuentra ocasion de mostrarse. Aquel rasgo de ingenio habria sido completo, habria sido sublime, si me hubieras entregado la carta.

—No me la habian dado para usía.

—Lo cierto es que no fué á poder de su dueña. Pepa te la quitó, y ha hecho de ella el uso que sabes. Tampoco ella quiso entregármela; pero al fin la casualidad la ha traido á mis manos. ¿La ves?

—Creo que usía me la entregará, porque esa carta es mia, me pertenece, tengo que devolverla á su dueño—dije con resolucion.

—¡Devolvértela! ¿Tú estás loco?—exclamó Amaranta riendo como quien oye un gran despropósito.

—Sí, señora, porque el recobrarla es para mí una cuestion de honor.

—¡Honor!—dijo la dama, riendo más fuerte.—¿Acaso tienes tú honor? ¿Sabes tú lo que es eso, chiquillo?

—¿Pues no lo he de saber?—respondí.—Cuando usía me propuso el oficio do espía, sentí que se me subia un calorcillo á la cara; y me pareció que me estaba viendo á mí mismo en aquel empleo y en los de engañar, fingir y mentir... y viéndome me daba espanto... y un sudor se me iba y otro se me venia, porque el Gabriel que mi madre echó al mundo se entretiene á veces oyendo lo que él mismo se dice por dentro acerca de la manera de ser caballero, decente y honrado. Cuando la señora duquesa me pidió su carta, y yo no podia dársela, sentí el mismo embarazo... y tambien me ocurrió que no devolviendo el papel, y permitiendo que otras personas sigan haciendo mal uso de él, el Sr. Gabrielillo no vale dos cuartos. Si esto no es el honor, que venga Dios y lo vea.

Amaranta pareció muy sorprendida de estas razones, y me dijo con bondad:

—Tales ideas no son propias de tí. Tiempo habrá, cuando seas mayor, de tener todo el honor que quieras. Cada vez te encuentro más propio para desempeñar á mi lado los empleos de que te hablé. Me parece que has empezado bien el curso en la universidad del mundo; y, ó mucho me engaño, ó te bastarán pocas lecciones más para ser maestro.

—Creo que usía no se equivoca;—respondí,—y en cuanto á las lecciones que usía me ha dado, me parece que han sido de provecho.

—¿Y no renuncias á tus proyectos de ser... como decias?...—me preguntó irónicamente.

—No, señora, sigo en mis trece—contesté sin turbarme,—y á lo mejor va á tener usía el gusto de verme de príncipe ó tal vez de rey en cualquier reino que las damas de la Córte sacarán para mí. Si no hay más que ponerse á ello, como dice Inesilla.

—Pero dí, chicuelo: ¿de veras creiste tú que ya te estaban labrando la espada de general ó la corona de duque?

—Como esta es noche. Y usía, que se me figuraba una divinidad bajada del Cielo para favorecerme, acabó de trastornarme el juicio, enseñándome lo que debia hacer para echarme á cuestas el manto regio ó cuando ménos para ponerme los galones de capitan general.

—Parece que te burlas; ¿qué quieres decir?

—Digo que desde que usía me dijo que el camino de la fortuna estaba

en escuchar tras de los tapices y llevar y traer chismes de cámara en cámara, se han arreglado las cosas de tal modo, que, sin querer, estoy descubriendo secretos, y aunque quiero taparme las orejas, las picaronas se empeñan en oir...

—¡Ah! Tú quierés revelarme algo que has oido—dijo Amaranta con complacencia.—Siéntate y habla.

—Lo haré de buena gana, si usía me devuelve la carta de la señora duquesa.

—Eso no lo pienses.

—Pues entónces callaré como un marmolejo. En cambio contaré una historia parecida á la que usía me refirió, aunque no es tan bonita. No la he leido en ningun libro viejo, sino que la oí... Estas condenadas orejas mias...

—Pues empieza—dijo la condesa con alguna perplejidad.

—Hace quince años habia en Madrid una damita muy guapa, muy guapa, que se llamaba... no me acuerdo de su nombre. Esto no pasaba en ningun reino apartado ni antiguo, sino en Madrid, y no se trata de sultanes, ni de grandes ni pequeños visires, sino de una damita muy linda, la cual damita se enamoró de un jóven de buena familia, que vino á la Córte á buscar fortuna. Parece que los padres se oponian; pero la damita amaba ciegamente al jóven, y como todo lo vence el amor, entre éste y el Demonio proporcionaron á los dos jóvenes entrevistas secretas que...

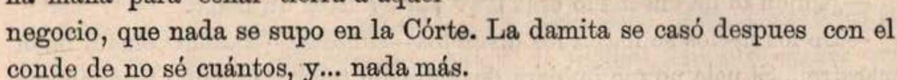


Amaranta se puso pálida, y su mismo asombro la tenia muda.

—Pues es el caso que la damita dió á luz una criatura—continué.

—No estoy aquí para oir necedades—dijo Amaranta dominando su ira.

—Pronto concluyo. Dió á luz una criaturita: huyó el jóven á Francia, temiendo ser perseguido, y los padres de la damita se dieron tan buena maña para echar tierra á aquel negocio, que nada se supo en la Córte. La damita se casó despues con el conde de no sé cuántos, y... nada más.



—Veo que eres rematadamente necio. No quiero oir más tus sim-

plezas — dijo la dama, cuyo semblante se cubria de vivísimo carmin.

—Aún falta un poquito. Más tarde lo descubrieron algunas personas, y hablaron de esto en sitio donde yo lo oí; pero como soy tan curioso, y ahora ando amaestrándome en los chismes y enredos para ver si llego á general ó á príncipe, no me contento con aquellas noticias, y voy á que me dé más una mujer que vive orillas del Manzanares, junto á la casa de D. Francisco Goya.

—¡Oh!—exclamó Amaranta furiosa.—Sal de aquí, desvergonzado mozalvete. ¿Qué me importan tus ridículas historias?

—Y como estas noticias no tienen valor hasta que no se traen de aquí para ahí, pienso comunicárselas á la señora marquesa, para que me ayude en mis pesquisas. ¿No cree usía, señora condesa, que esta es una excelente idea?

—Veo que sabes manejar la calumnia y las bajas y miserables intrigas. Supongo quién habrá sido tu maestro. Vete, Gabriel; me repugnas.

—Me iré y callaré; pero es preciso que usía me devuelva la carta.

—Miserable rapaz: ¡quieres burlarte de mí, quieres medir conmigo tus indignas armas!—exclamó levantándose de su asiento.

Su actitud decidida me turbó un poco; pero hice esfuerzos por reponerme, y continué así:

—Para hacer fortuna no hay medio mejor que el espionaje y la intriguilla: el que posee secretos graves lo tiene todo, y ahora salimos con que voy á conseguir dos mitras, ocho canongías, veinte bastones de coronel, cien capellanías y mil plazas de contaduría para todos mis amigos.

—Déjame, no quiero verte. ¿Has oido?

—Pero ántes me dará usía la carta. Si no, he de llevar un recadito á la señora marquesa, ó al señor diplomático, que, como hombre reservado, no lo dirá á alma viviente.

—¡Ah, imbécil, cuánto te desprecio!—dijo revolviendo en su bolsillo con febril inquietud.—Toma, toma la carta, vete con ella, y jamás vuelvas á ponerte delante de mí.

Diciendo esto arrojó en el suelo la carta, que recogió un servidor de ustedes.

Despues, sentándose de nuevo, volvió hácia mí su rostro siempre bello, y me dijo:

—¿Quién te ha enseñado esas travesuras? Eres un necio.

—De los necios se hacen los discretos—contesté.—Dando con un buen maestro... Si usía no me hubiera despabilado tanto... Oyendo y viendo se aprende mucho, señora; y yo, desde que entré al servicio de usía hasta

hoy, no he desperdiciado el tiempo. Bien haya quien me ha abierto los ojitos que ven y las orejitas que oyen. Para ser discreto es preciso haber sido tonto.

Cuando pronuncié esta extraña sentencia, Amaranta echó sobre mí una mirada de orgulloso desden, y señalóme la puerta. ¡Ay! estaba hermosa, hermosa como nunca. Su noble ademan, sus mejillas teñidas de leve púrpura, el incendio de sus ojos, la agitacion de su seno, encantaban la vista, y no era posible aborrecerla. Indudablemente, señores, el mal es á veces lindísimo.

Ya me marchaba, cuando entró el señor duque acompañado del diplomático.

—Aquí estoy, Amaranta—dijo el primero.—Me habló usted de causas que no conocemos...

—No le hagas caso, sobrina—exclamó el marqués.—¿Pues no ha dado en la flor de estar celoso? Y dice que en el caso de Otelo él haria lo mismo.

—Sí—dijo el duque.—Si yo sospechara de mi mujer la mataria.

—No me referia á nada que no fuese algun motivo artístico—indicó secamente Amaranta.

—No consiento que mi mujer salga más á las tablas en compañía de ese bárbaro Otelo. La pobrecita debe haber padecido mucho. Pero veo que en mi ausencia han ocurrido grandes novedades. Parece que tambien han querido ponerla presa. ¡Pobre cordera mia! ¿Cómo es posible que haya dado motivos para eso...? Si es la bondad, si es la dulzura en persona...

—Son tantos los que han sido incluidos en la causa...—dijo Amaranta. —Pero por mediacion mia se la puso al instante en libertad.

—¡Oh! gracias, querida condesa. Verdad es que Lesbia es amiga de usted desde la infancia, y entre amigas... ¿Y no se la molestará más?

—No—dijo el diplomático.—Felizmente puede arrancarse de la causa todo lo que conviene, ¿no es verdad, sobrina?

—Sí; precisamente se ha hecho eso con todo lo que se refiere al Príncipe, porque como ha confesado y hecho acto de contricion de todas sus faltas... Los jueces tienen buena mano, y suprimirán todo lo que se quiera, dejando la causa tal como convenga presentarla al público.

—Eso está muy bien dispuesto—afirmó el diplomático,—y prueba que hay tacto en el gobierno. ¿Y Napoleon?

—Napoleon ha exigido que no se le nombre para nada, y por esto ha sido preciso eliminar tambien cuanto á él se refiere. Aunque consta que el Príncipe le escribió y tuvo tratos con su embajador, los jueces se co-

merán todas las declaraciones y documentos en que esto se vea, para que Bonaparte quede contento.

—Bien, bien, eso me tranquiliza—afirmó el diplomático con mucho énfasis,—y así lo pondré en conocimiento del Príncipe Borghese, del Príncipe Piombino, de S. A. el Gran Duque de Aremberg. Por supuesto, os encargo que no digais á nadie mis propósitos; ¿lo oyes, Amaranta? ¿Lo oye usted, señor duque? ¡Ah! al duque no se le puede confiar un secreto. Todo lo dice.

—¿Qué?—preguntó Amaranta.

—Por más que me empeño en que la más absoluta reserva sirva de impenetrable velo á lo que ocurre entre la Gonzalez y yo...

—El señor marqués no abandona sus antiguas mañas—dijo el duque.

—No, hijo; es que sin saber cómo ni cuándo... Nada he puesto de mi parte. Hace tiempo que Pepita ha manifestado que hallaba en mí cierto encanto... Pero la pícara no se cuida de disimular; ahora mismo, durante el sainete, me echaba unas miradas... ¡Y qué bien ha representado! Nunca la he visto tan alegre, tan graciosa, tan juguetona, tan vivaracha. La verdad es que me está comprometiendo. ¿Lo creerás, sobrina? Yo me empeño en ocultarlo, porque... ya sabes... ese es mi carácter, y ella... pero si todo el mundo lo sabe. Al concluir el sainete, no he podido ménos de acercarme á ella, y le he dicho: "Disimule usted, Pepa; no olvide usted que la reserva es hermana gemela de la... digo, del amor.„ Sin duda por obedecer esta advertencia, se ha marchado con Isidoro, fingiéndose muy contenta en su compañía. Ambos iban muy amartelados, y cualquiera ménos listo que yo, los habria tenido por amantes.

—Tal vez—dijo Amaranta.

Salí del cuarto. Cuando despues de buscar ávidamente á Lesbia por el escenario, dí con ella al fin y le entregué la carta, me dijo con mucha ansiedad miéntras la guardaba:

—¡Ah, Gabrielillo! Esta noche me has salvado la vida dos veces.



XXVIII



o quise estar más allí; salí decidido á huir para siempre del vergonzoso arrimo de cómicos y danzantes, de damas intrigantuelas y de hombres corrompidos y fátuos. Al salir, un vivo deseo de correr á casa de Inés llenaba mi alma toda. Volé al cuarto piso, tomando la pequeña escalera, y por el camino en mi precipitada marcha, iba arrojando los postizos y adornos que me habian servido para la representacion. Aquí dejé las barbas y bigotes, allí las plumas de mi sombrero, más allá la escarcela, y por último eché á rodar el tahalí y el collar. Me parecian prendas de ignominia que no debian ir sobre mí al presentarme en la casa del reposo.

Subí y entré: el padre Celestino me abrió la puerta, y al punto advertí que sus ojos habian llorado.

—La pobre Doña Juana ha muerto hace dos horas—dijo contestando á mis preguntas.

Esta noticia dió á todo mi sér el frio y la inmovilidad de una estátua. Sepulcral silencio reinaba en la casa. En el fondo del pasillo ví la puerta de la sala, cuyo recinto iluminaba una claridad rojiza. Acerquéme con pasos lentos y conteniendo con la mano el latir de mi corazon, que parecia querer salírseme del pecho. Desde el umbral ví el cuerpo de la santa mujer, vestido de negro, y sobre el mismo lecho en que habia sido abandonado por el alma: sus manos cruzadas en actitud de orar, sus cerrados ojos y la apacible y tranquila expresion de su semblante blanco como el mármol, más que el aspecto de la triste muerte, dábanle la

fisonomía propia de un recogimiento meditabundo y de aquel místico sueño que es en las gentes de exaltada piedad, como un viaje al Cielo para volver.

Junto á ella, y sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos y



apoyada en el lecho, estaba Inés. Su llanto tranquilo era natural desahogo de un dolor resignado, propio de quien acostumbraba á relacionar las penas y las alegrías con la voluntad suprema. No hizo movimiento alguno para mirarme, ni yo seguramente lo merecia. Una sola vela de cera, cuya llama puntiaguada y movible señalaba al cielo con leve oscilacion, iluminaba la silenciosa sala; y las imágenes de vírgenes y santos que habia en la pared, como afectadas del fúnebre cuadro, parecian tener en sus rostros inusitada gravedad.

Á pesar de mi afliccion, yo experimentaba ante aquel espectáculo una especie de alivio moral que me es imposible expresar con palabras. Aquella tranquilidad que acompañaba á una gran pena, aquella paz de espíritu que cubria el dolor, como las alas del misterioso ángel protegen el alma, al salir turbada y temerosa del cuerpo pecador; aquel silencio de la mujer muerta, que me hacia oir en lo profundo de mi mente un lejano y celeste coro de triunfante música; el sereno llorar de la huérfana, cuyo dolor modesto no acusaba á la suerte, ni á la casualidad, ni á otro alguno de los irrisorios dioses que ha creado el holgazan entendimiento humano;

aquel aspecto de resignacion; el reposo imperturbable que ni áun la muerte habia alterado en aquella mansion de la conciencia pura, de los deberes, de la religion, del sencillo amor, fueron para mi espíritu como un aura serena, como un templado y regenerador ambiente que equilibra y uniforma la atmósfera por tempestades revuelta ó agitada por opuestas corrientes. Jamás he podido comparar con más propiedad mi alma con la imágen de un terso lago, de igual y no alterada superficie, ni jamás he distinguido con tanta claridad el lejano fondo. Cual si mi pecho hubiese estado por largo tiempo privado de fácil respiracion, mis pulmones se dilataron y mi aliento sacaba del corazon un gran peso.

El cura me sacó de tales abstracciones llamándome fuera.

—La pobre Juana—me dijo enjugando una lágrima—no tuvo tiempo de ver satisfecho el deseo de toda mi vida.

—¿Pues qué? usted...

—Sí, hijo mio; poco ántes de su muerte recibí este papel en que se me nombra ecónomo de la iglesia parroquial de Aranjuez. Al fin se me ha hecho justicia. No me ha cogido de nuevo, y bien te decia yo que habia de ser esta semana. ¿Ves, Gabrielillo? Dios ha acudido oportunamente á nosotros en esta desgracia. Ya Inés no quedará desamparada, ni tendrá que pedir auxilio á los parientes de Juana.

—¡Pobre Inés!—exclamé.—Á ella consagraré mi vida entera. Viviré por ella y sólo por ella.

—¡Ah!—dijo el clérigo.—Ocurre una cosa singularísima, querido Gabriel. ¿Sabes que la pobre Juana me ha hecho ántes de morir una revelacion que...? á tí puedo confiarlo porque casi eres de la familia.

—¿Qué?

—Despues que confesó, llamóme aparte y me dijo que Inés no es hija suya... ¡Si vieras qué historia tan singular! Estoy confundido, absorto. Pues, sí, Inés no es hija suya, sino de una gran señora que...

—¿Qué dice usted?—exclamé con el mayor asombro.

—Lo que oyes: la verdadera madre... ya comprenderás que en esto hubo una de esas secretas aventuras, que deshonran á una noble familia. La verdadera madre abandonó á esa pobre niña, y... ya te contaré despacio.

—Pero el nombre, el nombre de esa señora es lo que quiero saber

—Juana iba á revelármelo: su relacion la habia fatigado mucho, y la palabra tembló en sus labios ya paralizados por la muerte.

Tal noticia produjo en mí espantosa confusion: volví á la sala y contemplé á la muerta, casi esperando que sus labios pudieran articular el deseado nombre.

—¿Es posible, Dios mio—dije dirigiendo mi mente al Cielo,—que no hagas bajar un rayo de vida á este yerto cadáver, para que su fria lengua se mueva y pronuncie una sola palabra?

En mi ansiedad, hasta tuve por un momento la esperanza de que el cadáver, reanimado por mis ruegos, volviese á la vida para revelarme el misterio del nacimiento de Inés.

—¡Qué loco soy!—dije despues.—No faltarán medios de averiguarlo.



XXIX

Desde entónces Inés fué para mí el resúmen de la vida. Si ántes no la hubiera amado, su desgracia me habria inclinado con invencible fuerza hácia ella.

Cuando se acerca el fin de la jornada, causa cierto gozo el considerar de qué extraña manera nos prepara la Providencia, allá en los comienzos de nuestra vida, el camino que hemos de recorrer y hasta los tropiezos ó facilidades, penas y alegrías que en él hemos de encontrar. El tránsito de la niñez á la juventud parece el esbozo de un drama, cuyo plan apénas se entrevé en el balbuciente lenguaje de los primeros afectos y en la indecision turbulenta de las primeras acciones varoniles.

Cosas hay en mi vida que parecerán de novela, aunque no creo que esto sea peculiar en mí, pues todo hombre es autor y actor de algo que si se contara y escribiera habria de parecer escrito y contado para entretenimiento de los que buscan recreo en las vidas agenas, hastiados de la propia por demasiado conocida. No hay existencia que no tenga mucho de lo quo hemos convenido en llamar *novela* (no sé por qué), ni libro de este género, por insustancial que sea, que no ofrezca en sus páginas algun acento de vida real y palpitante.

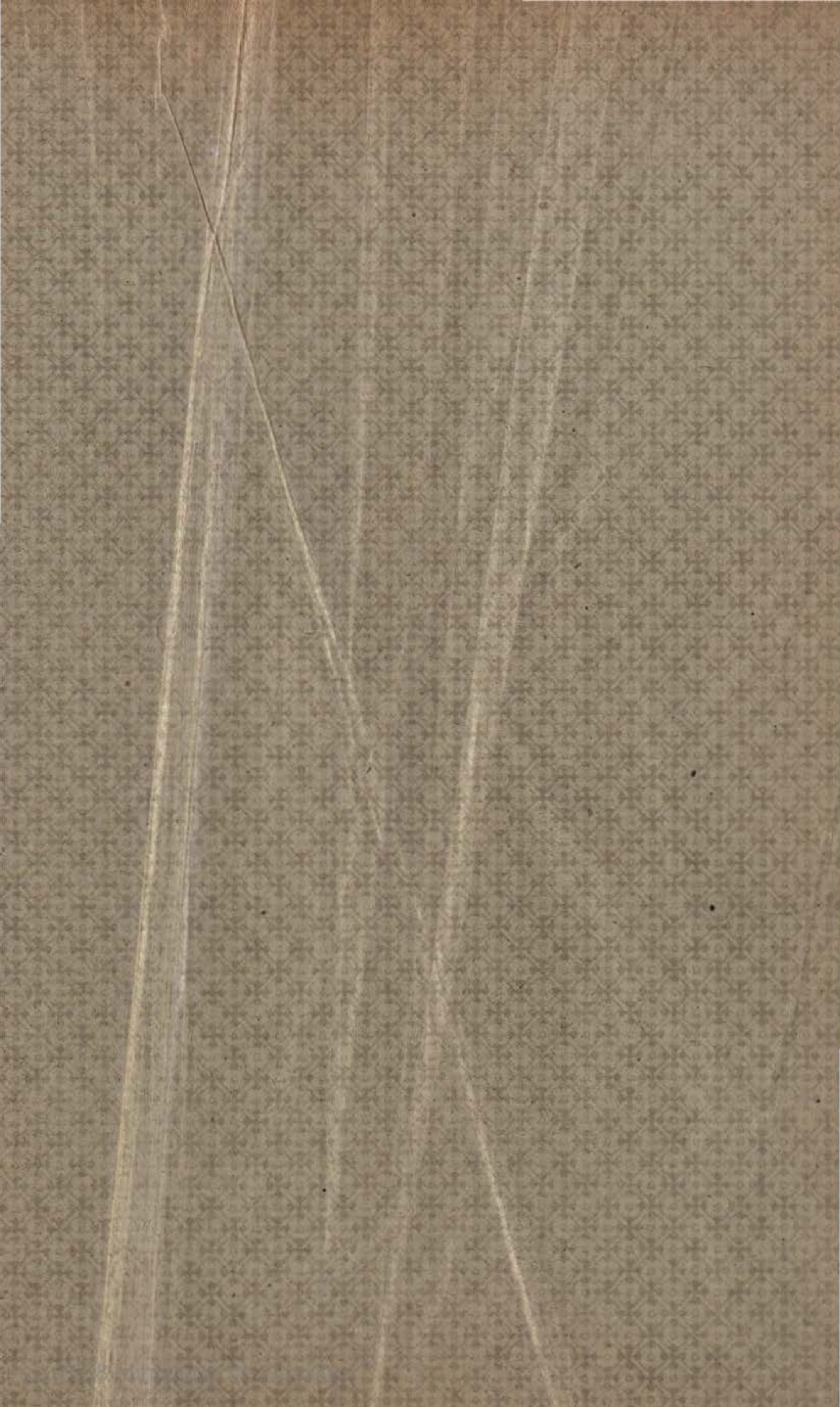
Empleé los dos mil reales en el entierro de la difunta, y en el viaje que el padre Celestino y la huérfana hicieron á Aranjuez, donde se instalaron. Yo regresé á Madrid. Inés, reclamada despues por los parientes de Doña Juana sufrió martirios y desgracias, cuyo recuerdo hace aún extremecer de angustia mi corazon. Creimos al fin asegurada nuestra

felicidad; pero vinieron aciagos y terribles dias, aquellos dias que se anunciaban de un modo terrorífico en nuestras imaginaciones, como el presentimiento de una catástrofe. Yo, con ser casi un niño, no me libraba de la aprension general, y por mi mente pasaban, al modo de relámpagos, ideas tan tristes como vagas acerca de desastres futuros. En la atmósfera, en el ambiente moral del pueblo habia no sé qué sombras avanzadas de aquellos desastres no conocidos todavía. Sin explicarme el motivo de mis temores, yo creia ver por todas partes la imágen lúgubre de la guerra con formas que no podia determinar, y aquella imágen pasaba ante mí veloz, horripilante, ordenándome que la siguiera... ¡Oh! ¡cuán pronto corrimos tras ella todos los españoles! Vino la revolucion de Aranjuez, vino el Dos de Mayo, dia de sangre y luto; los franceses inmolaron muchas víctimas; Inés cayó en poder de los invasores... pero ahora me faltan fuerzas para relatar tan horrorosos acontecimientos. Estoy fatigado y necesito tomar aliento para seguir contando.

MADRID. — Abril-Mayo de 1873.

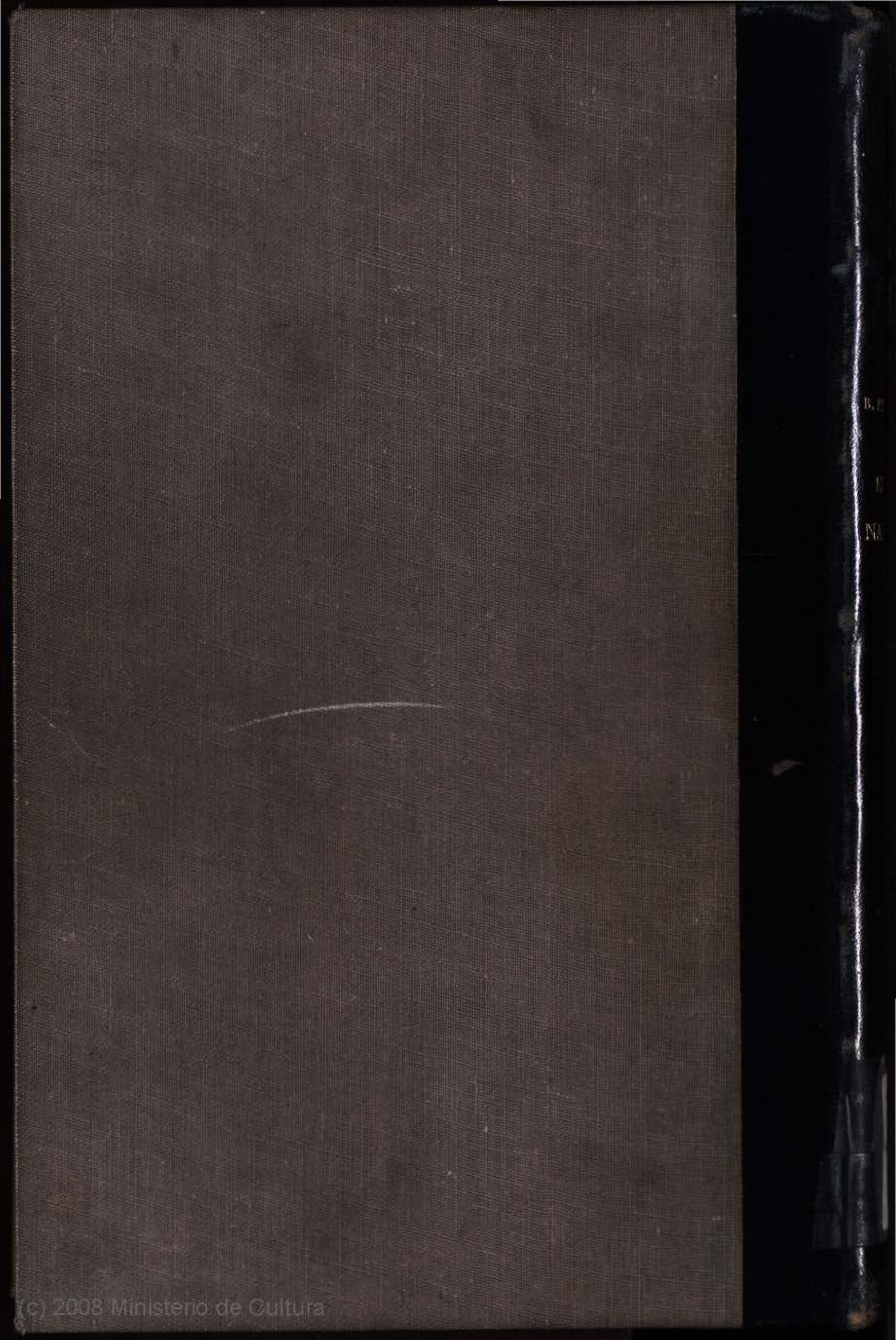


FIN DE LA CÓRTE DE CÁRLOS IV









B. PEREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

I

